Sergio González Ruiz

Veintiséis leyendas panameñas

Luisita Aguilera P.

Tradiciones y leyendas panameñas

Biblioteca de la Nacionalidad
AUTORIDAD DEL CANAL DE PANAMÁ

Sergio González Ruiz

Veintiséis leyendas panameñas

Luisita Aguilera P.

Tradiciones y leyendas panameñas

Biblioteca de la Nacionalidad

AUTORIDAD
DEL CANAL DE PANAMÁ
PANAMÁ 1999

Prólogo

Estas leyendas, sencillas algunas y sentimentales otras, como el alma del pueblo que las ha creado, han sido escritas para satisfacer un anhelo: el anhelo de perpetuar lo nuestro, lo que es nuestra herencia y que se nos va, se nos escapa, con la partida de los viejos hacia la eternidad y la afluencia constante de elementos y de influencias extrañas que le van quitando gusto y fisonomía a nuestras costumbres y a nuestras tradiciones.

No pretendo originalidad, si no es en la forma y en uno que otro adorno y aderezo de algunas leyendas demasiado ingenuas o simples para ser interesantes. Pero sí reclamo para ellas un mérito y es el de ser auténticas y fieles a la tradición popular; y otro, el de haber sido escritas con cariño y con amor: con el cariño que se tiene por las cosas de la patria y de la raza y con el amor que inspiran las creencias de nuestros padres y los relatos hechos por ellos para nosotros, a la luz de la lumbre, cuando de niños nos dormíamos abrazados a sus rodillas o en el regazo de sus brazos cariñosos.

Yo habría deseado publicar esta obra antes y haber gozado el placer de leerle a quien fue el mayor inspirador de estas leyendas, mi querido padre, Don Francisco González Roca (ciego desde hacía años) el producto en su forma final. Pero desgraciadamente se adelantó la muerte y se llevó el mejor de los padres y uno de los más justos de los hombres que he conocido, antes de que nuestras leyendas vieran la luz. La mayoría de ellas las aprendí de sus labios o de los labios de mi madre, su abnegada compañera, y algunas están relatadas casi literalmente como él las contaba en su peculiar lenguaje vernáculo y con todo el sabor local que tenían los relatos de un hombre tan apegado al terruño y tan enamorado de su tierra (y de las cosas de su tierra) como él;

porque difícilmente podría encontrarse otro hombre más conmovedoramente leal a su tierra nativa y más amante de todo lo de ella, de sus gentes, de sus tradiciones y de sus costumbres, que Francisco González Roca, a quien deseo de todo corazón y con toda justicia rendir el tributo póstumo de mi doble gratitud por su desinteresada colaboración y, sobre todo, por haberme enseñado, entre otras tantas cosas que me enseñó en la vida, a querer y apreciar lo nuestro por encima de todo.

Panamá, mayo de 1952.

S.G.R.

Las Comadres

Pasó hace mucho, muchísimo tiempo. Entonces, como ahora, las niñas vecinas jugaban en la calle en las noches de luna, a la "pájara pinta", al "ternerito salí de mi huerta", al "Mirón, mirón, mirón" y cantaban bellos romances como aquel que decía:

—Hilito de oro, hilito de oro
Que quebrándose me viene
¡qué lindas, señora,
qué hijas tiene!

—Yo las tengo, yo las tengo,
Las sabré mantener.
Con el pan que yo comiere
Comerán ellas también.

—Yo me voy enojado
a los palacios del Rey
A contarle a mi señor
Lo que vos me respondéis.

—Vuelve acá escudero honrado,
Tan honrado y tan cortés
Que de las tres hijas que tengo
La mejor te daré.

—Ésta escojo, ésta escojo
Por esposa y por mujer
Que parece una rosita
Acabadita de nacer.

—Lo que te encargo, escudero,
es que me la trates muy bien,
Sentadita en silla de oro
Tirándole cartas al Rey.

Era la misma gente, sólo que más atrasada en muchas cosas que la de hoy día y con costumbres más sencillas y más severas tal vez, pero con las mismas virtudes y defectos, los mismos sentimientos y las mismas pasiones.

Las niñas y los niños jugaban aparte; y los niños, en general, eran tratados como niños y obedecían y respetaban a sus padres en vez de hacer su soberana voluntad como es ahora la regla. A las ocho de la noche todos estaban recogidos en casa, decían "el bendito" a sus padres y, con un beso de éstos, se iban a la cama.

Jugaban también las niñas "a las muñecas" y a "las amas de casa". Hacían a veces, en verano, en los patios, a la sombra de los árboles de mango, o de los cerezos u otros árboles frutales, "covachas" con petates o con hojas de cañas o pencas secas de palmas o hacían enramadas; y allí jugaban "a las comadres" y, en compañía, hacían "cocinados", reales o ficticios, según la edad de las niñas; todo con la ayuda de alguna persona grande, generalmente la mamá de alguna de ellas, que era la que en realidad cargaba con el peso del trabajo si el "cocinado" resultaba de verdad. En estos juegos solían participar también niños varones que eran los encargados de recoger leña, de acarrear el mobiliario, de enterrar las horquetas para la enramada, de cargar el agua, de las tareas más pesadas, en fin.

En esos juegos inocentes primero, en los juegos de prendas después y en la misa los domingos, en las procesiones y en las

"rogativas", en los paseos a la playa, etc., niñas y niños empezaban a conocerse, a tratarse, más o menos a distancia. A admirarse de lejos, a hacerse señitas y a enamorarse finalmente.

Después venían las palabras deslizadas al oído lo más discretamente posible, en las ocasiones propicias, los regalos furtivos de un pañuelo o de un rizo, de un perfume o de una flor; las serenatas y, al fin, la declaración formal, el permiso de los padres para las visitas, el noviazgo y el matrimonio, cuando no la cita a hurtadillas, los amores clandestinos y la fuga, que ha sido siempre lo más frecuente. Fulano "se sacó" a Zutana era la noticia principal del pueblo una mañana cualquiera y la mayoría de estas uniones duraban para toda la vida con o sin la bendición del cura. Otras fracasaban aunque hubieran sido legítimas. Lo mismo que hoy.

• • • • •

Ana Matilde Espino y Juanita Villarreal eran vecinas y amigas entrañables. Habían crecido juntas, pues habían nacido y pasado su niñez en dos casas contiguas, de familias amigas de toda la vida. Juntas jugaron de niñas, juntas fueron a la escuela y, después, ya señoritas, juntas iban a todas partes: a misa, a las novenas, a las procesiones, a los juegos de prenda, a los bailes, a las fiestas, a los paseos a la playa; en fin, a todas partes.

Cuando de niñas jugaban en el patio haciendo "cocinados", se llamaban "comadres" y así siguieron llamándose siempre; y como se querían sinceramente hacían los planes más inocentes y peregrinos. Decían primero que no se casarían nunca, que siempre seguirían juntas; pero si llegaban a admitir que una de las dos se casara algún día, decían que la otra sería su comadre, de veras entonces, porque sería la madrina del primer hijo y viviría, además, en la misma casa con la comadre.

Pasó el tiempo y fatalmente llegó un día cuando una de las amigas, Juanita, se enamoró con un guapo mozo del pueblo que, sin embargo, no tenía la aprobación de los padres de la joven. Serenatas van y serenatas vienen; acecho a la entrada o a la salida

de la iglesia; un papelito hoy y otro mañana, el joven tenía que valerse de toda clase de habilidades para comunicarse con Juanita, que estaba celosamente vigilada por sus padres y por la "servidumbre" de la casa.

Juanita era bella y dulce, pero recatada y tímida. Sentía cariño por Juan José Delgado, el guapo mozo, y se sentía halagada por la corte que éste le hacía; la oposición de los padres contribuía también a aumentar su interés por el joven. Pero no podían verse con frecuencia ni hablar como era debido y esto los desesperaba a los dos. Hasta que se le ocurrió un día la idea a Juan José de buscar la ayuda de Ana Matilde, la amiga íntima y confidente de Juanita, y amiga suya también. Así comenzó a visitar con frecuencia a su amiga Ana, joven también, bella y hermosa, de carácter alegre y jovial. Acompañados de la guitarra, que ella tocaba "divinamente", cantaban juntos bellas y románticas canciones que Juanita escuchaba desde la casa vecina, sabiendo que eran para ella. Una salida al portal les daba a los jóvenes enamorados la oportunidad de cruzar un saludo, una sonrisa o, si no había moros en la costa, de hablar algunas palabras. A veces venía el joven a casa de Ana, evitando ser visto por la gente de la casa del lado y un momento después llamaba Ana Matilde a "su comadre" Juanita para "decirle una cosa"; y así tenían los enamorados una oportunidad de verse.

Los amores de Juanita y Juan José progresaron gracias a la ayuda de la comadrita querida, cada día más amable, más angelical. ¡Qué buena era Ana Matilde! Los dos enamorados la idolatraban y ella, a su vez, los quería con toda el alma. A su "comadrita" la quería Ana desde la infancia; era como una hermana; y al joven Juan José, tan inteligente, tan ocurrente y tan alegre, ella le había tenido siempre mucha simpatía y ahora que lo había tratado de cerca y con frecuencia y que estaba de novio con su amiga, lo quería más y encontraba su compañía encantadora. Cuando por alguna circunstancia él no venía a la casa, ella, casi sin darse cuenta, pasaba inquieta y apesadumbrada ; y cuando

él venía ¡qué alegría tan grande la que sentía! Tomaba la guitarra en sus brazos y le arrancaba notas sublimes. Cantaban y reían un rato, antes de que se les juntara Juanita... Y cuando ya "enseriaron" los amores Juanita y Juan José, vencidos al fin los reparos de la familia Espino, y éste visitaba ya a su novia en su propia casa, Ana Matilde no pudo evitar una tristeza, muy delicada pero muy honda, que supo disimular pero que estaba ahí en su corazón, a pesar suyo.

• • • • •

Llegó al fin el día del matrimonio de Juanita y Juan José. Ana Matilde fue Dama de Honor de "su comadrita" querida. Después de la ceremonia y de la celebración alegre y fastuosa, hubo besos y lágrimas, votos de felicidad, recuerdos y añoranzas... y promesas, muchas promesas, antes de la despedida. Juanita y Juan José se fueron a pasar la luna de miel a la finca y Ana quedó sola en su casa, desolada y triste. Pero al regreso de los esposos, la visitaron, la agasajaron y la invitaron a venir a su casa todos los días. Las dos amigas queridas pasaban horas enteras cosiendo o bordando o simplemente charlando y jugando, mientras Juan José se iba a sus quehaceres. Muchas veces comían juntos los tres y después de la celebración iban los dos esposos a casa de Ana Matilde, en donde pasaban la velada.

Cuando Juanita salió encinta se renovaron los propósitos de encompadrar. Ana Matilde sería la madrina del nene y así fue. Un hermoso niño vino, pues, a completar la felicidad del nuevo hogar y "la comadre" Ana fue la madrina.

¡Alegría! ¡entusiasmo! ¡fiesta! el día del bautizo del niño. Lo llevaron a la iglesia con música. Repicaron las campanas del pueblo cuando el padre derramó sobre la cabecita inocente las aguas bautismales. Después, brindis con las bebidas más finas, comida abundante, fuegos artificiales, en la noche, y, finalmente un regio baile.

Ana jugaba ahora con su ahijado como antaño jugaba con las muñecas. Le "hablaba chiquito", le decía cosas dulces y, sin pensarlo, lo llamaba a veces "niño lindo de papá", cuando estaban

solos; y sentía una ternura exquisita, casi maternal. Otras veces, al hablarle con dulzura al nene, inconscientemente miraba al padre; y al encontrarse sus miradas, ella temblaba toda y se sonrojaba, pero pronto se sobreponía y pasaba su turbación; disimulaba y se iba. Pero Juan José poco a poco fue dándose cuenta de lo que pasaba en el alma de su comadre y empezó también, a pesar suyo, a mirarla con malicia, a pensar en ella con insistencia y a reparar en sus encantos.

Una tarde llegó a su casa y encontró allí sola a Ana Matilde que mecía al nene en una hamaquita especial que le tenían. (Su comadre le había pedido que se lo cuidara mientras ella salía a una diligencia). Estaba de espaldas. Tenía el pelo recogido en un rodete sobre la cabeza y la nuca descubierta. Juan José llegó por detrás, suavemente, hasta cerca de ella que, al sentir su proximidad, sentía también en la nuca el hechizo de su mirada ardiente. Juan José contempló aquella cabeza adorable y aquella nuca tan blanca y tan linda y, sin saber bien lo que hacía, la besó con inusitado ardor; buscó luego los labios... Ella quería resistir pero no supo qué le pasaba que se sintió incapaz de hacerlo como si se hubiese quedado paralizada y, finalmente, correspondió el beso con toda la sed contenida de un amor que tanto tiempo había sentido en silencio.

• • • • •

Hacía ya días que Ana Matilde no venía a visitar a sus compadres. Siempre estaba esquiva, siempre tenía algo que hacer. Evidentemente, evitaba a Juan José. Pero Juanita, inocente y siempre cariñosa y amable, creía en sus excusas e iba a verla a la casa suya y a veces la ayudaba en los quehaceres domésticos. Se llevaba en ocasiones el nene a casa de su amiga y así pasaban juntas algún tiempo. Finalmente, Ana Matilde volvió a frecuentar la casa de sus compadres. Volvieron a ser como antes.

• • • • •

Ahora había llegado Agosto y los paseos a la playa estaban en su apogeo. Juanita había invitado a Ana Matilde y a otras amigas y amigos a un paseo el sábado siguiente.

De todas partes del pueblo y de los campos vecinos bajaron ese día a la playa familias enteras en carretas y a caballo. La playa estaba "invadida". Todos los lugares de sombra fueron aprovechados por la gente, evitando solamente la sombra malsana de los manzanillos. Las carretas con sus toldos de "encerado" servían también de refugio para el sol y en caso de lluvia.

La playa era amplia; lisa y casi plana, tal como es hoy. Tenía sólo un ligero declive, lo que la hacía bastante segura. Había una loma y junto a los pies de ésta una albina pequeña a la cual penetraba un estero. Una barra de piedras veíase allí cerca de la loma, frente a la boca del estero y hacia la mano izquierda. Hacia la derecha se extendía la playa como una franja interminable, bordeando el mar, y limitada atrás por una serie o sucesión de pequeñas dunas de arena blanca y finísima cubiertas a trechos, por el verde encaje de las parras de "batatilla".

Se bañaba mucha gente frente a la "llegada" o sitio más próximo al fin del camino, a la margen derecha del estero. Más hacia la derecha, a medida que se alejaba uno de este lugar, había menos y menos gente. En uno de estos sitios más solitarios se bañaban "las comadres", que habían elegido un bonito "real", fresco y sombrío, ahí cerca, detrás de las dunas.

Al medio día muchos se quedaron durmiendo la siesta a la sombra de los mangles, agayos, y palos de maquenca. Juanita, que había estado durmiendo un rato, despertó de pronto, sobresaltada. Había estado soñando algo desagradable pero no podía precisar qué. Buscó con la vista a su esposo y no lo encontró en donde lo había visto hacía poco aparentemente dormido. Tampoco estaba su comadre Ana en el sitio en donde estaba antes. Los demás estaban por allí tendidos debajo de los árboles callados, quietos, inmóviles. Miró hacia la playa. Estaba desierta. Ahora empezaba ella a darse cuenta de algo que había pasado por alto, que no había captado claramente en el momento oportuno; algo vago como un presentimiento, algo que había creído percibir en un cruce fugaz de miradas entre Ana Matilde y Juan José.

"Habían estado cantando los tres una bella canción de amor y ella había creído notar una mirada dulce de inteligencia entre los dos, pero al instante había desechado ese primer asomo de sospecha de su parte..." Se levantó, se fue resbalando, sigilosamente, por la suave arena, a veces de rodillas, a veces medio acostada, por entre las ramas bajas de árboles enanos, hasta que percibió un rumor de voces, y se detuvo a escuchar. No se oía bien. Avanzó un poco más y, detrás de un cerrito de arena, en una sombra formada por unas trepadoras y las ramas de unos "coquillos", alcanzó a ver dos personas, un hombre y una mujer, que hablaban en voz muy queda. Aguantó la respiración. Vió que se abrazaban y se besaban. El corazón le saltó en el pecho y le "repiqueteó" en las sienes, anticipando el peligro. Había creído identificar al hombre. Era Juan José. Avanzó un poco más. Ahora veía mejor. "Era él, sin duda". Se acercó más, jadeante ya de la emoción; y en un momento en que se separaron los cuerpos pudo ver claramente que el hombre era su marido y pudo ver también la cara de la mujer. "¡Era su amiga de infancia, su comadre Ana!" Por unos instantes se quedó extática, sin saber qué hacer. Tembló toda; creyó desfallecer; pero, sacando fuerzas de flaqueza, empezó a retroceder para no ser vista; y cuando ya estuvo segura de que no podían verla, quebró intencionalmente unas ramitas para hacer ruido, en la esperanza de que al oírlo terminarían el "odioso idilio".

Regresó a su sitio, se tendió en la arena nuevamente y se fingió dormida. Casi al instante regresó la comadre Ana, con mucha cautela, pero evidentemente turbada y se acostó en la arena blanda y fresca, debajo del árbol de mangle, en el mismo sitio en donde había estado antes de acudir a la amorosa cita; y se quedó allí, inmóvil, aunque realmente presa de sobresalto y desesperación, aparentando lo mejor posible que dormía. El compadre no vino. Se fue por allá mismo a otro "real" en donde (pensaba él) diría más tarde que había pasado todo el tiempo.

—Comadre, despierte, que ha dormido ya mucho — (dijo al fin Juanita a su amiga, haciendo un gran esfuerzo para ser amable

y para que no le temblara la voz. Se había levantado y estaba de pies, cerca de Ana Matilde.)— Venga, vamos a darnos un baño — añadió.

Pálida y nerviosa se levantó Ana Matilde, haciendo milagros para disimular; y sin decir nada siguió obediente a su amiga que, dando media vuelta, se dirigió resueltamente hacia la orilla del mar. Entraron las dos hasta donde "reventaban" las olas. No había nadie más alrededor.

—Vamos a "lo hondo" —propuso Juanita, al mismo tiempo que empujaba hacia adentro un "tuco" de los muchos que empleaban los bañistas para flotar, agarrados a ellos y para nadar, mar adentro, hasta distancias a las cuales no podían llegar con la sola fuerza de sus brazos. Ana Matilde se agarró de un extremo del palo con una mano y comenzó a nadar con la otra, imitando a su amiga y las dos se fueron alejando de la orilla. Cuando estuvieron bien lejos, le dijo Juanita a su comadre lo que acababa de ver. Ana lamentó de todo corazón lo que había pasado; le pidió perdón; le confesó su lucha interior: cómo había tratado de alejarse de ellos; cómo había intentado dominar su pasión y cómo al fin había sido débil y no había podido evitar el incidente que acababa Juanita de presenciar. Juanita, a su vez, le hizo duras recriminaciones; la llamó falsa amiga; la maldijo. Las dos lloraron y se desearon la muerte como la única solución a su desgracia; y, finalmente, Juanita, en su desesperación y atormentada por los celos, con un brusco sacudimiento, le arrebató el "tuco" a Ana Matilde y se fue nadando y empujándolo cada vez más lejos con el deliberado propósito de hacer que su comadre se ahogara. Ana Matilde comenzó a nadar desesperadamente y a pedir auxilio. Pero nadie la oía, excepto Juanita, porque los demás estaban demasiado lejos. Al fin, tras un esfuerzo sobrehumano, alcanzó a Juanita justamente cuando una ola gigantesca, inmensa, le había arrebatado a ésta el palo en que se apoyaba; se agarró de ella, llena del temor a la muerte porque ya le fallaban las fuerzas; y ahora las dos, agarrándose y hundiéndose mutuamente, cansadas ambas y tratando de

apoyarse la una en la otra para salvarse, se fueron, arrolladas por la enorme ola y envueltas en el tremendo torbellino de los aguas, y hasta hundirse al fin en el frío y negro fondo del mar.

Dicen que era tan grande la ola que se levantó inopinadamente aquel día y tal el zumbido y estruendo que hizo, que toda la gente que se hallaba en la playa en otros sitios, tuvo que huir despavorida presa del más grande pánico hasta lo alto de las dunas, para salvar la vida; y que cuando la enorme ola se retiró, poco después, dejó al descubierto dos enormes piedras gemelas que antes no existían, justamente en el sitio en donde las infortunadas jóvenes, las dos comadres queridas, habían peleado por amor y celos, unos momentos antes. Sus cuerpos nunca fueron encontrados y se dice que fueron transformardos por la mano del Altísimo en esas dos piedras llamadas desde entonces “Las Comadres”, que han quedado allí para siempre como testimonio mudo de la tragedia y que le han dado el nombre a la más popular de las playas tableñas: la playa de “Las Comadres”.

El Charcurán

Dice una vieja leyenda que una vez llegó a Las Tablas un viejo comerciante francés y después de un tiempo de estar allí establecido, enfermó de los ojos. Estaba ya perdiendo la vista y de nada le servían ni las medicinas que le habían ordenado los médicos de Panamá, a donde había ido en busca de los recursos de la ciencia, ni las *tomas* ni los *baños* de los *yerberos*. Al fin, ya desesperado por la terrible amenaza de la ceguera total, le pidió a Santa Librada, patrona de Las Tablas, que le hiciera el milagro de curarlo, ofreciéndole en cambio *una manda* u oferta en prueba de gratitud y reconocimiento. Le prometió a la santa unas campanas de oro si lo curaba.

Dicen que el francés, en forma milagrosa, mejoró bien pronto y se puso bueno. Y que para pagar su manda encargó al Perú unas campanas de oro por las cuales pagó una fortuna. Sucedía esto en tiempos cuando aún estaban los mares de la América Hispana infestados de barcos piratas y aconteció que uno de éstos persiguió al barco en que venían del Perú las campanas de oro, buscando, aparentemente, un momento propicio para atacarlo pero sin lograr reducir la distancia lo suficiente para disparar sus cañones. Así llegaron a las costas panameñas y entonces el barco de las campanas de oro logró escapar, poniendo rumbo a Mensabé, en donde entró, yéndose bien arriba hasta la boca misma del río que, como es bien sabido, desemboca en una bella ensenada o pequeña bahía.

Dice la tradición que hasta la entrada misma del puerto llegó el pirata, sin atreverse a entrar, pero que la nerviosidad de los tripulantes del barco que traía el sagrado presente era tan grande, que al llegar a un charco amplio y profundo llamado "El Charcurán" (probable contracción de charco y grande) arrojaron al fondo las campanas de oro de Santa Librada.

En el curso de muchos años se hicieron esfuerzos para recuperar las campanas de oro pero todos los intentos fueron en vano. El Puerto de Mensabé es muy profundo y en ese sitio se dice que alcanza una profundidad enorme, lo que ya de por sí es una gran dificultad para los buzos que han tratado de encontrar las campanas de oro; pero la causa principal de los fracasos, siempre que alguien se ha aventurado a tratar de recuperar el tesoro, ha sido que, al instante, el Charcurán, generalmente quieto, sereno, tranquilo y tan transparente que permite ver en su fondo algo que amarillea como el oro, se torna turbulento, *"se revuelve"*, se opaca; porque dicen que un monstruo marino hace repentinamente su aparición, revuelve el fondo, agita las aguas, de ordinario majestuosamente tranquilas, y el resultado es que súbitamente se forma un inmenso remolino, peligroso, trepidante, sonoro, que amenaza tragarse al intruso. Por eso ya nadie desde hace muchísimos años, trata de sacar las campanas. Todos saben que es inútil intentarlo siquiera. Por eso también hace ya mucho tiempo que el pueblo, como para consolarse de una derrota o burlándose tal vez, de buen grado, de su impotencia, se inventó historietas y cantos llenos de buen humor, alusivos a la leyenda de las campanas de oro del Charcurán. Hay un canto que recuerdo haber oído cantar en una *tuna*, en unos carnavales tableños y cuya letra decía:

"Muchachas, vamos al Charcurán
La que se descuida
Se va *pal plan.*

A buscar campanas, al Charcurán
Y si se descuidan
Se van *pal plan"*.

El “entierro” y el ánima

José María González y Juanita del Castillo formaban una pareja feliz. Hacía unos pocos años que se habían casado y tenían ya, además de dos hijitos como dos ángeles, blancos y rubios, una buena casa en el campo, una extensa heredad y una hacienda de ganados de las más grandes de la comarca, la que era no sólo su fortuna sino, además, su orgullo; especialmente para Doña Juanita, orgullosa por naturaleza y por tradición, como que, hija de padre y madre españoles y ricos, había estado siempre acostumbrada al lujo y al poder, lo que sin embargo no impedía que fuese una buena esposa, amorosa, trabajadora y muy fiel, aunque un poco dominante. José María, por su parte, descendiente directo también de españoles pero pobres, era el tipo del hombre trabajador hasta el exceso, económico hasta la exageración, honrado a carta cabal y por lo tanto sencillote e ingenuo. Él le daba a su esposa todos los lujos que la fortuna de ambos les permitía; pero siempre, como era la costumbre de la época (y que todavía persiste entre los campesinos de la región), enterraba a hurtadillas sus piezas de oro y monedas de plata cada vez que podía, hasta que llegó a reunir una gran cantidad de dinero en esta forma, sin que nadie, ni siquiera su esposa, se diera cuenta. Y de esa plata no tocaba ni un real. Prefería pasar cualquier apuro antes que tocar una de esas monedas. Aun hoy día no es raro ver entre los campesinos, que han conservado mejor que nadie las tradiciones y costumbres de nuestros

antepasados, algún viejo, pobremente vestido y viviendo miserablemente, que al morir deja un cántaro lleno de plata. Parece que al enterrar el dinero se desarrolla una psicología especial en el dueño del tesoro, que goza con la contemplación de él, de vez en cuando, y siempre con el pensamiento de tenerlo ahí; y sufre también con el celo y la obsesión por conservarlo intacto, los que alcanzan a veces extremos increíbles.

Así le sucedió a José María González. Tenía una fortuna enterrada en la tierra pero no quería tocarla y ése fue el origen de su desgracia.

• • • • •

Aconteció que llegaron por esos días a Las Tablas unos Garcías, gente preparada y muy ladina, de seguro provenientes de algún pueblo más adelantado; muy bien trajeados, de hablar fácil y de maneras distinguidas. Parecían gente muy importante. Trabaron amistad con don José María a quien pronto fascinaron con sus modales y éste les brindo la hospitalidad más cumplida y generosa. Los Garcías habían venido a ventilar algún asunto de negocios y necesitaron, de momento, un fiador. Naturalmente la persona más indicada para tal fin, ahí en ese pueblo, extraño para ellos, vino a ser don José María y éste, sin pensarlo dos veces, les salió de fiador. Cuando le contó a la esposa lo que había hecho, ésta, como mujer al fin, desconfiada, le desaprobó la acción, diciéndole que a lo mejor esos hombres quedaban mal y él tendría que pagar la fianza.

Las nuevas pronto corrieron por el pueblo de lo que había hecho don José María por los forasteros y aunque, a la verdad, a muy pocos les importaba un bledo lo que pudiera pasar, todos decían lo mismo: “que don José María tendría de seguro que pagar esa plata”. Algunos se lo decían a él mismo pero la mayoría se lo decía a la señora. Y como los forasteros se fueron un buen día sin despedirse siquiera (“anochecieron y no amanecieron”, decía la gente), se redoblaron los cuchicheos y habladurías: “lo que es don José María tiene que pagar esa plata. Y

tendrá que vender todo el ganado porque es mucho el dinero de la fianza y el ganado no vale nada".

La señora estaba nerviosa y enojadísima; y el pobre don José María, nervioso también, no supo ni cuándo empezó a vender sus ganados, en la certeza de que, efectivamente, tendría que pagar y cuanto antes, mejor. Vendió el ganado de La Garita, el del Llano del Río, el de Las Coloradas. Doña Juanita, que al principio era de las que lo molestaban más con la *"cantinela"* de que tendría que pagar, trató ahora de pararlo, diciéndole que era una locura lo que hacía, que no siguiera vendiendo; pero en vano; el hombre siguió vendiendo ganado, terrenos y todo. Ella entonces lo amenazó con dejarlo si seguía deshaciéndose de todas las propiedades.

—Te has vuelto loco, y vamos a quedar en *las latas"*, le decía doña Juanita.

— Y yo me voy de aquí. A mí no me verán pobre en Las Tablas, no señor.

Don José María, a pesar de que tenía su tesoro enterrado, no hizo caso y siguió vendiendo. Era verano y algunos ganados estaban ya en la sierra. A la sierra se fue, pues, a buscar el resto de la hacienda para venderla.

La señora decidió irse. Averiguó cuándo había salida de canoa y se fue a la Villa a cogerla; se fue y se llevó los dos hijitos. Le dejó la llave de la casa a su cuñada Petra.

Cuando don José María regresó, encontró la casa cerrada y sola. Corrió a casa de su hermana y supo la mala nueva. Precipitadamente se fue a Los Santos, en busca de su esposa y sus hijitos. Le pidió por favor que volvieran; le aseguró que con el dinero que él tenía enterrado había para comprar todas las haciendas de Las Tablas; pero fue en vano todo, pues la señora no le creyó la historia del "entierro" y "lo que era ella, no era verdad que la verían pobre en Las Tablas".

Decepcionado regresó don José María a su casa. La canoa salió de Los Santos y en ella salió doña Juanita con los dos

niños; pero ya el viento norte era muy fuerte y el mar se picaba mucho. Un señor llamado Montiano le contó, pocos días después, a don José María, cómo la canoa se había volteado y se había hundido apenas hubo salido un poquito mar afuera. Montiano era pasajero también de la malhadada canoa y uno de los pocos sobrevivientes del naufragio. "Había encontrado a doña Juanita luchando con las olas dos veces: la primera, llevaba los dos hijitos *pegados* a sus ropas; la segunda vez ya la mar le había llevado uno de los niños y quedaba uno todavía agarrado de ella; después ya no volvió a verlos más".

Don José María lloraba y lloraba, en silencio. Se acostó a morirse de pena y efectivamente no duró mucho tiempo. Cuando ya sintió llegar la hora de la muerte llamó a su hermano Juancho y le dijo:

—Hermano, Dios me ha castigado por mi avaricia o mi ignorancia. ¡Mi pobre Juanita y mis pobres hijitos muertos en esa forma tan dolorosa y triste!... pero bien, me queda el consuelo de que ya no voy a durar mucho.

Hizo una pausa y prosiguió luego:

—Yo tengo un entierro de oro y plata y quiero que lo saque, pero la mitad del entierro debe entregársela a Juan Pablo, el hermano menor de Juanita, porque de ella era la mitad de mi fortuna; ella tenía algo cuando nos casamos y me ayudó también a trabajar. En la puerta del potrero de "El Cocal", junto a un *guapo cansaboca*, hay dos botijas llenas de oro y plata, enterrados. Entre las dos botijas hay también enterrada la cacha de una daga que le puede servir de guía. Lleve a Juan Pablo con Ud. la noche que vaya a sacar el entierro y divida con él.

• • • • •

Se murió don José María. Pasaron "las nueve noches" y los rezos y las misas. Una noche temprano, Juancho convidó a Juan Pablo para que lo acompañara a "El Cocal" a sacar "un entie-

rro" de su hermano José María. Una vez en el lugar indicado por el difunto, comenzaron a cavar y al poco tiempo encontraron la cacha de la daga; le entró la codicia a Juancho y pensó que era mejor cogerse todo; así es que dijo a Juan Pablo:

—Mi hermano me habló de dos botijas llenas de oro y plata, pero parece que estaba delirando porque lo que ha dejado es una cacha de daga vieja. Si Ud. quiere seguir escarbando, siga solo que yo me voy.

Juan Pablo, que era apenas un muchacho de trece años y que les tenía miedo a los muertos, no quiso "ni pensarlo", quedarse ahí solo. Así es que regresaron al pueblo.

Como a media noche volvió Juancho solo a escarbar el entierro y "él que da el primer coazo a la tierra, y una voz *trapajosa* que le dice: eso no es lo tratado, compadre". Juancho cayó fulminado del susto, perdió el habla y el sentido y quedó allí exánime por mucho tiempo. Cuando volvió en sí ya era casi de día y se fue corriendo a buscar a Juan Pablo y le contó lo que le había pasado.

—Vaya a sacar Ud. el entierro, que yo no lo quiero—le dijo a Juan Pablo; pero Juan Pablo tampoco lo quiso y ahí se quedó el entierro por mucho tiempo.

Desde que sucedieron las cosas que dejo relatadas empezaron a verse fantasmas en la puerta del potrero de don José María. Los que pasaban de noche por el camino real de "El Cocal", al pasar frente al sitio donde estaba el entierro, veían a veces una luz que corría por el llano: otras, la sombra blanca de un hombre, "de seguro el ánima de don José María"; y, a veces, las dos cosas y "*otros aparatos*" más.

• • • • •

Pasó mucho tiempo. Pasaron los lutos. Ya pocos se acordaban de don José María. Llegaron las fiestas de Santa Librada ese año. El primer día de toros, en el portal de la casa de Agustina González, en la esquina de la plaza, al lado de la iglesia, estaba ésta con su tía Petra, la hermana del difunto, viendo los

toros. Había mucha gente en el portal, del campo y del pueblo; pero entre toda la gente llamaba la atención una muchacha *empollerada* y cargada de toda clase de prendas: *peinetas de balcón*, *cadenas chatas*, *mosquetas de perlas*, *sortijas*, etc. Agustina se quedó observando a la muchacha y de pronto agarró a doña Petra por el brazo, mientras le decía, temblando y palideciendo de nerviosidad: "Mire, mire tía, allá".

—¿Qué te pasa, muchacha, has visto a un fantasma? —dijo la señora.

—Allá, esa muchacha, tía. Esa muchacha carga una cadena del cofre de tío José María. ¿Ud. se acuerda, tía, de aquella cadena con los doblones de oro y la cruz grande y el escapulario de oro? Mírela, mírela, ésa es la misma.

Doña Petra reconoció, en efecto, la cadena, que ella había visto entre las prendas de su hermano. Ésa era indudablemente la prenda. "¿Cómo la habría obtenido esa niña?" Averiguó quién era y supo que era hija de un señor Juan Ramírez, hombre "pobrecito", que de la noche a la mañana había hecho fortuna.

Efectivamente, Juan Ramírez era un agricultor humilde que trabajaba muy duramente para sostener a su mujer y a sus hijos. Súbitamente este hombre, que estaba casi en la miseria, había empezado a prosperar y a muchos llamó la atención esa prosperidad: "¡Juan Ramírez con pantalón negro de casimir y camisas blancas muy finas; con sombrero blanco y montando caballos de a cien pesos! ¡ Reyes, el hijo, jugando plata, cortejando muchachas de las familias más acomodadas; y su hija, luciendo prendas y joyas riquísimas !" La familia Ramírez había subido como la espuma. Pero no pasó mucho tiempo cuando empezó a correr el rumor de que Juan Ramírez estaba loco; que no dormía de noche; que se le oía hablando cosas incoherentes; que no dormía nunca en la misma casa sino que se iba y pedía posada en alguna casa vecina, hoy en una, mañana en otra. Y así se fue poco a poco, primero en el pueblo y sus alrededores; después de campo en campo. Un día, en el Sesteadero, le pidió posada a

Bartolo Cárdenas y como se levantaba a cada rato y volvía a acostarse y no dejaba dormir, el dueño de la casa le preguntó:

—¿Hombre Juan; qué es lo que le pasa a Ud. que se para cada rato? ¿Qué es lo que tiene que no lo deja dormir?

—Vea, amigo Bartolo, ya no aguanto más. Voy a contarle a Ud. lo que me pasa—respondióle Juan Ramírez—. Lo que a mí me pasa es que me persigue un ánima.

—¿Cómo es eso, Ño Juan?

—Como lo oye. A mí me persigue el ánima de José María González y me sigue por todas partes. Hizo una pausa. Bartolo estaba asustado pero se animó a pedirle que continuara.

—¿Ud. se acuerda de las *abusiones* que salían en el potrero de Ño José María? Bueno, una noche yo iba por el camino real del Cocal y al enfrentar a la puerta del potrero de Ño José María vi un bulto por la parte *aentro* de la cerca. Yo *taba* muy pobre y muy *jodío;* así que me dispuse, *dentré* y conjuré el ánima de Ño José María. Cuando me le acerqué al bulto, oí que me dijo:

"—Juan, ¿quieres tener plata?, ven para decirte dónde está.

"Yo lo seguí y me llevó a un lugar, al pie del guabo cansaboca que hay ahí.

"—Escarba aquí —me dijo— pero antes vamos a hacer un trato.

"Y yo *jice* el trato con el muerto pero no he *cumplío*".

Bartolo contaba que cuando llegó a este punto del relato, él estaba temblando de miedo y que no había sabido más de sí; que cuando volvió a despertar, el viejo Ramírez había desaparecido y que poco tiempo después lo encontraron muerto debajo del guabo cansaboca en el potrero de José María González. Es una lástima que Cárdenas se desmayara. Hubiera sido muy interesante saber qué trato había hecho Juan Ramírez con el ánima de don José María.

El canto del mochuelo

Está grave la señorita Elisa. Hace ya tres días que pasa en una gran agonía. La fiebre no cede. El médico ha dicho que es pulmonía lo que tiene y ya se le han puesto millones de unidades de penicidía. Temprano se hizo el diagnóstico y se comenzó el tratamiento.

Elisa es joven y fuerte. Hasta hace pocos días rebosaba salud y alegría. Sólo después del baile del 28 de Noviembre se había "rociado" al salir del salón, camino de su casa. Uno de esos chaparrones imprevistos, fugaces, llamados "barre-jobos", tan característicos del fin del invierno, la había sorprendido en la calle. Se había mojado un poco y se había resfriado. Después el doctor había dicho que tenía neumonía doble.

• • • • •

Antonio estaba desesperado, triste, abatido. Amaba a Elisa entrañablemente. Eran vecinos y la había visto crecer desde niña hasta verla convertida en la hermosa mujer que era ahora. "Ella era tan dulce, tan buena..." Acababa de verla en un momento que fue permitido hacerlo. "¡Estaba tan descompuesta, tan pálida, tan lánguida! ¡Y esa mirada suya, de ansiedad! ¡Y esa respiración tan fuerte y tan rápida! A pesar del oxígeno que le administraban cada hora, a veces se ponía cianótica y siempre estaba agitada como si le faltara aire.

"Era verdad que la pulmonía era una enfermedad muy grave. Por algo la llamaban los médicos ingleses y norteamerica-

nos ‘el Capitán de la muerte’; pero ahora con los *antibióticos* todo había cambiado.

“¡Qué enorme diferencia entre las condiciones actuales y las que él había conocido allí mismo en su pueblo, allí mismo en su barrio! Aquellas calles lóbregas, aquellas calles fangosas, de invierno y llenas de polvo en verano. Ni un coche, ni un bombillo eléctrico, ni acueducto, ni servicios higiénicos, ni hospital, ni nada. Entonces la gente se moría sin el auxilio de la ciencia”. Repasó con la mente tantos cuadros tristes que había contemplado en su niñez: “Toribio, muerto de tétano, sin una sola inyección de antitoxina, en medio de dolores tremendos; y Pedro; y Margarita; y el peor y más triste de todos los casos, su hermanito Manuel... Apenas si se daba él cuenta de las cosas entonces, pero había algo que se le había grabado en la mente para toda la vida. “Era de noche. Estaban velando. Repartían café y galletas de soda. Estaban sentados en el “portalete” de la cocina, ahí precisamente donde él estaba ahora, cuando empezó a cantar un pájaro en el *palo* de mango del patio que estaba ahí todavía como testigo mudo. Uno de los presentes (no podía recordar quién) había dicho: “malo, está cantando el mochuelo”; y otro había comentado en voz baja, como para no ser oído por los familiares, pero sin cuidarse de él, tal vez por lo pequeño que era entonces: “lo que es a este niño no lo salva nadie porque cuando hay un enfermo grave y canta el mochuelo, la muerte es segura”. Antonio recordaba claramente cómo había sentido una ola fría de terror y había escuchado el fatídico canto: Pim, pim, pim, pim… Después, recuerda que entró a ver a su hermanito y que éste lo miró con una mirada de ansiedad y de angustia que le había llegado al alma y que luego había vuelto los ojos hacia otra parte, exactamente como lo había mirado Elisa hacia un rato. Al fin el sueño lo había vencido y a la mañana siguiente, lo recordaba como si fuera ahora, con ojos estupefactos, había visto, en una mesa adornada de flores, con una mortaja muy blanca y entre cuatro velas grandes de cera, a

su hermanito tendido, quieto, inmóvil; y, delante del niño muerto, a su madre desgarrada por el dolor, llorando amargamente".

• • • • •

Pasó un largo rato. Antonio, en las sombras, lloraba en silencio. Su amada sufría y estaba grave de muerte. Él lo presentía por más que el médico se sintiera confiado: "Su Elisa moriría".

Era ya de madrugada. En el patio 1as frondas comenzaban a iluminarse con la luz de una luna tardía. Empezaba a hacer frío. Este año soplaba la brisa del Norte temprano. De repente empezó a cantar el mochuelo otra vez, desde lo alto de algún árbol cercano: el mango o el níspero, quién sabe si el guanábano.

Antonio sintió, a pesar suyo, un estremecimiento de terror. "Se espantaron" las gallinas, ("como entonces" pensó Antonio). "Era ya seguro. Su Elisa iba a morir".

"Más ¿por qué? ¿ Qué demonios tenía que ver el canto de un pajarraco con la vida o con la muerte? Esas supersticiones lo asustaban a él cuando era niño. Ahora era diferente. La gente de los campos es muy "imaginativa", se decía. "Al oír ese canto monótono, pim, pim, pim, pim, por horas y horas, siempre igual, siempre el mismo, llegaron a encontrarle algún parecido, alguna analogía, con los golpes del martillo en los clavos cuando el carpintero del lugar tenía, a media noche, que hacer algún *cajón* de muerto, de urgencia".

Pim, pim, pim, pim, seguía imperturbable el mochuelo su canto fatídico. Antonio, muy a su pesar, lo escuchaba y, gradualmente, a medida que se prolongaba el canto, le iba encontrando un lejano parecido, después un parecido indudable, con el martilleo del carpintero "haciendo cajones de muerto".

"¿Y si fuese verdad la leyenda?" pensó con redoblado temor. "¿Qué sabemos nosotros de los misterios de la vida y de la muerte? ¡Pero es absurdo! ¿Qué lógica hay en esa tonta leyenda? Y sin embargo, después de todo ¿qué sabemos nosotros si lo lógico o lo que nos lo parece es real y verdadero? ¿Y si resultase que todo lo que creemos y todo lo que juzgamos cierto,

1ógico y científico no es realmente así sino de otro modo?"

Antonio sentía que sus convicciones se debilitaban. Tenía miedo. Su novia adorada estaba en peligro de muerte. "Allí estaba tendida, presa de una enfermedad terrible. ¡No, su novia tenía que vivir! El médico le estaba aplicando los tratamientos más modernos, pero era preciso hacer lo que fuera para salvarle la vida: lo lógico y lo ilógico, lo científico y lo anticientífico".

Como un autómata se levantó Antonio y se fue a la trastienda, cogió un riflecito *de salón* que allí había y se fue, patio abajo, caminando, primero muy rápido, despacio después, más y más despacio, sigilosamente, con mucho cuidado… Arriba del guanábano estaba el mochuelo, desprevenido, cantando su monorrimo interminable: pim, pim, pim, pim…

A la luz de la luna veíase la sombra del cuerpecito indefenso (una lechuza pequeña parece el mochuelo). Antonio lo vio bien, alzó el rifle, apuntó: ¡fuego! y rodó por el suelo, sin vida, el infeliz monchuelo.

• • • • •

Elisa amaneció sin fiebre y, como suele suceder en las pulmonías, después de la dramática lucha con la muerte que la hizo pasar asfixiándose horas y días, en medio de la más horrorosa desesperación, ahora dormía como un ángel, como si no hubiese pasado nada, tranquila y feliz.

La niña encantada del Salto del Pilón

El Río Perales nace como un humilde arroyuelo en las faldas del Canajagua y baja en dirección Noreste por entre peñascales, como cantarina fuente primero, hasta encontrar un pequeño valle, el que sigue, ya convertido en río por la afluencia de diversas quebradas y ríos menores, que se le van sumando en el trayecto. Después penetra entre cerros de mediana altura que forman una doble cadena en dirección norte y noreste y que en la parte más baja reciben el nombre genérico de Cerros del Castillo. En la parte media de ese estrecho valle recibe las aguas del Río Hondo que baja también del Canajagua y un poco más abajo las del Río Pedregoso (famoso por formar las más altas cataratas de la provincia de Los Santos), y que ya en este sitio es conocido con el nombre de Río Laja por correr por un lecho de piedra viva. Así aumentado su caudal, el Río Perales, a trechos corre en forma sosegada y tranquila, a trechos en forma rauda y torrentosa, según el declive y la configuración del terreno y en su descenso forma a veces rápidos y saltos, de los cuales el más famoso es el Salto del Pilón, ya entre las últimas estribaciones de los Cerros del Castillo, antes de llegar a las tierras bajas de Perales.

Ya sea por lo impresionante del paraje, ya por el estruendo que hacen las aguas al estrellarse contra la roca viva, ya sea porque algo extraordinario pasara allí en tiempos remotos, la leyenda existe, desde época indefinida, de que hay allí “un en-

canto" y aún hoy, cuando uno pasa cerca de ese sitio un hálito de misterio y de recelo parece envolverlo a uno y pocas son las personas que se atreven a bañarse en el charco, profundo y redondo como un pilón, que la fuerza de las aguas ha cavado en la laja viva a través de los siglos.

• • • • •

Los indios de la costa habían sido sometidos o se habían refugiado en las montañas para desde allí, en unión de otras tribus, seguir resistiendo al invasor español. Hacía ya tiempo que había muerto Atatara, señor de París; y sus aliados, o habían muerto o habían sido vencidos. En los llanos de Las Tablas existía ya una pequeña colonia española y una ermita, a la orilla de un arroyuelo cuyo nombre primitivo se perdió en el silencio de los tiempos y que vino a conocerse después con el nombre de Quebrada de la Ermita. De allí salían algunas expediciones de españoles y de indios vasallos a explorar las comarcas hacia el sur y el oeste, hacia las regiones montañosas, siempre en la esperanza de encontrar oro. No hubo quebrada o río que no exploraran.

Un día iba Don Julián del Río con un grupo de indios, explorando el Río Perales. Iban río arriba y no habían tenido ningún tropiezo hasta cuando llegaron a un sitio en donde podía oírse ya claramente el ruido de un salto; aquí los indios se detuvieron y le informaron a su amo que de allí no seguirían más adelante; que ahí cerca había un salto y que era peligroso llegarse hasta él porque era un lugar encantado en el cual salía un espíritu en la forma de una mujer muy bella, peinándose con un peine de oro, para atraer a los hombres y que más de un español que se había aventurado a llegar hasta allí, había desaparecido misteriosamente.

Don Julián pensó que aquel cuento eran patrañas de los indios y les increpó, los insultó, pero en vano. No logró que siguieran adelante. "Son patrañas", pensaba Don Julián. "Quién sabe qué rica tumba de indios habrá en estos alrededores y ellos no quieren que sea profanada. ¿Y el cuento del peine de oro? ¿Peine de

oro han dicho? De seguro que habrá eso y quién sabe que otros objetos más de oro". Dejó atrás, pues, a la asustada gente y siguió adelante sin hacer caso de las admoniciones que le hacían.

Cuando llegó al sitio en donde estaba el salto fue sobrecogido por un extraño sentimiento, mezcla de temor supersticioso y de admiración pura y simple. Subió por la orilla izquierda del río hasta llegar a lo más alto de una inmensa barrera de piedra que se levanta transversalmente y cierra el paso al curso natural de la corriente. Contempló el río que se deslizaba por su lecho, casi sin declive, mansamente, hasta encontrar la barrera de piedras inmensas en donde estaba parado. Era evidente que en la estación lluviosa, en las formidables crecidas del río, toda esa muralla era sobrepasada por las turbulentas aguas; y ahí, a sus pies, veíanse, aquí y allá, grietas profundas abiertas en la roca y perforaciones hondas, cilíndricas, hechas en las lajas por las aguas en el curso de siglos o milenios. Mas como era ya fines de diciembre y comienzos de la estación seca, las aguas claras, transparentes como un cristal, al encontrar la barra alta, transversal y maciza de piedras, se desviaban a la derecha para precipitarse, por una amplia brecha, (mayor y más baja que todas las demás) socavada en la parte más vulnerable de la roca, con un gran estruendo, en un chorro ancho, abundante, raudo y poderoso que cae a uno como canal profundo, abierto y cavado también en la roca, en donde las aguas forman un hervidero blanco de espumas y agitadas olas y remolinos vertiginosos; para deslizarse al fin, más adelante, con increíble rapidez, sobre el lomo liso de la laja viva y caer más abajo aún en un amplio pozo, redondo y profundo, con paredes cortadas a pico y lisas como las de un brocal. Aquí notaba que las aguas se dividían en dos corrientes, una menor que gira alrededor del pozo, silencioso, de aspecto misterioso, superficie relativamente tranquila y color casi negro; y otra rápida, murmurante y espumosa que se va gritando o gimiendo hacia una como laguna espaciosa, en donde se remansan las aguas antes de precipitarse de nuevo en un

rápido que queda más abajo y en el cual un ruido de aguas espumosas y agitadas, al romperse contra las piedras que se les oponen, rivaliza con el ensordecedor estruendo, incesante y eterno, del salto. Allí abajo, bien lejos, se adivinaba el remanso tranquilo, el curso lento y silencioso del río. A los lados, las laderas de la montaña y un follaje sombrío de algarrobos, guayabos de montaña, harinos, caracuchos y madroños de la tierra, que en esta época aparecían blancos como trajes de novia, cubiertos totalmente de florecillas blancas como los azahares. Don Julián, que estaba embebido en la contemplación, deleitosa y solemne a un tiempo mismo, de este paraje bello y salvaje, se había olvidado de la superstición de los indios; pero los madroños, "blancos como traje de novia", le hicieron recordarla.

Y un instante después, atónito, mudo de asombro, contempló la más bella y extraordinaria visión del mundo. Sobre el hervidero de las aguas, en la neblina sutil que se levantaba de ellas, enfrente del chorro, se dibujaban los colores del iris. De pronto, vió surgir una figura esbelta y blanca de mujer. Luego la vio que alzó las trenzas de oro con una mano fina y blanca donde brillaban al sol, como diamantes, las gotas de agua; y que con la otra mano empezó a peinarlas con un peine amarillo y reluciente como el oro.

Estaba desnuda y sus senos y su talle y su cintura, sus muslos y sus piernas, todo era perfecto. Don Julián temblaba de emoción y de espanto; pero ella lo miró con sus ojos azules, de un azul profundo, y le sonrió con tal dulzura que en un instante se sintió sin miedo alguno y más bien dispuesto a seguir tras esa hermosa aparición, atraído como se sentía por su divina belleza.

—¿A quién quieres más? —le dijo al fin la niña encantada o encantadora—, ¿a mí o al peine de oro?

Por un instante Don Julián permaneció mudo, presa del asombro y del recelo. Luego, habló casi sin saber lo que decía, para contestar a la pregunta:

—A ti, oh divina criatura; a ti, mujer o demonio, lo que seas; a

ti hermosa mujer cuya belleza sin igual me ha hecho sentir una pasión sublime —dijo Don Juan con notable vehemencia.

Sonrió la hermosa entonces y díjole:

—Te has salvado, Julián del Río, porque te has olvidado del oro envilecedor. Si hubieras mencionado siquiera la palabra oro, habrías rodado a ese abismo que se abre a mis pies. Yo cuido los tesoros de estas montañas y a los que han llegado hasta aquí con sed de oro les he dado su castigo. Pero tú, que prefieres la belleza al oro, te has salvado. Puedes irte, enhorabuena.

Don Julián la miraba extasiado, absorto, en silencio. Sintió una ansia infinita de besar esos labios, de acariciar ese cuerpo virginal, blanco, sonrosado y tierno; y sentía que una voluptuosidad nueva, distinta, desconocida, lo envolvía como en sutiles redes. Se olvidó de que ésa no era una mujer real sino "un encanto", se olvidó de todo y al fin le dijo con voz enronquecida por la emoción de amor:

—Te adoro, mi princesa; no me pidas que te deje.

Y como la niña encantada comenzara a hundirse suavemente entre las espumas de las aguas turbulentas, Don Julián, que estaba al borde de la roca cortada a pico, sobre el precipicio, se lanzó tras ella y, enlazado a su angelical figura, se fue hasta el fondo de las aguas agitadas; y de allí en los delicados brazos de su amada, como en un sueño, sintió que se deslizaba dulcemente sobre el lomo liso de la laja, hasta el remanso misterioso, frío y profundo del charco del Pilón.

• • • • •

Hasta las hadas tienen sus amores. Desde aquel día la niña encantada del Salto del Pilón no ha vuelto a salirle a nadie más.

La leyenda de Santa Librada

Todos los pueblos de nuestro país tienen un patrón o patrona, un santo o santa que han escogido como el predilecto de su devoción, al que consideran como el más milagroso de todos los santos y como protector de los intereses de esa tierra, a la cual tiene amor acendrado y da protección absoluta. Llegan a ser tan grandes la devoción y el cariño que a su patrón toman los feligreses que, con el transcurso del tiempo, casi que se olvida la universalidad del Santo en cuestión y en las mentes de los habitantes del pueblo o de la parroquia llega a prevalecer la idea de que el patrón o la patrona tiene para ellos una preferencia o exclusividad en todo, como si fuera algo propio, como de la familia. A él o a ella recurren para todas las cosas y le "mandan" las mandas más diversas y curiosas, desde una vela de a real hasta una "cadena chata", a cambio de los favores más peregrinos.

Los milagros que realiza el patrono o la patrona se cuentan por millares en cada parroquia todos los años y casi siempre son los mismos y retribuidos en forma casi idéntica: una manito de plata por haberle salvado una mano con una "postema"; un bracito de oro por haberle hecho sanar, sin defecto alguno posterior, un brazo con fractura del húmero o del radio; un collar de oro por haberle evitado la operación de las "glándulas" (amígdalas) etc., etc. Pero entre estos milagros comunes y corrientes sobresalen algunos que son verdaderos prodigios y que a través del tiempo y la distancia han llegado hasta nosotros envueltos en

un halo de misterio y de ingenua y cariñosa exageración, como veremos más adelante.

Al patrón o a la patrona se le celebra todos los años su fiesta en la fecha correspondiente y estas fiestas patronales son las más grandes del pueblo. Primero son las novenas y la salve, la víspera del día del santo. Esa noche sale el patrón o patrona en procesión por las calles del pueblo y después de la procesión hay fuegos artificiales en los que nunca faltan, además de las "cámaras" y bombas, voladores y cualquier adición moderna de pirotecnia, los clásicos "montantes". El día del santo hay la misa solemne en la mañana, parranda y "cantadera" todo el día y bailes en la noche. Al día siguiente hay la corrida de toros del primer día, con cabalgata, paseo de la bandera, etc.; un día sereno después, que en algunos lugares es día de "coleadera" de ganado o "giérra"; y, por último un segundo día de toros o corrida en la cual toreros aficionados conservan la tradición española del toreo y todos demuestran la afición a los toros que llevamos en la sangre, lo mismo que llevamos en el alma la música de España. Y aun hay pueblos que celebran todavía un día más de fiesta llamado "día de la gallota".

Las Tablas, pueblo típico del interior indo-español de Panamá, conserva muy bien esas tradiciones y tiene, al igual que los otros pueblos de alguna importancia en el Istmo, su patrona, muy guapa y muy querida y española por añadidura, Santa Librada; y todos los años le celebra sus fiestas en forma solemne con derroche de entusiasmo y sin evitar gastos a todo lujo.

Si hemos de creer la leyenda, Santa Librada o Santa Liberata como la llaman muchos, vino a Las Tablas con los primeros pobladores españoles o tal vez los precedió un poquito y ya los estaba esperando cuando éstos llegaron al sitio en donde se levantó más tarde su templo. En efecto, dicen las viejas tableñas haber escuchado de labios de sus abuelas que hubo un tiempo lejano cuando los fundadores del pueblo andaban buscando un sitio o lugar adecuado para echar los cimientos de la población y

en esa búsqueda llegaron a una extensa llanura, casi plana y lisa como una mesa, pero con ligeras ondulaciones y suaves colinas, en las cuales crecían, aquí y allá, a largas distancias, algunas "matas" o minúsculas agrupaciones de árboles, arbustos y enredaderas. En medio de esa llanura, casi despoblada de árboles, que ahora comenzaba a dorarse con la llegada del verano, veíase un bosque relativamente pequeño, pero espeso y sombrío, en una pequeña depresión del terreno por cuya parte más baja corría (y corre aún) una cantarina fuente (de cristalinas aguas en aquel tiempo lejano).

Penetraron en ese bosque los cansados españoles y casi enseguida les atrajo el canto maravilloso de unos pajaritos, tal vez los "bimbines", "puis" y "picogordos" y el de otros pájaros amarillos, más grandes que los canarios (tal vez los "chapines") y aun el de otros pajaritos más pequeños, de pecho amarillo y dorso negro (quizás los "chuíos"), cuyas maravillosos armonías rivalizaban con las de los canarios, si bien su voz era más débil que la de éstos. Siguiendo a estos bellos cantores del bosque y admirando la belleza y magnificencia de los árboles milenarios que allí había, se fueron internando más y más en la frondosa arboleda. ¡Qué maravilla de altura y de espesor la de los espavés, los ceibos, los corotúes o higuerones! ¡Qué soberbia elegancia la de los bongos, balsos, panamaes y algarrobos! ¡Qué esbeltez y belleza la de los cedros, marías, caobas, manglillos y guayabos de monte! ¡Qué sublime belleza la de ese conjunto de verdor con sus gradaciones de verde, desde el verde claro de las hojas nuevas, de los helechos y de las palmas de coco, el verde caña de los barrigones y de las cañazas o bambúes, el verde y ceniza de los guarumos, el verde plateado de los algarrobos y el verde y oro de los caimitos, hasta el verde oscuro de las palmas reales, las de corozo, las de "pisvá" y las de Pacora; de los nísperos, los higos, los rascadores, los guabos, los harinos y cien clases más de árboles del trópico! Pero por encima de todo esto ¡qué bella, qué hermosa policromía! la de esos árboles que al

perder sus hojas en esta época del año, se habían llenado de flores, salpicando así de manchas multicolores el fondo verde oscuro del bosque: los cañafístulos de rojas flores; los macanos y guayacanes de flores amarillas, de oro; los robles de flores color lila pálido; los madroños de blancas flores como los azahares; los caracuchos de flores blancas, rojas y amarillas; los balos de flores de color rosa pálido; los poroporos de hermosas flores amarillas y las flores de la cruz, de color morado. Y debajo del altísimo techo de los árboles mayores, helechos, lianas y bejucos de diversas clases y formas ("de corazón", "de mariquita", "de corona", "de culebra", "redondito", "negrito", "blanco", "colorao", "barquillo", "puque-puque", etc.) y una profusión de plantas sin nombre y de parásitas diversas; toda esa confusión de plantas de la selva tropical, toda esa vegetación lujuriante de la cual se desprende un vaho que, unido al que se levanta de la humedad y de la descomposición de materias orgánicas en el suelo, parece embotarle a uno los sentidos y envolverlo como en un mágico letargo. . .

Iban los españoles ya un poco fatigados de tanto andar por llanos y por bosques, desde hacia ya mucho tiempo. Los pajarillos seguían adelante entonando sus trinos y como indicándoles el camino a seguir. Ellos los seguían como autómatas. Para empeorar las cosas los "corrococos" y "chigarras", con sus millones de voces, iguales, ensordecedoras, contribuían a aletargarlos más. Siguieron, pues, desganados, un poquito más adelante, en medio de la penumbra del bosque, cuando de pronto se alegraron sus ojos con la presencia de un claro o "limpio" en medio del boscaje, un lugar abierto en donde, minutos después los deslumbró la luz que a chorros entraba desde el cielo por un boquete abierto en medio del follaje.

El claro estaba hecho de rocas milenarias en las que, desde luego, no había árboles sino apenas algunos arbustos creciendo en las grietas, entre las peñas, junto con enredaderas, pitahayas y tunas de rojo fruto, campanillas blancas, rosadas, azules; flores

silvestres, amarillas y rojas; y algunas orquídeas de plástica belleza y maravillosos colores. En el centro de estas rocas, así adornadas como un altar, iluminada por los rayos del sol, con la cara bella y radiante, veíase la imagen de una santa. Los admirados españoles cayeron de rodillas, como movidos por un resorte, ante la sublime aparición. Pasada su turbación inicial, reconocieron en la bella estatua de piedra que tenían delante a la imagen de la joven mártir gallega, Santa Librada. Pensaron que era de buen agüero tal encuentro y, de común acuerdo, decidieron llevarse la estatua de piedra de Santa Librada que, por un milagro de la providencia, allí habían encontrado, con la idea de poner la población, que iban a fundar, bajo la protección de la santa y de erigirle a ésta un templo "en la dicha población".

Eligieron para situar el pueblo la parte más alta y plana de la llanura, cercana al bosque, y allí improvisaron sus viviendas; ahí colocaron a la virgen en un altar; pero ¿cuál no sería su sorpresa cuando un día amanecieron sin su santa venerada? Todos estaban desconcertados. ¿Quién se habría llevado la santa? ¿Se habría ido ella sola? ¿Sería su desaparición otro milagro tan grande como su inesperada aparición en medio de aquel bosque solitario? Salieron todos a explorar los terrenos vecinos: y fueron a dar, al fin, al mismo bosque y al sitio mismo en donde la habían encontrado el primer día.

Allí estaba ella, bella y radiante, como satisfecha de encontrarse en ese primitivo altar de la naturaleza. De rodillas todos, rezaron y le dieron gracias a Dios por haberles devuelto tan preciado tesoro. Una vez más se la llevaron consigo, pero de nuevo volvió Santa Librada a dejarlos para regresar a su sitio predilecto. Hasta que al fin, interpretando como voluntad de 1a santa el que fuera allí en donde se le erigiera su templo, le prometieron que allí levantarían su iglesia y fundarían su pueblo. Esto fue lo que pensó aquella buena gente, según dicen las viejas; y enseguida se dio comienzo al trabajo de desmonte y limpieza del terreno para hacer las casas y construir una "ermita"

que alojaría temporalmente a la milagrosa imagen. Tumbaron también montes para sembrar maíz, arroz, plátanos y otros frutos; y en los llanos comenzaron a criar sus ganados. Después de pocos años había ya una pequeña aldea, con hatos de ganado en los llanos vecinos y con campos de cultivo, salpicados, aquí y allá, por árboles gigantescos que quedaban como señal apenas de lo que antes había sido selva virgen, bosque umbrío.

Pasaron los años y la población fue creciendo. Sobre las peñas donde habían encontrado la santa, hubo una ermita por algunos años; pero pronto se comenzaron los trabajos para la edificación de un templo, el cual, se hizo precisamente sobre las mismas rocas milenarias que habían servido a la sagrada imagen de mansión o altar. Y desde entonces (y aún antes, como queda dicho) ha venido obrando milagros Santa Liberata, entre aquella gente y sus descendientes, gente sencilla y buena, trabajadora y creyente, que han creado riqueza y abundancia en toda la región por medio de sus esfuezos y su inteligencia, ayudados por la fe en su santa patrona que les ha colmado de bendiciones y beneficios, sanando a los enfermos (hijos, hermanos y seres queridos); haciendo llover, en las sequías, después de las "rogativas"; en las faenas del campo, dándoles buenas cosechas; en las tormentas y en los temblores de tierras, librando a sus protegidos de todo mal. Millares son los enfermos sanados por su santa intervención, innumerables los perseguidos de duendes, brujas y demonios que se salvaron por su fe en Santa Librada y muy rico, por supuesto, también, el cofre de prendas de la santa en el cual se han ido acumulando los regalos de los agradecidos tableños, del pueblo y del campo, a través de los tiempos.

En el año de 1900 estalló la última guerra civil en el Istmo, encabezada por el gran caudillo liberal tableño, Dr. Belisario Porras. Esta guerra, que comenzó en el centro de Colombia en 1899, duró tres años y en el curso de ella hubo altas y bajas en la suerte de las fuerzas contendoras, conservadoras, y liberales. El gobierno conservador colombiano tenía, desde luego, muchas

ventajas a su favor. Como gobierno que era tenía más recursos de armas, de organización, de dinero y de crédito, amén de batallones de soldados regulares, bien disciplinados; pero los patriotas liberales tenían la fuerza incontrastable de su decisión y su entusiasmo para luchar por sus ideales y eran, en el Istmo, la inmensa mayoría indudablemente.

La guerra se libró principalmente en tierra, pero hubo también combates navales y desembarco de tropas en ciertos lugares estratégicos por parte de ambos bandos contendores. Un día, aseguran personas mayores de Las Tablas, se presentó un barco de guerra colombiano, frente a las costas tableñas con la intención aparente de desembarcar tropas conservadoras por Mensabé o por la Boca de La Laja. Pero cuando el barco estuvo ya cerca, el Capitán pudo ver asombrado, que miles de hombres, armados, con fusiles y cañones, esperaban en las playas de Mensabé y de La Candelaria, listos a impedir el desembarque y, lo que era peor todavía, colocados en situación ventajosa para coger a los invasores entre dos fuegos. El capitán miró con los catalejos y vio cómo se paseaba por la playa, del lado de Mensabé, una mujercita vestida con falda roja y capa de color azul con una espada en una mano y una cruz en la otra, dando órdenes como si fuera la Capitana que comandara ese ejército. Ordenó entonces alejarse de ese puerto y poner proa hacia la Boca de La Laja; pero en las playas del Uverito y en las de ambos lados de la boca de La Laja vió el mismo cuadro de Mensabé y La Candelaria y a la misma Capitana u otra igualmente vestida y del mismo tamaño, que daba órdenes y se aprestaba a la defensa. En estas circunstancias al "cachaco" no le quedó otro recurso que desistir de la invasión y alejarse, cavilando de dónde habría sacado esta gente tantos hombres y armas, por qué tendrían esas capitanas y cómo estaría de guarnecida la plaza de Las Tablas, si tenían tan gran contingente de tropas regadas por las playas. Muchas gentes de Las Tablas, Sesteadero, La Laja, Santo Domingo, Loma Bonita, Cocobolas, Manantial y Palma Grande se dice que presenciaron el milagro

(porque milagro era) y que Santa Librada en persona había estado ese día al frente del misterioso ejército.

La nueva se regó pronto por todas partes y causó gran revuelo, sobre todo en el pueblo. La gente acudió a la iglesia a ver a su patrona, que tales muestras les daba de su amor y protección; y allí estaba ella, radiante de felicidad y de belleza, con las mejillas encendidas. Estaba idéntica en todo sólo que sus mejillas parecían "chapeadas" como cuando uno se expone mucho tiempo al sol; y luego notaron algo los fieles, que arrancó de todos los pechos, al mismo tiempo, un ¡oooh! de admiración que subió hacia las naves del templo como una ola de fervor religioso, al mismo tiempo que todos, como movidos por un resorte misterioso se postraban de hinojos. Era que habían visto todos que los piececitos de la Santa estaban "cubiertos" de arena.

El árbol santo de Río de Jesús

Nadie sabe cuántos años o cuántos siglos de existencia tiene el árbol, ni si ha sido siempre el mismo o es éste un descendiente del original o de algún descendiente de aquél. Lo cierto es que sólo hay un árbol tal, y dos retoños nuevos, únicos en esa región de Río de Jesús, únicos en el país, en el Continente Americano tal vez, quizás en el mundo; porque ningún panameño ni ningún extranjero, de todos los rincones de la tierra, que todos los años lo visitan, en ningún lugar del mundo ha visto jamás otro árbol como ése. Alto como un cedro, una caoba o una maría, de tronco grueso y recto hasta bien alto, de numerosas ramas y con una copa grande y frondosa, de hojas de tamaño mediano, de forma ovalada y muy verdes, tiene un parecido lejano con el marañón de Curazao, pero tiene particularidades que lo hacen diferente y muy raro, que llaman la atención y que desde tiempo inmemorial atrajeron o captaron la curiosidad de los hombres e inspiraron en ellos supersticiones que lo han hecho legendario. Las gentes lo han bautizado con el nombre de "árbol del Paraíso" y le atribuyen virtudes y poderes extraordinarios.

En el mes de enero la corteza gris del tronco, las raíces visibles y las grandes ramas comienzan a llenarse de manchas negruzcas en las cuales, después de corto tiempo, empiezan a salir unos brotes que al principio no se sabe a ciencia cierta qué son, pero que gradualmente se convierten en ramilletes, de diversos tamaños y formas, de unas flores parecidas a ciertas or-

quídeas y a la flor de la granadilla, razón por la cual también se conoce el árbol con el nombre de granadillo o árbol de granadilla. En esas flores predomina el color morado oscuro pero combinado con otros tonos o variedades de morado, el lila y el rosado, en la parte interior; y el amarillo claro y el amarillo quemado y otras tonalidades de colores de difícil clasificación, en la parte externa. Estas flores en forma de ramillete, van saliendo en brotes sucesivos y llenan el árbol desde las raíces y el tronco hasta las ramas, de tal suerte que al llegar la Semana Santa, está el árbol, por así decirlo, vestido de flores, cuyos colores entonan muy bien con los colores litúrgicos de La Pasión. Y lo más notable es el aroma grato, indescriptible, que llena los aires del campo aledaño.

Ese aroma, "aroma de una inmensa flor", cautiva también la imaginación de las gentes. Pareciera un incienso pagano y tropical elevándose desde ese altar que la Naturaleza levanta a Dios. Pero aun hay otras peculiaridades que han impresionado a las gentes de Río de Jesús. El árbol no da más que dos frutos, como del tamaño y la forma de una toronja, con un contenido gelatinoso, maloliente y efímero pero desprovisto completamente de semillas, razón por la cual no puede el árbol reproducirse en esa forma, según el decir de la gente. Por otra parte, cuando se han puesto a prender ramas en formas diversas, han salido yemas o renuevos numerosos cuando se coloca la rama horizontalmente. Luego, todos esos renuevos se mueren, menos uno, que vive por un tiempo pero que acaba también al fin por secarse. Una anciana de Río de Jesús me ha contado que su madre logró en esta forma prender un arbolito en el patio de su casa, el cual llegó a crecer hasta alcanzar una altura de tres metros más o menos; pero que un día de tormenta, de los muchos que suele haber en Veraguas, un rayo lo destruyó. Y desde entonces no ha visto ni sabido que se haya logrado prender otro. Solamente en el sitio donde se encuentra el árbol viejo han prendido dos hijos, como ya se ha dicho.

Además de todo esto, el "árbol del Paraíso" se encuentra en medio de una ceja de monte, cercana a un estero, a corta distancia del Puerto de La Trinidad. Hay manglares cercanos pero no hay mangles ni árboles de los comunes en las orillas de los manglares o del mar en esa como isla de vegetación que rodea al "granadillo"; y éste es único en su clase, sin parecido alguno, con los árboles que lo rodean.

Las flores, que son hermosas y fragantes, cautivan desde luego, al visitante y todo el mundo arranca su manojo de flores y lo lleva consigo; pero no pasa mucho tiempo cuando ya han perdido su perfume y su belleza. Al contacto con las manos de los hombres o al ser separadas del tronco que les da savia y vida, pronto se marchitan y deshojan. Sin embargo, las gentes, de muchas leguas a la redonda, aseguran que son milagrosas y las conservan, como guardan también las pencas benditas que reparte el Padre los Domingos de Ramos y que, puestas en cruz a la entrada de las casas y chozas, protegen a los habitantes, de muchos males. En el caso de las flores del "granadillo" los milagros que éstas hacen son curativos. Una hojita colocada en el hueco de una muela quita enseguida el dolor de muelas del afectado. ¿Que un niño tiene dolor de oído? Se le introduce un pétalo cuidadosamente doblado en el oído externo y el dolor desaparece por arte de magia. Y si alguno despierta una noche con dolor de estómago, con una infusión de pétalos de la milagrosa flor, que se tome bien caliente, desaparecen todos los síntomas y el enfermo amanece bien. Desde tiempos remotísimos saben esto los habitantes de la región y lo han practicado con buen éxito.

Es indudable, pues, que hay algo misterioso, sobrenatural, en ese "árbol del Paraíso" de Río de Jesús. Tal vez sea una de esas silenciosas bendiciones que El Eterno ha derramado sobre sus hijos. Así piensa la gente sencilla de la región y así pensaron sus abuelos y por eso, desde tiempo inmemorial se desarrolló una devoción mística en estas gentes que creen en los poderes curativos, sobrenaturales, del árbol y que todos los años van en rome-

ría desde que empieza a florecer el árbol santo, a pagar mandas, a rezar a su sombra, a pedirle remedio para sus males, a ponerle velas y a recoger las milagrosas flores que llevan a su casa como seguro remedio para muchas enfermedades.

Con el tiempo se han ido sumando curiosos turistas a la Caravana que anualmente va a visitar el "árbol del Paraíso" o "granadillo de la Trinidad" y durante los días de Semana Santa, especialmente el Viernes Santo, el espectáculo que allí se contempla es imponente, en su sencillez.

En un espacio amplio, en medio del monte, abierto y limpio de malezas por los campesinos especialmente para esos días de Semana Santa, se ven millares de velas encendidas en *"talanqueras"* o candelabros rústicos, improvisados con maderas del bosque, y a centenares de fieles que arrodillados rezan rosarios y oraciones diversas, frente al inmenso altar del árbol santo de "granadillo", adornado por Dios mismo con sus misteriosas flores que despiden el incienso inigualable de su exquisito y exótico perfume. Es un espectáculo mitad cristiano, mitad pagano, que por lo mismo impresiona hondamente como que lo que allí hay es una comunión de almas con su Creador, en la forma más amplia y más simple, ante el primitivo altar de la Naturaleza.

Las piedras grabadas de Montoso

Habíamos subido desde Las Minas, que está a cuatrocientos metros de altura, al Alto de La Peña, ya en plena cordillera. Ñuco, con su cima aguda y grácil, a 800 metros de elevación, nos quedaba a la derecha. Desde lejos nos había parecido el lugar por donde ahora íbamos, un filo angosto; pero ahora se dilataba ante nosotros una gran extensión de tierra plana, interrumpida apenas, aquí y allá, por una loma o una cuesta. Pronto cambiamos de rumbo. Ibamos ahora en dirección sur por una meseta descendente, detrás de la cordillera del Alto de la Peña. Hacia el poniente se veían valles, ríos y algunas lomas que obstruían nuestra mirada escrutadora. De pronto, se nos apareció el más bello espectáculo que hayan contemplado ojos humanos. Más allá del verdor de los valles y colinas, más allá de esa gama de verde, desde el verde claro del llano hasta el oscuro, casi negro, de lo más tupido de la selva, apareció de repente un retazo de espejo bruñido, de cambiantes colores y reflejos, inmenso, magnífico, en forma de triángulo agudo con el vértice hacia el continente y la base en la línea imprecisa donde se une al mar infinito. Era el golfo de Montijo. Nos detuvimos un instante a contemplarlo y a adivinar las islas que, como pequeñas manchas aparecían en medio del golfo; y a identificar los ríos; allí El San Pedro, allá El San Pablo. Seguimos andando y poco después se nos aparecieron delante, primero los llanos de Chepo, en medio de la montaña (numerosas colinas de cumbres redondeadas y cubiertas

de hierba, de suaves pendientes y pequeños valles) y más atrás, hosco, misterioso, imponente y casi negro por la espesura de la selva que lo cubre, Montoso, cerro de forma cónica, de 800 metros de elevación, ancho, grueso y de aspecto casi tétrico, situado en las inmediaciones del límite entre Herrera y Veraguas. Estábamos en Tres Puntas, pequeño paraíso, a 600 metros de altura, de clima dulce y de belleza indescriptible, en donde Gollito González y sus hijos han plantado la bandera de la civilización y de la hospitalidad más generosa.

• • • • •

Después de una cena magnífica vinieron, como es natural los cuentos: cuentos de tigres y de serpientes; de aparecidos y de fantasmas; de peleas y de hombres *"guapos"* de la sierra. Supe que Tres Puntas está entre las cabeceras del Río La Villa y del Río Suay, que corren el uno hacia el Golfo de Parita y el otro hacia el Golfo de Montijo; y que para pasar hacia los llanos de Chepo, a donde iríamos al día siguiente, había una angosta garganta de tierra entre dos manantiales o pequeñas quebradas que alimentan la del Este, al Río La Villa, la del Oeste al Suay; que el nombre de los llanos de Chepo les viene del nombre de un cacique que había en la región al tiempo de la conquista; que en diversos lugares de los llanos hay pequeños cementerios en donde a través de los siglos se han confundido los huesos de indios y blancos, primero en las luchas sangrientas de la conquista y de la libertad y luego en la paz que siguió a la feliz unión de las dos razas. Aprendí que en Montoso, ese misterioso Montoso, que allí se veía como una negra sombra, a la luz de la luna, había las cosas más interesantes. En primer lugar su selva virgen, apenas tocada por la mano del hombre, en la que abundan el caoba, el mal llamado pino de la región, el maría, el amarillo, el cedro y otras maderas preciosas; luego, las cabeceras de los ríos, Tebario de un lado y Mariato del otro; una fauna riquísima en la cual sobresalen por su abundancia y por los estragos que hacen, el tigre pintado y el tigre congo, negro como el azabache. Pero lo más

extraordinario de todo son las piedras grabadas y el "esbarrancao" que hay en medio de la montaña, en lo más espeso y recóndito de la selva. Unas piedras grandes, de cuatro metros o más de altura, presentan, en la dirección del saliente, caras más o menos planas como si hubieran sido labradas intencionalmente para alisar la superficie, con instrumentos primitivos. En ellas, según dice la leyenda, está escrita la historia de una tribu de indios y de sus malhadados conquistadores españoles en signos ininteligibles para nosotros pero que parecen ser escritura indígena, esculpidos en bajo relieve con toscos instrumentos de metal o de piedra.

La historia como me la relataron los compañeros, es la siguiente: había una tribu pequeña pero feliz que habitaba en algún lugar cercano de Montoso cuando llegaron los conquistadores españoles, que los sometieron y esclavizaron. Iban los conquistadores en busca de oro y encontraron en Montosa un filón que explotaron, precisamente en el sitio donde se ve, como una enorme cicatriz en la falda de la montaña, el "desbarrancamiento" o derrumbe antiguo que hay junto a las piedras grabadas.

En su afán de lucro, en su codicia sin límites, llegaron los españoles hasta la increíble crueldad de mantener a la tribu entera en los subterráneos, día y noche, no dejándolos salir, sino muy contadas veces, a recibir la bendición de la luz solar. Allí, en los socavones, comían y dormían. Sólo un indio ladino entraba y salía con frecuencia porque era "de confianza" y lo tenían de mandadero para ir a la vecina Colonia de Vacamonte en donde se aprovisionaban de todo. Muchos indios morían, como era de esperarse, de enfermedades, de cansancio y de fatiga y todos sufrían horriblemente, no sólo por el trabajo agobiador, el mal trato y las condiciones pésimas de vida, sino también y sobre todas las cosas, por el dolor de su libertad perdida.

Un día encontraron en sus excavaciones una veta riquísima de mineral y fue tan grande la alegría de los españoles y tal su interés por la nueva fuente de riquezas que se abría ante ellos que todos quisieron ver con ojos ávidos la nueva veta y todos bajaron

a contemplarla. Ésa fue la ocasión propicia para los indios. Sin armas que igualaran a las de sus amos pero armados de una determinación heroica, rompieron todos los soportes de los socavones que pudieron y cavaron en los sitios que ellos sabían más a propósito para provocar un derrumbe; y éste se produjo, sepultando a todos por igual en las entrañas de la misteriosa montaña que aún hoy permanece casi inviolada.

El único sobreviviente de la tribu, el indio “de confianza”, se cree que grabó en las piedras la historia trágica de su desdichada gente y se fue, luego, a sumarse a otra tribu vecina que aún vivía en libertad.

La misa de las ánimas

En la Villa de Los Santos ha habido todo el tiempo gente madrugadora, sobre todo mujeres; unas, las religiosas, que para oír la misa primera, se levantan muy temprano y otras, las trabajadoras, que madrugan para comenzar, "con la fresca", a hacer pan o "carimañolas" o, en otros tiempos, a moler maíz para tortillas. Muchas de estas mujeres, en tiempos pasados, tenían la costumbre de ir a bañarse en el río, (tan bello y de agua tan tibia y agradable en el verano, que de veras "convida" a hundirse en sus ondas) antes de que llegara la luz del alba y con ella las miradas indiscretas de los hombres.

Juana Franco era una de esas mujeres del pueblo, pobre y trabajadora, que se *ganaba la vida haciendo tortillas.* Vivía en el llano del Panteón que hoy se llama barrio de San Mateo. Acostumbraba ella madrugar mucho, ir a bañarse al río y traer, de regreso, un cántaro de agua en la cabeza (sobre un "rodillo" de trapo como aún lo hacen algunas campesinas santeñas) para mojar el maíz a medida que lo molía en la piedra y para otros menesteres caseros. Ella siempre trataba de acabar temprano pero siempre "la cogía" la mañana, afanada en sus quehaceres y casi nunca iba a misa por falta de tiempo. Alma sencilla, no dejaba nunca de reprocharse su falta de cumplimiento con la iglesia y todos los días se repetía lo mismo: "un día de estos voy a levantarme más temprano para terminar pronto y alcanzar aunque sea la última misa". Pero pasaba el tiempo y nunca podía cumplir su propósito.

Una noche de enero, blanca de luna, “clara como el día”, se levantó Juana Franco creyendo que era de madrugada y salió de su casa como de costumbre, en dirección del río. En su camino tenía que pasar al lado de la iglesia y al enfrentar al costado de ésta oyó arriba, en lo alto de la torre, sonar las campanas, como “tocando a misa” y le llamó la atención una gran iluminación que de pronto apareció en la Iglesia. “¿Qué pasará, pensó Juana Franco?”; “¿Será ya tan tarde que va a empezar la misa?” Miró por la puerta lateral de la iglesia que estaba de par en par abierta y vió que había mucha gente adentro. Puso su cántaro en el suelo, recostado a una palma real de las que allí hay, mientras pensaba: “efectivamente están en misa. Voy a aprovechar esta ocasión para ir a misa, que hace tiempo no lo hago”. Caminó por el atrio hacia la torre, dobló la esquina del atrio y entró por la puerta del perdón. Después de santiguarse y de arrodillarse un momento, clavando en tierra una rodilla; se dirigió a una pila de agua bendita, “tomó” el agua con la punta de los dedos, se hizo las cruces rituales en la frente, en el pecho y en los labios y siguió adelante, desviándose por una nave lateral para ir a hincarse en un viejo reclinatorio que tenía allí su familia desde tiempo inmemorial. Arrodillada ya y mirando hacia el altar, notó que el padre que oficiaba era nuevo y lo mismo el “monacillo”. Luego se fijó en la enorme profusión de luces procedente de *velas de cera, blancas como perlas,* y adornadas de cintas muy blancas, que había ante el altar y la gran cantidad de muchachas vestidas de blanco impecable que se arrodillaban allá, cerca de la Sacristía “Habrá algún matrimonio”, pensó Juana Franco. “Pero no se ven los novios”. Miró con más cuidado en todas direcciones. La iglesia estaba completamente llena de gente, todos vestidos de blanco, algunos con túnicas del mismo color y portando todos en la mano izquierda un cirio prendido. Se oían los rezos como un murmullo y se sentía una mezcla de olores de barniz, de heliotropos y de jazmines. De pronto rompieron a cantar en el coro unas veinte o más jóvenes de semblan-

te angelical y de vestiduras vaporosas y níveas, acompañadas por las notas quejumbrosas y solemnes del órgano. Sus voces melodiosas parecían lejanas, como un sueño, la música, dulce y sublime, era una rara música nunca antes oída por ella. Juana Franco se estremeció de emoción y de espanto a un tiempo mismo. Miró luego con mirada curiosa, examinadora, casi ansiosa, a las personas mas cercanas. Vió rostros desconocidos pero también empezó a identificar a algunas personas: ahí estaba Juanita Castillo, más allá Juan Facundo Espino y Miguel Saucedo y Dominga Correa, todos difuntos. Juana Franco temblaba como el azogue; estaba azorada, muerta de frío y de miedo; quiso gritar y no pudo; pero en ese instante una señora se le acercó sonriendo, la tomó del brazo y amablemente le dijo: "Venga, comadre, salga de aquí, que esta misa no es para los de la tierra". La miró bien, Juana Franco, y vió que era su comadre Micaela Moreno, amiga de infancia, muerta hacía muchos años, cuando las dos eran todavía mozas. Juana se dejó guiar dócilmente y en un momento estuvo fuera de la iglesia y sólo vió ahora sombras; las puertas cerradas, ni una luz, ni una voz, completo silencio. Llena de un miedo espantoso Juana Franco "salió en una sola carrera" hasta llegar a su casa. Se sentía con fiebre. Se fue derecho a la cama, pero antes prendió luz y miró el reloj: eran las 12 de la noche. Había estado en la misa de las ánimas.

María chismosa

En todas partes y en todas las épocas han existido y también hoy existen, lo mismo que en el pasado, viejas chismosas. Sobre todo en los pueblos nuestros, pequeños y de calles cortas y estrechas y de vida sedentaria y monótona, en donde todo el mundo se conoce y los pocos "forasteros" se reconocen al punto y se cuentan con los dedos de las manos. Que se habla un poco en alta voz, la chismosa de la casa del lado o la de enfrente para la oreja, aguza el oído y si es necesario camina con disimulo "hasta el canto del portal" para oír mejor lo que se conversa; que sale uno o entra otro, la chismosa atisba detrás de una celosía o de una hoja de puerta para ver quién es y qué hace. Saben siempre estas espías rústicas quién va por la calle, quién sale de noche y quién llega tarde; y algunas veces se dan una vuelta por el pueblo o visitan a otras chismosas para saber cuentos de los enamorados, de las peleas de marido y mujer, de las calaveradas de fulano y los coqueteos de zutana, etc.

Una vez hubo en la Villa una mujer de éstas que averiguaba la vida de todo el mundo y espiaba de noche, protegida por la oscuridad, para saber las andanzas de la gente. A cualquier hora que se pasara, tarde de la noche, por su calle, era casi seguro que ahí, detrás de alguna puerta o escondida en alguna sombra, estaba ella atisbando. Su fama llegó a ser tan grande, que la llamaban María Chismosa.

Una noche, como a las doce, estaba ella, como de costumbre, con una puerta "entrejusta", esperando que algo se moviera o algo pasara por allí, cuando oyó un murmullo como de voces lejanas que luego le parecieron rezos. Miró por la rendija de la puerta y vió que por toda la calle abajo venía un gentío con luces encendidas. Un nietecito suyo comenzó a llorar en ese momento y para consolarlo fue a su cunita, lo cogió cargado y volvió a la puerta; la abrió un poquito más para ver mejor y ahora pudo apreciar que una gran procesión, como la del Viernes Santo, (sólo que más rápida), venía caminando también por los portales. Notó que todos venían alumbrando; no había una sola persona que no trajera su vela encendida. Ya llegaban frente a su puerta. Iban rezando el rosario. De pronto una de las "alumbrantas" le entregó una vela grande encendida, que ella tomó con la mano izquierda que le quedaba libre. La misteriosa procesión siguió adelante y cuando María Chismosa apagó la vela se dió cuenta de que era muy dura y que no era enteramente redonda y tenía protuberancias en los extremos. Trató de prender la vela y no pudo. Comprobó que no tenía mecha y empezó a temblar de miedo. Prendió luz y "¡Jesús, Ave María Purísima!", exclamó. "es una canilla de muerto lo que me han dado". Presa de terror llamó a la vecina y le mostró la tibia macabra; y enseguida se pusieron a rezar. "Esas fueron las ánimas" convinieron las dos. La vecina le aconsejó que fuera a ver al cura y así lo hizo muy temprano en la mañana.

El Cura después de oír la historia de María Chismosa le dijo que se había salvado porque tenía el niño en los brazos y le aconsejó entonces que otra noche, cuando volviera a pasar la procesión, le devolviera a un ánima el hueso de muerto, pero que tuviera el niño en los brazos.

Así lo hizo una noche que volvió a pasar, a la misma hora, la procesión macabra. Le entregó la tibia de muerto a la primera ánima que pasó y ésta, volviéndose hacia ella y dejándole ver su cara descarnada, le dijo moviendo en horrorosa mueca los huesos de su boca: "Te has salvado por cargar en tus brazos un

niño inocente, María Chismosa. Quédate en tu casa y no averigües más la vida ajena".

“Hoy no, mañana sí”

Tres días hay en el año
Que son de veneración:
Viernes Santo, Corpus Cristi
Y el día de la Encarnación.

Así cantaba, “a lo divino”, un viejo cantador de “mejorana” un 25 de marzo, día de la Encarnación, en la Placita de Jesús de la Villa de Los Santos. Y siguió luego cantando las cuatro décimas de pie forzado que se acostumbra en las “mejoranas” y en las cuales, como es de rigor cada décima termina con un verso de la redondilla. Había alguna gente rodeando a los cantadores porque en el interior siempre hay entusiastas de las costumbres tradicionales y de la música típica; pero a unos pocos metros de distancia había un “rancho” con orquesta afrocubana que tocaba guarachas y rumbas, con alto parlante e imitadores de Cascarita y mucha gente bailando y tomando.

—Mire Ud.— me dijo un viejo, de los que escuchaban el canto “a lo divino”, señalando hacia el lugar de las estridencias africanas irreverentes.— Mire Ud. cómo cambian los tiempos. Ya no se respeta nada. ¡Un día tan grande como éste, señor! Y esa gente profanándolo, con sus bailes y su música indecentes. En otros tiempos el día de hoy se respetaba. Nadie se atrevía a chistar; nadie bailaba, ni cantaba, ni trabajaba, ni mucho menos parrandeaba. No se juntaba candela, vea. La comida se hacía el día

antes y se comía fría el día de la Encarnación. Porque este día es sagrado, el día de la Encarnación del Señor, del Hijo de Dios en las purísimas entrañas de María Santísima. Sólo se permitía cantar décimas y cantarlas "a lo divino" porque eso es ya otra cosa; porque el canto "a lo divino" es el canto de las cosas de Dios y de la Religión. Las décimas hablan de las profecías, de la vida, pasión y muerte de Nuestro Señor, de los misterios de la Religión, de las glorias y milagros de la Virgen y de los Santos, etc.

—Hoy, sólo los campesinos respetan esas cosas. Ud. no consigue que un campesino cometa la irreverencia de bailar un día como hoy, ni la de emborracharse y escandalizar como lo están haciendo en esa cantina; mire Ud. Y tampoco consigue que un campesino trabaje el día de la Encarnación por ninguna plata, porque éste es el día en que habló el buey. Eso sucedió aquí cerquita, en Doña Juana, una finca próspera en un tiempo y que ahora es un "restrojal". Sucedió que un hombre "llamarse" Mela, olvidando los mandatos de Dios que ordenó que este día se respetara y no se trabajara, un día como hoy, muy de mañana, enyugó los bueyes y los "puso" en la carreta; y él que puya a uno de los bueyes con la garrocha y le dice: "jala bueycito" y el buey que se "revira" y le contesta:

"Hoy no, mañana sí".

—Ahí mismo cayó el hombre, privado del sentido y no volvió más en sí. Se murió ese mismo día.

Cuando el buey le habló al hombre, pegó una patada en una laja y ahí quedó marcada la huella en la piedra, como para recordarle siempre a los hombres que ese día no se trabaja. Si Ud. quiere verla podemos mañana ir allá; queda cerquita.

Así habló el viejo y yo después averigüé con algunos amigos de Los Santos lo de la huella y me han asegurado que, efectivamente, en un rastrojo, en donde antes hubo una finca, en un lugar llamado Doña Juana, hay una laja casi a ras del suelo y en ella una marca que tiene parecido indudable con el rastro que deja la pezuña de una res y que se dice fue la huella que dejó el

buey que un día de la Encarnación le dijo a su amo que lo puso a trabajar:

"Hoy no, mañana sí".

El “Esquipulas” y los “Esquipulitas”

“Ya vienen, ya vienen”, se oye por todas partes. La gente se mueve de un lado para otro, tratando de acomodarse en las estrechas aceras y en los portales para ver mejor. “Ya vienen, ya vienen” los “Esquipulitas”. Hay miles de personas en los portales y aceras y muchos se echan a media calle porque no caben en las orillas. La gente hace un zumbido de colmena. Hasta nosotros llega una confusión de ruidos y sonidos discordes, entre los que sobresalen las voces de pequeños tambores o cajas destempladas. A lo lejos se ven titilar, subir y bajar y formar ondas, miles de luces rojizas, en hileras irregulares que se mueven poco a poco hacia adelante. Aumenta el ruido de tambores, pitos, guitarritas roncas “hechizas” y violines destemplados.

Ya se ven llegar los primeros grupos de peregrinos, cada uno con su “Esquipulita”, una pequeña imagen blanca del Crucificado, llevada en andas por una sola persona en un altarcillo lleno de flores y adornos de vistosos colores, banderitas de papel picado, espejitos y baratijas; y rodeado todo de luces de antorchas, faroles y velas. Pasan, uno tras otro, los “Esquipulitas”, veinte o más de ellos, cada uno con su séquito de indios, con su orquesta primitiva y sus alumbrantes. No hay una sola melodía, una sola expresión de sentimiento de piedad o de fervor religioso. Pareciera que el objeto de los instrumentos es sólo hacer ruido en las formas más desagradables y diversas. Y los indios

pasan, como sombras silenciosas, resignados y tristes, herméticos, enigmáticos; y da tristeza verlos pasar y no poder penetrar ni un poquito siquiera en el misterio de sus sentimientos, de sus motivos, de sus anhelos, de su fe y sus esperanzas. Más que cristianos creyentes parecen autómatas atontados por la superstición y la tradición de siglos, de una conquista hecha más que por la espada, por la cruz.

Esos pobres indios llegaron anoche, esta madrugada o esta mañana, después de recorrer a pie inmensas distancias por caminos fragosos. Vienen de la cordillera, de los valles, de las orillas del Lago Gatún, de los confines del distrito de Antón y de parte de los distritos vecinos, cada grupo con su santito, sus instrumentos, sus tambores; y antes de bajar a la llanura de Antón, han recorrido los villorrios a donde el "Esquipulita" ha ido de visita y ha pasado en alguna casa que reclamó el privilegio de albergarlo por una noche y en donde ha recibido dádivas o limosnas de los fieles.

Los "Esquipulitas" son imágenes y embajadores del "Esquipula" grande y se pasan el año en las montañas, cada uno en un sector señalado, en alguna casa principal de alguna aldea, que tradicionalmente ha tenido tal privilegio; y de esta manera pueden los "cholos" y otros campesinos disfrutar de los beneficios de la acción directa del Santo Cristo de Esquipulas que tienen allí cerca, en la forma del pequeño crucifijo llamado "Esquipulita".

La peregrinación de los "Esquipulitas" por los campos de la sierra comienza con bastante anticipación y el itinerario de cada uno está tan bien calculado, que terminan todos la víspera del quince de enero, en el pueblo cabecera, Antón, a donde empiezan a llegar el catorce en la noche, uno tras otro, todos con su música monótona y llena de discordancias, todos con la misma policromía de flores, adornos y vestidos de colores diversos y las luces de antorchas humeantes y lámparas que llenan de cocuyos humanos la inmensa noche interiorana, camino de la iglesia de Antón, amplia, blanca y limpia, que los espera esta noche toda iluminada y

con las puertas todas abiertas de par en par. Allí van llegando, uno por uno los "Esquipulitas" con su cortejo de "cholos" y "cholas" que los dejan ahí en el templo y se van luego a descansar o a divertirse un poco, para volver la noche siguiente a buscarlos para ir a la procesión.

• • • • •

En tanto, la procesión sigue su marcha. Pasan los últimos cholos y otros campesinos y ya el primer grupo de "Esquipulitas" va llegando a la iglesia. Detrás viene la procesión más ordenada, con la gente del pueblo y de los pueblos vecinos y de la Capital, en largas filas paralelas de alumbrantes y una inmensa cantidad de gente que marcha a su lado, al son de una música marcial; luego siguen el Santo Cristo y detrás de él una multitud enorme y apretada. Es la procesión del quince de enero, la procesión del Santo Cristo de Esquipulas, patrón de Antón, en la provincia de Coclé. Medio Panamá ha venido a verla y las calles del pueblo, fuera de la ruta de la romería, están atestadas de automóviles de todas las marcas y formas. Cuando la procesión llega a las inmediaciones de la Carretera Central, el tránsito por ésta se interrumpe un buen rato. Es que la fama de esta imagen del Divino Redentor es enorme, como que sólo es igualada en el país por la del Jesús de la Atalaya y la del Nazareno de Portobelo.

Es imponente el espectáculo:

El Cristo de Esquipulas es una bella imagen del Redentor, dolorosa y sangrienta, de una grande y trágica belleza; y es grande de tamaño, con las dimensiones de un hombre; y con una humana expresión de dolor y de angustia. Visto el conjunto del Santo Cristo, en la sólida Cruz (a cuyos pies hay toda una floración de rosas), sobresaliendo entre la multitud polícroma, sobre las luces y el humo y contra el fondo azuloso y profundo de la noche, ofrece a la vista un espectáculo impresionante, majestuoso, magnífico.

No se sabe exactamente cuándo llegó a Antón la sagrada imagen del Cristo Crucificado. Ha sido desde entonces adorada y es

cada día más venerada por los antoneros y por gente de todas partes que oyen los relatos de sus milagros y prodigios y así se suman a los miles que todos los años le piden al Santo Cristo de Esquipulas alguna gracia y le ofrecen una manda que después pagan con miniaturas de oro o de plata, que la gente ha dado en llamar "milagros" por haber sido regaladas por los fieles a cambio de los milagros con que fueron favorecidos. Un inmenso rosario de estos "milagros" sirve de adorno a las andas del Cristo de Esquipulas, formando una doble cadena que pende de la parte más alta y de los brazos de la cruz y rodea el cuerpo del Cristo hasta los pies, formando así un doble juego de triángulos, dispuestos en una forma artística que disimula un tanto ese despliegue de muda propaganda.

• • • • •

Sobre el Cristo de Antón, llamado de Esquipulas, existe más de una leyenda. Se dice, por ejemplo, que en la época colonial se vararon en las playas de Antón los restos del naufragio de un barco que llevaba hacia Guatemala la preciosa carga de la imagen de Cristo Crucificado, que fue encontrada en una caja por unos pescadores antoneros, en la playa. Así, pues, el Santo Cristo, cuyo destino era Esquipulas, en Guatemala, por la voluntad del Altísimo vino a dar a las playas de Antón, empujado por la fuerza incontrastable del mar, ciego instrumento de la más alta y poderosa fuerza que rige el universo: los designios de Dios. De allí, dice la leyenda, el nombre de Esquipulas que lleva la imagen del Crucificado que se venera en Antón.

Hay otra leyenda, tan antigua y tan hermosa como la anterior, acerca del Santo Cristo y es que, estando en apuros el pueblo de Antón por la falta de una imagen de Cristo Crucificado para la celebración de la Semana Santa, se apareció de pronto en el pueblo un hombre misterioso, de modales exquisitos y de una gran simpatía personal que se ofreció para hacer la imagen, lo cual hizo encerrándose por unos días en un improvisado taller. Cuando los antoneros fueron a ver la imagen quedaron atónitos

ante su fidelidad y su belleza; pero nunca pudieron darle las gracias siquiera a su benefactor, quien desapareció tan misteriosamente como había venido, sin haber tocado los alimentos que todos los días le habían llevado a su retiro, mientras parecía trabajar en su obra. Ni una brizna de madera se encontró tampoco por ninguna parte. La obra había sido, evidentemente, un milagro.

Hay aún una tercera teoría sobre el nombre del Santo Cristo de Esquipulas. Debido a la justa fama de que goza en todo Centro-América el Santo Cristo de Esquipulas de Guatemala, tanto por su hermosa basílica como por sus milagros, alguien indujo a los antoneros a ponerle a su Santo Cristo el nombre de "Esquipulas", en la esperanza de que rivalizara con el de aquel pueblo guatemalteco en fama y poderes milagrosos. Y dicen que hasta la fecha de la celebración de su fiesta fue cambiada y que el quince de enero que es la fecha de la festividad del de Esquipulas, vino así a ser también la del Santo Cristo de Antón.

De las tres leyendas la última francamente no es de mi agrado y no alcanzo a comprender, honradamente, cómo puede agradarles tampoco a los antoneros que su Santo Cristo haya tenido que adoptar el nombre de un pueblo de Guatemala o de cualquier otro pueblo, cuando el nombre de Santo Cristo de Antón suena tan bien al oído y en el corazón de los panameños que queremos todos al simpático pueblo de los llanos.

El familiar

El Viernes Santo, a las doce de la noche, cae la flor del higuerón. La persona que quiera tenerla como un res*guardo*, tiene que cogerla esa noche, apenas cae, sin hablar con nadie. Pero si se desea tener algo mejor, "un familiar", se cogen cuatro gatitos negros y la flor del higuerón, se ponen en una olla de barro que se tapa con otra olla de iguales dimensiones; se pegan las dos ollas con engrudo; luego se reza la oración del perro prieto; se pone todo al fuego y empiezan esos gatos a llamar al Diablo... Después de un rato se baja la olla, se destapa y se encuentran cuatro muñequitos que se guardan cuidadosamente en una *tula* o en un *churuco* o en alguna otra vasija conveniente y se ocultan en algún lugar de la casa para evitar que sean descubiertos por algún curioso. Este es "El Familiar" y cada uno de los muñequitos es "un socio". El que tiene "un socio" ya es persona de grandes recursos; pero el que tiene "un familiar" adquiere poderes increíbles porque "El Familiar" sirve para todo. Le avisa a quien lo posee los males por venir; le dice lo bueno y lo malo; le da consejos sobre todas las cosas, ya sea que se trate de las siembras y las cosechas, ya de asuntos amorosos o de cuestiones de honor; y, sobre todo, le sirve a su dueño para *resguardarlo* de los peligros y de la muerte.

Así, armado de estos poderes extraordinarios, el hombre se vuelve invencible; y cuentan los viejos que mientras "El Familiar" exista, su dueño no puede morir. Tan grande es su poder.

Así sucedió por ejemplo, en el caso del gran espadachín y hombre valiente de Tonosí, Paulino Frías. Este hombre extraordinario cortaba o le daba planazos a casi todo el que llegaba a Tonosí, *desbarataba* los bailes cuando se le antojaba, peleaba con todos los "guapos" de su tiempo y, lo que es más extraordinario aun, los señalaba nada más sin verdaderamente haberle dado muerte a ninguno; y él, desde luego, salía siempre ileso, sin un rasguño siquiera. Y "cuando se le llegó su hora" y estaba grave de muerte, *no podía morirse.* La mujer, velando junto a la cama, creía que ya estaba muerto y, al rato... Paulino vivo otra vez. Volvía y le daba otro paroxismo y otro y otro; boqueaba y todo, pero siempre volvía en sí hasta que, después de días de agonía y de angustias, llamó al fin a su mujer y le confesó, al oído, su secreto. Le dijo que no podía morirse y que deseaba morir; y que la causa de su prolongada agonía era un "familiar" que tenía.

—Saque esa *churuquita* que tengo debajo de la cama—, le ordenó. Haga una *candela* grande y quémela, que mientras no haga eso no me puedo morir y quiero descansar.

Apenas hizo esto la mujer, murió Paulino, en paz.

El retorno

¿Ve Ud. ese viejo caserón en ruinas, con amplio portal y balcón de madera torneada a la antigua, con amplias ventanas con rejas, y con puertas grandes como de iglesia, tejas enormes, negras y verdosas por el musgo y la acción de la humedad y del tiempo; y con grandes ladrillos como los que había antes en la iglesia parroquial de Santa Librada? Pues bien, ese caserón vetusto, cuyas paredes desplomadas amenazan caerse cualquier día, guarda una bella historia de amor y de tragedia. Ha estado deshabitado por más de un siglo porque todo el que ha intentado vivir en él, ha tenido que abandonarlo al poco tiempo por los mil ruidos que ahí se escuchan, especialmente de noche: sollozos, gemidos, lamentos y, a veces, en las noches de luna, chasquidos de besos, suspiros y dulces palabras, apenas perceptibles. También se asegura que, por mucho tiempo, los que pasaban de noche por el camino real, delante de la casa, veían a veces, entre los naranjos de la huerta, dos sombras blancas, como de seres humanos, que de pronto desaparecían en la oscuridad; y se asegura que eran las ánimas de antiguos dueños de la casa, dos infortunados amantes, cuya extraña historia de amor y devoción se conserva en las tradiciones de los descendientes de su único hijo, fruto de sus románticos amores, que quedó recién nacido al morir sus padres y que fue criado por una tía, hermana de su madre, "con guantes en las manos". Aquí en Las Tablas todos han oído hablar de los "aparatos" que se oían y salían en la vieja casona; pero pocos son los que saben la historia de lo

que allí pasó hace más de cien años porque con el tiempo la gente va olvidando, los viejos se mueren y, con ellos, las tradiciones, las leyendas y muchas historias ciertas que si no se escriben se pierden, al fin y al cabo.

Nazario de la Roca y Lorenza de Agreda, dos jóvenes de las familias más acomodadas de la comarca, acababan de contraer matrimonio y se habían ido a vivir en una hermosa casa que la familia del novio había especialmente construido para ellos en una finca o huerta, cerca del pueblo, antes de llegar a la Serrezuela, en el camino real de Las Tablas a Guararé. Allí pasaron la luna de miel, entre los naranjos y marañones de la huerta, el cuerpo envuelto en los sutiles olores de los azahares y flores de marañón y el alma ebria de las delicias del amor satisfecho. Tendidos a la sombra de los naranjos, de los harinos o de los higuitos, se pasaban horas y horas, los cuerpos entrelazados, unidos los labios, entregados a la sublime pasión del amor.

Eran felices; y los primeros días ni la más leve sombra enturbió por un instante siquiera el hermoso idilio de su nueva vida de enamorados esposos; pero después de unas semanas, Lorenza comenzó a notar algo como una mal disimulada tristeza en el semblante de su amado. Ella "sentía" que algo, en lo más recóndito de su mente, preocupaba a su marido desde el día en que, por primera vez, se separaron, aunque sólo por breves horas, después de su matrimonio. Nazario le había dicho que tenía que ir a Guararé a asuntos de negocios. Se había ido después del almuerzo en su hermoso caballo alazán, famoso en la región por sus "términos", por lo veloz y por lo fuerte o resistente; y no había regresado sino a prima noche, a paso trote, como si viniera de un viaje largo, y como cansado y poco comunicativo. Ella había notado el cambio y lo había acosado a preguntas. "¿Estaba enfermo? ¿Había salido mal en el negocio? ¿Qué era lo que le pasaba que estaba tan cambiado, tan callado, tan sombrío?" Él le había contestado con evasivas, con excusas un poco vagas e incoherentes; pero al fin le había dado algunas explicaciones más o menos satisfac-

torias sobre dificultades en el embarque de la carga en las *canoas* que entonces hacían el cabotaje, del puerto de Guararé a Panamá. "¡Ah! se le olvidaba algo", había dicho ya seguro de sí mismo: "había tenido que ir con un amigo a ver un ganado a la Albina Grande y, naturalmente, esto había contribuido también a la demora". Mientras ella le calentaba la comida él había reaccionado y había cambiado de humor; se había vuelto jovial otra vez, la había piropeado, la había abrazado y besado y le había disipado así los vagos temores de que algo grave le hubiese pasado. Pero al día siguiente y todos los días, desde entonces, en ciertos momentos, notaba ella que Nazario volvía a su mutismo, a su distracción, como si estuviera pensando lejos; y lo notaba sombrío, triste, desdichado.

Un día, mientras pasaban la hora de la siesta en una amplia hamaca, a la sombra de los árboles, se atrevió ella a preguntarle de nuevo qué era lo quo le pasaba. Él estuvo un momento indeciso, entre si le decía o no la terrible verdad, pero al fin optó por no decirla. "Era", le dijo "que se sentía un poco agotado y que, como había vuelto a sus quehaceres después de tantos días sin hacer nada más que amarla y gozar las delicias de la luna de miel, tal vez resentía demasiado ahora el trabajo que antes hacía sin fatigarse y se cansaba fácilmente y cambiaba de humor". Sin embargo, antes de terminar la siesta, cuando ya llegaba la hora de partir para el campo a "encerrar", a "dar vuelta" a la hacienda y a otros quehaceres, tomando en los brazos a su joven esposa y mirándola fijamente a los ojos, casi con ansiedad, le dijo:

—Lorenza, yo te amo más que a mi vida. Me aterra pensar que algún día tengamos que separarnos. ¡Lorenza! Si por desgracia yo muriera y volviera a buscarte ¿ te irías conmigo?

Había tanta emoción en sus palabras, tanta dulzura y tanta angustia a un tiempo mismo; y le brillaban de un modo tan extraño sus grandes ojos negros, que la joven, mirándolo así, sentía a la vez ternura y miedo. Comenzó a temblar y las lágrimas se asomaron a sus ojos, asombrosamente dulces y bellos.

—¿Nazario, por favor, dime qué te pasa? que me asustas. ¿Dios mío, qué es lo que pasa?—exclamó al fin Lorenza, con la voz medio ahogada por el llanto.

El joven comprendió el daño que le hacía a su amada y sobreponiéndose a su emoción, la abrazó tiernamente, le dijo al oído dulces palabras, le aseguró que no pasaba nada grave, que sólo le preguntaba eso por curiosidad tal vez, o porque era tan grande su amor que su deseo de tenerla siempre junto a sí, iba hasta más allá de la vida.

Esa noche, cuando la pálida faz de la luna comenzaba a asomar tras los montes, hacia el oriente, sentados en un banco, enfrente de la casa, recostados a la barandilla de madera labrada que se acostumbraba entonces en los balcones y portales y de la que quedan aún señales en el viejo caserón, estaban los jóvenes esposos gozando de la brisa, de la noche, de la luna, del amor. Lorenza sujetaba contra su pecho la noble cabeza del amado mientras la acariciaba con sus finos dedos marfileños de niña bien criada. Habían estado en silencio un buen rato, como sumidos en un dulce sueño, cuando súbitamente Nazario rompió el silencio y dijo, con voz suave y sin mucho énfasis:

—¿Cuánto tiempo durará esta dicha, esta felicidad que nos da nuestro amor, Lorenza?

—Eternamente, mi vida —fue la respuesta de la esposa, acompañada de un suave beso en la frente del amado—. Durará por siempre —añadió; y lo besó en los labios.

Pasó otro rato de silencio y de caricias; luego Nazario se incorporó un poco y con una dulce expresión de tristeza en el semblante, exclamó, como hablando consigo mismo:

—Si fuera posible vivir eternamente… Si no tuviéramos que morir… ¡Qué terrible es pensar en la muerte cuando se es tan feliz!

—No hables así, que me asustas —lo interrumpió Lorenza—. Pensemos en que viviremos mucho tiempo y que nuestro amor será eterno.

—Eterno —hizo eco la voz de Nazario, en tono reflexivo—.

Es verdad. La religión nos enseña que después de esta corta vida terrena viene la verdadera, la eterna vida en el cielo. ¿Dime, Lorenza, si yo muero primero y vengo a buscarte, qué harías tú?

—¿Qué crees que yo haría, Nazario, amándote como te amo? Irme contigo, desde luego, al fin del mundo, a la gloria o al purgatorio, a donde sea; pero hacemos mal en pensar en estas cosas que sólo Dios sabe y sólo Él dispone. Ven, amor mío, bésame. Seamos felices y no pensemos más en cosas tristes cuando la vida nos sonríe y el amor nos llama.

Pasaron los días y los meses en sucesión rápida y a su debido tiempo la joven esposa se convirtió en madre de un precioso niño que vino a alegrar el nuevo hogar como una bendición del cielo. Lorenza estaba encantada, a pesar de los sufrimientos y penalidades de un difícil alumbramiento, con su nuevo estado. Era ya madre, lo más noble y sublime en la vida de una mujer, y por ello se sentía feliz; pero estaba ¡tan débil! por la pérdida de sangre y la prolongada labor. Nazario, que había estado cada día más taciturno en los últimos meses, se olvidó ahora de sus penas y volvió a ser alegre y jovial como antes. Estaba loco de contento por el advenimiento de su primogénito, al que bautizaría con el nombre de Nazario, su propio nombre. Mimaba por igual al tierno infante y a la bella, noble y valiente mujercita que lo había hecho tan feliz.

Pero su alegría duró poco tiempo. Pronto los síntomas del mal que le minaba las entrañas se recrudecieron y se dió cuenta de que la profecía que meses atrás le había hecho el "médico" de Guararé, el más famoso de la región, iba a cumplirse. Comprendió que su fin estaba próximo y, aun a pesar de sus esfuerzos, una expresión de melancolía volvió a reflejarse en sus ojos negros y grandes.

• • • • •

Aquella mañana, Lorenza amaneció más débil que nunca. Se sentía una languidez, un desfallecimiento tan grande en el cuerpo y en el fondo del alma una tristeza inefable. Su hermana, que había venido a acompañarla en el evento del parto, vino muy tem-

prano a traerle el desayuno y al verle el semblante tan descompuesto, le preguntó qué le pasaba.

—No sé —le respondió Lorenza—, pero ¡me siento tan débil y los entuertos son tan terribles! No puedo moverme de los dolores que siento.

La tocó la hermana y le sintió la frente caliente y las manos y los pies fríos. Disimuló su alarma pero se fue corriendo a ver al médico del pueblo, quien le mandó darle a la enferma un té de yerbabuena, una bebida de toronjil y que le pusieran debajo de la cama una cabeza de vaca para quitarle los entuertos; y que le cepillaran pies y manos hasta que se le calentaran.

Haciéndole estos tratamientos estaba la hermana cuando le preguntó Lorenza por qué su esposo no había venido a verla como acostumbraba hacerlo todas las mañanas.

—Ah, me había olvidado de decirte—le contestó la interpelada—que Nazario tuvo que salir muy temprano y me pidió que te lo dijera, pues no quiso despertarte. Tuvo que ir a Los Santos a arreglar unos asuntos.

Lorenza trató de creer lo que le decía su hermana; pero había notado algo extraño en su fisonomía, en su voz, en su comportamiento, en todo ella que, sin quererlo, sintió algo así como un vago presentimiento de desgracia. Todo el resto del día pasó aparentemente tranquila, pero una sensación de sobresalto y de amargura llenaba su corazón, de tal suerte que ni siquiera se preocupaba de sus propias penas corporales.

Al llegar la tarde sentía una sed horrible. Su hermana le daba jarro tras jarro de agua de la tinaja en la que previamente se había colocado un pedazo de azufre para evitar “el pasmo”. Empezó a oír rumores de voces discretas, provenientes de algún sitio remoto de la casona. Sentía en las sienes el martilleo de las arterias, sudaba profusamente. Pensó en el marido que tardaba en volver y sintió una gran ansiedad. De pronto, como un aluvión, cayeron sobre ella los más negros presentimientos que en vano trató de alejar de su mente.

—¡A Nazario le ha pasado algo !— exclamó al fin, dirigiéndose a su hermana que ya no se separaba de su cama. —¿Dónde está Nazario, que no ha venido? ¿Por qué no viene, qué le ha pasado?

Trató de levantarse pero no pudo. Su hermana, nerviosa, compungida, la contuvo en sus inútiles esfuerzos, la tranquilizó lo mejor que pudo con razones y dándole seguridades de que no había ninguna novedad. Le dió una medicina para tranquilizarla y al fin se quedó dormida Lorenza, libre de preocupaciones.

A la media noche un gran ruido turbó su sueño. Estaba soñando y despertó en el instante en que, acostada boca abajo sobre una corriente de agua fresca y cristalina, bebía a grandes sorbos el agua deliciosa. Estaba con la boca seca, con una sed espantosa. Soplaba un viento huracanado, llovía torrencialmente y se oía el crujido de las ramas de los árboles que se quebraban por la fuerza del viento y caían con un sordo ruido, con un golpe seco, contra el suelo. Lorenza encendió una vela de cera negra que tenía ahí cerca de la cama y se estremeció, de frío y de temor, cuando la luz llenó el amplio aposento en donde ella dormía con su hijito y con su hermana. Allí, a su lado, estaba el nene, en su cuna, tranquilo, indiferente, profundamente dormido: “Hijo adorado”; más allá su hermana, vestida, descansaba, acostada al través en una cama. En medio del ruido de la lluvia y del viento, Lorenza creyó oír rumores de voces y luego, algo como llantos femeninos, bien muy lejos o en voz muy baja. Una ola de frío le subió de los pies a la cabeza; se puso a temblar. El viento silbaba afuera; una ráfaga vino rugiendo a estrellarse contra la casa; se abrió de pronto violentamente una ventana y se apagó la luz. Lorenza dió un grito de horror, saltó de la cama y tomando al niño entre los brazos lo apretó contra su corazón, como para protegerlo de algún enemigo invisible. Madre e hijo comenzaron a llorar desesperadamente, mientras que la hermana de Lorenza, súbitamente despertada por el grito de ésta, en vano trataba de sosegarla. Al fin, después de encender de nuevo la luz y de ayudar a Lorenza, (que no había podido mantenerse en pie y estaba sentada en el suelo con el niño

en los brazos), a volver a su cama, pudo al fin acostarla y colocar al niño en su cuna.

Lorenza sentía que el mundo le daba vueltas, que sus sienes querían estallar; que el corazón quería salírsele del pecho. Luego, se fue serenando, poco a poco y pudo, al fin, hablarle a su hermana, de esta manera:

—Hermanita, tengo miedo; ven, acércate a mí.

—No tengas miedo, hermana mía, si es sólo una tormenta —respondióle la hermana—. Tranquilízate. Duerme.

—¿Y ese llanto? ¡Ese llanto otra vez! ¿Y Nazario? No me lo ocultes más, por favor, a Nazario le ha pasado algo.

Luego se quedó mirando fijamente a un rincón del aposento, sonriente, con la felicidad esbozándose, poco a poco, en su faz descompuesta por la fiebre y el temor. De pronto exclamó, haciendo un esfuerzo por sentarse en la cama:

—¡ Nazario ! mi amor, mi vida, ¿ dónde has estado todo el día? ¿qué ha pasado?... Ven, mi querido, ven que he estado todo el día esperando... Tenía miedo... Negros presentimientos... pero... ¡Gracias, Dios mío, estás sano y salvo!

La hermana, pálida como una muerta, estaba allí cerca esperando ansiosamente una oportunidad para interrumpir el fantástico monólogo. Ella no veía nada en el cuarto. Su hermana estaba, evidentemente, delirando.

—¡Lorenza! ¡Lorenza! — le dijo al fin tratando de atraer la atención de su hermana; pero ésta seguía mirando fijamente al rincón, como si no oyera nada. —Tu esposo, Lorenza, no ha regresado todavía, dijo al fin la hermana. —Tú estás enferma, querida, estas asustada, tranquilízate, duerme—. (Con las manos le acariciaba la frente y trataba de bajarle con suavidad la cabeza para que descansara sobre la almohada). Pero Lorenza insistía:

—¿Por qué no vienes a besarme, Nazario? ¿Por qué no besas a tu hijito? ¿Por qué estás siempre tan triste, tan sombrío? (Su voz y su tono eran implorantes).

Se quedó un momento atenta, como escuchando, y luego dijo, ya en un tono más natural, casi de resignación:

—Sí, amor mío, perdóname. Comprendo... Me había olvidado... Yo te lo prometí, lo recuerdo muy bien... Me iré contigo.

—Estás delirando, hermanita —la interrumpió su hermana—. Voy a buscar al médico, enseguida.

—No, no es delirio, hermana; Nazario ha muerto y ha vuelto a buscarme —le respondió Lorenza.

De nuevo se oyó, ahora más distinto, el llanto en algún lugar distante. El viento seguía azotando las ventanas. Crujió una rama de un árbol afuera y cayó con gran estrépito. Volvió a despertar el niño y rompió a llorar de nuevo desesperadamente.

Lorenza decía palabras incoherentes y respiraba con dificultad. Su hermana, llorando desconsolada, salió de la alcoba en busca de ayuda. Ahora que estaba abierta la puerta se oía bien claro el llanto en el otro extremo de la casona y los murmullos del rezo de damas enlutadas que vinieron luego, poco después, apresuradamente, en auxilio de la pobre Lorenza de Agreda.

Poco después el infante dejó de llorar, de pronto, y se hundió de nuevo en el vacío sueño de los niños.

• • • • •

Al día siguiente, la gente de Las Tablas asistió al entierro de los dos infortunados amantes, cuyas sombras aún suelen aparecer, de tarde en tarde, entre los viejos árboles de la huerta en donde vivieron su amoroso idilio hace ya más de un siglo.

El niño Nazario fue recogido por su tía y más tarde fue tronco de una familia que aún existe y no lleva trazas de desaparecer.

El loro de Doña Pancha

Casi a la orilla de la quebrada vivía Doña Pancha, lejos del bullicio del pueblo; pero cerca del camino real de Las Palmas, Las Cabras, Perales, Las Trancas y demás villorrios montañeses. Mitad beata, mitad bruja, un poco excéntrica pero en el fondo hábil comerciante también, ella era buena con los campesinos, a los que daba posada en su casa y en los ranchos auxiliares que tenía y les dejaba también soltar sus caballos en el amplio patio contiguo a la casa, en donde, además de árboles frutales, había un rincón de llano. Nunca iba al pueblo a menos que fuera a una necesidad urgente, o, si moría alguno, cuando sin explicaciones a nadie, se presentaba siempre al velorio, inesperadamente, y rezaba adelante un par de rosario para regresarse luego, silenciosamente como había venido, a su retiro de la casa solitaria.

Doña Pancha vivía sola y vivía del comercio con los transeúntes, los campesinos que a diario entraban y salían del pueblo y con los cuales cambiaba plátanos, ñame, yuca, frijoles, café, arroz y frutas de la tierra, por sal, azúcar, manteca, machetes, bastas telas y algunas otras mercaderías que el campesino necesita. La gente del pueblo, en el barrio vecino, iba también en gran número a comprar allí las verduras y otros comestibles. Pero Pancha sólo hablaba con ellos lo estrictamente necesario.

El encanto de todos los parroquianos eran los animales diversos que allí tenía «Ña Pancha» en jaulas o andando libremente,

según su clase y condición. Estos animales eran regalos de sus amigos campesinos y constituían sus únicos compañeros. Había monos, (gungún y carita), pájaros cantores de diversas clases (bimbines, picogordos, puís, chuíos, chapines); un gato negro, un par de perros, una guacamaya de vistosos colores, una pareja de venados mansos, un conejo muleto, etc., etc. Pero la atracción principal atracción de todos era el loro, un loro verde y grande como los de Tonosí, con blanco pico y ojos rojizos, brillantes y expresivos y un collar de plumillas amarillentas entre la cabeza y el cuello.

Como Doña Pancha vivía sola con sus animales y nadie sabía a ciencia cierta de donde había venido; y cómo era, además, rara y misteriosa en sus costumbres, decían la gente que Ña Pancha tenía algo de bruja o hechicera y que ese loro no era como todos los loros porque no sólo era parlanchín y repetía todas las cosas que oía sino que miraba y escuchaba y actuaba como la gente. Y hubo hasta quienes llegaran a pensar que "quién sabe si era un duende o alguna persona embrujada" que Ña Pancha con sus poderes sobrenaturales mantenía allí cautiva. El hecho es que el loro llamaba la atención de todo el mundo por sus acciones extraordinarias. Parado en su estaca, estaba atento a todo lo que pasaba a su alrededor. Él llamaba las gallinas a comer, *espantaba* a los perros y al gato, avisaba a Doña Pancha cuando llegaba un cliente o un amigo, saludaba a la gente, les preguntaba qué querían comprar o vender y, muchas veces a cierta hora de la noche, se le oía ayudándole a su ama a rezar el rosario. Pero sobre todas las cosas, lo que más extrañaba y más captaba la imaginación popular era ese modo de mirar del loro, esa extraordinaria expresión de inteligencia y esa comprensión de las cosas, que parecían humanas.

Un día el loro había dejado su estaca y había salido a dar un paseo por el patio. No podía volar mucho porque, con un ala recortada, a pesar de que con el tiempo le habían crecido bastante las plumas, no podía hacerlo muy bien. Pero, revoloteando un poco y agarrándose, para subir, con el pico y con las garras, se

fue trepando, de rama en rama, en un árbol de mango muy grande, que en patio había, hasta llegar a las ramitas más altas. Desde allí contemplaba los tejados de las casas más cercanas, la quebrada, el llano y allá, un poco más lejos, las primeras colinas. Soplaba una brisa un poco fresca del Suroeste y grandes y negras nubes se veían acumulándose en el horizonte. Los gallinazos volaban en círculos concéntricos, primero muy alto, luego más y más bajo, a medida que iba arreciando el viento; y finalmente bajaban en picada, con las alas recogidas, hasta buscar el refugio de algún árbol cercano. Se vió la culebrilla de un relámpago y oyóse luego la detonación de un trueno. El viento se hizo más y más fuerte; bajaba en ráfagas violentas, como remolinándose por montes y prados y por la quebrada y la llanura, zumbando y arrastrando hojas y ramas y mil otras cosas que encontraba en su camino y que levantaba en alto con sus brazos de gigante para arrojarlas lejos un instante después. La lluvia comenzó a caer, primero en gruesas gotas distintas, separadas, discretas y fuertes; todo se fue oscureciendo rápidamente y la temperatura se hizo de pronto más fría. Luego se *tupió* la lluvia, llovía a torrentes; y el viento se hizo huracanado y los truenos y relámpagos se multiplicaron. Los árboles y las palmas, azotados por el viento, se inclinaban y gemían y zumbaban ante el empuje de la tempestad.

En medio del ruido ensordecedor, se oía al loro de Doña Pancha que gritaba desde lo alto del árbol llamando a su dueña, implorando ayuda, a veces, y otras, lanzando alguna interjección fuerte entre retazos de padre nuestros y de las letanías.

—Ave María Purísima.

—Madre de la Divina Gracia.

—Espejo de Justicia.

—Torre de David.

—Arca de la Alianza— decía el loro, bamboleándose y apretando fuertemente sus garras contra la rama donde estaba parado.

Al fin, después de un rato amainó un poco el viento, menguaron los truenos y aflojó la lluvia. Antes de una hora ya había

cesado todo; brilló el sol de nuevo resplandeciente sobre la campiña y se vió al loro bajar, todo mojado y entumido; y entrar a la casa, callado y con aire de gravedad. Pancha salió a cogerlo mimosa, diciéndole: "Lorito mío, pobrecito, está muerto de frío". Lo arropó con una toalla; y cuando ya estuvo confortable, el loro habló y dijo, sentenciosamente:

—*Ajo*. Pancha, si no sé rezar las letanías, me lleva el Diablo.

Pero aún pasó algo más extraordinario tal vez que este incidente que acabamos de narrar.

Vivía en Las Tablas por aquellos tiempos Don Hilario Correa y acostumbraba, este señor, detenerse todas las mañanas en casa de Doña Pancha cuando pasaba en su caballo cuidado o en su macho *de silla* hacia la quebrada de Las Cabras o la de La Chavela a donde iba a bañarse todos los días. De tanto oír hablar al loro de Doña Pancha y de presenciar sus hazañas, fue tomando tanto interés en él, que trató de comprárselo a la señora. Esta al principio, no quería vendérsela, pero fue tanta la insistencia de Don Hilario y la cantidad que le ofrecía tan halagüeña, que al fin convino Doña Pancha en vendérselo. Y aquí fue Troya. El loro que seguía con interés las conversaciones de los dos, cuando vió la cosa mal parada con la decisión de su ama de venderlo, protestó enérgicamente y, volando, aunque malamente, se fue de la casa a una casa vecina y de ésta, por todos los tejados, hasta llegar a un almendro muy alto al cual se subió hasta las últimas ramas de la cumbre. Y desde allí comenzó a gritar su desventura:

—¡Venderme a mí, después de tantos años de consideraciones y buen trato; después de estar juntos tanto tiempo y de quererla yo tanto! Eso no puede ser. Es una ingratitud.

Testigos presenciales que aún viven aseguran que estas o parecidas palabras decía el loro y que lloraba y se quejaba como la gente.

Doña Pancha que se había ido detrás del loro, persiguiéndolo, en vano le ordenaba bajarse del árbol. La gente del barrio, que

bien pronto se había dado cuenta de la fuga del loro, se había unido a Doña Pancha en la cacería. Hombres, mujeres y niños corrían detrás del pobre animal y los muchachos, sobre todo, formaban un gran alboroto. Algunos corrían por los tejados; otros rodearon el árbol de almendro, todos corrían o gritaban; y los más audaces trataban de darle caza, subiéndose tras de él en el árbol, pero sin lograr alcanzarlo por no poder trepar hasta las ramitas más delgadas.

En vano le ordenaba Doña Pancha, una y otra vez, que bajara. El loro no le obedecía. Tuvo al fin que apelar a la persuasión. Tuvo que prometerle que no lo vendería; tuvo que "ponerle al pueblo de testigo" de que no se separaría de él nunca para que el loro bajara, lo cual hizo al fin, después de asegurarse bien.

Doña Pancha cumplió su promesa. No lo vendió. El loro murió de viejo y dicen las malas lenguas que Doña Pancha lo veló con cuatro velas en el rincón más oculto de la casa, lo enterró y le rezó el novenario. Todo esto puede ser pura imaginación de la gente; pero de todo ello ha quedado el convencimiento de que hubo una vez en Las Tablas un loro cuya inteligencia, cuyos dichos y acciones fueron tan extraordinarias y tan similares a los de los seres humanos, que lo han hecho legendario: el loro de Doña Pancha.

La Silampa

Llegamos al fin a la cumbre del Canajagua azul. Soplaba una brisa fresca del norte y se sentía un frío acariciante, agradable, que lo envolvía a uno en una dulce sensación de placidez. Eran las cinco de la tarde más o menos y la visibilidad era espléndida. Nos desmontamos y abandonando nuestras cabalgaduras, nos fuimos por estrechos senderos entre la maleza, en busca de puntos prominentes en las rocas para ver mejor el panorama. Estábamos en un claro en medio del bosque, en el cual una mano piadosa había colocado una cruz blanca. Allí estaba Guararé, allá Las Tablas, acá Macaracas. Se veían blanquear las minúsculas casitas, como casas de muñecas, o mejor se adivinaban entre el laberinto de colinas y pequeños valles que van a morir en la tierra plana que se veía ahora de un color azul oscuro en contraste con el azul claro del mar. Las otras montañas parecen cerros de juguete, enanos; y forman las más caprichosas cadenas. Ahí a la derecha hay un valle que parece de ensueños: Valle Rico. Acá a la izquierda hay otro valle más bajo pero más amplio y que se extiende en plano inclinado hasta Guararé. Flor Amarilla, Santa Ana, Nalú y Las Trancas están allí. Atrás distinguimos la Loma del Loro, el cerro Espinazo de Caballo, Montoso, la Loma Prieta, Canajagüita, Quema y una sucesión de cadenas de montañas concéntricas que se extienden hasta el valle de Tonosí, por un lado, y hasta Macaracas, por el otro. Todos miran, todos escudriñan el horizonte por todos los puntos cardinales. Uno identifica

la albina de Los Santos, que a la distancia parece un lago; otro, la isla Iguana, que se ve como una raya gris en el mar; otro, las serranías de Herrera con el Tijera y el Ñuco, o las montañas de Coclé; y las de Campana; y Punta Chame. Por el suroeste se ven la Montaña de la Tronosa y las montañas que separan a Los Santos y Veraguas, como inmensos estadios o anfiteatros mitológicos, azulosos en medio de un velo sutil. El frío, en tanto, aumenta y, hablando y gesticulando y tomando grandes tragos de "whiskey" escocés y de "cognac" español, tratamos en vano de entrar en calor.

Julio, nuestro guía, que ha notado que Elías está tiritando, dice sentenciosamente:

—A ese se lo come esta noche la Silampa.

Todos ríen porque notan que nuestro amigo está muerto de frío, pero el viejo Marcos, que todo lo observa, me dice a media voz:

—Julio se ha referido al frío, evidentemente, porque ya por extensión se le llama también silampa, pero la Silampa es otra cosa. La Silampa es la madre de la noche.

• • • • •

Los últimos reflejos del poniente van desapareciendo poco a poco y sólo quedan en el cielo unas pocas nubecillas como copos de algodón deshilachados a los que la luz muriente de la tarde ha teñido de un color rosado encantador.

Julio y Marcos, después de desensillar los caballos y ponerlos a pastar, se han dado a la tarea de hacer una gran hoguera; todos ayudamos, juntando grandes troncos que después de poco tiempo arden y chisporrotean. Nos congregamos alrededor de la hoguera. A pesar de los abrigos hace frío, pues ya ha caído la noche y el viento corta. Calentamos nuestros bastimentos en las brasas que se han formado ya y entre trago y trago comemos con gran apetito la gallina adobada, ("sudada"), los huevos duros y las papas cocidas con sal. Se conversa, se habla en serio y en broma; sobre proyectos de hacer una ciudad allá en las alturas; de comenzar nosotros, haciéndose cada uno una casita para ir a vera-

near. Hablamos de los mil cultivos que hay en este cerro maravilloso en donde, además de los cafetales. hay cañaverales, maizales y arrozales en las faldas y en las laderas; en donde nacen cuatro o cinco ríos e innumerables quebradas; en donde hay un clima fresco y grato y los más bellos paisajes imaginables. Con la ayuda de los catalejos, que uno ha traído, identificamos los pueblos, por sus luces. Pedasí, Pocrí, La Palma; luego Sesteadero, La Laja, Santo Domingo y Las Tablas como si fueran una sola ciudad; Guararé, Sabanagrande, Pesé, Los Santos, Chitré, Parita, Aguadulce y hasta Penonomé, allá en la lejanía. Se ven como cocuyos dormidos, con las luces rojizas, medio opacadas por la niebla y la distancia.

Terminada la comida, nos tendemos así vestidos y envueltos en gruesas mantas de lana en nuestros catrecitos de campaña o en hamacas. Arriba tenemos el cielo, lleno de millones de astros, silenciosos, lejanos, enigmáticos. Alguien vuelve a hablar de la Silampa y se le pide al viejo Marcos que explique bien lo que es la Silampa.

—Es la madre de la noche, como decía *enantes* —dijo Marcos—. Sale a las doce de la noche, especialmente en las noches oscuras de invierno. Se ve como una sombra blanca que va creciendo y creciendo rápidamente, más alta que una palma; y así se va creciendo hasta que se pierde de vista; y si Ud. no anda listo a meterse bajo techo o debajo de un árbol, se le viene encima.

Manuel María, que ya estaba "en fuego", comentó desde su camastro:

—Eso era cuando *amarraban los perros con longaniza*. Ahora no hay Silampa que valga. Elías, pásame acá la botella.

—Vea —continuó Marcos, dirigiéndose a mí—. Su abuelo fue un hombre que no conoció el miedo. Sin embargo, una noche tenía que ir al puerto de Mensabé, a media noche, a embarcarse. Montó en su mula y cuando llegó a la Matita del Miedo, justamente a las doce de la noche, le salió la Silampa y empezó a crecer y a crecer; se le venía para encima. Así que no le quedó

más recurso *que revirar la mula para atrás* y meterle las espuelas y correr a meterse en el primer portal del pueblo que encontró. La Matita del Miedo quedaba por ahí por el Alto del Panteón, un poco más allá de donde está ahora el Primer Ciclo.

• • • • •

Pronto nos envolvió una nube en sus blandas y sutiles redes, se ocultaron las estrellas y se hizo más intenso el frío. Todos nos volvimos un ovillo, arropados de pie a cabeza, y nos dormimos.

Serían las once y media o doce de la noche, aproximadamente, cuando Manuel María se despertó. Parece que por haber quedado un poco más distante de la hoguera, el frío lo tenía acosado. Envuelto en su manta roja de lana, se acercó a la hoguera para calentarse; luego se puso a atizar el fogón y trató de arrimar un par de troncos más a la ardiente pira. En una de ésas, miró para atrás y como era densa la niebla y grande y brillante la llama, vió reflejada en la nube que nos envolvía propia sombra, de proporciones gigantescas y de una forma fantástica de enorme murciélago, pues al abrir los brazos la manta que le cubría el cuerpo y que sostenía con las manos, se abría semejando un par de enormes alas.

—¡La Silampa! ¡La Silampa! —gritó Manuel, pero enseguida cayó en cuenta de que la enorme sombra que veía era su propia sombra y se rió de buena gana. Todos despertamos a los gritos de Manuel; y cuando nos enteramos de lo que había pasado, reímos junto con él o a su costa y celebramos la ocurrencia con unos cuantos tragos. Sólo el viejo Marcos no se rió, pero no dijo nada.

El aviso

El joven Eduardo Ballesteros era un liberal convencido y un admirador fanático de Uribe Uribe y del Dr. Porras. Seguía de cerca el movimiento liberal en Colombia y se carteaba con el joven líder liberal panameño, Dr. Belisario Porras. Así es que estaba, como muchos otros jóvenes de su pueblo, sólo esperando el momento ansiado de entrar en acción. Su padre y todos sus hermanos, por el contrario, eran conservadores. Don Sebastián, su padre, era un hombre muy virtuoso y trabajador que había logrado amasar una fortuna y conquistar una posición destacada en el pueblo. Por esto y por su rectitud, rayana en la severidad, más que por sus actuaciones en la política que no habían sido muchas, el Gobierno de aquella época lo había distinguido con el puesto de Alcalde del Distrito más de una vez y siempre se había distinguido por el orden y la disciplina que había impuesto en el pueblo y la rigidez con que había castigado a los que *transgredían* la ley, cualquiera que fuese su posición o su fortuna. Una vez tuvo que imponer fuerte sanción a su propio hijo, el joven Eduardo, quien en una parranda se pasó en la bebida y le cortó las cuerdas del violín al músico del pueblo en un baile. Como Alcalde, hizo arrestar a Eduardo y lo metió en el cepo, como era la costumbre de la época. Como padre, pagó los daños y perjuicios.

Sea porque heredara esa extremada rectitud del padre, sea porque le guardara rencor, cuando estalló la revolución liberal

en el Istmo y llegó a su pueblo el dominio de los liberales, el joven Eduardo fue de los primeros en la persecución de los enemigos políticos, sin exceptuar a sus hermanos y a su padre. Antes por el contrario, habiéndose escondido éstos para eludir la prisión y el pago de la contribución de guerra, fue el mismo Eduardo quien indicó a sus compañeros de armas el lugar en donde estaban. Grande fue la pena de Don Sebastián al saberse delatado por su propio hijo; pero mayor aún fue su indignación y la dignidad y entereza con que se enfrentó a sus enemigos. Todos sus caballos de silla y todo su ganado fueron secuestrados y una suma, fuerte para aquel tiempo, le fue impuesta como contribución de guerra, suma que se negó enérgicamente a pagar. Prefirió ir preso a la capital provincial antes que pagar el rescate que se le exigía. Mas antes de marchar al cautiverio maldijo al hijo descarriado y dijo que no quería verlo más en la vida. Su esposa, sin embargo, pagó, poco tiempo después, la suma exigida y regresó el viejo patriarca a su casa, pero envejecido y quebrantado por las humillaciones sufridas y el dolor.

• • • • •

La ciudad de David estaba de fiesta celebrando el triunfo de las armas del liberalismo. El joven militar Eduardo Ballesteros, que hacía meses se había enlistado como soldado en su pueblo natal, era ahora un oficial del ejército vencedor. Hoy se daba una recepción y un gran baile en David en honor de los oficiales; pero él había amanecido un poco taciturno, un poco triste sin saber por qué y no deseaba ir a ninguna parte sino estar solo. Ya en la tarde se encontró con su general y díjole éste:

—Capitán Ballesteros, hoy es nuestro día. Espero que nos divertiremos mucho esta noche.

—Yo no me siento bien, mi general —díjole Ballesteros—. Con su venia, yo prefiero quedarme en el cuartel. No tengo deseos de ir a la fiesta.

Pero el General insistió en que fuera y cuando llegaba la hora, sin saber por qué, sintió Eduardo el deseo de cerrarse de

negro. Cogió su chaqueta, le arrancó los cordones rojos y los botones dorados y los cambio por cordones y botones negros. Así se presentó ante el General, quien al verlo llegar vestido de esta suerte, ordenó enseguida su arresto.

Tendido en el banco que le servía de lecho, horas después, y pensando en el lejano terruño, en su casa y en su familia, sintió de pronto una mano posarse sobre su corazón. Había un profundo silencio en el cuartel. No oyó Ballesteros el menor ruido, ni vió una sombra siquiera, aunque tenía bien abiertos los ojos y, en la penumbra, podía distinguir los objetos que lo rodeaban y por la ventana podía ver bien el cielo "estrellado" y la sombra negra de un árbol cercano. Encendió una vela y examinó su celda. No había señales de gente, ni se oía siquiera el murmullo de una voz humana. Apenas llegaban a sus oídos las melodías de la música lejana del baile. Pensó en su padre; sintió ansias de llorar y lloró copiosamente. Luego, apuntó en su libreta: 23 de Abril—Once de la noche.

En aquellos tiempos no había caminos ni teléfonos ni telégrafos en gran parte del Interior de Panamá y hacía tiempo que Eduardo no sabía de su familia. Había pasado ya más de un mes desde la noche del baile de David y se encontraba ahora en las inmediaciones de Aguadulce. La fortuna había sido pródiga con los liberales que se encontraban triunfantes en todas partes y también con el joven militar que se había distinguido en los combates y acababa de ser ascendido a Coronel. Ese día, encontrándose cerca de su pueblo natal sintió deseos de ver a los suyos. Pidió una licencia y su General, hombre generoso y noble, se la concedió enseguida. Por el camino iba el joven oficial anticipando el gozo de la llegada, del abrazo de sus hermanos y de su madre: "¿Y de su padre?" Un estremecimiento de pena y de dolor le recorrió todo el cuerpo. "¿Estaría vivo su padre?" "Aquella mano que se posó aquella noche en David, sobre su corazón ¿sería un aviso?". Desechó esos tristes pensamientos. "No, su padre estaría allá en su casa, severo, duro, austero; pero

en el fondo lleno de ternura y de amor por el hijo "ingrato" y él correría a echarse a sus pies y a pedirle perdón. Después le explicaría cómo la guerra es cruel y dura y exige del militar los más duros sacrificios, no solamente físicos sino también de orden sentimental y moral.

Iban ya llegando al pueblo; a lo lejos se divisaba la graciosa silueta de la cadenita de montañas que le sirve de fondo; ya alcanzaba a ver las verdes colinas donde pareciera que se recostaban las casas del poblado. Ahí estaba ya el llano, liso como una mesa, y en el fondo, las casitas blancas. Por el camino, en dirección contraria, venían unos jinetes, gente que iba probablemente al pueblo vecino de Guararé. Al encontrarse se reconocieron. Era viejos amigos. Se saludaron cordialmente y a uno, que era su amigo íntimo, le preguntó por su familia.

—¿Y mi padre, qué razón me das de mi padre? —le inquirió con vehemencia.

El amigo, medio sorprendido, le preguntó a su vez.

—¿No lo sabías? Don Sebastián murió hace poco más de un mes, el día…

Eduardo sacó rápidamente su libreta de apuntes:

—No me digas —le interrumpió—. El 23 de abril, a las once de la noche.

—Sí, el 23 de abril en la noche, no sé la hora exacta.

Iba el amigo a preguntarle a Eduardo por qué se había hecho el que no sabía nada, pero éste ya había azotado su caballo y salido a todo andar hacia el pueblo, ya cercano.

Llegó a su casa y se fue directamente a buscar a su madre. Se puso de rodillas, se abrazó a ella, sollozando y diciendo con entrecortadas palabras:

—Perdón, madre mía. Pídele a él que me perdone.

El “barco fantasma”

Habíamos salido de Guararé en la Catalina, pequeño barco de vela de los que hacían el comercio de cabotaje hace unos treinta años, con viento contrario, viento del noreste, rumbo a Panamá. Sobre la cubierta habíamos tendido nuestros petates que serían nuestras camas en los dos o tres días que duraría el viaje, según los signos que había en el tiempo. (Dos días si seguía soplando norte y seguíamos “voltejeando” como estábamos ahora o aun si nos íbamos “en travesía”; tres días si nos “cogía” la calma chicha frente a Chirú).

Al ponerse el sol todos nos habíamos puesto un poco románticos y habíamos cantado, acompañados de guitarras, bellas canciones románticas de la época, como aquella que cantaban Rafael y Germán, a dos voces, que conmovía hasta a los viejos marinos curtidos por la intemperie, el mar y los temporales, como Ñan Vergara, Castillo y Longo:

“Si yo pudiera tender el vuelo
Sobre los mares ricos de albores,
Rasgar las nubes del vasto cielo
Y en las riberas del patrio suelo
Colgar el nido de mis amores...”

Las muchachas también cantaron. Hubo cruces de miradas ardientes, y de esbozos de sonrisas prometedoras. Todos venía-

mos tristes por el fin de las vacaciones, pero a medida que nos íbamos alejando del terruño y cuando ya apenas se divisaba la Cordillera Central de Los Santos como una simple línea azulosa, imprecisa en el atardecer, ya empezaban a florecer nuevas esperanzas y a esbozarse nuevos planes, con un cruce de miradas o de sonrisas; ¡Josefina, Flor María, Eufemia, nombres que fuisteis un tiempo inspiración y consuelo de corazones abatidos de colegiales traviesos!

• • • • •

Había llegado la noche y el viento seguía siempre contrario, aunque ya era un poco tarde en la estación para que soplara el Norte todavía. A cada rato se oía la voz del piloto que gritaba a los de proa:

—¡Listos, a viral!

Y repetían aquellos la orden como un eco:

—¡A viral!

—¡Largo, escota a proa!

—¡Largo, escota a proa!

—!Largo!

Y pasaba la "votabara" por encima de nuestras cabezas y todos empujábamos "a un tiempo" para ayudarla; luego se "ensenaba" el viento en la vela y cambiaba ésta de pronto con tan gran fuerza hacia el otro lado, que ladeaba el barquito y la punta de la "votabara" y la de la vela misma se hundían momentáneamente en las agitadas olas.

Hubo un rato de silencio, durante el cual sólo se oía el silbido del viento en las jarcias y el chapoteo del agua. La noche era oscura pero muy estrellada. De pronto se oyó la voz de Ñan que decía:

—Ahí está otra vez el maldito barco pirata. Ahí se alcanza a ver la luz a estribor.

Todos miramos y unos vieron y otros no podían ver la luz en cuestión.

—Ahora está ahí, más tarde estará a babor; después "alante"

y después atrás. Y vamos a tener mal viaje porque ese barco fantasma es de mal agüero.

—¿Qué barco fantasma es ese? — pregunté yo. Y Longo, que estaba cerca, explicó:

—¿ No sabe Ud. del buque fantasma que sale por estos mares? Pues, sí señor, por estas costas sale el fantasma de un barco pirata que naufragó hace mucho, mucho tiempo. Ese barco vino por aquí con un tesoro que enterraron los piratas en alguna parte de esta costas y que nunca se ha podido encontrar. Mucha gente lo ha buscado en las islas de Veraguas y de Chiriquí. Tomás González lo buscó en Isla Iguana, en Cambutal, en las playas de Venado, en Puerto de Vela; y muchos extranjeros lo han buscado por lugares lejanos como la isla de Cocos y las Galápagos y en Punta Burica; pero el tesoro *está es por aquí*, en estas costas, entre Punta Mala y las costas de Coclé, porque por aquí es donde se ve el barco pirata que lo sale todavía a buscar de noche. Ese barco naufragó por estas costas.

—¿Y Uds. creen eso, que hay un barco fantasma. — terció uno de los muchachos.

—¿Y qué más puede ser, pues? — dijo Ñan Vergara—. Todos los marinos, los de aquí de Guararé y de Las Tablas y los de la Villa y de Chitré, hemos visto las luces del barco, de noche, que se le cambian a uno "palante" *pa atrás y pa los laos* y después desaparecen de pronto. Eso no lo hacen los barcos de *verdá* que navegan por aquí. Todos estamos de acuerdo en que es un barco fantasma y debe de ser el buque de los piratas que vino por estas costas con el cargamento de oro y se hundió después.

En tanto, seguían viendo algunos, en lontananza, luces que aparecían y desaparecían y muchos aseguraron después que, efectivamente, habían visto el barco fantasma.

Leyenda del Zaratí

La princesa está hoy más bella que nunca y está alegre y feliz. Su pecho ha sentido las primeras llamadas del amor. Sus negrísimos ojos se han llenado de ardor y una luz nueva ilumina el profundo misterio de su dulce mirar. Recónditamente sus entrañas vibran y su alma suspira y sueña y se agita por el fuego sublime. Es amor lo que siente la bella indiecita. Tiene ya quince años y es precoz y ardiente como todas las hembras de su raza. Apenas sus senos han comenzado a llenarse, (a redondearse un poco el cono moreno y pequeñito y a tomar también forma el pezón) y ya empieza a sentir extrañas inquietudes. Sus caderas van haciéndose amplias y prominente su pecho; y el vientre comienza a ponerse tenso y terso y un vello muy fino cubre el vértice de su triángulo inferior.

La princesa india se mira en el claro espejo del río que pasa bien cerca de su aldea nativa. Se suelta el largo cabello azabache que el viento agita como una bandera. Se mira en el fondo del charco y se toca: el pelo, el rostro, los senos, pequeños y erectos; retuerce un poco su elástico cuerpo; admira sus flancos, sus gráciles muslos y piernas... y ríe satisfecha. Está linda. Luego, piensa en el joven que la hace sentir y pensar cosas nuevas y extrañas, el joven indio, aguerrido y valiente, cazador y guerrero, que la anda requebrando de amores desde hace días. Piensa en él y suspira. Con las manos aprieta los vírgenes senos y, riendo, se lanza a las ondas del río.

• • • • •

Zara, la moza más bella y admirada de aquella comarca, es la hija del cacique Nomé, señor el más rico y poderoso de la región, que la ama entrañablemente.

Zara acostumbraba venir a bañarse al río, acompañada de sus doncellas que se quedan a prudente distancia. Nada un rato y luego se sienta en la orilla, a mirar y a soñar, mientras murmurante corre el río en su empeño eterno de llegar quién sabe a dónde.

Hoy sus ojos buscan en la distancia, río arriba, algo concreto. Hoy va a venir Chigoré, el indio que ella ama, bogando en su balsa, río abajo, porque ella le ha prometido ir con él, más abajo aún, hasta las Angosturas, en donde se harán los dos el juramento de eterno amor.

Al fin aparece el indio; llega y los dos se van en la balsa, ligera y frágil, hasta llegar a las Angosturas. En un remanso que hay antes de llegar al sitio en que el agua se encajona entre las piedras milenarias, amarran la balsa y Chigoré salta el primero a la orilla para ayudar después a la hermosa doncella a hacer lo mismo. Están a la sombra de árboles gigantes, centenarios, frondosos. Se tienden sobre el arenal y se dicen tiernas palabras. El indio aprisiona con sus fuertes brazos el cuerpo flexible y dócil; besa, casi muerde, la boca fresca y roja; desflora los senos con labios violentos; y los dos se abrazan y se aprietan con frenesí.

Después se han ido, entrelazados los cuerpos, con los brazos echados alrededor de la cintura, andando por la orilla derecha del río hasta llegar a la angostura que se inicia con la caída del agua en uno como pozo redondo y profundo, cavado en la laja viva por el chorro de agua, a través de los siglos; han cruzado el río por allí, sobre troncos de árboles, atravesados, y han comenzado a subir, por un rodeo, a una como inmensa pared de granito, del otro lado del río. Desde lo más alto de este inmenso muro que se extiende en línea quebrada, río abajo, por un gran trecho, pueden contemplar un panorama imponente: enfrente,

un paredón paralelo a éste y casi tan alto, de rocas inmensas socavadas por el agua a través de milenios; abajo un lecho rocoso, amplio, en donde las aguas han cavado aun más el cañón, formando algo así como una cueva angosta y profunda por donde corre el río normalmente, a veces torrentoso y rápido, a veces apacible y remansado. Más allá está el valle abierto y, finalmente, la línea azulosa de las montañas.

Allí en lo más alto del paredón, llenos los ojos del panorama hermoso e imponente y las almas y los cuerpos de los sentimientos y los instintos del amor, se hicieron, ante los cielos distantes, ante el radiante sol y ante el Gran Espíritu, la solemne promesa de quererse y de ser el uno para el otro. Allí, en su lenguaje rudo y primitivo, invocaron la bendición de Dios para su amor puro y salvaje. Después acordaron hablar con Nomé, padre de la princesa, para arreglar la fecha de la celebración de la boda, cosa que daban por segura, dados la condición y el rango de Chigoré que era también un cacique muy apreciado en la región y aliado de Nomé.

El regreso en la balsa, río arriba, fue lento, no tanto porque la corriente impidiera que la balsa fuera rápidamente (pues Chigoré tenía fuertes brazos y buenas palancas para impulsarla) sino porque en cada remanso, en cada bello paraje a donde hubiera lirios o flores silvestres, se detenían un rato para volver a decirse dulces palabras y a hacerse tiernas caricias. Cuando llegaron al sitio de donde habían salido horas antes, las doncellas de Zara estaban ansiosas, desesperadas por la tardanza. Así es que tan pronto llegó Zara partieron rápidamente hacia el pueblo cercano, cavilando sobre qué hubiera podido pasar para que Nomé no hubiera enviado criados u ordenanzas a buscarlas. Mientras tanto, Chigoré seguía ascendiendo el río en su balsa, cantando alegremente a la vida y al amor, al río y a la luna, cuya blanca luz se colaba por entre el follaje para llegarse hasta las ondas en formas caprichosas; siempre con la divina imagen de Zara en la mente y en el corazón y sintiendo vivo todavía en la

boca el sabor de sus labios y en las retinas el fugor de sus ojos rasgados, negros y brillantes. Ni siquiera el más leve asomo de un presentimiento de tragedia ensombreció esas horas de felicidad de Chigoré que, siempre alegre y cantando, llegó al fin a su casa, pasada la media noche.

• • • • •

Lo que encontraron Zara y sus doncellas al llegar a la aldea no es para ser descrito: era el caos. Oyó Zara ayes y gritos de seres humanos y aullidos de unas fieras desconocidas que mordían de modo inmisericorde a sus hermanos de raza, los indios. Vió filas de indios cautivos y unos hombres blancos y fieros, con extraños vestidos y produciendo relámpagos y truenos con unos instrumentos de muerte. Algunos de esos seres sobrenaturales corrían como flechas sobre unos animales monstruosos. Muchos ranchos ardían. Las indias lloraban desoladas, recostadas a las cercas, coma animalitos asustados; y las más jóvenes y hermosas eran arrastradas por aquellos extraños hombres hacia las sombras de los bohíos que quedaban en pie o las de los montes cercanos. Escondida detrás del tronco de un árbol, sin hacer el más leve movimiento y conteniendo la respiración, contempló horrorizada aquel cuadro dantesco y, llena de dolor y de pena, adivinó la tragedia: “unos seres extraños habían conquistado su pueblo. Su padre estaría muerto o prisionero. Y ahora que estaban sojuzgados los hombres de su raza, los conquistadores se dedicaban al pillaje y al rapto de doncellas”. Ella había oído día antes una historia similar de lo que había pasado a otras tribus vencidas, más hacia el este y el norte, en Panamá y en Chame; había oído decir que aquellos hombres blancos no respetaban ni a las princesas, a las que también arrebataban de sus hogares para hacerlas sus mujeres.

En eso algunos hombres blancos descubrieron, al fin, a sus doncellas que estaban también ocultas entre la maleta; y con ojos asustados y el corazón hecho un nudo en la garganta, vió cómo, una por una, fueron sus amiguitas derribadas, vencidas,

ultrajadas. Pensó en Chigoré, el noble indio dueño de su amor; pensó en el juramento que acababan de hacerse y sintió una dulce tristeza honda; volvió a mirar el cuadro que se presentaba a su vista y toda la cólera de su raza vencida se rebeló en ella y, sintiéndose impotente para la venganza sólo pensó ya en la muerte, en el suicidio. Veloz como un venado, silenciosa como un jaguar, emprendió la fuga sin hacer ruido por entre el monte, río abajo, hacia las angosturas. Corrió y corrió sin parar y sin disminuir la velocidad hasta que llegó al paraje paradisíaco en donde aquella tarde se había rendido amorosamente al indio Chigoré. Estuvo allí un momento tendida en el mismo sitio que había ocupado en la tarde. Se veía entre el ramaje la luna blanca y suave como una caricia y el cielo como un palio azul y lejano. Venían rumores del río y de los montes, en alas de la brisa, y gratos perfumes de flores silvestres. Pensó en su padre, en Chigoré, en la posibilidad de su deshonor; y lloró amargamente. Luego, se levantó decidida. Lentamente caminó hacia el cañón del río, ascendió poco a poco por una vereda hasta lo más alto del barranco, en donde había hecho aquella tarde su juramento solemne de amor; fue hasta la orilla misma del precipicio y miró hacia abajo. La pared vertical de granito parecía más negra, a la luz de la luna. “Pero allí el lecho del río estaba muy lejos de la base del paredón. De arrojarse desde allí, caería en la roca allá abajo, pero lejos del centro por donde el río pasaba como una negra serpiente con escamas de plata”. Caminó un rato por el filo del barranco hasta encontrar un sitio donde la pared, cortada a pico, cayera casi directamente al lecho del río. Allí se detuvo. Miró al cielo, invocó al Gran Espíritu, miró a su alrededor para llevarse la imagen de aquellos agrestes lugares que amaba tanto; pensó en su padre, al que bendijo desde el fondo de su alma; y dedicó luego su último pensamiento al apuesto mancebo que amaba, a Chigoré, su primero y único amor, cuyo nombre pronunció en el instante mismo en que se precipitaba al abismo.

• • • • •

Dicen que, buscando por todas partes, todas las gentes del pueblo de Nomé y de la comarca vecina, encabezados por su cacique y por el inconsolable Chigoré, al fin encontraron, al día siguiente, ya por la tarde, el cuerpo desangrado de la princesa en un recodo del río, un poco más abajo del sitio a donde ella se había arrojado la noche anterior; dicen también que el pueblo le dio al río, en recuerdo de su princesa, el nombre de Zaratí o río de Zara; y que nunca hubo en la aldea zaratina un duelo mayor ni un entierro más solemne que el de la bella princesa mártir; y que jamás ojos humanos han contemplado un dolor más sincero, una pena más honda, una tristeza más legítima que la del angustiado padre y vencido cacique Nomé, hasta el punto que la leyenda popular atribuye el nombre de la actual capital coclesana al hecho de que, conmovidos hasta la médula tanto los conquistados como los conquistadores, por la pena y el duelo del jefe indio, al referirse a la aldea zaratina, decían siempre: aquí Penó Nomé.

De la suerte de Chigoré poco se sabe. Unos dicen que abatido por el dolor de la muerte de Zara, siguió su ejemplo y se arrojó también al abismo en las Angosturas. Otros dicen que murió peleando en un intento de rebelión contra los conquistadores.

De todas maneras, nos ha quedado el nombre de Zaratí, un bello nombre para un bello río; y una bella leyenda sobre la epopeya de amor y de sangre que fue la conquista de esta América Virgen por España, y que hoy, que gozamos de independencia y libertad y de todas las ventajas de la civilización, adquiere un sabor de vino añejo, muy diferente del amargo sabor que debió tener para los que vivieron la tragedia.

La Tepesa

Estábamos cenando, ya tarde de la noche, después de un viaje en automóvil desde la capital. Sentados todos a la mesa, conversábamos con la familia X, sobre cosas diversas. Estaban allí también acompañándonos dos viejos amigos, Eduardo y Juan Manuel.

Había ya terminado la cena pero seguíamos charlando. De pronto, en un momento de silencio de los que suelen presentarse en todas las conversaciones, dijo Don Pedro, el dueño de la casa.

—¿No sabe, compadre, que ha vuelto a salir aquí La Tepesa? En estas noches la oyeron en el patio de Don Higinio o el del Dr. Franco; y Chiche Mora le hizo un disparo. Después la oyeron que se fue, quejándose y pujando, quebrada abajo.

—¿La Tepesa en estos tiempos? —dije yo riéndome de la ocurrencia del compadre y creyendo, desde luego, que estaba bromeando. Pero dijo, al punto, Ño Juan Manuel:

—No se ría, capitán, que es verdá lo que le ha dicho Don Pedro.

— Yo no creo esas cosas — respondí.

—Pues yo oí la Tepesa una *vej* —insistió el viejo Juan Manuel—. Mejor dicho *doj vece.* Le he oído los *pujíos* y también la he oído llorando *ni muchacho chiquito.* Cuando yo tenía trece *añoj;* me llevaron a Tonosí a vender en una tienda de mi tío. Yo dormía en el rancho grande *aonde* estaban el alambique, el trapi-

che y la cocina, un rancho grande de treinta *varaj, cercao* con palma de escoba. Yo dormía en una *jamaca* y estaba cara *pal* cañal, como a las once da la noche, cuando oí un *pujío* y después otro y otro; y enseguida un sollozo como de muchacho chiquito: "pum, pum, pum, ñoé, ñoé". Los perros *latían* y corrían de un *lao pal* otro adentro del rancho, pero ninguno salió. A mí me dió mucho miedo y me arropé *de pie a cabeza.* Al día siguiente todo el mundo hablaba de La Tepesa: que había *estao* por ahí, pujando y llorando.

"Después, ya hombrecito, estaba yo una noche en el rancho *aonde* dormíamos yo y un cubano que llamábamos Cuba y que había ido a hacer un horno de quemar cal en las caleras de Ño Tomasito. Salí yo a orinal. La noche *taba clarita* como el día. En eso pujó La Tepesa, *verbi gracia,* como allá a la esquina de Santiago el tuerto, en un palo de espavé grande que había *al pie* del rancho.

"—Caballero, ¿que *é* eso? —dijo Cuba, temblando del susto.

"—Es la Tepesa —le dije yo.

"—¿Y eso qué *é* ?

"Entonces le expliqué yo que la Tepesa es un espíritu, el ánima de una mujer que mató a su hijo recién nacido y que Dios la castigó poniéndole la penitencia de andar por el mundo gimiendo y llorando, buscando en vano el hijo perdido. "Te pesa y te pesará, hasta el día del Juicio", le dijo una voz del cielo y por eso la llaman Tepesa. Pasó un rato. Cuba estaba *muerto de miedo, arropao* de pie a cabeza y yo, aunque un poco temeroso, salí, aprovechando que la Tepesa se había *callao,* porque tenía una mujercita por ahí cerca y quería *dormí* con ella esa noche.

"Ya iba yo llegando al rancho de Rosita, que así se llamaba ella. En la *contracerca* del rancho había un palo de guayabo. Yo *me agarré* del *palo pa* meterme adentro, cuando me sollozó la Tepesa arriba del palo. Del susto di un brinco y quedé adentro. Casi rompo la puerta del rancho con la cabeza y no vi ni la escalera de *guarumo pa* treparme al *catre;* me agarré de la *cadena,* del

rancho, me *solivié* y quedé en el *catre* con Rosita, temblando y *apretao* con ella. Una tía de Rosita que *taba* también durmiendo ahí, me dijo: "¡Cómo se ha visto con la Tepesa, blanco! *Taba* arriba *der* guayabo".

Hubo un momento de silencio, silencio profundo de alta noche interiorana. El pueblo ya dormía. Atrás se extendía el patio espacioso, lleno de frondosos árboles y de la oscuridad de la noche. Parece mentira, pero a pesar de la educación y de la certeza de lo fantástico y absurdo de estas creencias, en ese medio, en las noches calladas y oscuras del campo, al oír relatar esos cuentos que lo hicieron a uno temblar en la niñez, no puede uno sustraerse a un ligero estremecimiento de recelo y a un algo inexplicable como un brote momentáneo de credulidad.

—Y una vez —terció Eduardo, que había escuchado en silencio—, el *tata* de Nieves Vásquez tenía una *molienda* en el río Perales. Estaban ya todos acostados una noche pero no se habían dormido, cuando oyeron la Tepesa. Uno de los *piones* que era muy *chusco* le gritó: "María del Rosario, vení *a rezal* por el bien que perdiste". Dicen que se puso tan brava que eso *no tenía aguantadero* y se venía hasta el mismo real *aonde* estaba la gente, sollozando y pujando. Los *perroj gemían,* con el rabo entre las *piernaj*, y se metían debajo de las *jamacas* y los catres de los *piones,* hasta que tuvo el señor Claudio que *rezal* la *magnífica*... Entonces la oyeron *dir* río abajo.

—Y una señora que llamaban la Fufa la vió aquí mismo en el pueblo, en la isla —añadió Don Pedro, que era quien había iniciado la conversación sobre este tema—. Dice que la vió una madrugadita, antes de llegar a la quebrada; que es chiquita como del tamaño de una muchachita de cinco años y muy *moñona,* que le arrastraba el pelo; y que tiene la cara como un colador. Ahí quedaron las huellas, a la orilla de la quebrada. Fufa llamó gente para que fueran a verlas. Camina con los talones para adelante. La Fufa dicen que es la única persona que la ha visto; pero se enfermó *del tiro* y cogió cama por tres días.

"Pero la Tepesa casi nunca camina. Ella andaba siempre por los aires y se le oye siempre en algún árbol, de preferencia a la orilla de las quebradas y los ríos porque dicen que ella mató al hijo echándolo al río donde la criatura se ahogó. Nadie sabe exactamente cuándo pasó esto. Unos dicen que fue *en tiempo de los indios,* antes de que vinieran los españoles. Otros dicen que fue una india que tuvo un hijo con un español y que para ocultar su vergüenza, ante los de su raza, hizo ese enorme sacrificio. Pero la verdad es que la Tepesa sí existe y todavía sale, aunque ya en los pueblos haya luz eléctrica y automóviles. Ya verá, pues, que en estos días volvió a salir y hubo una alarma grandísima en el pueblo".

Todos los presentes asintieron. Era verdad que hacía poco tiempo se habían oído unos gemidos y sollozos una noche, todavía temprano, en un patio en lugar céntrico de la población y que la gente los habían identificado con los de la tradicional Tepesa. Era verdad que los gemidos y el llanto parecían venir de lo alto de un frondoso árbol de mamón y que alguien había hecho un disparo *al bulto;* y que después, en otra sección del pueblo, cerca de la quebrada que lo rodea, se oyó de nuevo la Tepesa y luego más lejos y más lejos, hasta perderse en la distancia.

Yo me quedé sonriendo, entre crédulo y burlón, pero guardé silencio. Hablamos de otras cosas y, como era ya tarde, pronto nos despedimos para entregarnos al sueño.

Señiles

—¿Bueno, Don Pepe y qué me dice Ud. de Señiles? ¿Será verdad que existe?

—Yo lo oí a Señiles. No es que me lo han contado. Lo oí con estos oídos que se ha de comer la tierra. Estábamos una noche en Puerto de Vela, a la orilla del río, acostados, conversando: Ambrosio Sáez, Toño Cedeño (el práctico de la montaña), Aguirrito y yo. Mi papá y Miguel Mursúa estaban en el rancho. El río pasaba aquí (y señaló con la mano el curso imaginario del río); al otro lado se levantaba una loma; y detrás de la loma se oyó el grito. Se sentó Toño Cedeño y todos nos sentamos.

"—Él grita otra vez —dijo Toño Cedeño—. Siempre da tres *pitío.* Ése es Señiles. Yo estoy cansao de oírlo en las montañas de Guánico. Y por *trej díaj*. No se consigue *na* en la montaña, ni siquiera *palomaj*.

"No había acabado de decir esto Toño cuando oímos otro grito y otro:

"¡Aaapa!. . . ¡Apaaapa!. . .", se oía lejos, pero *duro,* un grito agudo. Después ya no se oyó *más nada.* Reinó el silencio de la montaña".

Don Pepe me contó la historia de Señiles como si él hubiera conocido al hombre misterioso que lleva ese nombre en la leyenda interiorana; interiorana digo, porque habréis de saber que el cuento de Señiles es conocido, con ligeras variantes, por los

campesinos, desde Ocú, Pesé y Las Minas hasta Las Tablas, Macaracas y Tonosí. Y dijo Don Pepe:

—Señiles era un señor de los campos de Macaracas. Él era muy creyente pero no sé por qué motivo, cuando en aquellos tiempos se respetaba tanta la religión, que el Viernes Santo la gente no hacía siquiera de comer, ni nadie se atrevía a bañarse por que se *torcía* este señor se atrevió a salir a cazar. Dicen que fue una tentación de algún espíritu malo. El caso es que llegaron unas *paisanas*, ahí, *cerquitita* del rancho del hombre. Cogió éste su escopeta para tirarlas y se fue persiguiéndolas: ellas brincando de rama en rama, de un *palo* a otro; y él detrás. El hombre no volvió a su casa. Al cabo de dos días la mujer, llorando, le contó a todo el mundo lo sucedido. Lo buscaron por todas partes . . . y hasta hoy; no volvió a aparecer más. Lo dieron por muerto pero no pasó mucho tiempo antes de que los cazadores de puercos de monte se dieran cuenta de que en lo más recóndito de la montaña se oía en ocasiones un hombre que gritaba tres veces y de que cuando esto sucedía, no salían los puercos por tres días a los *comederos* donde los esperaban; y desaparecían también todos los animales del monte: venados, conejos, pavas, *paisanas* y hasta las palomas.

"Una vez un hombre tiró un venado —continuó Don Pepe—, pero no lo mató y lo siguió por el rastro de la sangre hasta que llegó a un *limpio* en medio del monte. Y ¿cuál no sería su sorpresa y el susto que cogió cuando vió un montón de animales *de toda laya* y a un hombre que les curaba las heridas? Y casi se cae muerto de espanto cuando ese hombre, que era Señiles, le dijo: "Ud. que está ahí escondido detrás de esa mata, tenga más cuidado cuando tira un animal para que no lo deje ir herido. Dígaselo a los demás *montiadores* para que no los hagan sufrir inútilmente. Dígales que yo soy Señiles y que Dios me ha ordenado cuidar de sus animalitos". El cazador, muerto de miedo, *echó* el cuento, y desde entonces todo el mundo se convenció de que el hombre que grita en la montaña, llamando a los animales, y el que desapareció un Viernes Santo persiguiendo unas *paisanas*, son una misma persona".

—*Ahoras tiempos* llegó a Macaracas —interrumpió Enrique, (un amigo de Don Pepe que había estado escuchando también)—; decía yo, que llegó a Macaracas un alemán, quién sabe huyendo de qué, porque se *rejundió* en la montaña, a orillas del Río Quema, en las faldas del cerro del mismo nombre. Ese alemán era hombre mismo y sabía muchas cosas. Curaba los *picaos* de culebra mejor que nadie; lavaba oro en alguna parte de la montaña que *naide* supo dónde era, ni siquiera los hijos; se atrevía a pelear y era también cazador y muy atrevido, (que no le tenía miedo ni al tigre ni a las culebras que tanto abundan *poráhi,* porque se iba solo con su escopeta y se *perdía* en la montaña por dos o tres días, durmiendo a donde lo *cojiera* la noche). Pues bien, ese alemán contaba que una vez, estando él solito en un lugar *bien metido* en la montaña, bien lejos, y no habiendo encontrado nada qué tirar, echó unas maldiciones y unos *carajos;* y dice que, de pronto, se le apareció un hombre y le dijo: "Si Ud. quiere yo lo llevo a donde hay mucha *cacería;* lo que es aquí no encontrará nada". El alemán decía que él lo había seguido y que cuando menos *acordó* se le volvió humo y dejó un olor a azufre. Ése era Señiles, aseguraba el alemán, y no es cosa buena".

Después de este relato, comentó Don Pepe:

—Yo había oído de labios de algunos campesinos, la historia del alemán. Pero algunos cren que ese cuento se lo inventó el alemán para ahuyentar a los cazadores de los lugares en donde él tenía sus lavaderos de oro porque ellos están convencidos de que Señiles no es espíritu malo como quería hacer ver el alemán; y otros piensan que posiblemente la historia sí es verídica y que quizá lo que Señiles quería era alejarlo del lugar en donde él vive.

—¿Y dónde vive Señiles? —me atreví a preguntar. A lo que respondió Don Pepe, *al rompe* y con toda naturalidad:

—Señiles vive en Los Tres Cerros. En busca de esos Tres Cerros iba mi padre, con Santiago Cedeño, cuando enfermó en la montaña de la pulmonía que lo llevó a la tumba.

Y sin quererlo, y sin darme muy bien cuenta de lo que decía, le dije a Don Pepe:

—Algún día iré yo a buscar a Señiles; algún día iré yo a Los Tres Cerros.

El padre sin cabeza

Hubo un tiempo, ya lejano, en el cual sucedían en la Villa de Los Santos las cosas más extraordinarias. Entre estas cosas raras se cuenta la aparición que hizo en diversas ocasiones "un padre sin cabeza". Salía por los lados de La Cantera, lugar éste así llamado porque hubo allí alguna vez una cantera en la época colonial. Se sabía cuando iba a aparecer "el padre" porque siempre se oía primero una campanilla que sonaba como algo de ultratumba, con un sonido extraño, raro, como de "cosa del otro mundo".

Salí, de seguro, los Viernes Santos; y muchos fueron los feligreses que al abandonar la procesión antes de tiempo, antes de "la posa", se encontraron en su camino, "de manos a boca", con el "Padre Sin Cabeza". Desde la salida de la procesión hasta la entrada de ésta en la iglesia se sentía por el lado de La Chorrera el tintineo de la campanilla. Pero el resto del año también se le oía a veces, a la media noche o al medio día; y si alguno se aventuraba a esas horas por las inmediaciones de La Cantera, se encontraba el Padre Sin Cabeza y era seguro que ahí mismo caía privado. Por este motivo era mirada "La Cantera" con temor y aún hoy se pasa por allí con recelo. En aquellos tiempos todos la evitaban pero hubo una mujer que se atrevió a ir un día a buscar al Padre Sin Cabeza, a las doce del día, a las soledades de La Cantera. He aquí el testimonio de Chefa Ñeje,

la mujer de “pelo en pecho” que tuvo tal osadía, pero que, a pesar de su valor, al encontrarse con el Padre Sin Cabeza, cayó ahí mismo desmayada y la encontraron mucho después, sin habla y presa del más grande terror.

Contó Chefa Ñeje que ella iba “al medio día en peso” para la cantera a ver si era cierta la leyenda, cuando de pronto oyó una campanilla detrás de unos matorrales; y que pocos momentos después se le apareció un hombre grande, muy grande, con una sotana negra, muy larga, agitando en la mano derecha una campanilla y en la izquierda una carta que hizo ademán de entregarle; y que cuando ella quiso verle la cara ¿cuál no sería su terror al no ver cara ninguna porque el hombre, que era evidentemente un padre, no tenía cabeza y sólo se le veía el muñón del cuello trunco que sobresalía apenas sobre el cuello de la sotana? Al instante, Chefa Ñeje se había desmayado, había perdido el sentido, y al volver en sí ya no pudo ver nada en donde había estado antes el Padre Sin Cabeza.

En los tiempos modernos le salió el padre un día a “Juan el de Lita”, más o menos en el mismo lugar y a idéntica hora. También oyó él primero la campanilla y vio luego salir de entre unos matorrales al Padre Sin Cabeza que lo llamaba para entregarle algo que parecía una carta. Él entonces, lleno de miedo, salió huyendo y fue “derechito” a la iglesia, en donde estuvo un largo rato arrodillado y rezando.

El origen de la historia del Padre Sin Cabeza se pierde en la noche de los tiempos. En la Villa se cree que es el ánima de un Padre misionero que llegó con los conquistadores y que fue decapitado en el Cerro de Juan Díaz, que queda por allí cerca del lugar llamado La Cantera, y en el cual se dice que vivía en aquella época un cacique poderoso. Y se cree que tal vez el ánima ha estado tratando de comunicarse en vano con seres queridos dejados en España, por medio de una carta que nadie se ha atrevido a tomar de sus manos; o que quizá ha estado tratando por ese medio de hacer conocer su trágica historia.

Sea de ello lo que fuere, después de “Juan el de Lita” nadie más ha vuelto a ver en Los Santos al Padre Sin Cabeza pero hay quienes aún hoy dan su existencia como cosa segura.

Setetule

Hay en la Sierra Tacarcuna, al norte y noreste del Darién varias eminencias o picos que llegan algunos a los dos mil metros de altura sobre el nivel del mar y otros pasan de mil o mil quinientos metros de elevación. Entre estas montañas hay una que, vista desde lejos, da la impresión de una mujer con los desnudos senos al aire y, sobre esta semejanza, tejió la imaginación de los indios una bella leyenda.

Las indias chocoes en la juventud se distinguen por sus líneas finas, la esbeltez de sus cuerpos y la belleza de sus senos pequeños y erectos. Y cuenta la leyenda que una tal india como éstas, sólo que la más bella y hermosa de toda la raza chocó, nació en las cercanías de Pinogana; y que cuando fue creciendo y ya alcanzó su desarrollo pleno, fue tan grande su belleza, que su fama se extendió por todas partes y todos los seres humanos y hasta las bestias mismas, al contemplarla, se desleían en uno como "embrujamiento" o seducción irresistible.

Era que la niña estaba predestinada y era amada del sol, al cual podía mirar de frente sin que su luz la cegase. Antes bien, cuando esto sucedía, resplandecían sus ojos negros con un fulgor extraño, se nimbaba de luz y resplandores su cabellera, como la de una diosa; y toda ella se llenaba de una extraordinaria fuerza de seducción que fascinaba por igual a hombres y animales que, sumisos le rendían pleitesía. Y eran tan perfectos sus senos que la tribu le dió a ella el nombre de Setetule, que en

lengua indígena quiere decir senos de doncella o senos hermosos.

Consciente de su hermosura sin igual, adorada de todos y cortejada y deseada por los más hermosos y los más fuertes, a ninguno quería y a todos desdeñaba como que se sentía y era en verdad una reina. Ni ricos presentes, ni posición, ni fama; ni oro, ni perlas, nada conmovía a la reinecita que, gradualmente fue tornándose vanidosa y cruel con sus pretendientes. A muchos hizo perder el seso con sus desdenes y aun la vida a algunos, ordenándoles las tareas más duras y peligrosas como, por ejemplo, buscar en las montañas la flor de amor o *ambasarú*, de cuya búsqueda muchos no regresaron jamás.

Pero un día llegó el Mago o Brujo de la tribu rival, la de los cunas, Moly-Suri o Macho de Monte, feo y malo pero sabio y fuerte, a ofrecerle también, a Setetule, amor, fortuna y poderío. La bella apenas sí hizo caso de él; lo trató con el mismo rigor y el mismo desdén que a los demás pretendientes y ésa fue su perdición porque los poderes del mago cuna eran inmensos y cuando ella creía haberlo dominado, el mago permaneció impasible. En vano apeló al truco de mirar al sol pues el mago hizo que esta vez su luz la deslumbrara y, al fin, vencida, fue presa de la venganza del mago cuna que como castigo se la llevó bien lejos, hasta la sierra lejana y la convirtió en un cerro, lleno de ricos metales, el cerro que a distancia se ve en la Sierra Tacarcuna como una mujer acostada con los senos sobresalientes apuntando al cielo. Así por toda la eternidad, yace el cuerpo de Setetule, al aire sus senos turgentes y llenas las entrañas de ricos metales para tentar la codicia de los hombres que, en su afán de riqueza, la torturarán eternamente, sin saberlo, siempre que clavan sus piquetas en los socavones.

Los “ojiaos”

El joven doctor Vásquez acababa de regresar a Las Tablas, graduado de médico en una de las más afamadas universidades de los Estados Unidos y acababa de abrir su consultorio en su pueblo natal. Verdad era que de niño había oído muchas historias, que le parecían ciertas entonces, de enfermedades misteriosas y de medios más misteriosos aún para curarlas. Pero seis años de estudios en el Instituto Nacional y seis años más de rigurosos estudios científicos en la Escuela de Medicina, le habían enseñado a razonar lógicamente y con fundamento en hechos y realidades. La superstición y lo sobrenatural, por lo tanto, no tenían mucho lugar en sus procesos mentales cuando, después de hacer una detallada historia clínica y un prolijo examen de sus pacientes, trataba de llegar a un diagnóstico.

El caso que ahora tenía delante le parecía claro. Era una niña de unos diez años más o menos a quien le había atacado “alferesía”, hacía cosa de dos o tres meses. La niña, decían sus padres, había estado en perfecta salud hasta un día en que, de pronto, sintió “un dormimiento’’ en “la mano del corazón” (la mano izquierda) y perdió poco después el conocimiento y cayó al suelo con la cara, los ojos y la boca torcidos; con convulsiones de brazos y piernas; respirando trabajosamente. Se había puesto “moradita” y se había mordido la lengua. Había estado inconsciente como un cuarto de hora y, después de volver en sí, había

llorado y tratado de correr. El ataque le había repetido unas dos veces más en el curso de los dos últimos meses y ya la niña sabía cuándo le iba a dar por "el dormimiento" de la mano.

El Dr. Vásquez hizo un examen físico minucioso, sin encontrar ningún signo de lesión orgánica, excepto un ligero aumento de los reflejos patelares. Se trataba sin duda de un caso de epilepsia y había ya comenzado a escribir su receta de luminal, cuando el padre de la niña, que había seguido con interés todos los detalles del examen, le preguntó al joven galeno:

—Bueno, *dotol* ¿y qué cree Ud. que tiene la muchacha?

El Dr. Vásquez dudó un momento, pensando si era o no conveniente decirle a este campesino (porque campesinos eran la niña y sus padres), el diagnóstico de la enfermedad de su hija: pero al fin decidió decírselo.

—Epilepsia es lo que tiene su hijita, señor Pérez.

—Vea, *dotol* —replicó el campesino—. *Usté* se ha *equivocao.* Usté sabrá mucho pero eso no *"ej"* lo que tiene *"mija"*… Lo que ella tiene es *"ojiá"* y esa *"mardita"* vecina que se ha *mudao pa* la casa de enfrente de nosotros es la que *la ha "ojiao";* pero la muy *condená* no quiere *jacéle* el remedio.

En vano trató el doctor Vásquez de convencer a aquel hombre de su error. Por más énfasis que puso en la seguridad de su diagnóstico y en los buenos efectos que le haría a la niña la medicina que él le recetaba, el hombre no salía de su idea fija e insistía:

—La muchacha lo que tiene es *"ojiá"* y con solamente que esa *mujel dé loj miao pa bañala* con *elloj* tiene la muchacha *pa* curarse. Caminen —dijo dirigiéndose a la mujer y a la hijita— *noj vamo a buscá* un curandero, que bien sabía yo que *loj dotore* no curan *estaj* cosa.

Diciendo esto, salieron del consultorio del médico, el señor Pérez y su mujer, llevando de la mano a la niña enferma.

• • • • •

En los pueblos del interior de Panamá las casas son bajas y están pegadas unas a otras en hileras paralelas que constituyen

las calles; éstas son generalmente angostas y por razón del clima, tal vez, las casas están siempre abiertas de día, de tal manera que una persona que pasa por la calle puede ver muchas cosas en el interior de las casas, a veces hasta el patio; y no es extraño que los vecinos se enteren con facilidad de lo que pasa en la casa siguiente. Así sucedió con la discusión que sostuvo el Dr. Vásquez con el señor Pérez sobre la enfermedad de su hija. La señora Josefa, que vivía al lado del Dr. Vásquez, oyó todo y cuando el doctor quedó solo, lo llamó y, con la familiaridad y el desenfado que acostumbran las personas que lo han visto a uno crecer desde la infancia, le dijo:

—Mirá, Ernestito, hay que creer en "ojo". Yo te voy a *contal* muchas cosas que *vo no sabéi* y que yo he visto, pa que *viái*… Cuando yo estaba embarazada de Ifigenia…

—¿De quién, Ña Pepa? ¿no era de Ño Julián? —interrumpió el doctorcito.

—Dejáte de relajo, muchacho, tú *sabéi* lo que quiero *decil*, que cuando yo tenía a Ifigenia en la barriga, un día me llamó tu *mama* pa que viera la "parvá" de pollito que tenía una gallina que ella había "echao". ¿Y qué *crei* que pasó? que *"namá"* que tuve que mirá los pollito y cayeron *toítoj* muerto. Eran catorce pollito, "de las cosas lindas", y estaban todos muy vivitos, escarbando, con la madre; y yo los maté con la vista, sin *querel*…

No te *riai* que lo que te digo es la misma *verdá*. También paré un culebrón en el "patio abajo". Era una culebra como de *doj metroj* de largo que venía de la *quebrá*. La miré y no se movió *má*… Vine, así pipona como estaba, hasta la casa (y ve la distancia que hay) a *buscal* quien la matara y en *too* ese tiempo no se movió ni un jeme. Ahí *taba* quietecita cuando volvimo y se dejó *matal*, sin moverse.

—Bueno, Pepa, esto sí se lo creo —dijo el doctor riendo maliciosamente.— Una mujer sí puede parar las culebras. Yo he oído muchos cuentos a este respecto.

—No *seai relajao*, Ernestito —protestó doña Pepa— y

poneme cuidao a lo que tengo que decirte. Hablo en serio. Tu tío Manuel casi me mata a Ifigenia y a su misma sobrina Chayo, con el "ojo". Ese hombre miraba una parra de granadilla y enseguida la secaba. Lo mismo era con *laj mataj* de clavel. ¿*Vo* no *habéi* visto cómo *le* ponen cascarones de huevo a las matas de clavel? Es *pa* eso, *pa* protegerlas del "ojo" porque hay gente de la vista fuerte que las secan con sólo mirarlas. Hizo una pausa como para tomar el hilo de un interrumpido relato y luego continuó:

—Cuando *"mija"* cayó con las calenturas llamamos primero a los médicos, pero nada; ya *taba* la muchacha hinchándose *toa* cuando dijo *mama:* "no hijita, aquí hay que *llamal* es a Ño Luca Bobadilla que es el especial *pa curá* "por ojo". Vino Ño Luca y desde que *vido* la criatura, dijo que sí *taba "ojiá"*. Nos mandó *llevajla* a la primera "cruz de camino que hubiera", o sea al primer sitio donde un camino se cruzara con otro; y *noj fuimo* con la muchachita al Cocal *onde* se cruza el camino del pueblo con un camino que va *pa Llano Afuera*. Ahí acostamo la niña "bocarriba" y llegó el viejo y empezó a *rezal* y a *santiguajla* con dos cuchillos *puestoj* en *cru* y desde *lejo* porque decía que la niña estaba tan débil que no aguantaba la santigua de cerca, porque era muy fuerte la santigua. Poco a poco se le fue acercando el nombre y cuando ya *taba* cerquita de la niña botó los cuchillos y empezó *ahacejle* santiguas chiquitas con la mano, en la cabecita, en el pechito y en la *esparda.*.. Hijo, y fue santo remedio. Lo mismo pasó con tu prima Chayo. Tuvieron que *llamal* a Luca Bobadilla y entonce dijo él: "¡Ah! Si es que tienen la víbora en la casa" y miró a tu tío Manuel. Y de ahí en adelante Manuel no volvió a *miral laj muchachitaj pa* no "hacéles daño".

—Hay otra manera de *cural* "los ojiao", Ernestito —prosiguió doña Pepa.— El "ojiao" se cura, también es cierto, bañándolo con *"miao"* del que lo "ojea" o acostándolos juntos hasta que el enfermo sude la calentura, si tiene fiebre; pero eso es cuando se sabe quién es el que "ojea" a la criatura. Si no se sabe quién *ej, entonce* hay que *llamal* al curandero o también cuando no se pue-

den *conseguil* los *orine;* pero tiene que *sel* uno que sepa *cural* "por ojo", no es cualquier curandero el que sirve.

En el intervalo había llegado una vecina que había alcanzado a oír parte del interesante relato de doña Pepa y para con corroborar la teoría, tan habilmente presentada por ésta e ilustrada con elocuentes ejemplos, contó también algo que ella había visto "con sus propios ojos", para ayudar así a convencer al joven médico.

—Yo tenía un loro, doctor —dijo la señora— que hablaba y cantaba y tenía que hacer con todo el mundo y todo el mundo tenía que hacer con él. Un día vino un hombre de Tablas Abajo a traerme una carretada de leña. El loro estaba esa tarde contento, como nunca: habla que habla, grita que grita y cantando y *salomando.* El hombre terminó de "echar" su carretada de leña, le pagué los tres pesos y cuando ya se iba a montar en la carreta se quedó mirando al loro y me dijo: "Qué loro más bonito tiene, señora… y tan *sabío"*.

—¿Puede Ud. creer, doctor, que antes de que el hombre doblara la esquina de la calle, con su carreta, ha caído el loro pataleando y botando una agua verde por la boca y por los huequitos de la nariz? Quedó muertecito en un instante, doctor; y me lo mató ese hombre con la vista, le reventó la hiel. Hay que creer en "ojo", doctor, no le quepa duda.

• • • • •

Pasaron unas semanas y ya el Doctor Vásquez se había olvidado del caso de la niña de Pérez, cuando un día llegaron al consultorio un grupo de personas con una enferma "en hamaca", quejándose lastimosamente y sangrando. La sacaron de la hamaca, la colocaron en la mesa de exámenes del médico y cuando lo dejaron solo con ella, el Dr. Vásquez la examinó y pudo constatar que tenía el cuerpo lleno de laceraciones y heridas sangrantes producidas, según confesión de la enferma, por una azotaína que el señor Pérez le había dado con una tahona "de cuero crudo", en castigo por haberse negado a aceptar que ella había *"ojiao"* a la hija de Pérez y, por consecuencia, a dar sus orines para el baño de rigor.

Hubo, como es de suponerse, alarma general en el barrio. Voluntarios fueron a dar parte a las autoridades. El señor Pérez fue llevado a la Alcaldía, multado y encarcelado.

El Dr. Vásquez, cuyo interés principal era servir a estas pobres gentes, se valió de esta coyuntura favorable para una solución salomónica del problema. Después de curar las heridas de la desdichada mujer, hizo que le trajeran a la esposa de Pérez, madre de la niña "ojiada", y consiguió, con la primera, que diera los orines que le pedían, por lo que él la ayudaría a que se le hiciera justicia; y con la última que le hiciera una reparación a la mujer herida y se comprometiera a darle a su niña la medicina que él le había recetado, a cambio de conseguirle "los miaos" necesarios para el clásico tratamiento de los "ojiaos".

La pavita de tierra

—¿Y qué me dice, mano Juan, de la Pavita de Tierra? ¿Qué le ha pasado que ya no sale?

—Sabe que *toavía* se oye, *a vece,* aunque ya aquí en er pueblo no creen en *esaj cosa.* Y también se oyen, de tiempo en tiempo, er chivato y er chivito, *manque* usté no lo crea —respondió mano Juan. Este era un viejo amigo, de La Miel, que había bajado de la montaña para los días santos, y a quien no había visto hacia mucho tiempo. Cuando yo era niño había estado allá en su rancho solitario en la cumbre de una loma que llamaban El Coro, y por las noches, antes de dormir, me «echaba» cuentos de tigres, de brujas, de aparecidos y de espíritus malos.

¿Y cómo es la Pavita de Tierra, mano Juan? seguí interrogando. ¿La ha visto alguno? ¿Qué es lo que hace?

—Vea, joven, yo sé que Ud. no cree ya en *estaj cosaj;* pero vengo a *dicile* que *no hay que creel ni dejal de creel.* —Hizo una pausa. Después prosiguió:— A la Pavita de Tierra no la ha visto *naide* viviente; pero sí se oye *en ocasione,* como le he dicho. En las *noche* largo que sale como de abajo de la tierra y después otro y otro, cada uno más largo que el *anteriol.*… Mire, vea cómo se me *espeluca* el cuerpo, *namá* de acordarme de cómo *jace.* Imagínese usté un *sirbido* largo y agudo en medio del silencio de una noche *escura,* que no se ven ni las mano, y que parece que viene de las entrañas mismas de la tierra… Da *mieo,* le digo.

—Bueno, mano Juan, pero ¿por qué no la ha visto nadie? Yo

he oído decir que en otros tiempos bastaba levantar una de las tres piedras del fogón, cuando se oía la pavita, para verla. ¿No es así?

—*Asina* era, *señol*, pero yo *jallo* que usted está *equivocao* en una cosa y es que no era cualquiera *er* que se atrevía a levantá la piedra *der fogón pa vejla*. Eran *raroj* y *contaoj loj* que se atrevían a *jacé* la prueba, porque un *señol* de Bajo Corral que la *vido*, se murió *diunavé* y otro de Colón, que dicen que también la *vido*, se *vorvió* loco y se quedó chiflando *ni* la Pavita de Tierra hasta er día que se murió. ¿La Pavita de Tierra? ¡Jum! Ese es un espíritu malo, le digo; y *anuncea* la muerte también cuando hay enfermo grave. Eso sí lo tengo yo bien visto y *probao*, que cuando hay un cristiano enfermo y se oye la pavita de tierra, es seguro que se pone *más malo* y *más malo*, hasta que se muere. No lo *sarva naide*.

Yo, aunque respetuoso siempre de las creencias de los demás, no pude reprimir una sonrisa burlona al oír estas cosas. El viejo se picó y enseguida reaccionó como suelen hacerlo los viejos campesinos de mi tierra, con agilidad mental y con energía.

—Bueno —dijo mano Juan— yo sé que en *er* pueblo ya no salen ni la pavita, ni *er* chivato, ni *er* berrión, ni la tepesa, pero es que en *er* pueblo, según me han dicho, la gente se ha *vuerto er* mismo demonio y con los demonios no hay espíritu malo que *varga*. Y se rió a carcajadas, mano Juan, cuando vió que yo aceptaba que él tenía razón y de buena gana me reía también de su ocurrencia.

El “zajorí ”de La Llana

Era yo niño cuando oí hablar del “zajorí” de La Llana. De mi pueblo iba mucha gente hasta ese apartado rincón del distrito de Macaracas, más allá de La Pitaliza, en plena montaña, a consultar al “zajorí”. Hacían el viaje a caballo o a lomo de mula y el regreso lo aprovechaban para traer “huesitos”, para tahonas o bastones, y “piedras de amolar”.

¿Quién era ese personaje misterioso que adivinaba tantas cosas y que, como San Antonio, o mejor que San Antonio tal vez, hacía que lo perdido fuera encontrado? Mejor que San Antonio, digo, porque el “zajorí” de La Llana le decía a Ud. dónde se encontraba exactamente lo que quería encontrar y Ud. podía ir derecho al sitio que él le indicaba y era seguro que allí encontraba lo que buscaba; y además de esto, muchas veces le adivinaba lo que Ud. quería encontrar antes de que Ud. le hubiera dicho nada.

Entre la bruma de los años idos, recuerdo que la descripción que hacían del “zajorí” de Llana era más o menos la de un albino. Desde luego, entonces yo no sabía lo que era un albino y por eso quizás encontraba más fantásticas y raras la figura y la personalidad del “zajorí”. He aquí la descripción que más o menos hacían de él los que iban a consultarle:

Era un hombre de talla mediana, muy blanco y rubio, con cejas blancas y largas, labios descoloridos, pestañas blancas y ojos verdes, como ojos de muñeco, que le bailaban en las cuencas y con los que veía nada, o casi nada. Pasaba sentado en una

cama de palo y mientras hablaba con la gente que iba a consultarlo, seguía pelando pepitas secas de café, con las uñas extraordinariamente largas de sus pulgares, que dejaba crecer exprofeso para ese trabajo. Tenía una voz casi infantil y en su rostro no se reflejaba casi ninguna emoción o cambio de emociones. Había siempre en él una dulce expresión de placidez como en el de la mayoría de los ciegos.

El zahorí de La Llana no cobraba nada por su trabajo. Él recibía lo que quisieran darle y vivía realmente de la contribución voluntaria de los que creían en sus poderes de adivinación. Lo que más le regalaban era "comida": arroz pilado, maíz desgranado, "en mazorca" o "en capullo", ñames, yucas, plátanos, otoes, frutas, frijoles, etc. Algunos le llevaban ropa, otros dinero. Él no pedía ni exigía nada. Era sencillo. No alardeaba de sabio. Decía que él contestaba lo que le venía a la mente en el momento que se le hacía la pregunta; y acertaba muchas veces, casi siempre; pero no era un charlatán en el sentido de hacer creer que tenía "socio" o "*apauto*" con el diablo, etc. Sólo sabía, como lo sabía la gente de La Llana y de los campos vecinos y como lo llegaron a saber, poco a poco, las gentes de los pueblos después, *que él había llorado en el vientre de su madre, quien guardó el secreto y se lo informó más tarde, cuando ya él tuvo uso de razón;* y sabía, además, que mucha gente de muchas partes distantes, sin que él lo hubiera buscado o sin que lo hubiera deseado siquiera, venían hasta ese lugar retirado a preguntarle cosas que él no conocía y que no le interesaban; y que él contestaba lo que se le ocurriera en el momento o sea lo que él veía en ese instante con los ojos de la imaginación, lo que después, por algo extraordinario y desconocido, resultaba cierto en la inmensa mayoría de los casos.

Recuerdo, entre las cosas maravillosas que oí decir del "zajorí', en mi niñez, los casos que enseguida relato y son ilustrativos de los poderes de adivinación, reales o ficticios, del hombre, lo cual, unido a la imaginación de la gente y a la exageración natural en estos casos, hizo tan famoso y tan sonado, entre

los campesinos y aun en los pueblos, el nombre del "zajorí" de La Llana.

Don Justo García y Antonio Velásquez, tableños, habían perdido sus caballos de silla. Los buscaron por todas partes, inútilmente. Finalmente fueron a ver al "zajorí" de La Llana y éste les dijo:

—El caballo del señor Antonino ya es muerto. El del señor Justo está en los llanos de Penonomé. Se lo robó un hombre blanco. Vaya a buscarlo. Por el relincho lo encontrará. Y así fue. En los llanos de Penonomé estaba el caballo de Don Justo, detrás de unos matorrales y por el relincho lo descubrió su dueño, que iba ya pasándose del sitio en donde estaba el caballo. El de Antonino no apareció nunca.

Después, fueron Julio Velásquez, que había perdido algunas reses, y un amigo suyo que había perdido un toro. A Julio le dijo dónde se encontraba su ganado; pero al otro hombre se negó a decirle quién le había robado el toro porque había adivinado las intenciones que el hombre tenía de matar al ladrón. También fue famoso el caso de un señor llamado Futroso que fue a pedirle al zahorí que le dijera dónde había "un entierro". El "zajorí" le dijo: "en el potrero tal, al pie del palo de jaguatal, hay uno".

—Ah, pero ese es mío— dijo Futroso.

—Bueno, confórmese con ese— le replicó el zahorí.

Y el caso de la señora de Luis Velásquez, que enterró la plata durante la revolución de los mil días y después no la encontraba porque "se había mudado de sitio" (de acuerdo con la creencia de muchos campesinos la plata enterrada "camina" o "se muda de sitio" cuando está mucho tiempo enterrada). Pues bien, fue a consultar al "zajorí de La Llana y éste le dió las nuevas señas de su entierro" (3 palos formando triángulo en un rincón de llano de la finca X) y así pudo la señora encontrar su dinero enterrado.

"El zajorí" de La Llana murió hace muchos años, pero todavía su fama persiste entre la sencilla gente de nuestros campos

(y aun de los pueblos) que creen en la existencia de los seres dotados de poderes extraordinarios de adivinación, uno de los cuales, quizá el más famoso de todos, fue el "zajorí" de La Llana.

Luisita Aguilera P.

Tradiciones y leyendas panameñas

Prólogo

Con panameñísima emoción por todo lo que es propio del alma de su pueblo, Luisita Aguilera ya señaló en su bello libro *Leyendas panameñas*, un venero hasta entonces inexplotado, una magnífica fuente de inspiración para los escritores, un campo fecundo que invita a la reflexión y al descubrimiento: el folklore istmeño.

En la mayor parte de Hispanoamérica, el pueblo ha quedado casi olvidado o ignorado por los novelistas y poetas, pues en verdad, son pocos los países americanos en que el alma popular ha sido llevada al cuento, a la novela o al verso.

Sin el propósito de hacer investigaciones científicas, la joven autora panameña ha incursionado en la tradición popular para buscar el alma indígena y la criolla y valorizar el patrimonio imaginativo de su terruño. Se ha acercado a escuchar el latido íntimo de su corazón, pues ha comprendido que la expresión artística, para adquirir cada vez un valor de propia personalidad, tiene que estar sustentada por el rico tesoro vernacular de su pueblo.

Así, nos presenta hoy un nuevo puñado de leyendas y tradiciones panameñas que, ciertamente, no son simples transcripciones de lo que oyó de boca del pueblo, sino un bien logrado intento de vaciar esa herencia del pasado en un molde literario de suave belleza.

Es un nuevo testimonio del perseverante acercamiento de la autora al misterioso y cautivador acervo de creencias, ritos y supersticiones que con fuerte arraigo viven en nuestras razas autóctonas así como en la hispanoamericana.

No voy a analizar aquí cada una de las narraciones para señalar sus auténticos valores. Todas ellas nos presentan cuadros intensos y vivos que revelan agudo espíritu de observación y una labor interpretativa que nos deja ver la inmensa belleza latente en el material folklórico americano que aguarda la reivindicación de sus fueros.

El lector encontrará en estas leyendas escritas por una mujer que a su talento y cultura une una gran inquietud espiritual y exquisita sensibilidad, páginas de profunda emoción, de dulce ternura y de trágica melancolía. Y, aunque el tema fundamental — los infortunios del amor — carezca de novedad y se repita con cierta insistencia, bajo la ágil y espontánea pluma de Luisita Aguilera aparece siempre nuevo, despertando nuestra curiosidad imaginativa. Sin embargo, en algunos casos, el doloroso desenlace, en que, aparentemente, no triunfa la justicia, deja un resabio amargo.

La arquitectura de la prosa de Luisita Aguilera es sobria, sin amaneramientos y complicaciones, sin imágenes inútiles, sin futilezas. Y debido a esta sencillez y severidad artística que renuncia al encaje literario superfluo, su estilo depurado proporciona hondo gozo espiritual al lector.

RODOLFO OROZ

Santiago de Chile, abril de 1956.

La Isla del Encanto

Un inmenso pescado entró una vez en el estuario del Tuira y allí permaneció por algunos días. Todo el pueblo se precipitó al lugar, para contemplar al animal y cerciorarse por sus propios ojos de sus proporciones descomunales. Allí en las aguas se veía la mole enorme del habitante de los mares.

Armados con instrumentos cortantes, hombres forzudos lograron sacar a flote una parte de la cola. La amarraron con una soga trenzada de cuero y envolvieron ésta en el tronco de un cuipo gigantesco. El pez no se dio por entendido de lo que con él hacían, estaba dormitando. Sus resuellos se escuchaban a distancia y miles de burbujas se formaban a su alrededor.

Los mejores nadadores se echaron al agua para descuartizar vivo al cogido animal. Comenzaron a cortar la piel y la carne, y la sangre corrió tiñendo de rojo a los hombres y coloreando las olas.

El dolor sacó al pez de su sueño. Comenzó a moverse, dio un bufido estruendoso, se sacudió con furia, de un solo tirón arrancó de cuajo el árbol corpulento y altísimo, y lo arrastró corriente abajo como una rama seca.

Gritaron los hombres, chillaron las mujeres, pero el acuático personaje sin preocuparse de lo que dejaba atrás, siguió su rápida carrera. Pez, soga y árbol, llegaron al boquete de la Palma. El río, muy estrecho en este punto, no les permitió pasar, y allí el animal quedó preso. Al verse así oprimido, hizo esfuerzos inauditos por romper la orilla y escapar, pero todos sus in-

tentos resultaban vanos. El boquete no se anchaba para darle paso.

Corrieron los días y las noches, alumbró el sol y vino la lluvia; el pez permanecía en el mismo lugar. Poco a poco una vegetación espesa comenzó a cubrirlo, y sin saberse cómo quedó transformado en una isla llena de verdor, la Isla del Encanto, en torno a la cual las aguas forman durante las mareas, remolinos gigantes que nadie se atreve a salvar.

Un Viernes Santo, el indio Nicolás fue a bañarse en la isla nacida de un encantamiento. Enterados de lo que pretendía, los vecinos le advirtieron que si hacía tal cosa en ese día sagrado, algo grave le iba a suceder.

—No hagas eso, Nicolás —habían insistido los más amigos—. El Viernes Santo nadie se puede bañar antes de los Oficios, y menos en las aguas que rodean la isla encantada.

Nicolás rió. Y ante la consternación de la gente que se santiguaba temiendo lo peor, y considerándolo un impío, el indio, se lanzó despreocupadamente a las ondas, burlándose de los pronósticos. El agua estaba fresca y agradable, y las olas poco fuertes permitían a Nicolás lucir sus habilidades de nadador.

Súbitamente experimentó algo raro. No podía decir lo que era, pero sentía una especie de desazón. Ya es hora de que salga, pensó, me estoy fatigando.

En ese mismo instante se dio cuenta de que no podía mover bien los pies.

—¿Qué es esto? —se dijo.

Descansó un rato manteniéndose a flote, e intentó después nadar hacia la orilla; pero nuevamente sus pies permanecieron como tiesos, negándose a seguir el impulso de las manos y el resto del cuerpo. Podía mover sus extremidades superiores, mas las inferiores permanecían rígidas como si no formaran parte de su persona física. Comenzó a asustarse seriamente. Las frases de sus amigos principiaron a resonar en sus oídos.

—Si te bañas hoy —decían las voces—, algo malo te pasará.

Tonterías, pensó. Tonterías, repitió, queriendo darse ánimo. Esto no es más que un calambre. Ya pasará y saldré de aquí.

Por tercera vez trató de volver a la orilla, pero un dolor y un hormigueo terrible en las piernas le hicieron desistir de su propósito, y se quedó como antes, quieto a flor de agua, como un tronco sin vida.

El miedo comenzó a clavarle el diente, y asustado ya de veras, gritó y agitó los brazos pidiendo socorro. Sus clamores angustiosos se perdían en el vacío. Nicolás estaba solo en la inmensidad de la corriente. Solo con su desesperación y su conciencia atormentada. Las gentes del caserío estaban recogidas en sus casas guardando fervorosamente el día santo que él no quiso honrar, y nadie le oyó ni acudió en su ayuda.

Minuto a minuto el dolor fue haciéndose más y más intolerable. El indio enloquecido trató de poner fin a su tormento dejándose ahogar. Quiso irse al fondo para acabar allí mismo con su vida, pero una fuerza misteriosa le impedía realizar su intento manteniéndolo como suspendido sobre la superficie líquida. Nicolás sentía la impresión de un agudo hierro que le atravesaba las piernas desde la planta de los pies hasta las rodillas. Era tan intenso, tan fiero el sufrimiento, que de su pecho no salía ya sino un gemido ronco.

De pronto su martirio cesó. Como por encanto y de golpe, el indio recobra su lucidez para volver a enloquecer. Sus piernas se habían unido desde los pies hasta lo muslos. Lanzó un chillido espantoso, gimió, pidió perdón, pero ya era demasiado tarde. Y poco a poco, ante su espanto sin límites, ante su terror de sentir sin poder ver, lentamente, como si su invisible castigador quisiera recrearse en su angustia infinita, las piernas del desventurado se fueron transformando en la cola de un pez.

Sus ojos se desorbitaron; de su garganta oprimida salían sonidos inarticulados; su cabeza se convirtió en un torbellino. No supo nada más. Cuando tuvo conciencia de lo que le rodeaba, se encontró mitad hombre y mitad pez. Esta vez no lanzó gritos

ni se desesperó. Su terror había desaparecido. Comprendió que Dios lo había castigado por su irreverencia, y aceptó su destino. Nadó entonces hacia la isla; sabía que allí había una sirena.

A un hombre que navegaba por el río, lo cogió la noche sin poder regresar al punto de partida; sin saber qué rumbo tomar, prefirió acercarse a la isla. Iba lleno de temor porque no ignoraba que estaba sujeta a un encantamiento, pero allí desembarcó. Pese a sus aprensiones durmió profundamente hasta amanecer. Al comprobar que estaba sano y salvo, se rió de sus miedos y tomó un bote. Ya se alejaba de la playa, cuando atinó a ver a una linda mujer que no lejos de la orilla se bañaba. Sorprendido no acertó a remar, y se quedó un rato mirando y mirando. La mujer se peinaba sus largos cabellos con un peine de oro. Sólo aparecía de ella la mitad del cuerpo; la otra permanecía oculta entre las aguas. A través de ellas se advertían sin embargo, las escamas verdes y doradas. Era una sirena.

La sirena vio al hombre que la contemplaba embobado y no huyó. Siguió tranquilamente alisándose la cabellera. Sonrió y de pronto le hizo esta pregunta:

—¿De quién te has enamorado?

—De la peinilla —contestó el hombre con un poco de zozobra.

—Apáñala pues —dijo con voz armoniosa la sirena sin darse por ofendida de la contestación poco cortés.

Tiró el peine para que lo recogiera el navegante, pero éste, falto de habilidad no logró alcanzarlo y la peinilla cayó al agua. Por un instante brilló en la superficie y luego desapareció en las ondas al mismo tiempo que su dueña.

El hombre volvió y contó lo sucedido. Esto lo sabía Nicolás. Ahora, convertido en pez, sería el compañero de la sirena. Pensando en todo esto, fue hacia la Isla del Encanto.

Desde entonces, en los días de la cuaresma, especialmente durante la Semana Santa, una música delicada y misteriosa viene de la isla hacia la Palma. Los suavísimos arpegios producen

inexplicables sensaciones al que los oye, por eso, quienes los escuchan van curiosos a indagar la procedencia de los celestiales tonos. Nunca han logrado averiguarlo. Buscan de aquí y de allá. Indagan, preguntan, inquieren, todo es inútil. Los divinos músicos y cantores no se dejan ver, pero la extraña y seductora música sigue resonando.

Aseguran los viejos de la Palma, que las voces que se escuchan son las de Nicolás y la sirena que se arrullan amorosos; y que desde el palacio de oro donde habitan, envían a los cielos sus cantares de alabanzas y de gracias al Supremo Hacedor.

Las aventuras del sol

Oba, la divinidad suprema de los cunas, vivía lleno de poder y de riquezas, allí en lo alto, en una casa de oro. Galán y enamorado, gustaba por igual de todas las mujeres que lo rodeaban solícitas, deseosa cada una de encadenarlo eternamente. Al fin cayó en los brazos de una hermosa muchacha que lo hizo padre de un robusto niño.

Creció el pequeño, hermoso y fuerte. Diariamente se le veía corretear por los jardines del palacio ante los ojos embelesados del Señor de los cielos, y los envidiosos de las mujeres que de buena gana le habrían hecho algún daño de no contenerlas el temor. Pero ni aun en las alturas la dicha es verdadera. La madre del pequeño provocó el enojo del Dios, y para castigarla, Oba escogió como víctima expiatoria, al niño, a quien la mujer amaba tiernamente. Tomó al chiquitín, lo transformó en pescado, y lo echó al río que corría cerca a la mansión.

Los animalitos que en la corriente habitaban, vieron con enojo la llegada del intruso. Otro más que viene, se dijeron, a quitarnos espacio y a participar de nuestra comida. Lo echaremos de aquí.

Pasaron los días, y la cólera de los peces aumentó. El intruso, listo y vivo, no se dejaba coger por más celadas que los otros le tendían. Sin embargo; una vez que descuidadamente buscaba sapitos para alimentarse, los peces mayores que lo estaban acechando, hallaron la ocasión oportuna para realizar lo que habían

planeado. ¡Zas!, lo atraparon entre todos y lo pusieron a hervir en una olla. Medio cocido estaba ya, cuando Oba atinó a oír los gritos de auxilio y desesperación que el dolor arrancaba a su hijo. Estaba ya desenojado y corrió a salvarlo. Saltó de la olla el pescadito con la ayuda de su padre, y se fue en compañía de éste hasta el palacio, en donde se le restituyó su primitiva forma.

El muchacho había crecido mucho, y Oba se admiró de verlo tan apuesto y gentil. Apenado del alejamiento en que lo había tenido por tantos años, quiso remediar su precipitada acción dándole algo verdaderamente digno de su alta jerarquía. Buscando y buscando qué compensación ofrecerle, recordó que en esos días iba a crear un mundo.

Ya lo encontré, se dijo complacido. Lo transformaré en sol, y le daré el gobierno de ese mundo terrestre.

Nada le dijo al jovencito, pero comenzó el trabajo de formar la tierra, la que hizo bien distinta al lugar en que habitaba él mismo. Primero que todo construyó el cielo, para que el sol, su hijo, tuviera en él su perpetuo asiento. Y enseguida encargó al perico-ligero y a la perdiz la fabricación de la tierra.

—Vengan acá —dijo a los dos animalitos—. Tengo un trabajo para Uds. Tomen esto —y señaló una especie de masa de color indefinible que se veía cerca—, y colóquenla allá.

Extendió el brazo, indicó el lugar, y añadió:

—No importa el tiempo que gasten en cumplir la tarea, lo esencial es que la obra quede bien hecha.

Contentos ave y animal de que se les creyera capaces de realizar tal empresa, se pusieron de inmediato a trabajar. Todos los días buscaban la tierra en la morada de Oba, pero como no estaba del todo seca, los dos animalejos no se atrevían a hacer en ella ninguna necesidad por temor de hundirse. Y ese temor nacido de la creencia de que iban a quedar sepultados en la tierra blanda, lo han transmitido a sus descendientes, que hoy todavía caminan en la tierra en la misma forma medrosa como lo hicieron sus antepasados. Traída la tierra al sitio marcado por

Oba, éste llamó a un pajarillo, el visitaflor, que vuela más rápido que cualquier otro, y le dio esta orden:

—Ve a pasearte en toda su anchura y longitud por ese mundo nuevo que en cumplimiento a mis mandatos, acaban de construir el perico-ligero y la perdiz. El recorrido debe durar el mismo tiempo que la saliva que voy a tirar para ese efecto .

—Se hará lo que deseas —dijo el ave.

Tomó impulso y se dirigió rauda al lugar indicado.

Vueltas la saliva y el visitaflor, Oba convirtió a su hijo en sol y le entregó el dominio de la tierra con omnímodo poder sobre ella.

—Podrás hacer y deshacer a tu antojo —le dijo, al investirlo de su autoridad—, y nada ni nadie podrá perturbarte. Para que la tarea de alumbrar tu reino te sea más fácil y llevadera, voy a darte un ayudante. Pero no temas, añadió al ver un movimiento en el sol. Siempre estará bajo tus órdenes.

—¿Y quién ha de ser ese ayudante? —preguntó el sol nada contento de repartir con otro su gobierno de la tierra.

—Espera y verás.

Oba buscó de aquí y de allá y reunió los ingredientes necesarios para hacer un varón que ayudara a su hijo. Mas ocupada su mente en otros menesteres, se equivocó en el material, la forma y la medida; y resultó de la mezcla, la luna, una mujer. Se rascó la cabeza medio sonriente, y medio enojado, rezongando por lo bajo contra esas pequeñas cosas que distraen la atención en medio de un trabajo formal; pero como era un dios fértil en recursos, para obviar el inconveniente producido por su falta de cuidado y evitarse un nuevo trabajo, cubrió con trapos el sexo de la mujer que acababa de crear, le puso un órgano viril artificial, y le dio autoridad para dar de noche luz al mundo.

Entre tanto, el sol se había olvidado de su ayudante, y dichoso con el poder y la tarea que le había dado su padre, se dispuso con toda rapidez a ejercer sus funciones de amo del universo.

Como primera providencia hizo los vientos para que tem-

plaran el calor de sus rayos. Consideraba tal calor como accidental producto de su estadía en la olla de los peces, y deseaba atenuar en alguna forma ese recuerdo de su existencia bajo el agua como un pez común; vida indigna a todas luces de su ilustre nacimiento. Enseguida buscó adornos para el cielo que iba a ser para siempre su morada. Creó entonces, gusanitos de luz, las estrellas, para que brillaran eternamente en él, luciendo sus fulgores en las noches. Ocupó luego su atención en la creación de los animales, de los árboles, y de todas las plantas. Y complaciéndose de cada cosa que salía de sus manos, se esmeró en ellas. Adornó con bellos vestidos a las aves y a las plantas; a éstas les hizo el presente de las flores, para las que escogió con cuidadoso agrado los matices y los aromas. Dió su virtud a cada cosa existente, y el poder de crecer y multiplicarse.

Hizo un río muy caudaloso, y en él permitió entrar a todos los demás del universo que antes de aquel había creado. En las orillas de ese río brotó un arbolito. En un principio, la plantita semejante a todas, era mecida por la brisa que parecía querer tronchar su tallo. Poco a poco fue cambiando; cogió fuerzas y grosor, y llegó el momento en que sus ramas poderosas llegaron hasta el cielo e interrumpieron al sol en su carrera durante el día y la de la luna en la suya de la noche.

A este mal no sospechado ni prevenido había que poner remedio de inmediato. El sol mandó llamar a dos ardillas: una grande y una pequeña, y venidas a su presencia, les habló así:

—El árbol que ha crecido a orillas de ese río, el más grande de todos los que he hecho brotar, debe desaparecer. Su copa, ya la ven, llega hasta aquí, ocasionándome molestias, privando a la tierra y a todos los seres de mi luz.

—¿Cómo podemos hacerlo? —dijeron las ardillas—. Somos muy débiles y demasiado pequeñas para tan gran trabajo.

—Eso nada tiene que ver. Tienen dientes y deben saber cómo emplearlos. Pónganse de inmediato a trabajar. De lo contrario…

Inútil fue que las ardillas alegaran y protestaran con todas

las razones que su vivo ingenio les sugirió. El sol, haciéndose el enojado, las conminó con severas voces a que cumplieran sin demora lo que les había encomendado.

—Pero... —quisieron añadir aun los animalejos.

—Mis órdenes no se discuten —las interrumpió con voz fuerte el sol—, salgan al momento de aquí y den comienzo a su tarea, si no quieren probar las consecuencias de mi cólera.

Con el rabo entre las piernas y murmurando entre dientes de un amo tan atrabiliario, las ardillas se alejaron, mientras el sol se reía por dentro del mal humor de los bichos. Sabía que las dos podían muy bien realizar la faena, y que sólo su flojera las hacía excusarse. No en balde las había dotado de dientes, aunque pequeños, fuertes y agudos.

Las ardillas comenzaron el trabajo. Estaban ya de lleno en él, cuando una astilla saltó de una rama y dió en el lomo de la más grande de tal manera, que la derrengó imposibilitándola para continuar en la obra, y dejándola agobiada de por vida. Su compañera, desde la anterior experiencia temerosa de dirigir al sol una nueva reclamación, siguió y perfeccionó con tal rapidez la obra obedeciendo al amo, que cuando menos lo esperaba, el árbol se vino abajo con gran ruido de ramas rotas.

La ardillita salió brincando y se presentó donde su señor.

—Ya he cumplido con la obligación que me impusiste —le dijo—. Puedes ver con tus propios ojos el trabajo terminado.

—Pícara —contestó el sol—, ¿cómo protestabas y gritabas que no podías hacerlo? Sin embargo voy a recompensar tu diligencia. Así como tu compañera ha quedado curvada, tú permanecerás siempre derecha. Puedes irte a tu casa a descansar de tus fatigas.

La ardillita no esperó que se lo dijeran dos veces, se fue saltando como había venido.

El sol fue a ver el árbol derribado. Había quedado tendido en mitad del río ocupando toda su anchura y deteniendo la corriente. Al mirar esto el hijo de Oba hizo a aquella mar.

—No salgas de tus términos, dijo a este; si lo haces te castigaré.

El mar que conocía el carácter un tanto despótico de quien lo había creado, contestó que así lo haría.

—Me has formado —dijo—, y acataré tu voluntad.

—Esa docilidad será recompensada. No te dejaré solo —respondió el sol—. Haré para ti seres que vivan en tu seno, flores y plantas que te adornen, y animales que te entretengan con sus juegos, sus amoríos y sus riñas. Mis rayos te calentarán y darán a tus aguas los tonos más bellos y variados.

— Gracias padre sol. ¿Y dime, cuándo principiarás a crear para mí los seres que han de hacerme compañía?

—No tardaré, confía y espera.

El sol tomó las hojas del árbol caído, y musitando unas palabras, las transformó en peces de todas las clases, flores, y plantas acuáticas. Cogió luego las cortezas del mismo tronco y salieron de sus manos convertidas en iguanas, lagartos y tortugas. Y antes de que el mar sorprendido pudiera darse cuenta de lo que ocurría, se vió lleno de una multitud de bichos raros que andaban de aquí para allá, jugando y retozando. Unos aleteando gozosos en la superficie dando saltos y volteretas por encima de las aguas; otros buscaban sus moradas en las profundidades. Y así mismo vió surgir de su propio lecho, un verdadero bosque vegetal en donde flores de todos los matices lucían como piedras preciosas en un joyel de cristal. Se extasió en la contemplación de los rojos corales, de las exóticas estrellas de mar, en las lindas madreperlas de irisados destellos, y en los ostiones que al juntarse semejaban hermosísimos collares nacarados. Se admiró de los peces, distintos en su forma, su color y su tamaño. Los había negros, pardos, azules, rojos, blancos, dorados; pequeñitos y tímidos algunos; otros, carniceros y voraces. Nadaban ligeros en todas direcciones reflejando en sus escamosos cuerpos los destellos del sol.

Mudo de admiración y de pasmo, el mar sólo acertó a expresar su gratitud y su contento con un suave murmullo de sus

olas. El sol lo dejó gozando de su regalo, y siguió en su tarea de organizar y arreglar la tierra según su voluntad.

Aleccionado por la experiencia, quiso prevenir nuevas molestias. Para evitar que el árbol que se atrevió a llegar hasta él, repitiera su hazaña, le dió por enemigos al mono, al gavilán y a la hormiga, que ya tenía creados, para que le royesen los pimpollos y le impidieran así que volviera a retoñar y constituir una amenaza. Los animalejos encantados de ensañarse con un ser caído, y por otra parte deseosos de congraciarse con el sol, aceptaron presurosos su papel de verdugos, tarea que con gran fruición siguen ejecutando todavía.

Ya con su mundo bien dispuesto y adornado, pensó el so1 que sería bueno darle cabida en él a otros seres que eran superiores a todos los demás que había formado.

—Haré hombres —dijo.

Cerró los ojos, y con sólo el poder de su deseo, aparecieron aquellos en la tierra. Encantado con su obra, que le pareció la mejor y más bella de todas, quiso dotarla de nuevas perfecciones. Les daré la fortaleza, pensó. Con ella nadie los dominará. Llamó al que había instituido como jefe y le dijo:

—Pronuncia la palabra “carque”.

El hombre tal vez un poco sordo por la emoción de hallarse en presencia de su hacedor, no entendió bien el término cuya expresión iba a transmitirle la fortaleza, y sin atreverse a pedirle al sol que se lo repitiera, dijo en lugar de aquel, muy, muy, que quería decir blando. Tal descuido hizo perder a él y a sus congéneres el don de la inmortalidad.

Sabedores de esto los restantes hombres, arremetieron llenos de furia contra el necio que les había arrebatado tan preciado atributo. El infeliz gritaba como un desesperado y se defendía con las uñas y los pies, pero sus fuerzas podían muy poco contra la de tantos. Rápida y fácilmente fue dominado y echado a tierra. A golpe y a tirones le arrancaron las quijadas y allí en el suelo lo dejaron ensangrentado y doliente.

Se compadeció el sol del pobre vapuleado, y al verlo bañado en sangre, gimiendo y adolorido, lo despojó de su humana figura y lo hizo un pájaro que al cantar, llorando su desdicha repite lastimeramente muy... muy...

Cada día surgían nuevas cosas que hacer y para realizarlas bien y a tiempo, el hijo de Oba buscó algunos criados que le ayudaran. La elección recayó en los jaguares, quienes por miedo o por cualquier otro motivo, siempre estaban temblando en presencia de su señor, como si estuvieran ateridos. Al verlos de tal guisa, el sol les prestó uno de sus rayos para que hicieran fuego y entraran en calor.

Contentos estaban los jaguares con el obsequio. Egoístamente pensaban que nadie sabía del regalo, y que, por lo mismo nadie los importunaría pidiéndoles fuego, ni nadie aparte de ellos, gozaría de él. Ignoraban que la lagartija que por diminuta y ligera cabe en todas partes, se había deslizado sin ser sentida hasta el lugar en donde aquellos gozaban de la grata tibieza, y los había aguantado más de una vez.

—Qué cosa más linda y brillante tienen los jaguares —dijo la lagartija—. Y ahora recuerdo, esa maravilla no la tienen ni los hombres ni los otros animales. Pero algo tan bueno y provechoso deben poseerlo todos. Yo se los daré.

Pasaron los días y vinieron días, y una noche en que los jaguares dormían a pierna suelta sin sospechar que una ladronzuela los rondaba, la lagartija robó un tizón y con él pegó fuego a ciertos árboles que indicó a los hombres y cuyo secreto heredaron los cunas. A tales árboles les quedó la virtud de conservar el fuego, el cual sale con el frote continuo de dos virutas.

El sol había seguido con cómico interés el ir y venir de la vivaracha lagartija, y una sonrisa traviesa jugueteaba en sus labios. No castigó a la sabandija; antes bien, cuando vió que terminaba su tarea, la dejó seguir correteando y metiendo su nariz en todas partes, manía que siempre ha conservado. De los jaguares, sí se burló de buena gana. Hallaba muy gracioso que no

obstante la ferocidad de los tales y del miedo que a todos infundía, hubieran sido víctimas de las picardías de un animalejo pequeño o indefenso.

Miró el sol su mundo y sonrió satisfecho. Todo lo que tenía que hacer estaba hecho, y bien. Ahora podía descansar. Se sentó en su palacio, y desde ahí dejaba caer su luz sobre la tierra. La ociosidad trajo a su mente el pensamiento y el deseo. Sus continuos trabajos le habían hecho olvidar que la luna era mujer. Ahora lo recordó.

—Salir con ella debe ser bueno —se dijo—. Iré a buscarla.

Dicho y hecho, salió de su morada en busca de la luna. Como nunca falta gente oficiosa que hable sobre lo que no le va ni le viene, alguien le fue a aquellas con el cuento de lo que pretendía el sol. Y ni corta ni perezosa la luna se escapó.

—¿Quién cree el sol que soy yo? —murmuró indignada.

Oba me creó para que ayudara a su hijo a alumbrar la tierra, pero no para su diversión.

En vano el sol corrió tras ella suplicándole y amenazándola. La luna continuaba, en su rápida huida. A veces, parecía, no obstante que agotada iba al fin a ceder. Mas, cuando el sol impetuoso creía alcanzarla allá en los límites del mar, ella se hundía en las nubes y él se perdía por otros caminos, para comprobar entristecido y rabioso, que la coqueta había ascendido pausadamente a la extensión azul que él acababa de dejar.

La arrogancia del galán, su ardor siempre creciente y su persistente súplica, fueron abandonando el corazón de la esquiva. Pero inquieta y veleidosa, mientras más gustaba de su amador, más gozaba en hacerlo sufrir, retardando el momento, que ella sabía iba a llegar, de su completo abandono al querer del varón.

El día tan ansiado por el sol llegó. Loco de amor quitó los velos que ocultaban los encantos de la luna y retozó con ella a su placer. Desde aquel entonces, tanto y tan bien se acostumbraron uno y otro a estas escapadas, que en hallando oportuni-

dad vuelven a sus juegos amorosos, olvidando en su embeleso la tarea que Oba les confió.

Hoy todavía el cielo se oscurece alguna vez. La luz del sol se va por otros rumbos sin llegar hasta la tierra . Es un eclipse, dicen los entendidos. No, dicen los cunas. Es que el sol ha vuelto a encontrarse con la luna. Para huir de miradas indiscretas, el hijo de Oba y su amada apagan su fulgor. Se esconden en las sombras para entregarse libres de cuidados a los placeres del amor.

El cerro Sapo

En tiempos muy remotos vivía entre los indios chocoes adoradores de Acoré, el Dios amable y guapo, un jay o doctor de nombre Jungurú; hombre de espíritu sencillo, mansas costumbres y bondadoso corazón, era el jay muy querido por las gentes de su tribu.

Ocupado siempre en ayudar y servir a los demás, los años habían corrido sobre Jungurú, sin que éste se hubiera dado cuenta de que estaba viejo. Pero lo era ya. Su voz temblaba y sus movimientos eran tardos. Sin embargo, continuaba en su tarea de repartir el bien sin olvidar jamás las ofrendas a los dioses.

Acoré amaba a aquel hombre bueno y lo libraba de todos los peligros que por su edad y sus achaques no podía evitar, pues el jay tenía un enemigo: Sapo, un espíritu malvado que a cada paso le tendía asechanzas. Protegido por Acoré, nada podían contra el ingenuo y confiado viejo las insidias de su rival. Pero cierta vez en que el dios tuvo que ausentarse, Sapo buscó y halló una ocasión propicia para poner en práctica su plan de perder al jay.

Se encontraba Jungurú buscando hierbas y plantas medicinales con las que curaba a los enfermos, cuando su maligno contrario se colocó junto a él, y antes de que pudiera hacer uso de sus poderes mágicos, pues también los poseía, le dió un terrible golpe en la cabeza. Se tambaleó y cayó sin sentido el jay, y al verlo así inerte en el suelo, el perverso espíritu le quitó la vida y pisoteó su cuerpo con alegría feroz.

—¿Dónde, dónde están ahora tus fuerzas Jungurú? Nadie,

ni el propio Acoré te hará volver de donde estás. ¿Por qué no usas tus poderes? —gritaba Sapo burlón y enardecido. Levántate si puedes.

Cuando se cansó de vociferar, se sentó y miró despaciosamente y con alegría perversa el amasijo de huesos, carne y sangre, que era el cuerpo del viejo jay. De pronto sintió un poco de recelo. Sapo temía a Acoré; y si en su afán de acabar con el hombre a quien odiaba, no se había preocupado el dios, ahora que el delito estaba cometido sentía cierto pavor. Acoré tomaría venganza de la muerte de Jungurú. Se estremeció.

—Lo haré desaparecer —dijo—. ¿Quién puede saber que yo lo maté?

Tomó el muerto, abrió un hoyo profundo en el corazón de la selva y allí lo enterró. No acababa de echar la última puñada de tierra cuando se presentó Acoré.

—¿Qué haces Sapo? —dijo el dios.

El criminal azorado tartamudeó algo que Acoré no pudo entender.

—Habla más claro —dijo éste frunciendo el ceño—. ¿Pero… tiemblas? Algo malo ocultas. A ver, deja que yo mire lo que estabas cubriendo con la tierra.

— ¿Qué puede interesarte? Mas si insistes, te diré que es la semilla de una planta rara lo que he sembrado —repuso Sapo que sentía sobre sí la mirada preñada de amenazas de la divinidad.

—Quiero contemplar ese portento.

Sapo trató de resistir, pero quieras que no, tuvo que echar la tierra a un lado y descubrir el cuerpo exánime de Jungurú. Sus hechicerías y su potencia de nada le habían valido. Sus conjuros para transformar el cuerpo del jay en la semilla de la que había hablado, carecían de fuerza ante un poder mayor que el suyo.

Los ojos de Acoré lanzaron chispas.

—Malvado, asesino —gritó.

Te has atrevido a desafiarme. Jungurú era intocable para ti y osaste arrancarle la vida. Tu malignidad y tu audacia te costa-

rán muy caro. Sabrás lo que cuesta provocar mi cólera.

Agarró a Sapo. El espíritu trató de esquivar esas manos que como tornillos se aferraban a sus brazos. Pataleaba, gemía, maldecía, se retorcía, forcejeaba con todas sus fuerzas tratando de librarse del duro apretón. Todo era inútil. El potente brazo del dios lo tenía bien sujeto.

—Es en vano cuanto haces —le decía tranquilo y frío Acoré—. No te salvarás de mi castigo.

Se llevó la mano libre a la cabeza y arrancó de ella tres pelos. Esos pelos se convirtieron en tres cadenas. Con ellas amarró a Sapo. Se elevó con él y con el cuerpo de Jungurú. Cruzó la selva, bajó a tierra y se detuvo al pie de un macizo montañoso. Ahí colocó al jay a quien no podía traer del más allá, y lo convirtió en un río hermoso, el Jungurudo, que lleva al Tuira su corriente de aguas claras y tranquilas. Ató a Sapo a una piedra y remachó los eslabones en la roca para que aquel no pudiera escapar de las cadenas.

—Aquí has de permanecer —le dijo—, recibiendo en tu cuerpo los azotes del sol, del viento y de la lluvia. Los relámpagos te cegarán y los truenos retumbarán en tus oídos llenándote de miedo. Las fieras rugirán cerca de ti, y las aves carniceras querrán sacarte los ojos. No podrás dormir, y el espanto y el terror se harán dueños de ti. Pedirás a gritos que termine de una vez contigo, pero no lo haré. Te dejaré aquí hasta el día en que oigas que las mujeres han dejado de parir.

Acoré se alejó y comenzó para Sapo la expiación. Solo y expuesto a las inclemencias del tiempo, a los dientes de los animales salvajes y a los feroces picotazos de las aves de rapiña, vió pasar los siglos.

Cada vez que sentía el rumor de seres humanos, preguntaba con plañidera voz:

—¿Ya las mujeres dejaron de parir?

Al escuchar la negativa trataba de enderezarse; rechinaba los dientes, sonaba 1as cadenas de tan atroz manera que la gen-

te se escondía medrosa. Resoplaba furiosamente y su jadeo hacia temblar la tierra y estremecer los bosques. El Tuira se embravecía, agrandaba sus olas, inundaba los campos y hacía zozobrar las embarcaciones.

Pasados estos accesos de rabia impotente, por un tiempo se resignaba y se quedaba tranquilo. Pero otra respuesta igual a la anterior, volvía a provocar su desesperación y su cólera.

Cierta vez un jovencito indio de nombre Amparra, llegó sin querer al lugar donde se hallaba Sapo. Éste le hizo la concebida pregunta. Contestó el mozuelo que sí, que ya las mujeres habían dejado de parir. Una carcajada del espíritu atemorizó a Amparra. Era tan violenta y estruendosa que asustado trató de irse.

—Ven aquí —ordenó Sapo—. Suelta estas amarras.

Dóciles bajo las manos del indio, las ataduras cedieron y el espíritu recobró su libertad. El encanto estaba roto.

Sin escarmentar, Sapo volvió a las andadas. Sus fechorías e iniquidades llenaron la tierra. Acoré le dejó hacer. Serían sus últimos desafueros. La pena que iba a imponerle sería eterna. Ya Amparra, el indio que desobedeció sus mandatos había sido castigado, convertido en un río pequeño de aguas turbias y fangosas, el Amparrado. En cuanto a Sapo, le llevó a un lugar cercano a Garachiné. Y allí, revestido de aquella majestad, de aquella fuerza, de aquel poder ante el cual temblaban por igual los inmortales y los hombres, fulminó contra el ahora tembloroso y aterrorizado espíritu, la más tremenda maldición. El rayo rasgó el cielo, retumbaron los truenos, rugió la tormenta, se desbordaron los ríos, tembló la tierra; la naturaleza toda, estremecida hasta sus raíces, vió cómo el matador de Jungurú se distendía, perdía su forma de inmortal, para convertirse en un cerro alto, pelado y triste, en el que no crece una flor ni cuelga su nido una avecilla.

Libres los chocoes de las maldades del cruel espíritu, dieron gracias a su dios con sacrificios y ofrendas. Pero no dejan de mirar con aprensión y miedo la mole de piedra solitaria y árida, el cerro Sapo, que les recuerda la venganza justiciera de Acoré.

Los nietos del sol

En las tierras feraces y montuosas del Darién, famosas por sus ricas minas de oro, por sus lagunas en donde habitan espíritus malignos; por sus bosques inmensos de preciosas maderas, llenos de aves de multicolor plumaje y de animales de todas las especies; por sus selvas y ríos correntosos y profundos, poblados por seres fantásticos que se ocultan ya en un ave de exótica apariencia, ya en una flor de brillantes matices, ora en una mariposa de irisados colores, vivía en tiempos casi perdidos en la memoria de las gentes, un anciano y sabio nele a quien el dios sol amaba mucho por sus puras costumbres y las buenas obras que diariamente hacía en el ejercicio de su ministerio.

Deseaba el sol hacerle un regalo, pero quería que fuera algo que agradara realmente a quien le rendía un culto tan devoto y reverente.

—¿Qué cosa deseas más en esta vida? —díjole una tarde en que, según su costumbre, el nele hacíale un sacrificio—. Todo cuanto pidas te lo concederé.

—¡Grande es tu poder, oh sol! —contestó aquel—, mas soy indigno de tus favores.

—Tu humildad me place. Dime lo que deseas.

De momento el nele nada supo contestar.

—Dame tiempo para reflexionar —imploró.

Asintió el sol, y el nele se puso a pensar en lo que solicitaría. Si pido algo para mí, se dijo, es perder el presente divino. Mu-

chos inviernos pesan sobre mi cuerpo, y son ya muy pocas las lunas que me restan en la tierra. Es mejor que otro haga lo que mi edad y mis achaques no me permitirán gozar. Mas, debo escoger bien a la persona para quien debe ser el obsequio. Si se lo otorgo a uno solo, siguió pensando, los demás de la tribu lo envidiarán; el celestial regalo será motivo de riñas y discordias. ¿Cómo he de hacer para que todos queden satisfechos? Tal vez lo mejor será solicitar algo en que hombres y mujeres por igual y al mismo tiempo puedan complacerse. Pero ¿qué podrá ser aquello?

Pensando y pensando, llegó a su mente una idea que le pareció de maravillas. Preguntaré a la divinidad, musitó, si el regalo que desea ofrecerme puedo solicitarlo para la tribu.

Esperó pues, a que el sol le hiciera un nuevo requerimiento. Estaba impaciente, pero prefería aguardar, antes que por precipitado fuera a perder la benevolencia del dios.

—¿Cualquiera cosa que pida me la concederás?

—Así es, ya te lo he dicho. Haz tu petición.

—Y si solicitara para otros el favor que te has dignado concederme ¿aceptarías?

—Deseaba que fueras tú el agraciado. Tus virtudes te hacen digno de mis dones. Mas, quiero complacerte y no me negaré a tu demanda. ¿Qué deseas y para quién lo quieres?

—Te ruego des a mi tribu un hijo tuyo por cacique.

—No es cosa pequeña lo que me solicitas —dijo sonriendo el sol—. Pero no te aflijas —continuó al ver un gesto de confusión en la cara del nele—, porque no has de quedar defraudado. Pregunta a los tuyos si están acordes con lo que tú has pedido para ellos.

—Lo haré así.

El nele planteó la cuestión ante la tribu. Tal como lo esperaba, sus palabras causaron jubiloso asombro. Hombres y mujeres aceptaron con manifiesto placer tan señalada gracia a la divinidad. Tener por jefe a un hijo de sus dios era algo que nunca se habían atrevido a soñar.

—Ve presto —dijeron al nele—, dile al sol nuestro sentir, no sea que vaya a arrepentirse.

—Orad y ayunad por tres días —contestó el anciano—. Las ofrendas y las súplicas son gratas a la divinidad.

Obedecieron los indios, y por espacio de tres días, preces y más preces se elevaron en todo el poblado para solicitar del sol el cumplimiento de la promesa. En la mañana del último día, cuando toda la tribu dirigía sus plegarias al astro matutino, el cielo de un azul purísimo se abrió y torrentes de luz deslumbradora se escaparon a la tierra. Envueltos en esos claros resplandores, los ojos llenos de maravillada sorpresa de los oradores del sol vieron bajar a un niño hermosísimo de dos años de edad, blanco y rubio. Le acompañaba una niñita algo mayor, pero también preciosa. Al son de una maraca de oro cantaban tan suave y dulcemente, que aun el más rudo guerrero se sentía conmovido hasta el fondo de su alma. La gente cayó de rodillas y dió gracias al padre sol por su presente.

Ya en la tierra, los celestes viajeros fueron conducidos a un bello palacio para ellos destinado, y todos los indios se apresuraron a brindarles cuanto pudiese contribuir a su comodidad y bienestar.

Allí en ese palacio fue creciendo con todo cuidado y regalo la infantil pareja, que, como seres de origen divino, tenían sus particulares distintivos. Jamás comían como los mortales en la forma ordinaria y corriente de masticar y tragar. Les bastaba oler los manjares que les presentaban, para dejarlos sin jugo. Y a la hora del aseo, de los bañados y limpios cuerpos salían unos granos y canutillos de oro más fino, iguales a los que se desprendían de la sedosa cabellera cuando se les peinaba.

Pasaron los años. El pequeño infante se hizo un esbelto y fuerte doncel amado y reverenciado por la tribu; y la niñita, su compañera, una primorosa doncella lindísima y gentil. La pareja se amaba ardientemente. El amor infantil de los primeros tiem-

pos se había convertido en una pasión arrolladora que no quería saber de esperas.

Pronto resonaron por todo el territorio el eco de las flautas y de las ocarinas; de los cantos y de los gritos gozosos que celebraban las alegres nupcias de los hijos del sol. Pero los días se fueron, y en su marcha se llevaron hecho jirones el ardiente amor de un ayer.

Fue el varón el primero que dio muestras de su hastío. Le tentaban los cobrizos rostros, la negra cabellera, los donosos cuerpos de sus vasallas. Ofreciéndose las ocasiones, casó con estas hijas de terrestres.

La esposa desdeñada no sintió el desvío. Cansada quizá de su compañero, también había buscado nuevas emociones. Olvidada de aquel, había encontrado grato refugio en los brazos robustos de un apuesto mozo de la misma tribu.

La conducta liviana de sus hijos desagradó al sol.

—Que mi cólera caiga sobre vosotros —les dijo indignado—. Han renegado de su estirpe uniéndose a mortales; como ellos quedarán. Los atributos divinos que les di, perderán su eficacia. Quedaréis sujetos a las mismas contingencias de los hombres.

En vano los culpables suplicaron y lloraron, y con ello la tribu entera, el sol permaneció inexorable.

Ambos jóvenes bajaron la cabeza y se sometieron al fallo justiciero. Continuaron la vida que llevaban, y de sus uniones con los mortales resultaron varios hijos. No heredaron éstos los celestes distintivos, pero fueron el tronco de la raza cuna, superior por tal concepto a todas las demás. De los hijos tenidos cuando estos descendientes del sol aún se amaban vienen los albinos. Con sus ojos azules que no resisten la luz; con su tez alba y su cabello rubio blanco, se distinguen entre los cunas como nietos verdaderos del dios sol.

Las tres piedras negras del chorro de La Chorrera

Una mañana de Viernes Santo, caminaba el Cholo hacia su monte, indiferente a los vecinos, indiferente a las miradas que le dirigían, indiferente a lo solemne de la ocasión.

Alguien extrañado de verle con sus aperos de labranza, lo detuvo para decirle que no se podía trabajar en Viernes Santo. Mas el Cholo, sin prestar atención a las palabras de su interlocutor, siguió despreocupadamente su camino. No obstante, una cosa había entendido. Nadie emprendería trabajo alguno ese día. Rió. Libre de competencia, podría vender sus leñas y su verdura al precio que quisiera. Se le iluminaron los ojillos malignos, porque el Cholo era avaro y codicioso. A fuerza de privaciones había reunido unas cuantas monedas cuyo son argentino lo llenaba de contento. Era lo único que amaba en el mundo.

Poco a poco fue alejándose del pueblo sin advertir que erraba el camino. Había tomado el que llevaba al chorro. Al sentir el ruido del agua que caía, se sorprendió.

—Condenación —dijo— ¿qué he venido a hacer aquí?

Se paró un instante y contempló en la corriente que descendía los retozos del sol. El espectáculo era tan lindo que a pesar suyo sonrió. Iba a devolverse ya, mas se detuvo y aguzó el oído. Le pareció que alguien pronunciaba su nombre. Miró a todas partes con un poco de aprensión y esperó un momento. Sólo advertía el rumor de las aguas y el zumbido del viento entre el follaje.

—Hoy todo me sale al revés —murmuró malhumorado—. Primero me equivoco de atajo, y ahora oigo que me llaman.

Molesto inició de nuevo la marcha. No había andado diez pasos cuando oyó:

—¡José...! ¡José...! ¡José...!

La voz era suave y dulce.

—Ahora sí no me equivoco —dijo en voz alta—. Claramente he escuchado mi nombre. Alguien me llama. ¿Pero... quién puede ser? Alguno del pueblo quiere burlarse de mí. Me iré de aquí, y el que desea gritar, que grite.

Adelantó tres pasos y nítidamente vino hasta él el llamado.

—¡José...! ¡José...! ¡José...! —ahora con cierto tono de impaciencia.

Sin saber por qué, se sintió sobresaltado. Ya esto no me está gustando, refunfuñó.

Pero la voz insistía:

—¡José...! ¡José...! ¡Joséeeeee...!

Temeroso, pero ahora resuelto, se dirigió al lugar de donde parecía salir aquella. Se detuvo sin creer lo que sus ojos veían. Cerca, muy cerca, semi-oculta entre las altas hierbas, estaba una bellísima mujer.

Al ver al Cholo, los labios de la hermosa se abrieron en grata sonrisa y sus ojos intensamente azules brillaron con extraño fulgor.

José, estático ante la aparición, no se atrevía a hacer un gesto. Jamás pudo imaginarse que una mujer fuera así, y temía que un movimiento cualquiera pudiera asustar a la joven y hacerla huir. Mas ésta vino hacia él. Era una mujer de carne y hueso. Traía en sus manos dos totumas; una llena de agua, la otra de monedas, y parecía querer ofrecérselas a José.

El Cholo señaló la segunda, e hizo ademán de tomarla. Con un movimiento brusco, la muchacha se lo impidió. Al punto su rostro, encantador, se transformó en otro de cólera y enojo.

—Desgraciado de ti —le dijo—. Tu codicia te ha perdido. Ella te ha llevado a trabajar en un día destinado a la oración. Un día en que la misma naturaleza esconde sus lucientes ropajes enmudecida de dolor. ¡Desdichado, desdichado de ti! ¡Cada totuma que aquí ves, era un símbolo! La de agua representaba la necesidad; la de monedas, la ambición y la avaricia. Éstas causan tu perdición.

Así diciendo, vertió el agua de la totuma sobre el estremecido José.

El Cholo sintió un frío intenso recorrer sus espaldas. Un instante quedó sin movimiento; pero sobreponiéndose trató de gritar. No pudo. Trato de correr, huir, pero su cuerpo no le obedeció, se había endurecido. Y horrorizado, con los cabellos de punta, loco, sintió que se hacía piedra y se doblaba en tres.

La joven contempló la transformación de José, y lejos de compadecerse, soltó una carcajada. Sin gran esfuerzo rodó las piedras hacia el centro del río, y una a una las tiró contra la cascada. Las piedras quedaron allí inmóviles y fijas entre otras mil, mientras que la hermosa, con movimientos cadenciosos y lentos, fue hundiéndose en las profundidades hasta desaparecer completamente. A ella no se le ha vuelto a ver. Pero a José, convertido en piedra, se le ve destacar su negrura en el cristal espumoso del chorro. Allí ha de permanecer castigado hasta la consumación de los siglos, por no haber sabido guardar, como lo manda la Santa Madre Iglesia, el precepto divino de santificar el Viernes de la pasión.

El penador

El negro Juan Miguel era un hombre alto, fornido y feo. Su piel curtida dejaba ver en los brazos y en las piernas múltiples cicatrices y costurones. Negro como la más negra noche, el pelo muy motudo, la nariz aplastada, la boca grande y los labios muy gruesos, los dientes blancos, grandes y afilados como los de un animal carnicero, los ojos casi siempre inyectados en sangre, con su sola presencia atemorizaba a los grandes lo mismo que a los chicos.

No se le conocía familia. Su amo lo trajo un día a Portobelo y allí se quedó para siempre el negro. Todos los días al despuntar el alba, con su morral lleno de provisiones, salía Juan Miguel para emprender su diaria y agotadora jornada. Los golpes de su hacha resonaban por todo el bosque como la poderosa maza del herrero sobre el yunque, pues las fuerzas hercúleas del esclavo, echaban abajo cual débiles cañas, los árboles más corpulentos.

A veces Juan Miguel acompañaba su faena con un canto que parecía un lamento, un lloro por un ser perdido. En ese cantar hondo y melancólico vaciaba el negro sus tristezas y sus desesperanzas; los recuerdos de su África en donde fue libre.

Esta mañana el esclavo marchaba cabizbajo. Un nuevo dolor se había unido a sus angustias. La mujer de quien estaba enamorado amaba a otro y con él iba a casarse.

—¿Por qué es tan grande mi desgracia? —se decía—. ¿Qué he hecho para merecerla? ¡Debo estar maldito, maldito!

Monologando de esta suerte, llegó al bosque. Dejó el morral y tomó el hacha, pero no podía trabajar. La imagen de la mozuela se destacaba vívida en su mente. La veía mirar al otro, sonreírle, y hasta sintió el aleteo de un beso. Un dolor agudo le atravesó el pecho, y creyó que se ahogaba. Haciendo un esfuerzo volvió a tomar el hacha.

Golpes furiosos resonaron por la selva. Juan Miguel, como poseído por el demonio, creía ver en cada árbol a su rival, y hundía el hierro fieramente en ellos con una rapidez, una saña y una violencia de las que no se le hubiera creído capaz.

El rudo e incansable golpear fue serenándolo; el frenesí homicida cedió; fatigado dejó el hacha y se sentó bajo la sombra de un mango. No pudo descansar, la figura de la mulata de nuevo se enseñoreaba de su pensamiento. Quería desecharla, recordar otras cosas, pero no podía. La mujer estaba clavada como una marca de fuego en su cerebro. La cabeza le dolía y la idea fija continuaba obsesionándolo y produciéndole un tormento indescriptible. Preferible era trabajar hasta agotarse. Tal vez entonces su rendido cuerpo lograra el olvido para su espíritu torturado.

Cogió otra vez el instrumento y comenzó a golpear los troncos. Nuevamente lo tiró. Estaba visto que nada podía hacer. Se limpió la frente sudorosa y caminó hacia la orilla del mar. Las aguas verdes y serenas tenían para él un extraño encanto. Muchas veces en medio de su trabajo, se detenía de pronto para acercarse a la laya a contemplar el vaivén continuado de las olas y escuchar su murmullo. Él las quería, y a ellas les contaba sus desdichas. Eran sus únicas compañeras, sus únicas amigas. Y las olas, como si supieran que se trataba de un hombre falto de cariño, al venir hacia él en blando gesto, le humedecían los pies como queriendo consolarlo. Con su constante ir y venir lo alentaban en su dura vida de esclavo que no conoció el reposo ni la felicidad.

Por un rato permaneció mirando el incesante movimiento de las aguas que rizaban la orilla de blanca espuma; y por aso-

ciación de ideas, pensó en las albas flores que ceñirían la frente de su amada en el día de sus bodas. Dio un grito y se cubrió el rostro con las manos.

Creyó escuchar un ruido de voces. Se descubrió la cara y miró a todos lados. Pero no, estaba solo como siempre. Eran las ondas las que hablaban.

—Ven —le decían las aguas cariñosas—. Ven con nosotras, envolveremos tu cuerpo en suave manto y encontrarás ese reposo que buscabas.

Juan Miguel se tapó los oídos porque no quería escuchar. Pero las olas persistentemente continuaban invitándolo a un descanso eterno. Como atraído por un hechizo se acercó un poco más. El agua le llegaba a la rodilla. Era grata su frescura. Sin embargo, vaciló y se echó atrás. De golpe vio su vida mísera, arrastrada a la vera del camino, pisoteada, destrozada; vio su existencia sin afectos ni ternuras. Ya no dudó más. Era pecado lo que iba a hacer, el padre lo había dicho. Mas no podía aguantar más el fardo de amarguras que cargaba. Poco a poco fue adentrándose al mar.

Desde entonces, los pescadores que han echado sus redes sobre las quietas aguas de la bahía de Portobelo, sienten cierto temor supersticioso al acercase al “otro lado” desde donde se divisan las sombras tristes del viejo y ruinoso castillo de San Fernando. Golpes sonoros llegan hasta allí. Ruidos característicos del hacha que derriba un árbol.

Las viejas gentes de Portobelo saben de qué se trata. Ellas también han escuchado a eso de las ocho de la noche, el rudo golpear del hacha y los tonos tristes de un canto quejumbroso. Quien trabaja y canta, es el negro Juan Miguel, “el penador”, quien desde el otro mundo ha venido a purgar su pecado de quitarse la vida, realizando todas las noches la faena que le tocó cumplir en su existencia terrena.

El Cristo de Esquipulas de Antón

Los dos pescadores iban a comenzar su faena. El sol fulgía en un cielo blanco azulado, y hacía brillar las masas de las aguas con las extrañas tonalidades de un raro metal diluido. Sin prestar atención al hermoso espectáculo del mar, los dos hombres remaban hacia un lugar que sabían era muy abundante en peces. Pasaron muchas horas y con la red bien provista, los pescadores dispusieron regresar. De pronto uno de los hombres vio un bulto flotar a lo lejos y llamó a su compañero.

—Vamos allá —dijo.

No obstante el cansancio, el otro asintió llevado por la curiosidad. Bogaron hacia el objeto que sobresalía en las aguas y a fuerza de remos llegaron hasta él, olvidados de sus redes y su pesca.

El bulto era una caja de regular tamaño herméticamente cerrada. Santiago, uno de los dos hombres, miró a su compañero, y éste le devolvió la mirada tan sorprendido como aquel.

—¡Ojalá pudiéramos sacarla de aquí! —dijeron al unísono. Con maña y habilidad lograron, pese a los obstáculos, conducir las redes y la caja hasta la playa.

Ya en la arena, recostaron la caja contra una piedra para que escurriera. Considerándose sus dueños, determinaron abrirla y repartirse su contenido. No dudaban por un momento que la caja estaría llena de objetos de valor. Desclavaron la tapa y dieron un paso atrás llenos de pasmo, de admiración y de cierto

temor supersticioso. ¿Qué habían encontrado que así se sorprendían? Una imagen extraordinariamente bella. Un Cristo del tamaño de un hombre, con su corona y sus potencias de plata, aparecía yacente en una cruz de color verde, con contoneras de aquel metal. El sol, al dar de lleno sobre la cabeza del crucificado, mimbaba el rostro moreno de argénteos resplandores. Una cabellera negrísima abundante y rizada, caíale en guedejas hasta los hombros, encuadrando una cara de rasgos finos cubierta de cardenales y de sangre, en la que se reflejaba todo el dolor y todo el tormento de la pasión. Había tal belleza y tal dulzura en los rasgos desfigurados de sufrimiento, que los dos hombres llenos de una emoción indefinible, cayeron de rodillas dándose golpes de pecho y mascullando Padrenuestros.

Repuestos en parte de su fuerte emoción, comenzaron a detallar la imagen. El Cristo parecía un verdadero ser humano muerto después de crueles martirios y cruentas agonías. De las manos clavadas corría a raudales la sangre que se extendía por los músculos y tendones fuertemente acusados de los brazos. En el cuerpo poco robusto, donde las costillas podían contarse una a una, una ancha herida mostraba sus labios rojos y abiertos. La espalda macerada y sangrante indicaba claramente que sobre ella había cargado el dios-hombre todo el peso de la cruz. Un lienzo blanco tallado en la imagen misma, le cubría la cintura y parte de la cadera cayendo hacia un lado en armoniosos pliegues. Las rodillas, dos llagas sanguinolentas, destacaban aún más las piernas y tobillos señalados con las betas moradas que dejan las ligaduras. Los pies lacerados y llenos de sangre, aparecían traspasados por un clavo de plata igual a los que fijaban las manos a los brazos de la cruz.

Largo rato permanecieron los dos pescadores embebidos en la contemplación del Crucificado. Puestos de acuerdo, decidieron dar parte al pueblo. Colocaron la caja entre los árboles de mangle y manzanillo que por la playa de la Albina crecen y vinieron hacia Antón.

Entre la gente la conmoción fue enorme. Desde hace mucho tiempo, todos deseaban un Cristo. Este venido en forma sobrenatural, demostraba que el mismo Dios se los había mandado. Nadie dudaba de la veracidad del relato de los pescadores.

El propio cura acompañado del vecindario vino en busca de la imagen. En presencia de todos se abrió nuevamente la caja. Allí estaba el preciosísimo Cristo irradiando amor y ternura para los hombres. Y a su vista, aun los más escépticos se sentían tocados por la gracia y por la fe. Con la imagen estaba la novena.

Rápidamente se hicieron angarillas y sobre ellas fue llevada la caja a la población en medio del entusiasmo y la alegría de los fieles. Ese mismo día siete de enero, comenzó en toda la República la ardiente devoción hacia el Cristo de Esquipulas antonero.

La fama del Cristo, los milagros obtenidos bajo su advocación, y sobre todo el número inmenso de devotos que desde aquel momento acudieron a rendirle acatamiento, llamó la atención de un vicario de Penonomé. Consideró el tal, que la milagrosa imagen debía tener como sede la capital de la provincia, y ordenó a ella su traslado. Los antoneros se inquietaron y por muchos días hubo un constante ir y venir de mensajeros de Antón a Penonomé para impedir que el amado Cristo saliera del pueblo. Pero el Vicario, hombre tozudo, no se dejó convencer ni por el lloro ni por las súplicas de todos los habitantes del distrito. La imagen debía estar en Penonomé, y en Penonomé estaría. No contaba el hombre con la voluntad del Cristo, a quien no se le había consultado sobre el dichoso traslado.

Muy satisfecho el Señor de Esquipulas con el amor de sus antoneros, se opuso firmemente a cualquier cambio de residencia. Por su propia voluntad había venido a Antón, y no era cosa que un sacerdote por muy Vicario que fuera torciera su querer. Sin embargo, no hizo ninguna manifestación de desagrado. Pero cuando colocado ya en su caja, los encargados de portarla trata-

ban de echarse al hombro las varas de las andas en donde aquella iba, la carga se puso tan pesada que no hubo fuerza humana capaz de levantarla.

La gente, loca de alegría ante el prodigio, comenzó a gritar:

— ¡Milagro! ¡Milagro! ¡El Cristo no quiere irse para Penonomé! ¡No quiere! ¡No quiere!

El hombre de la Iglesia al saber lo ocurrido, no se enojó. Él había actuado con buena intención. Consideraba que más honra se le daba al Cristo teniéndolo en la cabecera de la provincia y por eso había ordenado el cambio. Conoció que la sagrada imagen no quería abandonar el lugar en donde había sido encontrada, y no insistió en llevársela. Por lo demás, era contraproducente. Desde entonces a ningún otro ministro del altar se le ha ocurrido buscarle otro acomodo a Nuestro Señor de Esquipulas de Antón. Todos están seguros que de intentarlo, nada conseguirán sino atraerse su cólera, y no desean exponerse.

El Cristo que vino por su propio deseo a constituirse en patrón y protector de los antoneros, permanece allí en el pueblo, sereno, inmutable, bellísimo, reflejando su faz augusta, consuelo, perdón y amor para todos los hombres.

En los días de su fiesta entre los mil cantos que en su honor se entonan resuenan armoniosos los ecos de esta súplica a su sangre preciosa:

"Sangre preciosa, sangre de mi vida,
purifica mi alma de toda malicia".

El monstruo del murcielaguero

En el corazón de un hombre nació una vez un monstruoso amor. Se había enamorado de su propia hija. Una criatura vino al mundo, y en el momento de salir a la luz, así chirriquitito como estaba, dijo claramente: ¡Maldito sea Dios!

La madre se asustó. No era un niño, un ser humano como todos, eso que le había nacido. Su figura era tan normal como la de otros pequeñuelos más, para hablar así, era necesario que fuese el mismo demonio. Sí, eso era. El niño era el espíritu del mal. Prorrumpió en llanto. Estaba sola y abandonada. Nadie había querido acompañarla en el duro trance. Con los ojos cargados de lágrimas miró al pequeño. Éste repitió la frase impía.

Horrorizada la muchacha, sacó fuerzas; cogió al recién nacido y corrió con él hacia el río. Sin pensarlo un segundo, arrojó en un charco a la criatura.

Apenas el pequeño tocó el agua, sufrió una transformación espantosa. La piel se le hizo rugosa y áspera; la cara se unió al cuello, y éste a las espaldas; su boca se alargó de oreja a oreja y se le saltaron los ojos. Convertido en un monstruo, medio hombre y medio sapo, lanzó un grito ronco y buscó refugio en las profundidades, tiñendo de negrura las aguas cristalinas.

Pasaron los días. El monstruo metido en su cueva no tenía otra ocupación que devorar cuanto se ponía a su alcance. Cre-

ció en tamaño y corpulencia, y su cerebro perdió toda huella de humana estructura.

Por ese tiempo, un vecino devoto había donado a la Inmaculada Concepción, Patrona del Pueblo de Penonomé, dos campanas de oro que sólo se tañían el día de la Purísima y el Sábado de Gloria. Sus tonos melodiosos habían seducido a los indios, quienes tenían en mente apoderarse de aquellas. La empresa parecía fácil. La iglesia no tenía torre y los gustados objetos estaban amarrados a una talanquera.

Una noche en que todo el mundo estaba en lo mejor del sueño, un grupo de indios entró sigilosamente en el pueblo y cargaron con las codiciadas prendas. Marchaban a buen paso creyéndose sus dueños, cuando el movimiento puso en función a las campanas que comenzaron a vibrar estruendosamente en medio de la confusión de los rateros, que no esperaban semejante contingencia. El repiqueteo incesante despertó a los vecinos, que acudieron más que de prisa a rescatar las campanas de la Virgen.

Los ladrones corrieron con toda la rapidez que se lo permitían sus piernas y el peso de las campanas, pero sus perseguidores iban pisándole los talones. En tal aprieto, se dirigieron al río y antes que pudieran impedírselo, tiraron al agua las campanas, precisamente en el charco del monstruo. Aligerados de la carga, se pusieron a salvo, mientras que los vecinos ocupados en el rescate del tesoro, no se preocupaban de seguirlos.

Hábiles nadadores se echaron al río, nada encontraron; pero los que desde la orilla dirigían la búsqueda, escuchaban el repiqueteo de las campanas de oro. Salían los buzos a la superficie, y percibían también los sones. Se hundían en el mismo lugar en donde se escuchaba el sonoro tilín, y oían una especie de rugido. Una fuerza poderosa que venía desde abajo, los llevaba a la superficie antes de poder buscar las profundidades.

Al caer las campanas en el lecho del río, el monstruo que estaba en su guarida, escuchó el ruido y salió. Un instante le

cegaron los áureos reflejos. No obstante se acercó a las campanas y comenzó a palparlas. Halló agrado en la ocupación; y cada vez que al poner sus feas extremidades en la pulida superficie las campanas vibraban, lanzaba bufidos de satisfacción. Ésos eran los ruidos misteriosos que los nadadores escuchaban sin poder conocer su procedencia.

El hombre sapo se acostumbró a las campanas. No podía estar sino cerca de ellas y entendía cada una de sus vibraciones. Ellas le hablaban en su melodioso lenguaje y él las comprendía perfectamente.

—No permitas que nos lleven de aquí —oía que le decían—. Queremos ser tus compañeras.

Cada vez que esto escuchaba, la horrible boca del monstruo se distendía en una mueca que parecía semejarse a una sonrisa y emitía gruñidos de contento. Enseguida daba una vuelta en torno de ellas como indicándoles que estaría siempre vigilante.

Las campanas habían ido a parar al charco del monstruo por permisión divina. Los ruegos de la madre de aquél, después de su crimen convertida en una verdadera penitente, habían hallado gracia ante la Reina del Cielo.

—Sé —le había dicho la afligida—, que mi delito no tiene perdón; pero el ser a quien di la vida no es culpable. Te pido piedad para él, aun cuando yo sea castigada por toda la eternidad.

Compadecida la Virgen, concedió que las campanas de oro a Ella ofrecidas, fueran a parar al charco del murcielaguero, en donde se hallaba el hijo monstruoso de la arrepentida. El pecado de los padres, que cae sobre los hijos hasta la cuarta generación, habría condenado eternamente al hombre sapo, pero la custodia de las campanas de la Virgen a él encomendada, suspendió la maldición.

A la luz del sol o de la luna, todos siguen viendo las campanas de oro que reposan en el fondo del Zaratí, pero nadie ha podido rescatarlas. El celoso cuidador vela noche y día para

que nadie toque el sagrado depósito encomendado a su guarda. Si algún imprudente atraído por la inquietud de las aguas se asoma al charco del murcielaguero y comienza a hablar en alta voz, el monstruo que atisba desde las honduras, empieza a resoplar en forma amenazante. Miles de burbujas suben hasta la superficie indicativas de su cólera. Ellas son un perentorio aviso de que nadie debe intentar la recuperación de las campanas de la Virgen. Él tiene la obligación de custodiarlas hasta el día en que la falta horrible de sus padres, quede enteramente expiada.

La virgen guerrera o la margarita de los campos

Entre los indios que acudían a la iglesia de Penonomé, allá en los comienzos de la colonia, Juan Pablo era el más sencillo y humilde de corazón. Desde que los frailes misioneros habían emprendido la tarea de atraer a los indígenas a las verdades de la Iglesia, Juan Pablo había sido de los primeros en abrir sus ojos a la fe.

Una mañana el indio se levantó más temprano que de costumbre. Atravesó las desiertas y silenciosas calles adormitadas, y como si una mano invisible lo condujera, se dirigió sin vacilaciones hacia el lago que se hallaba en el centro de la población. Cuando llegó allí se detuvo. No sabía cómo ni por qué se había encaminado a ese lugar. Miró a su alrededor, y un objeto llamó su atención. Se acercó. Una imagen de María Inmaculada, no muy grande, mas cuidadosamente hecha, yacía recostada sobre una piedra.

—¡Santísima Madre Mía! —dijo Juan Pablo cayendo de rodillas.

Con gran reverencia tomó la imagen y loco de alegría, volvió a su choza para esconderla. No quería que nadie se enterara de su hallazgo. Al salir a sus diarias ocupaciones, dejó bien cerrada la puerta, pero poco después, estaba de regreso. Deseaba contemplar de nuevo su tesoro. Su sorpresa y su desconsuelo fueron enormes. La imagen no estaba donde la dejó. Buscó por todas partes, nada. La Virgen se había evaporado. Pasó una semana en inútiles pesquisas, y dio todo por perdido. Pero cierta madruga-

da, volvió a sentir aquel impulso que lo condujo hacia el lago. Prestamente acudió allí. La Virgen estaba en el mismo sitio donde la había encontrado por primera vez; y como lo hiciera anteriormente, guardó la imagen en su casa. En la misma forma inexplicable, la Virgen se perdió.

Una vez más encontró Juan Pablo la imagen a orillas del lago. Entonces decidido la tomó y fue donde el cura a quien contó lo sucedido.

—La virgencita desea que le hagamos una iglesia en ese lugar —dijo el sacerdote.

Allí se hizo el templo y pronto la devoción a la Inmaculada se extendió. Españoles e indios rivalizaban en demostrar a la Virgen su amor y reverencia.

Un día pareció que la Virgen se olvidaba de sus hijos. Corrió la voz que hacia Penonomé se adelantaba un formidable pelotón de indios mosquitos dispuestos a quemar el pueblo y pasar a cuchillo a todos sus habitantes.

La alarma cundió. La ferocidad de los mosquitos era harto conocida. Se sabía que belicosos y rapaces en extremo destruían todo cuanto encontraban, y que con despiadada saña arrancaban el corazón todavía palpitante de sus víctimas para comer de él.

Las mujeres acudieron a la iglesia a pedir ayuda a la Virgen, mientras los hombres se preparaban a enfrentarse con los indios. La alarma cundía más y más, pero el verdadero pánico estalló, cuando una flecha apareció una mañana cerca de la iglesia. Contenía un mensaje amenazante del jefe de los mosquitos. Rendición total o muerte, decía textualmente.

Las campanas de la iglesia sonaron dando el toque de llamada. Los hombres que todavía no habían partido, los ancianos, las mujeres, los niños, toda la población acudió a la plaza. El cura habló:

—Los mosquitos vienen a sitiarnos y a incendiar a Penonomé con todos nosotros dentro. Roguemos a la Santísima Virgen, sólo Ella puede salvarnos.

Las mujeres se arrodillaron y los hombres salieron decididos al encuentro de los indios. Un día de sustos y zozobra pasó para los habitantes del pueblo. Hasta ellos llegaba el vocerío rabioso de los mosquitos, y las flamas que salían de las arboledas incendiadas, ponían rojizas tonalidades en los cielos, e iluminaban los rostros acongojados de los que aguardaban un fin muy próximo. El cura intentó abrir la puertecilla del camarín en donde estaba la Virgen para presentarla al pueblo que la pedía a gritos, pero por más que forcejó y forcejó, la llave no dio vueltas en la cerradura. María Inmaculada no quería mostrarse a sus devotos. Tal hecho llevó al frenesí a la muchedumbre. Las enloquecidas mujeres chillaban que estaban condenadas. Los niños lanzaban clamores desesperados. Los viejos y los que no podían valerse, creyendo llegada su última hora, confesaban en alta voz sus culpas y pedían perdón a Dios. Corrió la noche, y en la mañana todos se asombraron de verse vivos todavía. Las esperanzas comenzaron a renacer, sobre todo al advertirse que paulatinamente iba extinguiéndose el eco de la lucha.

Poco a poco fueron llegando los hombres que habían salido al combate; y comenzaron a contar la cosa más extraña:

—Combatíamos con todas nuestras fuerzas —dijeron—, contra un tropel de indios cuyo número parecía infinito, y que parecían dispuesto a no darnos cuartel. En lo más recio de la pelea comenzaron a retroceder. Sin atrevernos a perseguirlos, permanecíamos en nuestros puestos. Temíamos una emboscada. Pero verdaderamente iban de huida. Gritando y vociferando se desbandaron por todos los caminos. Entonces fuimos tras ellos. En mucho tiempo no podrán reponerse del golpe recibido.

Al escuchar la relación, la gente corrió de nuevo a la iglesia. Esta vez el camarín de la Virgen pudo ser abierto. Dentro estaba hermosa y dulcísima, la Purísima Inmaculada. Sus manos juntas en un gesto de ternura e imploración, parecían todavía pedir a su Hijo por todos los que en Ella confiaban. Mas había en su bello rostro un gesto malicioso, como el de la que oculta

una graciosa travesura. Su manto azul celeste estaba cubierto aquí y allá de pega-pega, de hojas secas y de cortezas medio chamuscadas. Su pelo, de ondas suaves y perfectas caía ahora en rizos alborotados sobre su frente y sus espaldas.

El imprevisto espectáculo dejó atónita a la multitud. Nadie sabía explicarse a qué se debía tan extraordinaria transformación. Y antes de que el sorpresivo y silencioso asombro se manifestara en forma ruidosa, un nuevo incidente llamó la atención. Llegaban mensajeros de los vencidos para pedir la paz. Era la primera vez que la belicosa tribu solicitaba la cesación de las hostilidades. Todos se reunieron en la plaza para oírlos.

Los mensajeros hablaron. Querían ser amigos. Temían a esa blanca señora que había dirigido el combate causándoles la derrota.

—¿Una señora? —dijeron todos sorprendidos—. No había ninguna con nosotros.

—¿Para qué negarlo? —insistieron los enviados. Todos la vimos. Tenía una espada de fuego en la mano y con ella nos amenazaba de tal manera, que no pudimos menos que huir.

Los que escuchaban a los indios, tuvieron una iluminación. Esa señora es la Virgen. A ella debemos nuestra salvación. Corrieron nuevamente a la iglesia a donde llevaron también a los embajadores.

—Ésa es; ésa es la señora que nos persiguió —gritaron asustados los emisarios, al ver la imagen de la Virgen—. ¡Queremos la paz! ¡Queremos la paz!

Ante tales palabras, la muchedumbre cayó de rodillas dando gracias a su celestial soberana. En cuanto a los mosquitos, sin ganas de una nueva derrota, se alejaron para siempre de las cercanías de Penonomé. La Santísima Virgen guerrera por un día, la Margarita de los Campos, como la llamaron y la llaman todavía sus fieles, los había definitivamente vencido.

El Viejo de Monte

Lorenzo y Manuel, dos hermanos huérfanos de padre y madre habían vivido siempre unidos. Juntos habían crecido y juntos se habían hecho hombres, sin que nada turbara su recíproco afecto. No existía entro ellos ni tuyo ni mío. Todo era por igual para los dos. Por esto y por sus prendas personales la gente los quería. Todos estaban lejos de sospechar que, la tragedia tejía ya la malla que iba a envolverlos.

Ambos hermanos se habían enamorado sin saberlo de la misma mujer, una coqueta que a espaldas de cada uno, daba sus favores a los dos. Al fin, como alguna vez tenía que suceder, los interesados se supieron rivales. Cada hermano se creyó traicionado por el otro, y el odio estalló fiero y potente arrollando los lazos de la sangre y las voces del cariño. Los dos hombres se lanzaron uno contra el otro deseosos de matarse. Y en la casita en donde sólo habían resonado voces alegres y palabras cariñosas, se escucharon ahora, maldiciones, blasfemias, juramentos, y el ruido sordo de los machetes homicidas.

Brillaban los ojos de Lorenzo y los de Manuel parecían echar llamas. El sudor corría por sus frentes. Sus brazos se estiraban, se encogían buscando el corazón del contrario. Varias veces las aceradas puntas habían tocado la carne y la sangre comenzaba a salir de los cuerpos sudorosos. No obstante ninguno echaba pie atrás ni pedía cuartel. La lucha llegaría a su término cuando uno de los dos cayera para no volverse a levantar.

Hacía rato que peleaban y ninguno parecía llevar ventaja. Al fin Manuel pudo tomar a Lorenzo en un momento de descuido. Su machete giró con rapidez vertiginosa y fue a dar en el cuello de Lorenzo abriéndole una profunda y mortal herida. Lorenzo cayó, y su sangre que corría en gruesos borbotones, salpicó a Manuel y dejó su roja huella en el piso.

Cedió al instante la ira del que quedaba en pie. En un súbito deslumbramiento comprendió la enormidad de lo que había hecho. Corrió a levantar al caído llamándolo con los nombres más tiernos. Y mientras intentaba reanimar el cuerpo exánime, pasaban por su mente todos los recuerdos de su infancia y juventud; todos los momentos que él y su hermano habían pasado juntos. Pero el muerto estaba muerto; con la sangre que corría de la herida espantosa se le había escapado la vida.

Gruesos lagrimones caían de los ojos de Manuel, y su pecho estallaba en sollozos al contemplar el cadáver de su hermano. Ya nadie escucharía a Lorenzo; ya no se oirían sus canciones ni sus carcajadas alegres; ya no echaría más flores a las muchachas bonitas. Todo eso lo había acabado él en un momento de locura.

Enajenado salió de la casa sin rumbo cierto. En su angustia, creía ver en todas partes la cara lívida de su hermano que le recordaba el crimen cometido. La palabra asesino retumbaba en su cerebro. Ciego corrió y corrió para no escuchar el terrible grito. Se tapaba los oídos, se escondía en las espesuras, pero la fatídica voz lo perseguía y lo atormentaba sin cesar.

El dolor acabó con su razón. Demente, andrajoso, vagó por las selvas y montañas hasta que vino a parar al cerro que en su parte de atrás tiene una hermosa laja blanca. Allí bajo la peña, cargando sobre su pecho los remordimientos de su crimen horrible, se escondió cual otro Caín.

Corrieron los días y las noches y Manuel se quedó bajo tierra sin salir jamás a la luz del sol. A veces el humo de su pipa se escapa por las rendijas del cerro y a veces también, en las no-

ches crudas de invierno, sale de cacería. En esas noches lúgubres y lluviosas los campesinos que viven por los llanos de Antón, sienten el ladrido del perro compañero inseparable de Manuel, y el eco de un disparo. Todos se santiguan pues saben que el Viejo de Monte ronda cerca. Temen la proximidad de ese hombre que mató a su hermano, y que condenado por los cielos a vagar por el mundo con la carga de su culpa, andará por la tierra hasta el día del Juicio Final.

El chorro de las mozas

La villa de Penonomé está de fiesta. Se celebra un juego de balsería y de todos los contornos se dirigen al poblado del cacique ansiosos de presenciar el encuentro entre los bandos rivales.

Pintarrajeados los rostros y los cuerpos, los hombres lucen su fornida musculatura apenas cubierta con un breve taparrabo. Adornaban sus cabezas con las plumas preciosas del quetzal y el guacamayo, y las chaquiras de trocitos de oro caen sobre los pechos nervudos. Las mujeres, con sus naguas de tejido fino y sus lindas joyas de rico metal, se prestan a premiar con sus sonrisas y su mano a aquellos mozos que resulten vencedores.

De las tierras de Cherú eran muchos los que salían para el poblado de Penonomé a presenciar el partido. Siendo muy amigos los dos tebas, no era nada raro que las gentes de uno y otro tuvieran muy estrechas relaciones reforzadas con alianzas matrimoniales.

Guerreros, plebeyos, damas de alta alcurnia, mujeres del pueblo, esclavos, todos marchaban a la fiesta animados por la grata perspectiva de varios días de jolgorio. Entre las mujeres principales iban tres doncellas hermosísimas hijas de un noble, amigo de Cherú y del señor de la comarca hacia la cual se dirigían. Habían sido invitadas al juego que iba a celebrarse y por ningún motivo se habrían privado de él. Con ellas marchaba Caobo, el más diestro y ágil de los mozos de la tribu; el más temible contendor de las gentes de Penonomé. Su habilidad para gol-

pear la pantorrilla del contrario con el liviano balso y su destreza para escapar al golpe cuando era el atacado, arrancaba las más exaltadas exclamaciones a hombres y mujeres.

Las tres muchachas sufrían en secreto. De nada les servía su condición ni su belleza. No tenía importancia que su padre fuera un famoso guerrero dueño de tierras, de esclavos y señor de muchos vasallos. Caobo, el hombre que ellas amaban no hacía caso de su amor. No se daba cuenta de sus miradas tiernas, de sus deseos de aparecer lindas y atractivas para él.

En efecto, el joven guerrero, apenas si había mirado con interés a las hijas de Tobalo. Las encontraba bellas, pero nada más. Su corazón estaba preso en los encantos de una gentil muchacha de las tierras de Penonomé. De ahí que acudiera complacidísimo al juego de la balsería. Deseaba ver a su amada, recibir sus sonrisas, sus gestos de aprobación y sus palabras cariñosas.

Las hijas de Tobalo nada sabían de los amores de Caobo, y cada una, sin comunicárselo a la otra, estaba dispuesta a hacer cuanto fuera posible por ser la preferida. Ignoraban que a un mismo hombre aspiraban las tres. Mas, el joven insensible a los hechizos de las bellas, permanecía indiferente a sus palabras insinuantes, a sus miradas llenas de pasión.

—¿Por qué —se preguntaban las muchachas—, Caobo se muestra así tan frío?

Y atisbaban en los rostros de todas sus amigas y de todas las mujeres que eran lindas y hermosas para encontrar la respuesta. Siguieron los pasos de Caobo. Indagaron, buscaron. Ninguna de las muchachas de la tribu interesaba al mozo. Cuando mezclados los hombres y las mujeres de la tribu bailaban y cantaban areytos, veían que Caobo sin tomar participación en la danza tan propicia para que los que se gustaban pudieran estar juntos, no tomaba parte en ella. Se quedaba conversando con los viejos o con aquellos para los que tales regocijos no tenían ya interés alguno.

Tobalo, el padre de las jóvenes, nada sabía de este amor, y las

instaba para que tomaran como compañero a alguno de los pretendientes que las festejaban, pero ellas con la esperanza de conquistar al que deseaban, optaban por esperar un poco más. Entre tanto consultaban al tequina, el hechicero de la tribu, y pedían a los dioses, pero éstos se mostraban sordos a sus súplicas.

Las lunas se fueron sucediendo y cuando llegó la fiesta de la balsería, las tres muchachas engalanadas con sus naguas más lujosas y sus adornos más bellos, acudieron con los demás al poblado de Penonomé.

Como de costumbre, Caobo fue en el juego, el centro de atracción de todas las miradas, mas, indiferente a los aplausos, a los gritos de entusiasmo de los hombres, a las sonrisas y a los suspiros de las mujeres, sólo tenía ojos para Ruti, la bellísima plebeya que lo tenía hechizado.

Las tres hermanas se descubrieron observando con interés celoso las miradas que se cruzaban entre Caobo y su enamorada y conocieron lo que ellas mismas y él tan ocultamente guardaban en su pecho. La fiesta perdió para ellas todo su atractivo y desearon volverse. Querían encontrarse a solas con sus pensamientos y sus penas. De nada habían valido sus ruegos a la divinidad protectora de la tribu, su amor no podía ser correspondido.

Durante varios días ninguna quiso tratar el asunto. Deseaba cada una despreocupar y desengañar a las restantes haciendo ver que la cosa estaba ya olvidada. Mas, una noche en que la luna muy clara y muy llena teñía de blancura los montes y los valles, tres figuras se deslizaban del poblado indio que se asentaba en un ameno valle de las montañas coclesanas, en las tierras de Cherú. Eran las hijas de Tobalo, que sin consultarse, pero impelidas por igual sentimiento, se dirigían hacia el río caudaloso y murmuriente que corría entre precipicios y peñascos rodeando el caserío.

Por diversos caminos pero casi al mismo tiempo llegaron las doncellas a una de las orillas en donde había una gran laja;

un saliente de roca que llegaba hasta más allá del borde del río. Se sorprendieron al verse juntas en tal lugar; pero quizá cada una comprendió lo que pasaba en el corazón de la otra y no se hicieron preguntas.

Se sentaron en la peña y miraron hacia el río que se precipitaba sonoro por su lecho de piedras. Y su pena y su angustia por muchos días contenidas estallaron al fin. Lágrimas incontenibles mojaban sus mejillas y llegaban hasta la corriente que parecía gemir también, como acompañándolas en su quebranto y en su duelo.

Lloraban sin consuelo las tres mozas y su llanto inagotable caía y caía sin cesar, fue haciéndose más fuerte con el correr de las horas, y convirtiéndose en tres chorros que se precipitaban en las aguas del río con el fragor argentino de una masa de finísimos trocitos de cristal que se despeñara de la altura.

La mayor de las tres hermanas miró un instante con los ojos todavía nublados la corriente espumosa que sus lágrimas formaran. Llamada por las voces misteriosas que parecían surgir de las ondas, se acercó aún más al borde de la roca. De pronto abrió los ojos extraordinariamente, curvó sus labios una sonrisa placentera, abrió los brazos y se dejó arrastrar cuesta abajo hacia el abismo. No tocaba su cuerpo el fondo, cuando la siguieron las otras dos. Ambas habían advertido sus gestos y al ver el súbito resplandor que iluminaba el rostro de su hermana al lanzarse al vacío, creyeron que allí abajo estaba la felicidad y fueron en pos de ella.

La muerte no vino para las tres mozas en aquellas profundidades. Los genios de las aguas las habían recibido. Un rato permanecieron aletargadas; cuando volvieron en sí, se miraron sorprendidas. Rieron olvidadas de todo. Podían lo mismo que en la tierra vivir bajo las aguas. Allí se quedaron libres de todo padecimiento terrenal.

Las hijas de Tobalo no volvieron a salir de su mundo acuático. Allí se quedaron para siempre, y a veces se las ve. En la

noche de San Juan, en el preciso instante en que se pasa de uno al otro día, se las oye retozar bulliciosas y alegres. Los pescadores y los que salen en tal día y en tal momento a bañarse en el río las han visto. Juguetonas y sonrientes, las tres ofrecen con grato ademán a los que allí se encuentran, sus totumas y sus peines de oro. Pobre de los incautos que se disponen a tomarlas.

—Aquí las tienen —dicen ellas con hechizante sonrisa— vengan a buscarlas.

Las tiran a un gran charco en donde todos las ven flotar. Al contemplar así, al alcance de su mano los objetos de oro, los que los quieren siguen el fatal consejo de las mozas y allá se dirigen. Un fuerte remolino los recibe. Intentan escapar, pero las olas los envuelven. Un grito de auxilio, una mano que se agita. Después, nada. Las aguas pasan despreocupadas y tranquilas por encima de las víctimas de las tres mozas que vengan así su desdeñado amor.

La piedra del diablo

Juliana iba de un lado a otro en incesante movimiento. Sus hijas, unas chicuelas de pocos años dejaron sus juegos extrañadas de ese constante ir y venir de su madre que murmuraba entre dientes palabras ininteligibles para ellas.

—Lo hecho, hecho está —decía la mujer—, y no he de volverme atrás ahora. Desde hoy se acabaron las miserias en esta casa.

No era Juliana una mujer de sencillo corazón y suave naturaleza. Soberbia y maldiciente, a diario se escuchaban sus tonos de protesta por la mala suerte que la perseguía. Envidiaba la de todos, renegaba de los ricos y maldecía a Dios que no le mandaba las cosas que ella ansiaba.

Alarmadas las vecinas, escuchaban sus destempladas voces con cierta aprensión. Temían que sus continuas maldiciones trajeran la desgracia. Pero a las justas reconvenciones contestaba Juliana con mayores denuestos.

—Por salir de esta vida vendería mi alma al diablo —decía a grandes gritos.

—Ave María Purísima —se santiguaban asustadas las comadres—. ¡Cuidado, cuidado vecina! ¡El malo está en todas partes, y si la oye... !

—Eso es lo que quiero. Si viniera aquí, entraría en tratos con él.

Ese día que se la veía presa de una rara nerviosidad, ha ido

al río con su balde de ropa. Como de costumbre, mientras hacía su faena, lanzaba sus eternas maldiciones contra Dios, y llamaba en su ayuda al demonio. Mi alma te daré Satanás, con tal de que me traigas lo que te pido. ¿Por qué no vienes en mi auxilio?

No acababa de decir estas palabras, cuando sintió estremecerse las ramas de los árboles como si un viento fuerte las azotara. Las prendas de ropa volaban de aquí y de allá y el río comenzaba a rugir y a crecer como si la cabeza de agua viniera ya.

La soledad, el ruido del viento, el estrepitoso moverse de las ramas, y la semioscuridad que se hizo de pronto al tapar una nube el sol, impresionaron un poco a Juliana, que comenzó a recoger la mojada ropa, creyendo que lo que creía fuera una tormenta, la encontrara fuera de su casa.

Se alistaba para levantar el balde, mas se irguió sobrecogida. Una voz estridente que hería los oídos en forma desagradable, llegaba hasta ella.

—No te vayas —oyó—, me llamaste, y aquí estoy.

Juliana levantó la cabeza en medio de un estremecimiento. Creía que iba a encontrarse con el ser espantoso que su conciencia y el agitado latir de su corazón le decían que se hallaba ante ella. Se sorprendió al ver que muy diferente a lo que se había supuesto, era un hombre desconocido el que estaba allí. Su vestido completamente negro, hacía resaltar más aún la extraña palidez de su rostro, en donde los ojos grandes, profundos y como enrojecidos lanzaban siniestros fulgores. La nariz grande, aguileña, el agudo mentón, el gesto sardónico que se veía en la boca grande de labios finos y apretados, daban a ese rostro hermoso en su conjunto, cierto aire repulsivo y sombrío.

—¿Quién es Ud.? —dijo Juliana medio dudosa—, ¿qué busca aquí?

Sentía que el miedo comenzaba a invadirla, pero trataba de dominarlo.

—Soy el que deseabas —contestó el recién llegado, con el mismo tono de voz que ella antes escuchara—. Mi nombre, ya

lo sabes. Satanás me dicen. Me necesitas y he venido. ¿Qué quieres?

Tembló la mujer. Los dientes le castañeaban; casi no podía articular palabra, pero sacaba fuerzas de flaqueza para contestar resuelta:

—Estoy cansada de tanta miseria. Nunca he podido tener las cosas que he deseado. Tú que puedes, dámelas.

—¿Qué voy a recibir a cambio?

—Lo que me pidas.

—Entonces podemos entendernos. Si deseas dinero, lo tendrás. A cambio me cederás tu alma. Veo que te hace temblar —añadió el diablo al ver un involuntario movimiento en Juliana. Entendía que estaba dispuesta a todo—; si no es así me voy. Con ello perderás las comodidades, los bienes que gozan los otros y que tú nunca has tenido.

Al decir esto, el demonio sonreía. Conocía bien a la mujer.

A la enumeración de todas las cosas que tanto envidiaba a los que las poseían, la mujer dio un paso adelante anhelosa.

—No te vayas —dijo.

—¿Aceptas pues?

—Sí.

Dentro de cinco años vendré por ti para que me cumplas lo ofrecido. Me llevaré entonces lo que es mío.

Cinco años es muy poco tiempo. Como bien lo sabes, he pasado mi vida luchando, sufriendo rabiando por tener lo que otros sin trabajo alguno tienen para sí. Quiero gozar un tiempo más largo. Dame un plazo mayor.

—No puedo.

—¿Por qué no? ¿Qué importa el tiempo si después voy a pertenecerte por toda la eternidad? No pongas plazo a mi deuda. El día de mi muerte, ven por mí.

—Está bien. Acepto. Recibe esto —y le dio una bolsa de dinero—. Cuando se te acabe vuelves a llamarme.

—¿Aquí en este mismo lugar?

—No. En el pueblo. En esa piedra grande y redonda que allí hay y que tú conoces bien.

—¿Cómo vendrás?

—Lo mismo que hoy. Tú escucharás las pisadas de un caballo y el ruido del freno, a las doce de la noche del día en que me invoques. Entonces acudirás a la cita. Te entregaré otra cantidad igual a la de la bolsa. Pero recuerda: no irás a la iglesia, ni realizarás ninguna práctica devota. Si lo haces, todo se te volverá humo. Tus bienes desaparecerán y te hallarás más pobre y más miserable de lo que estás ahora.

—No tengas cuidado. Haré lo que ordenas.

—Firma aquí.

E1 diablo sacó un pergamino. Garabateó el contrato de compra del alma de la ambiciosa mujer, y se lo dió para que con sangre pusiera en él su rúbrica. Le hizo en el brazo una cortadura y mojó en ella la pluma que previamente había traído. Como Juliana no sabía escribir, hizo que pusiera en el papel una señal que equivalía a su firma y guardó aquel.

Nuevamente sopló con furia el viento; los árboles se mecieron fuertemente como cimbreados por el huracán y el diablo desapareció envuelto en el vendaval, antes de que Juliana pudiera darse cuenta de cómo ello había sucedido. Todo quedó lo mismo, y la mujer habría podido creer que lo pasado no había sido más que un sueño, si el eco de una carcajada burlona y perversa que helaba la sangre, no hubiera indicado bien que el espíritu del mal había estado allí. Por otra parte, la bolsa de dinero tirada muy cerca, era una prueba más que palpable.

Juliana escondió la bolsa en el balde de ropa, y con este en la cabeza volvió a la casa. Ya en ella comenzó a recapacitar sobre lo hecho. Por un momento el pavor encogió su pecho. Pensó en el otro mundo y en sus horribles penas. Se tapó la boca para no gritar. Se sobrepuso con un esfuerzo, y trató de apartar de su mente la horrible idea que hacía trizas su valor. Su voluntad venció su inquietud y sus temores.

—Lo hecho, hecho está —se dijo—. Ahora a gozar.

Los meses y los años siguieron su rodar, y Juliana no trabajó más. Ante el asombro de la gente que no sabía de dónde había sacado el dinero, levantó una casa grande y cómoda, muy cerca del lugar en donde se encontraba la piedra señalada por Satanás como punto de reunión.

—Se ha encontrado un entierro —cuchicheaban las vecinas curiosas.

Trataban de indigar la procedencia de esa fortuna que les parecía misteriosa; hacían preguntas, cavilaban, pero nada sacaban en claro. Hábil en todo, Juliana gozaba de sus bienes en forma natural, sin alardes; pero con cierta reticencia habló de un tío rico que había sabido de su pobreza y trataba de ayudarla.

Sin embargo la gente meneaba la cabeza poco convencida. Nunca se había sabido que tuviera parientes; y en voz baja se contaban cosas extrañas y espeluznantes.

Ya Juliana estaba vieja. Su fin se acercaba, y lo sabía. Mas fiel al pacto con el diablo, no frecuentó la iglesia ni los sacramentos, y así mismo, en esa indiferencia en lo que tocaba a la religión, acostumbró a sus hijas, las que ignoraban lo que había mediado entre su madre y el demonio.

Una noche, Helena, una de las jóvenes, atormentada por el insomnio tuvo la horrible revelación. Sintió a la media noche las pisadas de un caballo, que, en medio del silencio del pueblo, hacía resonar sus herrados cascos en el empedrado de la calle y escuchó también el ruido característico del freno al ser tascado por el animal.

—Quién andará por ahí a estas horas —se dijo.

Un ruido muy tenue llegó hasta ella; era el de alguien que dejaba la cama con cuidado. No se atrevió a encender la vela, y se levantó a tientas. El ruido provenía del cuarto de su madre. Luego vió, en medio de la oscuridad, que un bulto se dirigía a la puerta de la calle, la abría con sigilo, y se perdía en las tinieblas.

Cosa extraña, Helena no gritó. Fue a la pieza de donde había salido el bulto, hombre o mujer, y la encontró vacía. Entonces era su madre la que había dejado el lecho y salido al exterior. ¿Pero. . . a hacer qué. . .? No podía concebir que a su edad estuviera en amoríos, y menos a esas horas.

Sin perder tiempo, tomó la misma dirección que siguió Juliana. Desde la puerta atinó a ver parada en la piedra, a una persona que debía ser su madre. Hablaba en voz baja y no podía percibir bien sus palabras, ni tampoco las de su interlocutor, pero éste era alguien que poseía la voz más desagradable del mundo. Chirriaba como los enmohecidos goznes de una puerta vieja. Poco después oía el tintineo de monedas.

—Ya te he dado mucho, y pronto vendré por ti —escuchó al fin claramente que decía la voz áspera—. Tu alma es mía ya.

Y nuevamente resonaron las pisadas del caballo y el tascar del freno. El que había estado con su madre se iba ya. Pero antes de que la aterrada Helena pudiera cerrar la puerta, su madre estaba en ella. Juliana, al ver a su hija, dió un grito y cayó.

Desde ese momento no se levantó más del lecho. En su agonía terrible y espantosa dió a conocer el secreto que Helena había descubierto. Furiosa se retorcía en la cama, miraba con los ojos muy abiertos un punto fijo, lanzaba una carcajada horrible que ponía los pelos de punta, o bien se metía debajo de las sábanas gritando que el demonio estaba allí esperándola, y haciéndole muecas, y que no lo quería ver. Cinco días duró el tormento; y tal como había vivido, maldiciendo, renegando, y llamando a Satanás, murió Juliana a las nueve de la noche.

Un espantoso olor a azufre se esparció por toda la casa; y ante el horror de los pocos vecinos que acudieron al velorio, se sintieron a las doce de la noche, las pisadas y los relinchos de un caballo. Enseguida alguien tocó a la puerta. Nada se vió, pero todos sintieron una especie de viento helado que se colaba de improviso en la pieza mortuoria. Y allí, al lado de la cama de la difunta, surgió una extraña cosa; un algo al que no se distin-

guía forma alguna. Era como una mancha negra que tenía la consistencia de un humo espeso, en el que relucían dos puntos rojos.

La vaga forma se acercó a la muerta y luego se dirigió hacia la puerta. Era el demonio que había venido a buscar lo que le pertenecía desde mucho tiempo atrás. Sonó la siniestra carcajada, y la gente que ya no podía más, gritó aterrorizada y huyó de la casa maldita.

De las hijas de Juliana no se supo más; y su casa, construida con medios infernales, se vino abajo. Pero en la piedra que la gente bautizó con el nombre del ser maligno que se llevó el alma de la viuda, se ven las pisadas, medio borradas por el tiempo, del caballo en el que venía Satanás a entregar a la que lo invocaba, el dinero por el que vendió su eterna salvación.

La piedra del pato

El caserío estaba clavado en las faldas del Tute, en el corazón mismo del macizo montañoso que se extiende de Este a Oeste en lo que es hoy la provincia de Veraguas; y Mulabá, un indio fiero y altivo era su señor.

No tenía hijos el teba; y todo su cariño estaba concentrado en Yani, su hija, la primorosa muchacha de ojos negros y boca fresca como una flor.

Mimada, consentida por un padre siempre bueno para ella, la princesa veía pasar su vida libre de temores. Su hermosura y su condición de heredera de Mulabá habían provocado mil proposiciones amorosas. Hombres de la tribu y de otras tierras deseaban ser dueños de la cálida belleza de Yani, quien desdeñosa, a todos rechazaba.

Tenía Mulabá bien cimentada su fama de experto guerrero; y no fueron pocos los que sufrieron la fuerza de su brazo. Se creía invencible y a nadie temía. Mas un día los tequinas vieron en los cielos extraños presagios. Consultados los dioses, dijeron a los hechiceros que males muy próximos caerían sobre esa tierra.

Sabedor el cacique de lo que vaticinaban las divinidades, aprestó a la defensa. Creía que los enemigos contra quienes tendría que luchar eran iguales a él en apariencia física y fortaleza. Mas pronto llegaron al poblado aterradoras noticias. Seres que parecían ser hijos del sol por su piel blanca, sus cabellos dorados y sus raras armas que vomitaban fuego, ha-

bían llegado hasta esos territorios para hacerse sus dueños. Manejaban a su antojo el rayo y el trueno y sembraban el espanto y la muerte en todas las poblaciones. Martirizaban a los hombres, esclavizaban a las mujeres, mataban a los niños, quemaban los caseríos y destruían todo cuanto encontraban, en su afán de conseguir el oro.

Mulaba escuchó ceñudo las ingratas nuevas. No tembló, porque era valiente y porque juzgaba inaccesibles sus montañas. La desgracia indicada por los dioses sería tarda en llegar hasta sus lares. Mas pensó en su hija, su Yani amadísima, y sintió miedo. Un secreto presentimiento le amenazaba el pecho.

—¿Qué puedo temer? —se dijo, tratando de desechar sus ideas sombrías—. Mi hija está bien resguardada y defendida. Antes de verla sufrir, yo mismo sería capaz de quitarle la vida.

Como medida preventiva reunió a sus guerreros; les habló de los invasores , y los conminó a permanecer alertas y a estar listos para la defensa en caso de que fueran atacados.

Los mensajes que había recibido Mulabá, eran ciertos. Los españoles habían pisado las costas de América; y su piel, sus cabellos, su ropa, sus armas, habían llenado de estupor y espanto a lo aborígenes que los consideraban como seres venidos del cielo y dueños del fuego. En sus incursiones por el interior del Istmo, los castellanos llegaron a los dominios de Mulabá. El encuentro entre indios y españoles fué terrible. El coraje y valor de los súbditos de Mulabá se estrellaba contra la superioridad en la técnica y en las armas de los invasores, y la sangre corrió a torrentes entre la masa indígena; pero también los españoles sufrieron cruentamente.

Acosado por todas partes, Mulabá se vio obligado a huir por primera vez en su vida. Todo esto hizo nacer en su pecho un odio mortal contra los españoles, y les juró una guerra de exterminio.

Yani no participaba en este odio. Uno de los recién llegados había cautivado su alma por entero. Y también el español se sintió atraído por los encantos de la princesa.

Este amor era un secreto entre los dos. Yani jamás se había atrevido a revelarlo a su padre. Sabía que él no le perdonaría ese afecto para uno de lo aborrecidos extranjeros. Por eso recibía a escondidas la visita del bizarro soldado que desafiaba todos los peligros por encontrarse con su amada. Pero ojos malignos y envidiosos, vieron y fueron con el cuento a Mulabá. El golpe fue tremendo para el teba. No podía creerlo. Cuando se le dieron pruebas, ardió en furor. Echando llamaradas por los ojos, amenazó a Yani con los castigos más crueles si persistía en sus amores.

Lloró la niña, y su padre sintió partírsele el corazón al ver sus lágrimas; pero se mantuvo en su actitud inflexible.

—Si vuelves a verlo —le dijo—, la muerte entre los dolores más atroces te esperan a ti y al osado, porque te daré al hechicero de la tribu. El que es amigo de un enemigo mío, también es mi enemigo. Para él, no tengo compasión, y lo sabes.

Yani se estremeció, y por algunos días no volvió al lugar en donde se realizaban las entrevistas amorosas. Lo que dijo su padre acerca de entregarla al hechicero la había llenado de terror. A ese hombre todos les temían por su astucia diabólica, su refinada maldad y sus extraños poderes.

Sabía el mago colocar cutarras ardientes en los pies de los supliciados que sentían consumirse sus carnes poco a poco en el suplicio tremendo del fuego; y sabía también conducir a los castigados al valle del olvido. Sumidas las víctimas en un raro sopor, se veían al despertar cubiertas de úlceras malignas llenas de gusanos.

Todo esto lo sabía Yani, pero al fin el amor venció al terror, y volvió a reunirse con el extranjero. Pero Mulabá había encomendado a un guerrero, Pirco, una vil misión: espiar a la joven y a su amante. Pirco era precisamente hijo del hechicero y estaba loco de amor por Yani. Viéndose por ella rechazado, aceptó gustoso la comisión que le daba el teba. Sin que la muchacha lo advirtiese, la seguía a todas partes. Así supo de los encuentros furtivos de ella con el blanco.

Los celos se adueñaron de Pirco y su amor apasionado se trocó en odio. Comunicó a su padre lo que había visto, seguro que éste tomaría como suya la ofensa que Yani le había hecho al desdeñarlo; así mismo corrió donde Mulabá con la noticia.

Se preparó el palo en el que la princesa y el español debían caer. Una noche en que lo enamorados ajenos a la desgracia que los acechaba se decían por milésima vez que se amaban, se vieron rodeados de rostros feroces de los que no podían esperar clemencia. Atados fuertemente, fueron conducidos por Pirco, jefe de la banda, ante el hechicero y el cacique.

—Que se les queme vivos —dijo fiero y terrible Mulabá—; primero a ella, después a él.

En su corazón se había apagado todo amor por la hija antaño adorada y consentida.

Yani, completamente desnuda, fue amarrada a un tronco grueso elevado en la tierra, mientras los hombres y las mujeres de la tribu tiraban maderos y danzaban en torno de la ajusticiada, al compás del tambor del sacrificio, del tambor de la sed, del tambor de la muerte y del ritual, cuyos sones llenaban el poblado de vibraciones misteriosas y lúgubres.

Todos, aun el padre, se mostraban regocijados, menos un par de ojos que con dolor indefinible contemplaban la macabra ceremonia. El español, sujeto frente la muchacha, hacía vanos esfuerzos por soltarse y correr en auxilio de la niña. Ser espectador obligado de su castigo le parecía el suplicio más diabólico, y quería con un acto desesperado poner fin a su tormento y al de ella. Sus esfuerzos eran inútiles. Mas cuando creía que ya empezaba la pesadilla atroz, vio con sorpresa que a Yani la dejaban libre de sus lazos.

—¿Qué pasará? —se preguntaba el español—. ¿Acaso Mulabá ha perdonado a su hija queridísima? ¡Ojalá así fuera! No me importa sufrir yo, con tal que Yani viva.

Pero no, Yani, y también él se libraban del suplicio del fuego, para caer en otro mayor. El hechicero se había acercado a

Mulabá y le había dicho sonriendo con ferocidad que tenía preparado un castigo mucho más acorde con la magnitud de 1a falta, un castigo que duraría eternamente.

—Mira esto —le dijo, mostrándole un pequeño pote de greda que contenía una sustancia amarillenta—; y ahora esto —. Y señaló otra vasija llena hasta los bordes de un líquido verdoso—. Aquí está encerrada la pena para ambos culpables.

Hizo el hechicero que le acercaran al español, y vertió sobre él el contenido del segundo recipiente. Ante la incredulidad y el temeroso asombro de todos y el pavor y la desesperación de Yani que lanzó un grito, el apuesto español había quedado convertido en un robusto y grande pato. Enseguida abrió el pico al ave y le hizo tragar una buena dosis de lo que había en el otro pote, e igual hizo con Yani.

El extraño brebaje conservaría al animal y a la doncella su apariencia física, les preservaría de perecer, y les facilitaría la vida debajo del agua. Así, listos para una nueva vida, el pato y la hija de Mulabá fueron arrojados al río cuyo lecho había de servirle de eterna mansión.

Al conservar a la joven en su figura de mujer, y transformar al hombre en pato, el hechicero condenaba a la pareja a un imposible amor; y para hacer más agudo su tormento, les obligaba a continuar para siempre juntos. Por eso no había querido que sus cuerpos hubiesen sido destruidos por el fuego. El martirio aunque espantoso, era pasajero, mientras que éste duraba la eternidad. Al comprenderlo así, Mulabá había ordenado suspender la ejecución.

Allí en las aguas del río Mulabá quedaron Yani y el español. Pasaron los siglos y no se les vio salir de aquellos lugares . Mas cuentan por allí que en cierta ocasión, dos cazadores que andaban por los parajes inmediatos al río se quedaron paralizados de admiración. Siguiendo el curso de la corriente descendía un pato de albo plumaje y tamaño extraordinario. Sobre su lomo, agarrada a su cuello, iba sentada una espléndida mujer de tez cobri-

za. Sus cabellos muy negros y muy largos, su único ropaje, estaban recogidos por un cintillo de oro. Cantaba la joven una dulce melodía que hablaba de cosas perdidas y lejanas, de esperanzas y recuerdos que se fueron.

El pato se acercó a una piedra situada en medio del río, piedra que por rara coincidencia tenía su mismo tamaño y figura y allí depositó su carga. La noche clarísima, permitía a los cazadores seguir los movimientos de la nunca vista pareja.

Vieron que el pato se irguió sobre la roca en toda su vasta contextura y la joven a su lado, destacó en la noche luminosa las bellas formas de una mujer en toda la prestancia de su lozana juventud. Sacó la muchacha no se sabe de dónde, un pomo de oro y con un canutillo del mismo metal, comenzó a hacer globos, especie de pompas de jabón. El pato, atento a sus manejos, las deshacía con el pico una vez adquirida una determinada dimensión. La mujer reía con risa que parecía el cascabeleo de argentinas campanitas y el pato lanzaba graznidos de placer.

Los cazadores fascinados por el espectáculo, se aproximaron un poco. La luna, al reflejarse sobre las delicadas y sutiles pompas, se descomponía en matices y les daba a éstas la apariencia de fantásticas bombillas surgidas de la varita mágica de un hada.

Un pie mal colocado quebró una rama e hizo rodar una piedra. El ruido puso término a la maravillosa escena. La mujer y su acompañante se lanzaron al agua y no volvieron a la superficie. Pero sí quedó allí la enorme laja en forma de pato en donde una vez se les vio. Fija en medio de la corriente, permanece allí, inmóvil, inmutable, igual, quieta, como símbolo de un hermoso y eterno amor.

La pavita

En tiempos muy lejanos, en un lugar perdido en las montañas de Coclé, vivió una muchacha a quien tanto le gustaba fumar, que la llamaban la Pavita. Sus padres habían tratado por todos los medios de quitarle la costumbre, pero ya Paula, que tal era el nombre de la moza, estaba completamente enviciada, y nada consiguieron. Al fin, cansada la familia de regañarla y castigarla, la amenazaron con la muerte si la veían fumando.

Por la primera vez, Paula se asustó de veras, y no se atrevió a fumar por algunos días. Mas su cuerpo entero sentía las ansias del tabaco. No sabía cómo hacer para encontrar lo que deseaba. Al fin se le ocurrió recoger todas las pavitas que los demás botaban, guardarlas, y fumárselas cuando nadie la viera. Para evitar ser descubierta por la gente de la casa, decidió esconderlas en las cocina debajo de unas piedras que había detrás del fogón.

Todas las noches, cuando las espesas sombras envolvían la tierra, sigilosamente se iba Paula a la desierta cocinita, levantaba las piedras y se ponía a fumar sus pavitas. Así siguió mucho tiempo fumando a escondidas las colillas que encontraba durante el día, hasta que fue sorprendida por su padre.

La indignación y la cólera que este hecho causó al hombre fueron tan violentos, que sin pensarlo dos veces, tomó un palo y a garrotazos la mató.

Desde ese instante el espíritu de Paula comenzó a vagar por todos los montes, por todos los campos, por todos los potreros,

asustando a los animales y a la gente. En la noche que recuerda sus pavitas, entona un canto, una especie de zumbido molesto y persistente. Entonces no es posible levantar ninguna piedra que se encuentra cerca del fogón. Paula cree que van a cogerle sus pavitas y mata al imprudente. Y los campesinos que lo saben, se quedan quietos en sus sitios sin atreverse siquiera a encender sus pipas con los tizones del fogón cuando sienten la proximidad de la Pavita.

La azucena campestre o siempreviva

La tribu vivía feliz. Metida en sus montañas, llevaba una existencia tranquila adorando a sus dioses, realizando sus acostumbradas faenas, y entregándose a sus sencillas diversiones. Pacra, su jefe, un hombre ya viejo pero lleno de experiencia, conservaba todavía aquel vigor y aquella fortaleza de los años mozos, cuando lleno de bríos se ganaba justo renombre como guerrero y como hombre de recursos para vencer cualquiera dificultad.

Amaba el teba como el más preciado de sus tesoros a una hija, la única que tenía, muchacha de dieciséis años, fresca y pura como una azucena de los campos.

Eran muchos los jóvenes guerreros que suspiraban por el amor de Cori, pero el corazón de la muchacha tenía dueño. Un mozo arrogante descendiente del altivo Urracá, había ganado su querer. Pocas lunas faltaban ya para que el anhelo de los dos enamorados se cumpliera.

Ante la proximidad de la boda de la princesa, la tribu entera se preparaba para los días de jolgorio que vendrían, sin preocuparse de lo que pasaba al otro lado de su tierra. Nadie sabía que hombres de rostro pálido y cabellera rubia venidos de lejanos países, llegarían a este perdido y apacible lugar de las montañas de Veraguas, a interrumpir su existencia venturosa.

Un día, cuando más descuidado se encontraba el poblado, una columna de españoles cayó sobre él como una maldición

de los dioses. En su ansia de oro, los extranjeros habían arrostrado todos los peligros. Habían salvado los altos picachos de las montañas, las selvas inmensas, los rápidos y las cascadas, en la búsqueda de la maravillosa ciudad dorada que se decía perdida en el corazón de las tierras panameñas y bajaban sobre los pueblos y las aldeas, arrasando viviendas y habitantes.

Las gentes de Pacra trataron de defenderse, mas su resistencia fue pronto vencida y pagaron con creces el arrojo y el ardimiento demostrado:

—¿Qué quieres de nosotros? —dijo Pacra cuando se vio en presencia del jefe de la columna española.

—Oro —contestó éste con desesperante laconismo—. Hemos venido por él y nos lo llevaremos.

—¿Qué nos darás en cambio?

—Nada, pero nos iremos de aquí sin causarte más trastornos.

Y Pacra tomó su oro y el de sus vasallos y se los ofreció al castellano. Éste lo aceptó, mas no dió señales de partir. Había visto a Cori la hija del teba y no deseó ya dejar el poblado. Prendado de la hermosura de la india, a toda costa quiso hacerla suya. Mas la joven se resistió con todas sus fuerzas, provocando con ello la furia del engreído aventurero.

—Mía has de ser —le dijo altivo—, porque así lo quiero.

—Antes la muerte —contestó arrogantemente la princesa.

—Si me rechazas, lo pagarás muy caro. Mataré a tu padre, destruiré tu tribu, quemaré los bohíos y talaré los campos. Cuando de aquí me vaya dejaré tu pueblo en forma tal, que las bestias de los bosques podrán hacer aquí su madriguera.

—No, no hagas eso —dijo asustada y temblorosa la doncella—. ¿Qué te he hecho yo? ¿Qué te hemos hecho nosotros para que así quieras tratarnos?

—¡Te opones a mis deseos! Quiero que seas para mí. Puedo obligarte por la fuerza, pero ya ves, no lo hago. Voy a darte unos días para que pienses en mi proposición y la aceptes. Si insistes en tu negativa, ya sabes lo que espera a tu padre, y a tu

gente. Entonces me implorarás en vano. Después que hayas visto la ruina de los tuyos, te haré mi esclava y dispondré de ti como me plazca.

Tan crueles palabras llenaron de pena el corazón de Cori. Cayó de rodillas ante el español pidiéndole con dolorida voz un poco de piedad. El hombre permaneció inconmovible, sordo a sus súplicas y a su desesperación.

—¡Sabes mi última palabra! —dijo—. Nada me hará cambiar. En tus manos está la salvación de la tribu o su pérdida.

Dicho esto se retiró dejando a Cori sola con su pena. Estaba seguro que la joven cedería.

—¿Qué hacer? —gemía la muchacha—. ¡Oh dioses, ayudadme!

Al fin tomó una resolución. Se lo diría todo a su padre. Él le aconsejaría lo que debía hacer. Le contó pues, las amenazas del español y le pidió su parecer.

Al escuchar la relación, Pacra se desesperó. Conocía por experiencia lo que eran los extranjeros y ¡cuán poco valía su palabra! Estaba seguro que el sacrificio de su hija de nada serviría. Mas, ¿cómo escapar a lo inevitable? De pronto en medio de sus temores y su preocupación, sonrió. Una idea acababa de ocurrírsele.

—Cálmate —dijo a Cori— y ten confianza en mí. Te salvaré, y salvaré a la tribu. Torra, el hombre con quien debes casarte vendrá muy pronto. Le envié un mensajero. Él, tú y yo, huiremos a un lugar donde no puedan llegar nuestros enemigos .

Antes del plazo señalado a Cori por el castellano llegó Torra, el novio, y se preparó todo para la fuga. Una noche en que los blancos dormían profundamente con el sueño pesado de la chicha a la que se había añadido hierbas narcotizantes, un grupo de tres, Pacra, Torra y Cori, dejaban su amado caserío camino a otros lugares más hospitalarios.

La angustiosa peregrinación duró muchos días. Dificultaban la marcha los miles de obstáculos que se hallaban a cada

paso. Desfiladeros peligrosos; precipicios que se abrían como la enorme boca de un monstruo ansioso de víctimas; ríos de rápida corriente y traicioneros remolinos; culebras; alimañas de todas las especies, guijarros, cardos, espinas y piedras del camino. Cada paso que daban hacia adelante, dejaba un peligro atrás para llevarlos a otro mayor.

Los hombres, aun el más viejo, siempre más fuerte que las mujeres, parecían no sentir el cansancio ni la necesidad, pero la niña sentía que no podría llegar al lugar soñado; al lugar de la liberación.

Una mañana, al comenzar la dura caminata, sus piernas flaquearon y su cuerpo frágil se dobló como una flor marchita .

—No puedo más —murmuró—. Déjenme aquí. Sigan sin mí, sálvense los dos.

Torra nada contestó y adelantándose a Pacra, tomó en sus fuertes y cariñosos brazos a su amada.

Turnándose padre y novio, cargaron a la joven por muchos días, para evitarle todo esfuerzo. Vanos fueron los cuidados, la amorosa solicitud con que se la rodeaba. Cori conocía que sus dioses la llamaban; que pronto abandonaría a los seres queridos que habían tratado de salvarla.

Una tarde, después de una jornada más dura que las anteriores, buscaron descanso a la orilla de una pequeña corriente que se deslizaba ligera y cantarina por su camino de piedras. Pacra recostó a su hija en una gran laja lisa y pulida a la que unos pocos arbustos crecidos en esa tierra pedregosa daban un poco de sombra. Allí mismo la joven se dió cuenta que no vería la noche.

La tarde comenzó a caer rápidamente y las sombras fueron envolviendo el endeble y tembloroso cuerpecito de la niña

—Siento frío, me voy —dijo ella con desmayada voz.

Los dos hombres llenos de congoja se acercaron aun más a la que se iba para no volver. Cori advirtiendo el dolor inmenso que sentían, quiso consolarlos.

—No se aflijan ni lloren —dijo suavemente—, no los dejaré

solos por mucho tiempo. Volveré, ténganlo por seguro.

Fatigada cerró los ojos, y un suspiro tan tenue como el beso del aura en las flores, salió de su pecho. Así, lentamente, dulcemente, Cori fue extinguiéndose como una rosa arrancada de su tallo. Los rayos de la luna acariciadores y tiernos, bajaron a la tierra para caer como llanto de plata sobre el cuerpo gentil adormecido; la naturaleza entera enmudeció también.

Lloraron en silencio los dos hombres contemplando a la doncella que parecía entregada a un tranquilo y delicioso sueño. Al amanecer, cavaron la sepultura.

Cuando la última puñada de tierra ocultó a la que tanto había amado, la desesperación de Torra por tanto tiempo contenida, estalló en mil gritos de dolor y sentimiento. No podía resignarse a su desventura y maldecía a los dioses que le habían arrebatado la felicidad.

Por tres días él y Pacra permanecieron ante la tumba de Cori, sin decidirse a seguir. Al fin el más viejo determinó continuar la jornada. Torra, pese a sus protestas, al fin aceptó acompañarlo. Habría preferido quedarse al lado de su perdida novia, pero debía obediencia al señor de la tribu y tenía que proseguir con él hasta el final.

Al despedirse por última vez de la ausente, sus ojos descubrieron una linda flor blanca y lila de grato y suave aroma, que había nacido y abierto su corola al pie de la tumba de la joven.

—En estos montes jamás han crecido flores —dijo Pacra conmovido—. Es la primera vez que veo una aquí. Ella es mi hija. Es su alma que se ha transformado en flor para cumplirnos la promesa de volver junto a nosotros.

Torra se arrodilló y sollozando tomó la flor; la llevó a sus labios y luego la estrechó contra su pecho. Poco después partían él y Pacra llevando consigo la flor de cuatro pétalos, emblema de pureza, de amor y sacrificio, la campestre azucena que nace al ras del suelo y sabe mantenerse hermosa en el campo fértil y en la montaña estéril. Tronchada, pueden el sol y el

viento marchitar sus delicados pétalos; un poco de agua basta para hacerla surgir limpia y fresca como el alma virginal de Cori, la hermosa y desgraciada princesa india.

La Vieja de Monte

María Rosaria, una espléndida muchacha de cabellos negros y rojos labios, se disponía para la fiesta que iba a celebrase en un caserío, un poco distante de su campo. Brillaban sus ojos y una sonrisa hermoseaba aun más su rostro moreno. Pensaba en lo linda que se vería y en lo mucho que iba a divertirse. Se sobresaltó, cuando vió tras de sí a su madre, una anciana y achacosa mujer.

Casi llorando ella le pedía que no saliera de su campito, que se quedara tranquila en la casa.

—No te vayas —imploraba—, no me dejes sola con tu hijo. Él está todavía chiquito, y yo, vieja y enferma, no puedo atenderlo. Tengo miedo de morirme sola una noche, sin tener a nadie que me cierre los ojos y me rece un Padre Nuestro. ¡Quédate María Rosaria, quédate con nosotros esta noche!

La muchacha nada contestó a la vehemente súplica , y llegado el momento, sin preocuparse de su pequeño hijo a quien dejaba en la única compañía de la anciana; y sin preocuparse de esta misma, ensilló su caballo y se fue.

Por un rato galopó alegre por los campos llenos de luz. De improviso refrenó el animal y se paró en medio del camino. Sentía el eco de un lloro que le parecía ser el de su hijo, y un murmullo de voces que semejaban las implorantes y acongojadas de su madre. El remordimiento le golpeó el pecho.

—Soy mala —se dijo—. No tengo corazón ni sentimientos buenos. ¡Mi pobre muchacho, mi vieja madre! ¡Cómo he podido dejarlos! ¡Voy a regresar! ¡Quién sabe lo que les está pasando!

Ladeó la rienda para hacer que la bestia volviera sobre sus pasos, ¿pero qué oía? Escuchaba ahora un coro de risas, de cantos, rasgueo de guitarras, golpes de tambores, palmoteos de gente alegre, gritos, tonadas. El deseo del baile volvió a encenderla y sus buenos propósitos se perdieron en las armonías de una levada. Sorda a la voz de su conciencia, y sorda al celestial aviso, taloneó al caballo y siguió adelante.

Atravesó matorrales y arboledas en donde jugueteaban los rayos de la luna haciéndoles adquirir formas fantásticas; cruzó charcas, vadeó torrentes. Su caballo parecía tener alas. Corría como una exhalación por la tierra inundada de claridad.

Súbitamente el animal se paró en seco. La trocha por la que se había lanzado se detenía. Miedosa, María Rosaria volvió los ojos a todas partes. No reconocía el lugar donde se encontraba. Nunca había estado allí. Un cerro levantaba su mole frente a ella; un río embravecido dejaba oír su voz áspera y ruda; árboles inmensos surgían de aquí y de allá casi cubriendo el cielo con su follaje espeso. Llena de temor quiso volverse, regresar a su casita que le parecía ahora atrayente y cobijadora. Deseaba estar junto a su madre y junto a su niño a quien no debió dejar. Trató de orientarse, pero le era imposible. Se había perdido y no había manera de salir de allí.

En ese instante, el cielo un poco antes brillante y límpido, se oscureció. La luna recogió sus argentados rayos y se perdió en las sombras. Las estrellas cada vez más lejanas fueron apagando sus luces en la masa de negrura. El viento sopló entre los árboles y las aves nocturnas lanzaron siniestros chillidos. El terror comenzó a invadir a María Rosaria. Las carnes le temblaban; sus dientes chocaban unos con otros estrepitosamente; un sudor frío le corría por la cara, una sensación de angustia le aplastaba el

pecho. Quiso santiguarse, rezar un Padre Nuestro, pero ni su mano ni su boca obedecían a su intento. Casi loca por la fuerza del miedo, espoleó su cabalgadura. Confiaba en el instinto del bruto. Él la salvaría de allí. Pero la bestia sin responder a sus deseos, se encabritaba, violenta, coceaba, se revolvía de un lado para otro o se detenía rígida ante los árboles que parecían unirse para impedirle el paso. Al fin después de un tiempo que le pareció eterno, el caballo venció la intrincada espesura, y en frenética carrera se lanzó por una senda que María Rosaria creyó reconocer.

Jadeante, exhausta, deshecha, sin fuerzas ni para manejar la rienda, no advirtió que un barrigón levantaba su tronco soberbio en el camino. Un golpe espantoso. Miríadas de puntitos incandescentes que parecieron salir de todas partes para hundirse en su cerebro. Sombras y silencio...

Al volver de su desmayo, María Rosaria no recordó lo que había pasado, ni dónde se encontraba. Pasó un rato largo antes de que se diera cuenta cabal de lo que le había ocurrido. Intentó levantarse y un grito escapó de sus labios. No podía moverse. Cada intento le costaba un gemido; le arrancaba un ay agonizante... Buscó con la mirada su caballo y no lo vió. Se desesperó. Sola, sin auxilio, tirada en un camino desconocido y sin poder moverse, allí encontraría la muerte a manos de los gallotes, que viva o muerta, se la comerían a picotazos. Quiso irse, trató nuevamente de moverse; mas era tan fiero su dolor, que se desmayó otra vez.

Al abrir los ojos, vió que era la madrugada. Los tonos dorados del sol que se advertían allá, a lo lejos, trajeron a su pecho un poco de esperanza. Con la luz vendría la salvación. Entonces se dio cuenta que estaba al borde de una cueva.

Pasando mil trabajos y conteniendo los gritos que el dolor le arrancaba a cada paso, logró arrastrarse un poco. Un esfuerzo más le permitió penetrar en la hondura; y quedó allí quieta, inmóvil, sufriendo mil muertes en el cuerpo y en el alma. Así comenzó su castigo.

Maldita por Dios cuya voz no quiso oír, María Rosaria arras-

tra su mísera existencia como una bestia cualquiera de la selva hasta que el cielo la perdone. Convertida en un ser monstruoso que causa espanto a quien la mira, camina por los bosques, por los montes, y collados, en busca de su hijo y de su madre.

Su negra cabellera se ha hecho una crin áspera que la cubre enteramente. Su cara desfigurada por los golpes y el horror de aquella noche, está llena de surcos repugnantes, de cicatrices y de huecos de los que salen pelos ásperos y encrespados. Sus manos y sus pies son cascos de caballo colocados al revés. Se alimenta de hierbas y raíces, y tiene por lecho, al igual que un animal salvaje, el rocoso y duro suelo de su madriguera.

Durante el día permanece oculta, temerosa de la mirada de la gente que ha de recordarle su delito. Cuando el sol comienza a descender perdiéndose en el horizonte, se oyen sus gritos y sus lamentaciones dolorosas. Voy… voy… Está loca, y cree que es suyo cada niño que encuentra en sus andanzas. Pretende llevárselo, pero no puede conseguirlo, porque las aguas bautismales preservan al pequeño de sus asechanzas. No se desanima, y sigue la incesante búsqueda. Así noche y día, la Vieja de Monte, el monstruo de patas torcidas de caballo, recorre los campos en una infinita dolorosa jornada, en busca del hijo y de la madre a quienes abandonó por el falso espejismo de un placer fugaz.

Tabararé

Era Tabararé un gran jefe. Sus tierras magníficas estaban regadas por un río hermoso de muchas aguas, el San Pablo de hoy, al cual todos los súbditos del teba hacían objeto de un culto reverente.

Generoso, valiente, fuerte, hermoso de rostro y de marcial presencia, Tabararé era adorado por sus vasallos que vivían felices y contentos con su gobierno y con los bienes que su dios, el río, les había dispensado.

Jamás en sus villas se sintió el azote del hambre. Los campos cultivados con amor, producían siempre óptimas cosechas; cosechas que el teba honrado y justo repartía equitativamente. La abundancia y el bienestar se advertían por todas partes y el odio y la violencia eran desconocidas en este pequeño paraíso.

Así transcurrieron muchos días; y muchas lunas pasaron también derramando su luz acogedora y blanca en esas tierras privilegiadas; y las gentes ignorantes de lo que la celeste deidad guardaba para ellas, gozaban jubilosas su plácida existencia.

Todos, hombres y mujeres, eran amigos de las fiestas, de las comilonas y las borracheras de chicha. Pero como si estuvieran protegidos por un misterioso poder, jamás las pasiones provocadoras de violencia tuvieron su asiento en los sencillos corazones de los súbditos de Tabararé. Mas, de pronto, como si la divinidad se hubiese cansado de mandar sus dones y mostrarse benevolente con sus adoradores, vinieron desgracias tanto más terribles cuanto que no eran esperadas. Llegó un invier-

no riguroso y cruel cual nunca se había visto. Densas nubes negras oscurecieron el sol por muchos días y el agua cayó constante, fría, inclemente, hasta empapar el corazón mismo de la tierra. El dios antes amable y generoso que sólo parecía complacerse en la ingenuas ofrendas de la sencilla gente, se veía ahora ansioso de gustar cruentos holocaustos.

Furioso se salió de madre; inundó con fiera saña los campos cultivados, torció de curso, arrancó los árboles desde sus raíces y arrastró en su ira las casas, los animales y las personas. Arrasó todo cuanto encontraba al paso.

Desesperados los indios no sabían qué hacer. Tabararé, perdida la cabeza, no hallaba recursos para detener la avalancha de horrores que sin saber por qué había caído sobre ellos.

—¿Por qué nos castigas, Gran Señor? —decía al río—. ¿En qué te hemos ofendido? ¿Por qué deseas destruir a los que tan reverente y humildemente te servimos? ¿Cuál es nuestro delito? ¿Por qué nos acostumbraste a tantos bienes, si ibas a quitárnoslos en esta forma ingrata e inmerecida? ¡Mira a tu pueblo! ¡Apiádate de él! ¡Dinos siquiera en qué te hemos faltado!

Pero el río, sordo al implorante lloro, sordo a sus sentidas voces, insensible al dolor de Tabararé y al de la tribu, continuaba colérico destruyendo caseríos, derribando los árboles y arbustos, haciendo morir a cientos de personas.

Desesperado, angustiado, enloquecido, iba Tabararé de un lado a otro tratando de buscar un alivio para tantos males; pero nada calmaba las celestes iras. En su pena y en su desesperanza, el teba se creyó culpable. Creyó que había pecado; que había hecho algo monstruoso, que no había para él castigo suficiente para pagarlo y que por esta causa el dios enviaba a los suyos la ruina y la miseria. Mas, ¿cómo y en qué forma había delinquido? Lo ignoraba. Pero tenía que ser así y en un arrebato de desesperación y de dolor, se propuso expiar su desconocida falta.

Reunió a su pueblo y con voz que la emoción velaba, les comunicó que iba a abandonarlos.

—Me voy —les dijo—. He cometido un gran delito. Por mi culpa la tribu ha sido castigada. Debo y quiero pagar mi crimen a la divinidad ofendida. Por eso tengo que dejarlos. Pero estaré siempre aquí —añadió al ver los rostros de sus fieles, estremecidos por el dolor, la sorpresa y la protesta—. Para librar a la tribu de desgracias mayores, me entregaré como ofrenda a nuestro dios. Entregaré mi vida a la deidad a cambio del perdón.

Su gente gimió desconsolada.

—¡Cómo! ¿has de irte? ¿por qué? No podemos aceptar tu sacrificio. Tú eres bueno y no has podido cometer ningún pecado. Nosotros te amamos y no te dejaremos ir. Nuestro cariño y nuestras súplicas templarán la cólera de la divinidad. Si tú quieres morir todos te acompañaremos, porque si has pecado, nosotros también lo hemos hecho.

—No… Vosotros debéis permanecer aquí. Se los ruego y se los mando. Nada puede aplacar la cólera de los dioses, salvo la expiación del que delinque. El culpable soy yo, y debo morir.

Fueron vanas las súplicas y los suspiros para el que había resuelto sacrificarse en aras de su pueblo.

Una tarde, cuando el sol ponía en el cielo sus tonalidades de oro y las estrellas empezaban a salir de entre sus tules, Tabararé seguido de un cortejo acongojado y silencioso, salió del caserío. Levantaba el teba arrogantemente la cabeza; y sus ojos negros parecían lanzar misteriosa luz. En el pecho y en los brazos musculosos centelleaban los collares y brazaletes de oro usados en las grandes ceremonias; y el cintillo del mismo metal que rodeaba su cabeza, lo aureolaba de extraños fulgores. Tranquilo y sereno, Tabararé iba hacia la muerte como a un festín.

Un instante, sin embargo, sus labios severamente plegados temblaron un poco. La masa humana se había abierto para dar paso a una mujer que con un niño de la mano, se abalanzaba hacia él. La mujer cayó de hinojos abrazándole las piernas. Sollozando sentidamente le decía: ¡Vuelve, vuelve, Tabararé! ¡Vuelve o llévame contigo!

Sintió el teba que su pecho se rompía a impulsos de emoción. Habría querido tomar en sus brazos, recostar sobre su pecho a la adorada y al hijo fruto de ese amor. Vaciló un momento, pero se sobrepuso con heroico esfuerzo al sentimiento que le llevaba a levantar a la que yacía a sus pies. A la mujer que lo era todo para él.

—No, no puedo hacerlo —se dijo—. Si me dejo vencer por la pasión, todo está perdido. Tengo que ser fuerte por ella, por el niño y por mi pueblo.

Su corazón se desangraba en un agonía espantosa, pero no bajó la cabeza para mirar a la desconsolada, ni movió las manos para acariciar el rostro adolorido.

—Apartadla —dijo simplemente.

Apretó aun más los labios y siguió lento, su cara una mascara de piedra, hacia la orilla del río.

El tambor resonaba lúgubremente y cada uno de los allí congregados sentía que era su propia alma en donde se golpeaba. Las mujeres lloraban y en quejumbrosos tonos daban rienda suelta a su dolor inmensurable, mientras que los hombres, viejos compañeros, y amigos del teba, sus vasallos, sus criados y esclavos, dejaban correr por sus acongojados rostros, incapaces de contenerlos, gruesos lagrimones de pena y de impotencia.

Tabararé se acercó a la impetuosa corriente que rugía y se encrespaba desafiante y poco a poco, en medio de los suspiros, los sollozos y la desesperación incontrolables de sus tristes vasallos, fue adentrándose en el seno de la cruel divinidad que envolvió en su oscuro manto, el robusto cuerpo y la cabeza altiva. Por un instante se vió una de sus manos que hacía a los suyos un gesto de adiós. Después nada. Sólo el bullir de las aguas inquietas y agitadas.

Mas, ¡oh prodigio!, la corriente un poco antes amenazadora, rugiente, desbordada, cedió. Lentas y tranquilas corrieron las aguas por su cauce natural.

Reverdecieron los campos; se fortaleció el corazón de la tie-

rra; florecieron las plantas; brilló esplendente el sol en los dominios de Tabararé. Pero cuentan que todos los años en los meses de octubre y noviembre, cuando el invierno se torna más despiadado, se ve flotar un bulto en el San Pablo. Desaparece cuando alguien se acerca y no vuelve a salir. Y la gente vieja, que todo lo sabe y todo lo adivina, asegura que es el indio Tabararé, que desde las profundidades, viene a contemplar los campos amados por los que murió.

La llama misteriosa del cementerio de Alanje

Alanje, gran mago y hechicero, era el jefe de una tribu dorace que habitaba en los llanos que se extendían a lo largo del río Chico. No tenía hijos el cacique; su heredera era una muchacha tan hermosa, que su padre, temeroso de que alguno la enamorara, manteníala oculta a los ojos de los hombres.

Vivía Fulvia, que tal se llamaba la niña, en el espléndido palacio de oro y perlas que su padre había construido para ella en el fondo de las aguas del río David, no muy lejos del palacio. Allí cultivando sus rosas, sus azucenas y sus lirios, pasaban los días siempre iguales para la princesa, que nada sabía de la existencia de otro mundo, de otras cosas, de otras distintas a las que le servían.

Una tras otras se fueron las lunas, y Alanje, carente ya de los bríos de la gente moza, pensó que debía asegurar la suerte de su hija uniéndola a un hombre poderoso. El afortunado escogido fue Cochea, su compañero y aliado, jefe como él de una tribu guerrera que tenía sus poblados a orillas del Cochea.

Un día, los espías avisaron al teba de la presencia en sus tierras de un hombre extraordinario; blanco, de azules ojos y dorada cabellera.

Alanje consultó a los dioses sobre la extraña aparición y como ésos nada respondieran, ordenó que trajeran a su presencia al extranjero.

—¿Quién eres? —le preguntó cuando lo tuvo ante sí.

—Soy español y te pido hospitalidad —contestó el recién venido.

El sol declinaba y mientras el español contaba sus aventuras al mago, éste pensaba que podía servirle de agradable compañía en su mansión del fondo del río. Lo tomó de la mano y con rápido andar, lo llevó hasta las riberas del David. Alanje se sumergió en las aguas entonces tranquilas y serenas, llevando consigo al español.

Un tiempo después caminaban por una tierra seca y llana, en donde a lo lejos se divisaba la casa encantada. El hechicero detuvo la marcha y señalando la construcción, le dijo:

—Aquella es mi morada. Mas, antes de llegar, quiero enseñarte algo, sígueme.

Volvió a tirarse a la corriente con el español detrás y nuevamente tocaron tierra firme. Ahora todo era sombras, tinieblas y silencio. Mas de pronto surgieron en la oscuridad miríadas de puntos rojos que oscilaban como fuegos fatuos o fantásticas luciérnagas.

—Esta que aquí ves —dijo Alanje—, es mi cárcel. Aquí yacen los espíritus de los que me han traicionado, condenados a un suplicio eterno, imposibilitados de subir a la morada de los dioses.

Salieron de la cárcel y encaminaron sus pasos al palacio de oro.

Allá por muchos días permaneció el español, atendido y agasajado por el mago, y allí también nació en el alma de Fulvia, un vivísimo amor por el hermoso extranjero.

Conoció Alanje lo que pasaba por el corazón de su hija y por el de su huésped; y con razones más o menos plausibles, indicó a éste la conveniencia de partir. Salió pues, el español del palacio, mas Fulvia le siguió; y tras muchos esfuerzos pudo atravesar el río y llegar con su amado a la llanura.

La naturaleza estaba triste; calladas las aves, mustias las plan-

tas, secas las flores, semi oculto el sol. Fulvia lloraba, y el español tratando de consolarla, le hablaba de su España a donde juntos marcharían. Confiaban burlar la vigilancia del jefe de la tribu. Pero éste de lejos había seguido sus pasos, conocía todos sus planes. Cuando menos lo esperaban, se presentó ante los enamorados.

Asió a su hija Alanje, y mientras le retorcía los delicados brazos, enfurecido le decía:

—Te has atrevido a desafiar mi voluntad y mis deseos. Sabías que estabas prometida a Cochea, y violaste el juramento sin importarte la palabra dada por mí a quien iba a ser tu dueño. ¡Amas al extranjero! ¡Piensas abandonar la tierra de tus padres! ¡Maldita serás! ¡Tu espíritu arderá enternamente en las tinieblas de mi cárcel, y tu cuerpo impuro se ha de convertir en un árbol triste de los llanos; que no dé sombra, que no tenga flores, que no ofrezca al cansado caminante fruto alguno!

Y Fulvia, la preciosa hija del jefe dorace, se transformó en un planta mustia, carente de verdor, y su alma voló a las tenebrosas prisiones de su padre.

Desapareció también Alanje; y el español solo en la inmensa llanura desolada, se creyó juguete de un mal sueño. Pero no todo era cierto. Veía un cielo grisáceo que lloraba, y el árbol cuyas ramas parecían gemir sufriendo el peso de las iras del cacique. A su tronco se recostó el desventurado, perdida la razón. Y cuando los españoles llegaron a la tierra del mago, éste huyó a sus regiones encantadas del fondo del río, dejando al loco en manos de sus vasallos, quienes en él saciaron su venganza.

Todas las noches, el campesino que cruza los llanos de Alanje, percibe una pálida luz fija e inmóvil en un mismo lugar del viejo cementerio. La presencia humana parece emocionarle, porque deja su quietud, crece, se alarga, y persigue sin descanso al asustado campesino.

Y cuentan por ahí, que esa luz es el espíritu del español. Convertido en un verdoso fuego, vaga en las sombras y corre

tras el que atraviesa la llanura para rogarle suplicante que lo conduzca a la cárcel negra en donde pena el alma de su amada.

El cerro del diablo

Juan Marchena tenía invitada a la peonada para la tala de un monte. Desde las cuatro de la mañana, todo era movimiento en su casa; se esperaba que los hombres comenzaran a llegar desde las seis. De pronto los perros comenzaron a ladrar. Al escándalo todos salieron al patio.

—Es la gente que llega —dijo el viejo y corrió.

Tan rápidos como habían salido regresaron a la cocina. Había sido una falsa alarma. De los peones no se veían señas todavía.

Pasado un rato, media hora quizá, Marchena comenzó a dar muestras de impaciencia. Los minutos continuaron su rodar y la intranquilidad fue en aumento. A las ocho de la mañana, el viejo estaba que echaba chispas.

—Malhaya con la gente incumplida —gritó iracundo—. Y ahora ¿quién me paga los gastos hechos? Malditos sean todos.

—¡Hombre, por dios, qué cosas dices! —dijo asustada su mujer—. Ten paciencia, ya vendrán.

A las nueve, el viejo ya no podía más. Jurando y blasfemando se salió de la casa ante el consiguiente espanto de la mujer.

—Condenados —decía—, ¡hacerme esto a mí!

—¡Bandidos, malditos sean!... ¡Me han arruinado! ¿Y qué hago ahora?…

—¡Hasta con el mismo diablo trabajaría hoy!...

—¡Ave María Purísima! Juan, estás loco —le interrumpió

su esposa alarmada—. ¡Cállate, no sea que Dios te deje de su mano!

—¡Déjame tranquilo! —vociferó el hombre fuera de sí.

—¡Ojalá se presente el Malo; con él tumbaría mi monte si viniera aquí!

En el instante en que Marchena profería estas palabras, se oyeron de nuevo los feroces gruñidos de los perros. El viejo Juan dejó de gritar, pero frunció el entrecejo. Un individuo a quien no conocía se adelantaba hacia él. Vestía lo mismo que cualquier campesino. Fornido de cuerpo, tendía un rostro bastante hermoso. No obstante había en él algo que repelía.

—Me dijeron —se expresó, antes que Marchena hablara—, que usted tenía contratada a la peonada para el desmonte de un terreno; por eso he venido aquí hoy, si acaso quiere mis servicios… Yo…

—¿Quién le habló de esto y de dónde viene? —contestó receloso el viejo.

—Uno de los de aquí. Vengo de allá abajo —y el extraño hizo con la mano un gesto vago indicando un lugar incierto.

—Juan se encogió de hombros.

—Si quiere trabajo —dijo— está bien. De sobra hay comida y chicha. Pero le advierto que usted no tiene más compañía que yo y la faena es pesada. Los malditos de los otros ni siguiera han mandado una razón.

—No me importa el trabajo, estoy acostumbrado —contestó el desconocido ocultando una sonrisa.

—¿Cuánto quiere ganar?

—Eso lo veremos después, cuando termine la obra.

—¿Cuál es el monte?

—Ese que se ve desde aquí.

No lejos de la casa se levantaba un cerro cubierto de malezas. Ése era el sitio que indicaba el viejo Juan.

—Vamos allá.

—¿Tiene su machete?

—Aquí lo llevo.

Los dos hombres se dirigieron al cerro y sin hablar comenzaron el desmonte.

El tiempo siguió su carrera y el sol comenzó a subir y dejarse sentir inclemente sobre la tierra. Repentinamente el viejo se detuvo con las ventanillas de la nariz dilatadas. Hasta él llegaba cierto olor a azufre. Es raro, pensó, ¿de dónde puede venir esto? A lo mejor es de la misma paja.

Siguió trabajando, pero el olor persistía con mayor fuerza. Dejó el machete y olfateó en todas direcciones. Empezaba a tener miedo. Por una corazonada empezó a talar el monte haciendo con el machete y la hoz de palo, una especie de cruz. Estaba en ello, cuando se le presentó el peón que había contratado.

—Oiga patrón —dijo éste—, así no me corta usted el monte. Si sigue así, yo no le trabajo más.

—¿Y por qué no lo he de cortar así? —se indignó Marchena—. Lo corto como me da la gana porque es mío. Si a usted no le gusta puede irse.

—Me iré, pero antes tiene que pagarme el tiempo que le he trabajado.

—¿Qué le debo?

—Yo mismo me voy a cobrar.

El desconocido se avalanzó sobre el viejo Marchena con ánimo de agarrarlo. Su cara hermosa se había transformado en otra negra y horrible, en la que los ojos relucían como ascuas y la boca se abría en una sonrisa infernal.

—¡Cristo me valga! —atinó a decir Marchena más muerto que vivo.

El extraño dio un respingo y se echó atrás. Al mismo tiempo se escuchó un ruido semejante al de una caja de cohetes que estallara y se sintió un olor intenso a azufre. Sonó una risa estridente cuyos ecos se escucharon en todos los contornos y los perros comenzaron a ladrar pavorosamente.

Lleno de espanto, el viejo Marchena corrió como loco hacia la casa. El horrísono aullar de los perros, el eco de la carcajada del diablo que había llegado hasta la gente que en aquella se hallaba, tenía a todos estremecidos y rezando todas las oraciones que acudían a sus labios.

El miedo llegó al colmo cuando vieron llegar al hombre jadeante, blanco como un papel y con los cabellos erizados de espanto. Presa de una fiebre altísima, fue llevado al lugar más cercano. Cuando se restableció, volvió a su campo. Una sorpresa le esperaba. Aquel cerro siempre cubierto de verdor, se había convertido en un peladero. No había en él ni un árbol, ni un arbusto, ni siquiera una hierba dañina. La vida se había agotado enteramente.

Quiso su dueño darle la fertilidad perdida, pero no pudo lograrlo. Desde el día en que el demonio puso en él su planta maldita, se convirtió el monte en una mole pedregosa y árida.

Cerca de Paritilla se levanta el cerro Marchena, conocido también como del Diablo. Allí se yergue el macizo gris y triste como una saludable advertencia para los maldicientes y blasfemos.

Zaratí

Chigoré, el guapo bizarro hijo de Turega, señor cuyo caserío se levantaba en el cerro cercano a los territorios de Penonomé, se sentía preso de una gran inquietud. Tal día él y su padre irían hasta la villa del cacique a hacerle una petición de la que dependía su dicha o su desgracia.

El joven estaba enamorado con todas sus potencias y sentidos de Zaratí, la linda hija de Penonomé y deseaba hacerla su esposa.

Una tarde en que, según su costumbre se hallaba en el río que circundaba el caserío del padre de su amada, vió a esta por primera vez. Venía conversando con otras compañeras iguales en edad y condición. Mas, entre todas, ella destacaba por el encanto de su rostro y la gracia y dignidad de sus maneras.

Despreocupadas las alegres muchachas hablaban de mil cosas, sin sospechar que oídos extraños escuchaban sus palabras. Se contaban entre risas sus coqueteos y conquistas. Chigoré sonreía al oírlas.

Son graciosas y vivas estas mozas, pensó. En cierto momento aguzó el oído lleno de interés.

—Estás pensativa esta tarde Zaratí —escuchó que una decía—. ¿Qué te sucede?

—Nada. ¿Qué había de pasarme?

Tal contestó una voz que a Chigoré pareció extraordinariamente musical.

—¡No nos engañas! Te conocemos bien. ¡cuéntanos! ¿No tienes confianza en tus amigas?

—Pero... ¿qué puedo decirles? No. No, déjenme tranquila.

Las otras no insistieron y siguieron en sus retozos. Se adentraron en el río y sus voces fueron perdiéndose.

Chigoré vio que una de las jóvenes, la llamada Zaratí, se quedaba atrás y se sentaba a la orilla del río. Con una mano en la mejilla y la cabeza inclinada, la joven miraba sin ver las aguas juguetonas. A poco una angustia infinita fue reflejándose en su rostro y algo parecido a un sollozo salió de su garganta.

¿Por qué lloraba la hija de Penonomé?, pues era ella la que se había quedado sola. Porque joven y bonita, su padre quería casarla con un cacique viejo y feo que habitaba al otro lado de las montañas y a quien ella temía y odiaba con toda su alma.

El momento de desespero pasó, mas Zaratí continuó en su actitud reflexiva sin saber que no muy lejos de ella, Chigoré la miraba embelesado, diciéndose en su interior que jamás había visto una criatura tan linda.

El hijo de Turega quería acercarse, pero temía pasar por indiscreto. No obstante no quería perder la ocasión de presentarse a ella. Ya había oído hablar de Zaratí y de su belleza espléndida, pero jamás había podido conocerla de cerca. Al verla ahora, se dijo que la gente no había exagerado. Al contrario, la joven era mucho más hermosa de cuanto se había dicho. Armándose de valor, Chigoré caminó unos pasos hacia la joven. El ruido de las pisadas sacó a Zaratí de su abstracción. Pensó que sería una de sus amigas quien venía, mas al ver que era un hombre, y por añadidura un desconocido, dio un ligero grito y se levantó. Tomó la nagua que había tirado a un lado y envolvió su cuerpo en la tela de colores.

—Nada temas —dijo Chigoré.

—¿Quién eres?

—El hijo de Turega. Mi nombre es Chigoré.

—¿Qué busca aquí?

—Acostumbro venir al río. Mi buena suerte ha hecho que te encontrara. Te he estado observando y vi que llorabas. Deseo serte útil; pero si te molesto —añadió al notar el gesto de contrariedad que se dibujaba en el semblante de Zaratí—, me retiraré.

—Espera —le dijo la muchacha. Las palabras y la actitud del extraño la habían impresionado favorablemente—. ¿Sabes quién soy?

—Oí a tus amigas llamarte Zaratí. Supongo que eres la hija de Penonomé.

—No estás equivocado. Yo...

Así se inició la conversación y así también comenzó el idilio entre Chigoré y Zaratí. Desde esa tarde los jóvenes se vieron a menudo: y los campos verdes y el cielo estrellado y la luna pálida y el río hermoso en donde se conocieron, fueron testigos de sus apasionadas palabras, de sus juramentos de amor.

Zaratí contó a Chigoré la causa de su pena. Pero afortunadamente, el hombre que había pedido por esposa a la hija de Penonomé, había ido a reunirse con los dioses y no vendría a perturbar sus amoríos.

Todas las tardes el joven bajaba a visitar a su amada. Zaratí lo esperaba a la orilla del río. Tomaba la canoa allí guardada y mientras la ligera barca se deslizaba sobre el agua, los dos enamorados muy juntos y muy felices se mecían en las más gratas ilusiones.

—Cada día te amo más, Zaratí —decía Chigoré cariñoso—. Te necesito como las flores al sol. Quiero que mi padre hable al tuyo. No puedo esperar más tiempo.

—Aguarda, aguarda —contestaba ella.

—¿Por qué hacerlo? Te quiero, te adoro Zaratí. Te daré todo cuanto deseas. Buscaré tesoros para ti. Abriré la tierra, bajaré hasta el fondo de los ríos para buscar el oro que adorne tu hermosura.

Sonreía Zaratí al escuchar tales palabras, pero insistía en que Chigoré debía esperar. La joven temía a su padre. Altivo y orgu-

lloso, Penonomé no consentiría que su hija fuera la mujer de un hombre a quien considerara inferior en rango. En este caso estaba Chigoré para el cacique todopoderoso. Zaratí quería conservar su amor el mayor tiempo posible.

Tanto rogó Chigoré, que al fin Zaratí vencida le dio un plazo para que se presentara ante su padre. El plazo se había cumplido. El momento tan ansiado por el hijo de Turega había llegado.

Con un lujoso acompañamiento salió el joven con su padre hacia los dominios de Penonomé. El corazón le latía violentamente, mas, no presentía que los dioses cansados de otorgar sus favores habían decidido volverle las espaldas.

La embajada fracasó rotundamente. Penonomé, que en un principio había acogido cortésmente a sus vecinos, endureció su semblante al oír la proposición. Un no rotundo echó por tierra de un golpe las esperanzas de Chigoré.

De nada valió que Turega, dejando a un lado su orgullo herido insistiera sobre la causa del rechazo. Penonomé contestó desdeñosamente que no tenía por qué dar explicaciones.

La reunión habría terminado de un modo sangriento, porque Turega no era un hombre para aguantarse así como así un ultraje, si el mismo Chigoré a pesar de su dolor inmenso y de su cólera por las despreciativas palabras del padre de su amada, no hubiera apaciguado los ánimos de todos. Su desolación no le impedía comprender que un paso impulsivo podía empeorar las cosas. Más que su padre conocía el poder de Penonomé y su fuerza, y deseaba evitar males mayores. Conteniendo su pena, habló con mesura y dignidad. Impresionado Penonomé, reconoció que se había excedido; y si bien no pidió disculpas, manifestó al joven alguna benevolencia, pero no cedió. Aun admirando su compostura, su porte noble y lo comedido de su discurso consideraba que no era el marido digno de su hija.

Con todos los honores debidos a su rango, que ahora Penonomé no escatimó, despidió el cacique a Turega y a Chigoré, mas, sin dar a este último la más leve esperanza de que pudiera

volverse atrás en lo que había dicho. Antes bien le hizo saber que él y su hija no deberían volverse a ver.

Regresó Chigoré a su poblado con la muerte en el alma. En vano su padre trató de animarlo diciéndole que otras mujeres había, mejores y más hermosas que Zaratí, ansiosas de brindarle su amor. El joven no lo entendía. Pensaba en su amada. La idea de que no iba a verla más hacía llorar su corazón.

No intentó un nuevo encuentro. La velada amenaza de Penonomé, surtió el esfuerzo deseado. Temiendo por Zaratí no osó buscarla nuevamente. Por él mismo no le importaba lo que el teba pudiera hacerle. Era fuerte y valeroso y no le asustaba el dolor físico. Sabía que podía resistirlo sin quejarse. ¿Pero Zaratí? Su cuerpo delicado, su piel suave, no podrían soportar ningún castigo. Se estremeció al pensamiento de que la muchacha a quien amaba tanto fuera maltratada por su culpa. Por esto, aun deseando con toda su alma estar junto a ella, no volvió al río.

Si la pena de Chigoré era inmensa, no era menor la de Zaratí. Pasados los días en que su severo padre no le permitía salir fuera de la casa, se encaminó al lugar donde solía encontrarse con su amante en tiempos más felices. Alimentaba la secreta esperanza de que allí estaría Chigoré. No era así. El joven no apareció y Zaratí creyéndose olvidada, lloraba y suspiraba de dolor. Miraba al cielo lleno de estrellas y preguntaba a la luna, única compañera del olvido, en dónde podría encontrar a su perdido amor.

Cierta vez cuando con ojos llorosos se despedía tristemente de los sitios en donde había sido tan dichosa, se encontró en los brazos de Chigoré.

—Al fin, al fin —suspiró—, vuelvo a verte Chigoré. Creí que ya no me querías.

—Zaratí, mi alma y mi vida eres tú. Escúchame. He venido a buscarte. Nos iremos muy lejos donde nadie nos encuentre. ¿Vendrás conmigo?

—Quisiera hacerlo... pero...

—¿Qué te detiene?

—Mi padre... yo... la...

La joven tartamudeaba. Lo inesperado de la proposición la había trastornado.

Chigoré la atajó impaciente.

—Tú no me amas —dijo.

—Más que nunca, pero compréndeme.

—Te entiendo perfectamente. Si tu amor fuera verdadero nada te detendría.

—No, no, estás equivocado —suspiró Zaratí anhelante y a punto de llorar.

—No lo creo. Nada debo esperar y me iré de aquí.

—¿A dónde?

—¡Al lugar de donde no se regresa jamás!

—¡Me espantas Chigoré! Vuelve en ti. Haré lo que quieras.

—¿Vendrás conmigo?

—¡Sí!

—¿Cuándo?

—En el momento en que lo dispongas.

—¿Dentro de una luna?

—Está bien. Me hallarás preparada.

Chigoré estrechó contra su corazón a su amada y se despidió poco después ebrio de dicha.

La tarde fijada para la partida encontró a Chigoré desde muy temprano por los alrededores del río. Por mucho tiempo esperó y esperó. Venía ya la media noche. Brillaban en el cielo los puntitos luminosos de las estrellas; la luna comenzaba a salir de entre las sombras, pero de Zaratí no había ni rastros. La impaciencia vehemente de Chigoré era ya un melancólico y resignado fatalismo. Los mismos dioses se interponían en sus amores. La espera resultaba inútil, Zaratí no vendría. Caminó un rato a lo largo de la orilla del río. Sombríos pensamientos llenaban su cerebro.

—¿Para qué quiero la vida —se decía—, si no puedo tener lo que deseo? ¿Qué esperar?

Se detuvo y miró atentamente las aguas que con cadenciosos susurros se deslizaban sobre las piedras. Dio unos pasos y nuevamente se detuvo. En ese instante las nubes se apartaron para dar paso a la luna que inundó de una suave claridad todas las cosas. Parado en una piedra, Chigoré destacaba su erguida silueta en la blancura de la noche. Dirigió sus ojos a lo alto en muda imploración. Súbitamente tomó impulso. Las aguas se abrieron para recibir su cuerpo, se unieron después y ya no se vió más al hijo de Turega. Una cutarra olvidada era el único testigo de cuanto había ocurrido.

En la mañana, Zaratí corrió al lugar de la cita a la que no había podido. La cutarra abandonada se lo dijo todo.

—¡Cumpliste tu palabra Chigoré! —murmuró—. ¡Te fuiste al lugar de donde no se vuelve!

—¡Sé lo que hay en el fondo del río y no te dejaré!

—¡Iré a hacerte compañía!

—¡Te amo y no permitiré que otras se queden con lo que es mío!

Sus palabras se perdieron en un sollozo, en un grito de desesperación y de dolor. Ella sabía que en el lecho del río existía una ciudad maravillosa con palacios de oro, en donde vivían hermosas y jóvenes mujeres con las que ahora estaría Chigoré. Por eso él no la había esperado.

Sintió una extraña música que parecía venir del corazón de la corriente.

Prestó oído atento. Eran los tonos delicados de una flauta lejana. Sus celos se hicieron más hondos. Miró con odio la superficie líquida iluminada por el sol. Creyó ver las espléndidas moradas en donde jugueteaban las hijas de las aguas enamorando a Chigoré. No vaciló más y fue a reunirse con su amado.

Desde entonces, aquel río que vio nacer y morir los amores de Chigoré y Zaratí, fue llamado con el nombre de la bella e infortunada hija del cacique Panonomé.

La leyenda del río Señales

Uno de los ríos más hermosos de la provincia de Herrera es el Señales que corre entre lajas grandísimas, rugiendo, despeñándose en cristalinos chorros o formando charcos insondables, posas a las que el hombre jamás ha encontrado pie.

Hay en esas piedras en las que el paso de los siglos no parece haber dejado huellas, una serie de grabados, de dibujos hechos quizás en horas más felices por los valientes guaymíes que se opusieron con su vida al paso de los conquistadores hispanos.

Una de aquellas figuras presenta la forma de un peine cuyos dientes agudos parecen haber arañado con fuerza la dura roca, para dejar su rastro allí estampado eternamente. Otros dibujos, entre los que se destaca una especie de guitarrita rústica, se ven cerca de la silla de París. Aquí la roca presenta una cavidad que semeja en todo un asiento con sus brazos y su base perfectamente delineados. En este sitio, según cuenta la leyenda, se recostaba el famoso teba, para descansar, idear sus planes de ataque a los vecinos, y planear después la defensa de sus dominios invadidos por los españoles.

En los fértiles y amenos campos del distrito de Ocú, tenía el señor de París una hermosa finca de recreo en las orillas de ese mismo río hoy conocido como Señales. Y así mismo, allí Darena, la hija del teba, flor preciosa de las montañas panameñas hallaba frescura para su cuerpo mozo y solaz para su mente inquieta y soñadora.

¡Cuántas veces en la tarde, cuando el sol parecía convertir el horizonte en un mar de oro, la joven india dejó vagar su espíritu por los espacios infinitos anegados de belleza y de luz!

Tenía un sitio predilecto; la gran piedra que sobresale a flor de agua en el centro de un charco de negro color por su profundidad, cuya hondura nunca ha logrado averiguarse. Desde allí se lanzaba al agua en las horas de calor; y allí también permanecía sentada horas y horas perdida en sus ensueños de joven mujer.

No amaba a nadie la princesa. Tranquila su alma, paseaba su juventud radiante y su belleza por los dominios de su padre; pero eran muchos los que anhelaban conseguir su amor. Varias veces llegaron hasta París embajadas de otros caciques para proponerle alianzas con Darena como prenda. Mas ella a todos rechazaba. Y el teba que se miraba en su preciosa hija, nunca quiso violentarla. La existencia era pues, para la princesa, una casa encantada llena de cosas lindas para ella.

Así se iban las lunas sin que penas ni inquietudes turbaran a la joven ni a las tribus. Mas un día resonaron por las tierras de París bélicos sones. Hombres desconocidos dueños del trueno, buscaban ansiosos el oro que esos campos encerraban.

Un capitán con ciento treinta hombres irrumpe en los poblados y lleva consigo la destrucción y la muerte. Ya no es todo felicidad para los vasallos de París, ni para Darena. Ya se ven lágrimas en los ojos de la doncella antaño sonrientes y confiados; ya sabe de las huidas realizadas sorpresivamente; ya sabe de las zozobras e incomodidades. No obstante vuelven días mejores. París y su gente se rehacen. La fortuna vuelve las espaldas a los aventureros, y le ofrece sus dones al padre de Darena cuyas huestes infligen bajo sus órdenes, crueles castigos a los aguerridos soldados de Castilla.

En la confusión de la huida, un soldado se extravía y en busca de camino atina a acercarse al río en donde se halla la finca del señor de París... No sabe dónde se encuentra, pero es valeroso y nada teme. El sol ardiente lo sofoca, y en procura de

comodidad y de frescura se despoja de sus armas, de su yelmo y su coraza y se sienta bajo un árbol. Se cree solo. De pronto, sus ojos que atisban cuidadosamente por todas partes, alcanzan a ver por entre el ramaje algo que lo deja atónito. Sentada en medio de una peña, una lindísima mujer alisa sus largos y negrísimos cabellos con un peine de oro.

El soldado se cree juguete de una ilusión, efecto de su mente acalorada. Se restriega los ojos, mira otra vez. No, no es una ilusión. Darena, pues es ella quien se desenreda la endrina cabellera, continúa en la tarea muy ajena de que ojos indiscretos la espían.

El español miró y miró como si un hechizo lo atrajera. ¿Qué le seducía? ¿la escultural belleza de la india, o la peinilla que en su mano reverberaba con reflejos áureos?

Darena que se arreglaba el pelo contemplando su imagen en el agua, atraída tal vez por el mirar del soldado, levantó los ojos. Las dos miradas se encontraron y la joven dió un pequeño grito. Se levantó de un salto y mostró al hombre el tesoro de su cuerpo joven y fresco. Creyó que era una bestia del monte y quiso huir; mas se dió cuenta de que los ojos no eran los de un jaguar; pertenecían a un hombre blanco de cabellos del mismo color del peine que tenía en la mano. El terror desapareció de su rostro y miró tan atentamente al español como éste a ella.

El corazón le latía apresuradamente, mas no era por miedo, no; aunque bien sabía que los invasores eran mala gente y el que estaba allí era uno de ello. Pero éste de que se trataba, pese al cansancio que se advertía en su rostro, y pese a los desgarrones de sus sucias ropas, se veía hermoso y muy diferente a los mozos de la tribu.

Viendo que la joven no huía, poco a poco el soldado se levantó y fue acercándose a la orilla del río. Comenzó a hablarle y Darena también habló. No se entendían y ambos rieron.

Por señas Darena preguntó al español que quién era y qué le había sucedido. En la misma forma éste contestó que era un

soldado y que se había perdido; que no sabía qué camino tomar para volverse con los suyos. Ella le dijo que lo ayudaría. Mas admirada de la marcada atención con que el hombre la contemplaba, le inquirió que qué deseaba de ella y qué le encontraba para que la mirara en esa forma.

Mientras esto decía, se dibujaba en su labio una hechicera sonrisa. Qué pensamientos, qué sueños, qué secretas ilusiones agitaron su cabecita al hacer esta pregunta. Esperaba anhelante la respuesta.

La contestación del español puso una sombra en ese rostro, el que parecía irradiar una purísima luz. El hombre le decía que el peine que ella llevaba en la mano era lo que le atraía y lo que deseaba.

Creyendo haberse equivocado, volvió a interrogarlo. Ya no había dudas. El extraño indicaba con entera claridad que la peinilla le interesaba y no otra cosa.

Apenada, pero llena de indignación, Darena plegó su boca en un gesto desdeñoso; miró al soldado con desprecio y tiró con furia contra la roca viva la preciada joya.

El peine rebotó en la piedra, dejó en ella la señal de sus dientes y rodó hasta el agua ante la consternación del hombre. Darena le siguió y se perdió allá en el fondo escondiéndose de la vista de aquel que prefirió un pedazo de oro a su hermosura.

En las noches de verano frescas y gratas, a eso de las doce, cuando la luna llena de claridad los cielos y la tierra, los campesinos ven aparecer en las proximidades del Señales a una mujer joven y hermosa de tez dorada, que arregla con una fulgente peinilla de oro sus largos y abundantes cabellos negros.

La corriente del Tribique

Laureano, el campesino que vivía solo en su casita, se levantó presuroso de la cama. Le parecía oír el canto de los gallos que presagiaban la alborada gloriosa. Abrió la puerta y un haz de resplandores se coló hasta el cuarto, inundándolo todo. La luz de la luna, suave y blanca, caía hasta donde él estaba poniendo argénteas tonalidades en los seres y en las cosas; en los terneros, en las vacas que mugían en el corralito; en los árboles, en los campos verdes y fragantes y en el camino polvoriento. Por Oriente no se distinguía aún el leve matiz dorado anuncio del sol, pero Laureano sabía que el amanecer no tardaría en llegar. Debía pues, aligerarse.

Tomó un pequeño refrigerio, agarró su machete y una soga y salió de la casa. Se dirigía a Puerto Nuevo. Su oficio de matarife lo obligaba a salir a esas horas ya a un lugar, ya a otro. Iba senda arriba sin sentirse en modo alguno descontento. La salida en la madrugada le era grata. La brisa fresca de la mañana cargada de perfumes de resedas, de mirtos y de albahacas, le acariciaba el rostro haciéndole sentirse más contento, más lleno de bríos.

El paso de Laureano era vivo y rápido. Puerto Nuevo estaba lejos y debía encontrarse temprano allí. Sin ningún encuentro desagradable, llegó a orillas del Tribique. El río manso y tranquilo como siempre, reflejaba en sus aguas serenas la luna, que brillaba como el día.

Un momento se detuvo el hombre en la ribera del riachuelo. Se quitó las cutarras y con ellas, la soga y el machete, se dispu-

so a ganar el otro lado. Poco profundo el Tiribique, con escaso caudal y débil corriente, nunca constituyó una seria dificultad su travesía.

Metió el hombre los pies en el agua fresca listo a alcanzar la otra orilla, cuando repentinamente se paró sin creer lo que sus ojos contemplaban.

—¿Estaré soñando? —se preguntó.

Se pellizcó fuertemente para saber si estaba despierto. Sí lo estaba, y muy bien.

Entonces lo que veía era realidad.

—Sin embargo, puede ser efecto de la luna —continuó—. A veces sus reflejos dan vida a las sombras. Me acercaré y sabré a qué atenerme.

Tan ligero y leve como un soplo de aire fuese aproximando. Mas de cerca, lo mismo que de lejos, contemplaba la misma visión.

Una mujer muy bella y tan blanca como los lirios que crecían en el jardín de su casa, se acariciaba su larga y abundante cabellera rubia que caía sobre las aguas semejando una cascada de oro.

Por un momento permaneció Laureano sin hacer un movimiento. Temía que la hermosa visión se desvaneciera.

¡Qué linda, qué linda es!, se repetía. Voy a acercarme un poco. ¡Es raro que una mujer ande sola por aquí a estas horas! ¡Haré la señal de la cruz, por si es cosa del Malo!

Al hacerse esta reflexión, involuntariamente tembló. Santiguándose con toda presteza, se aproximó más y más a la desconocida. La curiosidad había vencido a la sorpresa y al temor.

La mujer no lo había visto ni sentido y continuaba en su tarea de alisar su espléndida mata de pelo; pero al percibir al intruso, se volvió sobresaltada, lo miró con enojo y se perdió en las ondas.

Laureano se quedó en la mitad del río sin saber qué hacer y creyéndose de nuevo juguete de una ilusión. La joven estaba

allí; él la había visto. ¿Cómo era que en ese río tan seco que no le llegaba a la mitad de la pierna, ella había podido desaparecer?

Un temor supersticioso se apoderó de él y volvió a santiguarse repetidas veces, al par que rezaba precipitadamente una Ave María. Pero su miedo aumentó cuando se dio cuenta de que las aguas antes mansas y tranquilas del pequeño río se convertían en una corriente espumosa y rápida.

Por un momento se sintió arrastrado por el remolino. Sobreponiéndose a su espanto, luchó vigorosamente contra esa corriente turbulenta que sin saber cómo había nacido. Ignoraba que la dama del río castigaba en esta forma su imprudencia.

Empapado y no del todo repuesto del susto, ganó la misma ribera que antes había dejado. El machete, la sofa y las cutarras habían sido arrastradas por el agua.

Al día siguiente, las gentes de los alrededores comprobaron con sorpresa que el Tribique no era ya el quieto riachuelo que todos conocían. La cabellera de la dama que en él habita, había hecho crecer sus aguas que formaban ahora remolinos agitados y furiosos.

El río no ha vuelto a recuperar su plácido curso. Transformado en un torrente lleno de ímpetu y de fuerza, arrastra en sus remolinos a los imprudentes que sin cuidado quieren atravesarlo, olvidados que allí está celosa y vigilante la rubia mujer dueña del río.

El corotú llorón

En el grande y bellísimo llano de la Mitra, en las proximidades de La Chorrera, creció robusto y frondoso, un árbol de corotú. Y allí, muy cerca vivía también un campesino padre de una muchacha bellísima de nombre Isabel.

La joven era pretendida por los mozos de todos los contornos pues su belleza era extraordinaria, mas el padre, rígido y severo, jamás aceptó un requiebro para su hija, ni aceptó tampoco a ninguno de los hombres que aspiraban a su amor. Con esto Isabel se desconsolaba. Era joven y admirada y quería gozar de su juventud y su hermosura.

Conocedor de los gustos de su hija, el campesino quiso prevenir males futuros. Encerró a la joven y no le permitió asomarse ni a la puerta de la casa. Pero como propone el hombre y el diablo lo descompone, a pesar de todos los encerramientos, Isabel conoció a un hombre de quien se enamoró perdidamente. La vigilancia del padre fue burlada, y un día llegó en que Isabel no pudo ocultar las consecuencias de sus escondidos amoríos.

Indignado el padre, cogió a su hija, y sin hacer caso de sus lamentaciones y sus súplicas, la ató desnuda al tronco del corotú. Enseguida, con un látigo de cuero, la maltrató sin descanso hasta convertirla en una masa sangrienta.

Allí a los pies del árbol quedó Isabel falta de aliento y vida y sin cristiana sepultura, hasta que el sol y el aire deshicieron su cuerpo antaño hermoso y gentil.

Desde entonces, a ciertas horas de la noche, sale del tronco del corotú, el lloro triste de una criatura. Son los sollozos de aquel niño que Isabel llevaba en su seno y que desde las profundidades del limbo en donde vaga su alma, se lamenta por no poder jamás subir hasta el cielo.

El castigo de Tabira

La meseta de Lola plena de una vegetación exuberante aparece rodeada de una serie de cadenas montañosas separadas de la cordillera central cuya mole rocosa se divisa a lo lejos. Allí, dominando el paisaje con su silueta importante se levanta airoso el cerro Tambor. Desde su cima se advierte toda la enorme extensión de la meseta dividida en cuatro secciones por tres corrientes de agua. La más ancha y caudalosa, El Seguidule, se lanza hacia el Sur, para perderse en el mar.

El origen de tan curiosa división del terreno, se remonta a épocas muy lejanas; a tiempos remotísimos, cuando los conquistadores españoles ni siquiera vislumbraban la posibilidad de un nuevo mundo a otro lado del mar; a tiempos tan viejos, que apenas si se tienen algunas vagas noticias de su existencia. Sin embargo, una hermosísima leyenda habla de estas tierras y nos indica la causa que hizo nacer los tres ríos que riegan esta región.

El gran Chiracona, el poderoso cacique cuyos dominios se extendían desde San Cristóbal a Viento Fresco, agonizaba. Tendido en su estera, a su mente acudían los viejos recuerdos. Su juventud pujante y poderosa; su ascención al poder, su matrimonio con Sinca la bien amada, el nacimiento de sus hijas, sus luchas contra los enemigos. En incesante caravana pasaban los hechos y las cosas. Había trabajado sin descanso por mucho tiempo, y no obstante su enorme fortaleza, sentía llegada la hora del reposo. Su misión estaba terminada.

Era Chiracona un jefe poderoso, señor de numerosas tribus y múltiples villas gentilmente asentadas a orillas de los ríos en

los valles y en las sierras. Amigos y enemigos lo juzgaban un excelente gobernante. A fuerza de maña, halagando a unos, castigando a otros, pero mostrando siempre un amplio espíritu de justicia, había logrado conseguir el cariño de su gente en un principio reacia a aceptar su autoridad. Sus grandes dotes de mando, su entereza y buen juicio unidos a una bondad y una generosidad sin límites, le había granjeado el afecto de los caciques vecinos: en la guerra y en la paz era el árbitro para amigos y enemigos y su palabra era considerada como artículo de fe.

Bajo su robusto brazo, la nación prosperó y se hizo grande y fuerte. Pero su mayor gloria residía en los cuatro hijos que Tabira le había dado. Cuatro mocetones espléndidos en los que parecían reflejarse las magníficas condiciones de su progenitor.

Viejo ya Chiracona y sintiendo próximo su fin resolvió dar a sus hijos en forma directa todas aquellas enseñanzas que habían hecho de él un excelente gobernante, un hábil político y un magnífico diplomático. Inició sus lecciones de política y administración al asociar a los jóvenes al gobierno, para que por la práctica adquirieran habilidad en el manejo de la cosa pública.

Para hacerles más fácil la tarea, dividió el territorio que debían heredar a su muerte en cuatro partes iguales, y al frente de cada una, puso a un hijo. Los jóvenes, como brotes de árbol tal, dieron pronto muestras de sus felices disposiciones. Mas, en todo continuaba Chiracona aconsejando, guiando, llevando a cualquier asunto el caudal de su experiencia y de su buen sentido. El cambio en la organización del país, no produjo trastornos. El auge y la prosperidad de la región fueron extraordinarios, pues los cuatro jóvenes bien dispuestos, secundaban con todas sus fuerzas los deseos de su padre. Los artífices fundían el oro para hacer toda clase de joyas de manufactura perfecta; los alfareros mostraban su arte en lindos objetos para adornos y para uso diario; los tejedores hacían hermosos lienzos que teñían con zumo de plantas, mientras que las labores agrícolas habían llegado a un máximo acrecentamiento. Los huertos cul-

tivados, las praderas, los jardines llenos de plantas y flores exóticas se extendían por toda la vasta región de esta tierra privilegiada. Las tribus todas ofrecían sus mejores dones y rendían el tributo de una devoción intensa a Tabira. En la roca viva tallaban y dibujaban extraños símbolos que reflejaban el culto a la madre de los dioses, a la dispensadora de toda clase de beneficios a los hombres.

La vida se había deslizado feliz para Chiracona y llena de promesas esplendorosas para sus hijos. Pero ya era hora de que abandonara todo. Había cumplido su deber como mejor había podido, por eso sin temor esperaba el día en que su cuerpo quebrantado por los años y los trabajos fuera a descansar al lado del sol y de Tabira.

Los días se sucedieron rápidamente y así mismo el cacique sentía que sus fuerzas se iban acabando. Pronto abandonaría todo cuanto había amado; pronto se acomodaría en la huaca amplísima. Allí se quedaría con sus vestidos, sus joyas, con todo lo que le era familiar; con sus mujeres y sus servidores más fieles, con todos los que quisieran acompañarlo en el gran viaje.

Cuando presintió muy cercano su fin, llamó a sus hijos. Todos comparecieron para escuchar del padre amadísimo los postreros consejos.

—Permanezcan siempre unidos —díjoles—; la unión de todos hará la fuerza del Estado. No dejen que la ambición ni la envidia se interpongan entre ustedes. Ellas nunca han dejado de ser malignas consejeras. Apártenlas, no permitan que se adueñen de vuestro corazón. Las guerras, las disenciones entre los que deben permanecer ligados por apretados lazos, sólo concurren a un fin; acabar con la felicidad del hombre y de los pueblos. Si desoyendo mis palabras se entregan a la discordia, presa serán de los enemigos. Únicamente la unión los librará de perecer. Tomen un haz de leña, intenten doblarlo, empeño inútil. Cojan los troncos uno a uno, ¡cuán fácil es romperlos! Así mismo, si saben permanecer unidos nadie querrá probar su fuerza

contra los herederos de Chiracona. Divídanse y sólo encontrarán su perdición. Antes de volar hacia Tariba, les exijo un solemne juramento: Prometan por la deidad favorecedora de los hombres, por Tabira, que desde lo alto ve nuestras acciones y conoce nuestro pecho, seguirán y cumplirán fielmente mis indicaciones; aunque las quejas han de ser expuestas al consejo de Ancianos que está allí para atenderlas.

—¿Al Consejo de Ancianos? —se atrevió a preguntar el mayor de los hijos—. ¿No dará ello ocasión a que se piense que es mayor que la nuestra la autoridad que a él se le confiere?

—No, no es así. El Consejo de Ancianos es una institución muy antigua. Su origen se pierde en el tiempo. Ella es sagrada para todos y especialmente para el pueblo; por eso ha permanecido en pie rodeada del respeto y la veneración a través de las edades. Uds. saben quiénes forman el Consejo; hombres ya maduros, llenos de sabiduría y experiencia, escogidos después de difíciles e innumerables pruebas. Ellos sabrán temperar los ardores propios de la juventud y conducirlos por cauces más seguros. Los Ancianos saben cuál ha de ser su posición y cuál su proceder en lo que a mis herederos concierne. Nada teman. Ahora, el juramento.

Los hijos de Chiracona con firme y segura voz, dijeron la fórmula obligatoria, repitiendo luego las palabras que el cacique iba expresando.

Una semana después de esta escena, expiró Chiracona entre el dolor de sus hijos, la consternación de su pueblo y el sentimiento de todos los que lo conocieron. Murió en una clara mañana de sol. En una de esas luminosas mañanas del trópico en que la policromía de las nubes que se arrebujan sobre el horizonte, semeja alfombras tendidas al paso de las almas que cual la de Chiracona, van camino de la altura.

Realizadas las exequias para el enterramiento del cádaver, los hijos de Chiracona partieron cada uno para su respectivo dominio y el tiempo siguió su marcha.

No se advirtieron cambios notables en los primeros años que siguieron a la muerte de Chiracona. Frescos estaban aun los consejos y recomendaciones del cacique. Los cuatro hermanos recordaban lo que habían jurado y nadie osaba quebrantar la promesa. Si en su fuero interno alguno quería rebelarse, no lo exteriorizaba. Quien hubiera visitado las tierras de los hijos de Chiracona habría encontrado una población laboriosa dedicada a sus diarios menesteres. El bienestar y la dicha se reflejaban por todas partes; y la satisfacción por un estado de cosas tan próspero, se mostraba en todos los rostros. Parecía que como desde lo alto Chiracona no cesara de velar, guiar, proteger y conducir a los suyos hacia un destino cada vez más venturoso. Sin embargo, ciertos espíritus medrosos, asustados por el recuerdo de desgracias pasadas, temían que tanta felicidad en la tierra hiciera nacer la envidia en el ánimo de los dioses, tan amigos de dar como de retirar sus dones a los hombres. Mientras mayor era la prosperidad en la región, más temían que la cólera de Antumio, el dios de las calamidades y engaños se desatara contra ellos; y andaban de región en región como mensajeros de sucesos funestos. En esta situación se sumó al tiempo un año más.

Las tierras del mayor de los hijos de Chiracona no estaban abundantemente regadas. Por ello se había creado un sistema especial de regadío, con lo que se suplía en parte la deficiente obra de la naturaleza. Siempre quedaba de las cosechas algún sobrante que se guardaba para las épocas de escasez. Tres años habían pasado del fallecimiento de Chiracona, cuando llegó una época de sequía más rigurosa que las anteriores. El calor era tan insoportable y tan violenta la resequedad de la tierra, que las plantas se agostaban y los animales y hasta las mismas personas desfallecían. So pretexto de los ardores de la canícula, el primogénito de Chiracona se apoderó de cierta finca de recreo situada en las tierras del segundo hermano. Al saber lo ocurrido, éste elevó su queja al Consejo de Ancianos para que fallara el caso. Desgraciadamente el Consejo fue comprado por los agen-

tes del que robó la finca; instigado por ellos, no escuchó la voz de la justicia. Algunos de los miembros del Consejo trataron de armonizar los dos extremos de oposición y determinaron que conocedores expertos avaluaran la propiedad y que su dueño recibiera por ella su justo valor. Pero como éste no aceptara tal arreglo, el hermano mayor se quedó con la finca, y así se pasó por alto esta primera infracción al derecho ajeno, y se acabó para siempre el respeto y la honradez en el país de Chiracona. Como el Consejo de Ancianos era la más grande autoridad y nadie se atrevía a oponerse a sus decisiones, ninguno protestó; pero la semilla de la ira y el odio quedó en el corazón del segundo hermano y de su gente. En la primera ocasión que se presentó se hizo dueño de unas tierras pertenecientes al tercer hermano y por segunda vez, el Consejo de Ancianos se hizo de la vista gorda. Después de una primera y visible debilidad, de una injusticia flagrante, no podía imponer una sanción al que antes había sido lesionado en sus derechos. Cerró pues nuevamente los ojos y pasó esta otra violación de los intereses ajenos.

En vista de que sus gobernantes cometían tales desmanes, los hombres principales de cada estado quisieron hacer lo mismo. Día tras día se presentaban nuevos casos de violencia e injusticias ante el Consejo, dando los ancianos muestras innegables de verdadera flaqueza de ánimo. Se perdió el respeto a lo ajeno, y el hurto, considerado en un principio como oprobioso delito y por lo tanto muy raro, se hizo cosa corriente y ordinaria en los estados. De infracción en infracción fue desapareciendo la confianza en la justicia de los ancianos, en su honestidad, buen juicio y austeridad, prenda segura en los primeros tiempos. La gente comenzó a murmurar y a disgustarse. Pero muchos achacaban a la vejez, lo que en realidad era falta de honradez de los ancianos. Los miembros del Consejo recibían dádivas y presentes de los acusados y después de ello, no podían en manera alguna ser ecuánimes. El pueblo murmuraba de que acaecieran tantos hechos delictuosos que quedaban sin cas-

tigo. No obstante, podía tanto en las gentes las órdenes de Chiracona; había sido siempre tan noble y tan justa la actuación del Consejo que nadie osó pedir su anulamiento. Sin embargo, fueron tantos y tan numerosos los atropellos cometidos por los señores principales de cada estado contra los del otro, y tantas también las rivalidades en la masa de la población de las distintas regiones que seguían el camino trazado por sus amos, que en todos comenzó a surgir el resentimiento, que aunque contenido, iba cada vez echando raíces más hondas. Pronto saltó la chispa que iba a provocar el incendio.

En un juego de balsería en que tomaban parte mozos de los distintos estados, la chicha tomada con exceso, provocó un tumulto que terminó en una riña sangrienta en donde hubo muertos y heridos en todos los bandos. Se convocó de inmediato el Consejo de Ancianos; uno de sus miembros, en voz potente y enérgico tono, acusó a los hijos de Chiracona, especialmente al mayor, e indicó la sanción a que se habían hecho acreedores; pero los delegados de los cuatro gobernantes protestaron indignados, llovieron las patadas y puñetazos y la Asamblea terminó en un conflicto desencadenado.

Pocos días más tarde, el primogénito de Chiracona que en todo llevaba iniciativa, se dispuso a comenzar la lucha. No lo contuvo ni siquiera el juramento hecho a Tabira.

El segundo hermano, que desde el primer acto hostil del mayor había comenzando a armarse, estaba prevenido y se preparó para defender con todas sus fuerzas a su país y echar de él al invasor. Al saber lo ocurrido los otros dos hermanos tomaron su partido por cada uno de los beligerantes.

La guerra se extendió con rapidez enorme. En sus comienzos, la gente exaltada como estaba, no ponía atención a sus horrores. Cada estado tenía suficientemente provistos sus graneros . Cada uno había acumulado toda clase de armas destructivas. Por eso en los primeros tiempos, cada uno tenía esperanzas de ser el vencedor. Pasaron los días y los meses y cuando la comi-

da sin faltar todavía comenzó a escasear, la guerra comenzó a verse en toda su tremenda realidad. El dolor y la desolación vinieron a reemplazar al florecimiento anterior. Se paralizaron todas las industrias, la agricultura se abandonó; el comercio quedó completamente arruinado y una era de sangre vino a la tierra en donde todo era antes paz y felicidad.

En la iniciación de la lucha, parecieron victoriosos los hombres del hijo mayor de Chiracona; paulatinamente fueron perdiendo terreno. Rehechos luego, ocasionaron gran mortandad entre sus contrarios. De este modo, con altas y bajas para unos y otros, continuaba la contienda por meses y por años.

Con la guerra vino su compañera inseparable, la peste; que acabó con poblaciones enteras. La gente aterrorizada huía a los campos y a las montañas llevando consigo la infección y el contagio. Perecieron los animales, se secó la tierra, las plantas dejaron de producir y el hambre con todo su cortejo de males se enseñoreó de la región natal de Chiracona.

Los horrores se sumaban a los horrores, pero la guerra proseguía tenaz, incansable, alimentada y agigantada por las pasiones de los hombres, como si todas las desgracias que acumulaban sobre sus cabezas, exacerbaran sus instintos de crueldad y de matanza, nadie razonaba; y por último, las mujeres, lo mismo que los hombres, los niños y los ancianos, se empapaban con deleite en esta ola de exterminio. Habían desaparecido por entero las ideas generosas y altruistas que tanta fama dieron a las gentes del país. Sólo subsistía un anhelo: matar. Y como si sobre ellos hubiese caído la maldición de Tabira por violar los juramentos hechos en su nombre, un guerrero que sintió en su estómago la fuerte punzada del hambre, lanzóse sobre el prisionero encomendado a su custodia, matólo y comió de sus carnes.

Los del campo contrario supieron de ello e imitaron el ejemplo. Así se extendió el canibalismo. Pero la guerra cambió de aspecto. Ahora no se deseaba matar, cuanto coger prisioneros.

Teníase así en reserva carne fresca. Muy pronto todo el país se acostumbró al nuevo manjar. Las madres sacrificaban a sus hijos, el esposo a la esposa, el amante a la novia, desde entonces todo crimen y toda abominación dejó de serlo.

En uno de esos días tristes de la guerra, apareció en el cielo un signo luminoso como nunca se había visto. En los pechos exhaustos por las fatigas de una guerra tan sangrienta, brilló por un instante un rayo de esperanza. ¿Sería esa manifestación celeste, presagio de mejores tiempos? Por un momento en la región entera pareció respirarse un aire menos denso. Menos cargado de olores de sangre y de cádaver. Algunos recobraron la conciencia de sus actos y como salidos de un sueño de locura, trataron afanosos de buscar algo que hiciera cesar tantos horrores. Aspiraban a un nuevo amanecer. ¡Vana esperanza! La gente, endurecido el corazón con la vista continua de la sangre y de la muerte, no podía sostenerse ya sin la matanza y la rapiña. Y esa estrella hermosa que parecía el augurio de días más halagüeños, se ocultó dolorida entre las nubes negras. Sombras densas y fantásticas envolvieron la región como un sudario. Tabira, la madre de los dioses quiso ocultar de sus ojos las reprochables acciones de los hombres que no supieron comprender su aviso.

El temor a males desconocidos y por lo mismo más terribles, paralizaron un instante las operaciones bélicas, pero los que luchaban, acostumbrados a esa semi-luz que rodeaba lúgubre la tierra, reanudaron con nuevas energías la contienda.

Las flechas cruzaban los aires como heraldos de muerte. Venían ligeras, sibilantes, precisas y se hundían en la carne atravesando de parte a parte a los hombres. Algunas más seguras penetraban en los ojos y caían los guerreros como fulminados por la cólera de Antumio. Piedras volcánicas durísimas atravesaban el espacio para chocar contra las carnes de los que combatían. Corría la sangre a torrentes y las macanas y las mazas rompían los huesos y hundían las cabezas.

Las macanas y las piedras se descargaban sin saber a quién iban a herir. Los hombres temblorosos de odio y de pasión se agarraban unos contra otros destrozándose a mordiscos, rasgando las carnes con las uñas, desgarrándose las orejas y la piel del cráneo. En medio del furor del combate, solían reconocerse a veces dos guerreros de la misma hueste y aun de la misma raza y la misma familia, no obstante enceguecidos por el instinto de destrucción seguían luchando hasta matarse.

Agotadas las flechas, la lid fue cuerpo a cuerpo. En las zanjas y brechas quedaban destrozados los cuerpos. Cráneos que mostraban la masa encefálica deshecha. Vísceras rotas, huesos hechos fragmentos, troncos sin cabeza, brazos y piernas separadas de su lugar y sobre el montón de carne, hilos de sangre que corrían y corrían.

Los combatientes resbalaban y caían al suelo abatidos por millares de plantas. La gritería rabiosa y estridente consonaba con el jadeo de los heridos; con la respiración entrecortada y fatigosa de los moribundos. Y el hambre y la peste continuaban su obra destructora.

Los hijos de Chiracona murieron en la lucha. En su lecho de agonía vieron levantarse la sombra de tantos seres muertos por su causa. En incesante procesión pasaban las mujeres, los hombres, los ancianos y los niños pidiéndoles cuenta de la terrible suerte a que los condenaran. Locos de desesperación y adoloridos sus cuerpos por el virus terrible que hacía caer a pedazos sus carnes putrefactas, clamaron a Tabira. Mas en vano, porque la madre de los dioses, sorda a esta imploración tardía, los dejó morir en la desesperanza, llevando en el alma el peso horrible de su culpa.

La muerte de los cuatro caciques no trajo la paz; ni siquiera dio una tregua. Elegidos precipitadamente otros jefes continuó la hecatombe. Del país de Chiracona sólo quedaban ya bosques talados, llanuras estériles, ruina y miseria.

Una tarde en que con más saña se mataban, deseando tal vez

cada uno terminar para siempre con el contrario, un ave surgió venida del cielo ante los ojos sorprendidos de los guerreros. Era un pájaro extraño cuyo cuerpo y cuyas alas estaban hechas de luz. Sus destellos cegaban.

Atónitos los indios, cesaron en la lucha. ¿Qué es? ¿Quién viene? ¿Qué sucede?, se preguntaban todos. Nadie respondía, pero en lo profundo de sus conciencias sintieron que algo tremendo iba a consumarse. Por primera vez un destello de razón brilló en todas las mentes. Comprendieron entonces la enormidad de su delito y con cierto temor trataron de esconder las ramas teñidas aun de sangre humana. Llenos de pavor temblaron, porque ante ellos estaba Tabira, la madre de los dioses y de los hombres. Con las alas extendidas se la veía posada sobre la cumbre del Tambor, iluminando con su resplandor de plata, las vastas campiñas desoladas, las villas y ciudades destruidas, las aldeas en ruinas, los huesos blancuzcos ya por el viento y el sol de los que perdieron la vida en la refriega. Nadie osó hablar. Humildes y como obedeciendo a un tácito y común acuerdo, todos cayeron de rodillas.

¿Qué habló Tabira?

¿Qué dijo a esa multitud que ante ella se postraba reverente?

Nadie lo supo.

Pero en la mañana del siguiente día, no se veía alma alguna en derredor.

El pueblo entero había desaparecido. Algo brillaba no obstante en la mole de la cordillera. La impetuosa corriente de Seguidule, que en una noche había nacido.

En su curso dividíase en tres brazos que servían de límite a los cuatro estados, y en su seno, los hombres convertidos en peces, seguían luchando y comiéndose los unos a los otros, tal como lo hicieron en vida.

Ésa fue la maldición y el castigo de Tabira.

La Tepesa

Una joven india de singular belleza fue seducida por las falsas promesas de matrimonio, de un españolito buen mozo y tenorio consumado. De estas relaciones ilícitas nació un niño.

Como la gente, que todo lo sabe y todo lo ve, comenzara a dudar de la indiecita, ésta concibió el horrible proyecto de enterrar vivo a su hijo.

—No, de ese modo no —le dijo una vieja bruja—, yo te diré cómo has de deshacerte del pequeño.

Guiada por la bruja, la moza colocó al chiquitín en una batea y lo arrojó a la corriente de un riachuelo que corría por entre espantosos despeñaderos.

Pero el niño no murió. Vive para remordimiento eterno de sus madre y así pague su delito. Vive, para que el recuerdo de su llanto, siempre escuchado a orillas de los ríos, lleve a todos los corazones el recuerdo de aquella mujer.

En la soledad vinieron los remordimientos a atormentar a la muchacha y desesperada se juró a sí misma buscar a su hijo hasta encontrarlo.

Se presentó al sitio donde había arrojado al chiquitín y allí, como en el corazón del río le pareció oír el llanto del pequeño. Loca de angustia y de dolor corrió más allá, pero nada. El eco había volado para repetirse aún más lejos.

Así comenzó su peregrinación infructuosa, llena el alma de desesperación y cuajado de lágrimas el rostro. En su interminable rodar por las selvas, cambió sus vestiduras por un manto delicado tejido con sus propios cabellos; y de su llanto inagotable, sus lágrimas cristalizadas por la pena, engarzadas en los párpados alargaron sus pestañas hasta los pies. De sus suspiros y contracciones del alma sólo ha quedado un gemido muy especial: ¡pum… pum…!

En el momento preciso de su fuga, la india fue sorprendida por un vecino anciano, y éste irritado la maldijo añadiendo:

— Te pesa y te pesará.

Desde entonces su conciencia le repite sin cesar, te pesa, te pesa, para enrostrarle lo horrible de su falta. Y ha sido tal su obsesión, que ha huido de los hombres, porque siente que cada uno le dirá el te pesa martirizador. Y ha buscado refugio en las selvas, pero inútilmente; el viento que silba, la fuente que corre, el pájaro que canta en la rama, las hojas que se agitan, la naturaleza toda le dice en sus mil bocas el te pesa lacerante y humillador, pues jamás, ni siquiera un instante vuelve a convertirse en lo que fue. Una linda y joven mujer.

El castellano de la torre

En los tiempos de la colonia, había en Portobelo una torre fuerte de piedra maciza que tenía una gran puerta de hierro. Tal construcción, llamada la Torre del Perú, guardaba todo el oro que venía del virreinato. Hoy de la torre sólo quedan tres pedazos de muralla cubierta de hiedra y de plantas espinosas; y por donde cayó el oro peruano, cae un chorro de agua que se conoce con el nombre de Chorro del Perú.

En los días en que Portobelo era codiciado por corsarios y piratas, un guardián y sereno de la torre y de la ciudad, cegado por el oro que le ofrecían los merodeadores del mar, traicionó a su patria y a su rey entregando la ciudad a la matanza y al saqueo. Roído por los remordimientos se quitó la vida; y desde entonces su alma vaga por los alrededores de la torre y de la antaño esplendorosa Portobelo.

En las noches de plenilunio, cuando la luna está en el cenit y sus rayos se reflejan con toda su luminosidad en las espumosas aguas de la hermosa bahía, por entre las ruinas se ve surgir la figura del traidor. Con un pañuelo amarrado a la cabeza a la manera de un pirata, y una larga espada al cinto, se cubre bajo el embozo de una capa española.

Con una linterna apagada en la mano, y seguido de un vigoroso can de negro pelaje cuyos ojos brillan como ascuas, camina todo el pueblo. Pasa revista a los castillos, llega hasta la Aduana y registra todos los rincones como celoso guardián.

Terminada su tarea, con pausado paso se retira y su silueta se pierde entre las vetustas paredes de la torre.

Así todos los días, a la media noche, resuenan en las viejas calles del viejo Portobelo las pisadas de este hombre que desde el otro mundo viene a purgar el delito cometido. Y la gente asustada cierra las puertas y ventanas al paso del castellano de la torre que revisa la dormida ciudad antaño entregada a su custodia.

La india dormida

Llegó el día en que Piria iba a ser consagrada esposa del sol. Tendida en su estera la joven pasó revista a todos los acontecimientos de su vida, desde su feliz infancia hasta su lozana juventud. Con ternura recordó a su madre siempre dulce y cariñosa, y a su padre Mani Yisu cuya sola presencia hacia temblar a sus mujeres pero que desarrugaba su adusta faz al verla. Jamás escuchó de esos labios imperativos y severos para cuantos lo rodeaban, un no a un anhelo, a un deseo suyo.

—¡Viejo y querido padre! —murmuró con los ojos nublados por el llanto—. ¡Cuán solo te encontrarás después de mi partida!

Recordó luego a Chirú. El apuesto y valiente guerrero que se prendó de sus hechizos y que en poéticas palabras le mostrara su pasión. ¡Cómo latió su corazón por el extranjero gentil! En las verdes praderas, bajo las noches estrelladas, él le habló de su amor y sus ensueños. ¡Cuántas veces ruborosa dejó aprisionar sus manos por las fuertes y ardorosas del mancebo! ¡Cuántas veces se contempló en aquellos ojos que con tanta ternura la miraban! ¡Cuántas veces estuvo a punto de dar el sí, de besar esos labios que temblaban amorosos! Y cuántas veces también una fuerza inexplicable dominadora de su voluntad impuso silencio a su emoción.

¡Pobre Chirú! ¿Dónde estaría ahora? Unos decían que había muerto; otros que había partido a regiones lejanas. ¡Al pensar en todo esto sentía un poco de pena por él…!

De pronto su pensamiento se detuvo en Montevil, aquel joven de su tribu que también la pretendiera. Ambicioso, arrogante y de un valor a toda prueba, su padre aceptó con agrado sus razones. Ella no; el mozo sólo recibió desdenes. Pero por mucho tiempo no olvidó el gesto de rencor que se dibujó en la faz de su enamorado ante el no rotundo con que le puso fin a sus aspiraciones. Nunca contó a su padre sus temores de que Montevil quisiera vengarse y se alegró de su actitud. Él pareció olvidarla, y al final, ella también olvidó. Mas ahora sin saber por qué, el gesto de aquel hombre volvía a atormentarla. Un funesto presentimiento oprimió su pecho. Con un esfuerzo de voluntad se rehizo.

—¿Por qué recordar cosas desagradables en el día más féliz de mi existencia? —se dijo.

Un ruido de tambores hizo a Piria incorporarse. Ayudadas por sus doncellas que velaron con ella, se vistió una túnica de lienzo y se colocó sus joyas. Su padre, acompañado de los principales de las tribus y de una multitud engalanada con sus trajes de fiestas, la esperaba para conducirla al templo. El cortejo atravesó varias calles y llegó al santuario situado en la roca al borde de un abismo. En él ya estaban los sacerdotes que la esperaban para iniciar la ceremonia. Colocaron a Piria sobre una finísima estera de colores, mientras enviaban al sol una sentida plegaria. Una especie de himno cuya música solemne y majestuosa llenaba de emoción los corazones. Extendieron los brazos, y en ese instante un rayo de luz diáfana y pura cayó sobre Piria rodeando de un halo brillante su gentil y esbelta figura. Quedaba consagrada esposa del sol, intocable para los humanos.

La vida siguió su curso. En el templo Piria cuidaba llena de placentera unción el fuego sagrado. Dejarlo apagar era símbolo de deslealtad al dios. La sacerdotisa reputada como impura debía morir en un suplicio espantoso, enterrada viva. Mas la nueva esposa del sol no temía que la llama por ella cuidada se extinguiera.

Había desligado su corazón de todo terreno afecto. Su alma entera, su cuerpo inmaculado, todo su ser pertenecía al sol; vivía completamente apartada de todo cuanto sucedía fuera.

La jefatura de la tribu era electiva, mas por primera vez se hicieron frecuentes las disenciones en el seno del consejo formado por los nobles. Un grupo era capitaneado por el padre de Piria; el otro por Montevil, el amante desdeñado de la muchacha.

Montevil no había ahogado su amor; lo había ocultado simplemente. Pero al par de su cariño sentía odio profundo por quien lo despreciara. ¡Misterios del corazón! A veces quería ver a la jovencita arrastrarse a sus pies, pisotearla, hacerla sentir mil torturas, matarla. Mas, sabía que si tal cosa sucediera, él moriría. Faltando Piria no quería vivir.

Cuando la joven se hizo esposa del sol, creyó enloquecer. Pretextando un asunto urgente se ausentó del poblado en la fecha destinada para la ceremonia. Un tiempo pasó lejos. No obstante su vida era un tormento continuo; la dulce imagen de la muchacha se le presentaba sin cesar impidiéndole el reposo. En su desesperación llegaba a maldecirla, a desearle mil muertes. Amaba, odiaba y sufría, ¡cuán desgraciado era! Su dolor llegó a hacerse tan fuerte, tan intolerable, que dispuso regresar. Tenía que ver a Piria, empaparse de su presencia, oír su voz, costare lo que costare. Repartió el oro, sobornó, compró, que todo se vende cuando hay con qué pagarlo. Una noche en que Piria velaba cuidando el fuego encargado a su guardia, apareció ante ella.

En el primer instante, la joven que no comprendía cómo pudo llegar allí, se sintió angustiada. ¿Qué hacer? ¿Huir, gritar? Ambos caminos eran peligrosos. Mejor callar. Y no es que tuviera miedo a la muerte; por espantosa que ésta fuera no la asustaba. Pero no podía aceptar aparecer como mala ante el pueblo que la consideraba pura. ¿Qué sería de su padre después de esto? ¿Cómo soportar la mancha que caería sobre su nombre?

Todos estos pensamientos pasaron veloces por su cerebro, mientras inmóvil contemplaba al indio que mudo también la miraba con fijeza.

—¡Oh sol, ayúdame! —imploró en voz baja.

Casi de inmediato dirigió su vista al fuego. Sus ojos tropezaron con el cuchillo de piedra con el que se cortaban las virutas olorosas que ayudaban a mantener la llama. Sonrió ya más segura. Con ademán resuelto tomó el arma y levantó arrogante la cabeza.

El movimiento de Piria para apoderarse del cuchillo fue tan rápido, que el mozo sólo vino a darse cuenta de lo ocurrido cuando ella lo blandiera arrancándole gracias a la luz, fulgentes destellos.

—¿Qué buscas Montevil? —díjole.— ¿Cómo has osado profanar este santuario? No te acerques —añadió al ver que el hombre hacía ademán de aproximársele—. Si das un paso me clavo el cuchillo en el pecho.

Todo el amor violento y apasionado que una vez sintiera Montevil por la gentil mujer que tenía delante, renació con mayor fuerza. Quiso lanzarse hacia ella, mas al ver la fría resolución que se pintaba en los ojos de Piria, se contuvo temiendo que cumpliera su palabra. La sabía muy capaz de realizar su amenaza. Su gesto se transformó en otro de súplica.

—Piria, te adoro —pronunció con acento emocionado—. Estoy loco por ti. Dime que alguna vez han de contemplarme con amor tus ojos.

—Nunca —contestó orgullosamente la sacerdotisa—. Soy la esposa del sol. Vete de aquí y no vuelvas.

—Piria,... yo... te juro que...

—Sal, aléjate de este lugar que manchas con tu presencia —interrumpió airada—. Teme el castigo de la divinidad.

Dominado por el gesto y la palabra de la joven, Montevil bajó la cabeza. Un segundo después desaparecía como tragado por la tierra.

La energía ficticia que había sostenido a Piria hasta ese instante, la abandonó. Sin fuerzas casi y temblando de pavor se recostó en un banquillo para reponerse.

Montevil se retiró descorazonado y pesaroso de su encuentro con Piria. El Sacerdote que le había ayudado a poner en ejecución su plan para ver a la muchacha lo hizo salir al exterior. Se dirigió a su casa haciendo proyectos y más proyectos. Ora pensaba raptar a la doncella, ora pensaba marcharse para siempre de su tierra. Olvidaría sus sueños de gloria, su ambición de ser el jefe supremo de la tribu. Comprendía que nada lograría alcanzar de la mujer que amaba tanto, aun cuando saliese vencedor en el Consejo. ¿Para qué entonces esforzarse? ¿Para qué luchar? ¿Para qué la riqueza y los honores si no podía conseguir a Piria?

En un estado de gran excitación llegó a su casa y se arrojó en su estera. Imposible conciliar el sueño. La figura de Piria llenaba su mente impidiéndole pensar en otra cosa, impidiéndole dormir. Creía que su cabeza iba a estallar. Agobiado se revolvía en el petate de un lado a otro. Quería escapar a la idea fija y obsesionante de Piria, pero la muchacha, sus ademanes, sus movimientos, toda ella estaba grabada en su cerebro; imposible reemplazarla con otro pensamiento.

En la mañana, algo más tranquilo, pidió consejo a uno de los guerreros, su amigo y confidente. Éste dióle nuevas energías y le convenció de que si deseaba a Piria, necesitaba primero adquirir la jefatura. Reanimado con las palabras de su amigo, se dispuso a continuar la campaña para ganar adeptos.

Entre tanto Mani Yisu no perdía el tiempo. Había agrupado en torno suyo a todos los viejos, a los conservadores, a todos los que podían menos que mirar con horror las innovaciones que decían iba a realizar la gente moza si llegaba al poder.

Después de aquella noche de su visita a Piria, Montevil no intentó verla de nuevo; esperaba el triunfo para presentarse ante ella en toda la majestad de su gloria, y salió vencedor.

Pasadas las fiestas con que se celebró la elección del nuevo jefe, éste avisó a los sacerdotes que iría al templo. Piria fue informada que debía presentarse con todas las sacerdotisas para recibir al triunfador.

Por muy ausente que ella viviera de las cosas mundanas, tuvo por fuerza que enterarse de la victoria de su enamorado. Por un instante se llenó de pavor, pero luego se soprepuso.

—El sol que una vez me salvó, me librará de nuevas asechanzas —se dijo y tranquila esperó.

Desordenadamente latió el corazón del guerrero al ver nuevamente a la muchacha; y aunque ésta ni siquiera lo miraba, Montevil se juró a sí mismo hacerla suya por cualquier medio. La indiferencia de Piria avivaba su amor.

Como primera providencia hizo mil regalos a los sacerdotes. Ofrecióles tierras y riquezas para contribuir, según decía, al mejor servicio y prestigio del templo. Despertada de este modo la codicia de aquellos, poco a poco fue arrancándole concesiones. Todas fueron sin embargo, pagadas a precio de oro. Para conseguirlo, Montevil impuso nuevos tributos y declaró la guerra a sus vecinos para saquear las poblaciones. Logró adquirir un tesoro inmenso que en gran parte pasó a las manos de los sacerdotes del sol. Su jefatura que comenzó bajo auspicios tan favorables fue objeto del odio y la maldición del pueblo. Pero nada de eso importaba a Montevil. Iba derecho a un fin y ningún obstáculo lo detendría. En el templo tenía franca la entrada. Los culpables sacerdotes no podían aun queriéndolo, impedir sus visitas, ni tampoco que persiguiera a Piria con la eterna cantinela de su amor. Mas la niña permanecía irreductible y Montevil sentía crecer, agigantarse su pasión ante esa oposición sistemática y tenaz a sus más caros anhelos.

—Medita bien lo que haces, Piria —díjole un día exasperado—. Si no aceptas lo que te propongo haré dar muerte a tu padre. Fácil será para mí hacerle culpable de un delito que me-

rezca la última pena. Recuerda que ahora soy el jefe y que nada se opone a mi voluntad. Y cuando veas su cabeza rodar por el polvo, entonces sabrás lo que cuesta no inclinarse a mis deseos.

Tan horribles palabras hicieron estremecer a Piria que sollozante ocultó la cabeza entre las manos. Al verla así, templó su furor el mozo.

—Piria, Piria —díjole anhelante—. Acepta ser mi esposa. Mi amor por ti es inmenso. Pondré a tus pies todos los tesoros de la tierra. Te daré gloria y poder. Tú serás la dueña y yo el esclavo.

—Apártate tentador. Jamás podré quererte. Ayer pude admirar tu valor, tu orgullo y gallardía. Hoy, tú y tu funesta pasión me dan miedo y me repugnan porque tus manos están manchadas de sangre. ¡Hasta aquí han llegado los clamores de tantos y tantos inocentes sacrificados a tu insensato amor, a tu codicia! Sé de tus crímenes, y de las traiciones cometidas con los caciques a quienes llamabas tus amigos. ¡Has destruido mi vida, mi felicidad! ¡Que muera mi padre, que perezca yo, antes que tus impuras manos se acerquen a mi cuerpo!

Y como él quisiera abalanzarse sobre ella, sacó el cuchillo que desde la primera visita de Montevil llevaba siempre consigo.

—Si das un paso, caeré muerta a tus pies. Ahora sal, y no regreses jamás.

—Has vencido Piria, pero te acordarás de mí.

Días más tarde, los redobles del tambor anunciaban al pueblo que se imponía a un hombre de alta alcurnia la pena capital. El temor se apoderó de todos. ¿ A quién le habrá tocado el turno ésta vez?, se preguntaban medrosos. Poco después vieron con espanto caer destrozada por los golpes terribles de la maza, la noble cabeza de Mani Yisu.

Piria lloró mucho cuando lo supo, considerándose culpable. Pero se tranquilizó, cuando en sueños vió a su padre feliz en un lugar muy bello. Le hizo una señal, y ella cual ligera pluma, se elevó al reino del sol.

Una mañana en que un sol esplendoroso doraba las cumbres de las verdes y azules montañas, Piria paseaba por el jardín del templo. Recogía un botón caído cuando sintió tras sí una respiración jadeante. Volvió la cabeza asustada y contempló el rostro descompuesto de Montevil. Al ver retratados en su faz sus groseros apetitos, huyó. Casi alcanzada por su perseguidor, se acercó al borde del obscuro y profundo precipicio. Allí cayó exhausta.

—¡Oh sol —imploró— sálvame!

Montevil loco de deseo fue a estrecharla entre sus brazos; mas se detuvo no dando crédito a sus propios ojos. Piria estaba al borde del abismo, pero al recibir sobre sí los rayos del sol, se hizo parte de la roca misma. Así la vió yacente, inmóvil, perfilándose en la piedra viva, los contornos de su rostro bello y de su cuerpo grácil. Y mientras así dormida para siempre recibe la india al paso de los siglos los besos suaves de su dios a quien se consagró, Montevil, herido de locura repentina, destrozado su cuerpo y su alma pecadora en las profundidades de la sima, quedó convertido en un torrente de ondas impetuosas. Y todas las mañanas se escucha cerca de la India de Piedra que duerme un sueño sin fin, el rumor de las aguas que corren lanzando un sollozo y una imploración.

Es la voz de Montevil, que en las honduras de la tierra, expía el delito de haber amado a una esposa del sol.

La sirena del Risacua

Sirviendo de límite entre la ciudad de David y el caserío de Las Lomas se encuentra en Risacua uno de los más lindos ríos de la provincia de Chiriquí. Diariamente se ve a cientos de bañistas deseosos de encontrar un poco de frescura en sus límpidas y serenas aguas.

Cuenta la leyenda, que hay en este río una bella mujer de cabellera rubia y belleza celestial, la Sirena del Risacua, cuyo afecto es mortal para el hombre de quien se enamora. El infortunado, que ha logrado atraer el corazón de la dama del río, siente todos los días un impulso sobrenatural que lo obliga a dirigirse a donde ella se encuentra; allí un extraño deseo le hace arrojarse en las aguas y nadar y nadar hasta agotarse.

Desde el fondo del río la bella mujer comienza a mirarlo dejándole ver a la par la hermosura de su cuerpo y un cántaro de plata lleno de monedas de oro. El nadador trata de alcanzar ambas cosas, y con las últimas y pocas fuerzas que le quedan, se sumerge hasta el fondo. La dama del Risacua lo lleva hacia una gran caverna en las profundidades del río y ambos desaparecen. A los tres días, el cadáver del hombre aparece flotando sobre las ondas, mientras la bella mujer de cabellera rubia, procura atraer a otro incauto en las redes de su fatal amor.

La leyenda del río Tuira y del lago Pita

Tuira, un malevo espíritu siempre dispuesto a jugar malas pasadas a los mortales y a sus propios compañeros, era tenido en especial veneración por los indios cunas, los indios bravos que habitaban a orillas del torrentoso Chucunaque.

Odiaba Tuira a Acoré, el hermoso y valiente dios de los chocoes zambí, y gracias a sus insidias y engaños, siempre andaban en pugna cunas y chocoes. Los cunas eran tal vez más sanguinarios y aguerridos, pero temían a los chocoes por la muerte rápida y horrorosa que producía la loroquera, caña hueca llena de espinas emponzoñadas, arma que Acoré había dado a los suyos. Les temían también por sus hechicerías o antumias, ante las cuales los magos cunas eran impotentes. No obstante, traicioneros y astutos, aprovechaban cualquier descuido de los chocoes para exterminarlos ferozmente.

Tuira, más pendenciero aun que sus adoradores, buscábale camorra continua a Acoré, quien escudado más en su valor que en su omnipotencia, salía en toda ocasión triunfante.

—En esta caerás, maldito —decía Tuira con feroz regocijo cada vez que tendía una nueva celada al dios de los chocoes.

—Para otra ocasión será —le repetía burlón Acoré al salir indemne de las trampas de Tuira.

Con esto la ira del malvado espíritu aumentaba. Mas cansado Acoré de las asechanzas de Tuira, determinó darle un escar-

miento. Como éste, con uno u otro pretexto le causara nuevas molestias, decidió luchar con su enemigo hasta agotarlo.

—Prepárate Tuira —rugió más bien que dijo Acoré—, llegó la hora de tu castigo.

La lucha entre las dos divinidades comenzó en las montañas de Espavé. Al estrépito, la naturaleza enmudeció; las aves callaron medrosas y atemorizados los animales de la selva, se escondieron en sus madrigueras. Cayéndose y levantándose, los dos combatientes llegaron al valle en donde hoy corre el Tuira. Allí Acoré, que con toda intención había demorado el golpe de gracia que debía acabar con su adversario, lo tumbó de un solo puñetazo. Tuira quedó desvanecido, mientras que la sangre escapaba en gruesas marejadas de las múltiples heridas que en su cólera Acoré le infiriera. El rojo líquido fue formando una corriente de impetuosa y turbulentas aguas, el Tuira, que recogió en sus ondas, su propio cuerpo macerado.

Acoré, lesionado también en el rodar cuesta abajo de las montañas, y con los golpes que le asestara su rival, se sentó a descansar cerca de su exánime contrario. La sangre que manó de sus heridas, fue transformándose en un lago allí cerca del río, el lago Pita que cual celoso guardián vigila eternamente el castigo de Tuira.

La laguna encantada

La laguna más grande del Darién y aun de la República es sin duda la denominada Matusagaratí, en las proximidades del Tuira. La belleza de los alrededores es imponderable. La tupida vegetación que la rodea presenta la más sugestiva colección de árboles frondosos matizados de florecillas blancas, rosadas, de azules campanillas o encendidos gallitos que parecen pingos de sangre en la floresta verde. En la espesura crecen multicolores y preciosas orquídeas, menos vistosas aun que las grandes mariposas de irisadas tonalidades que se posan en sus pétalos.

En la laguna, los flamencos lucen airosamente su plumaje blanco y rojo; las garzas ostentan orgullosas su figura esbelta cubierta por un traje nítidamente blanco o rosa, mientras que pajarillos de todas las especies surgen de improviso de entre los árboles como una cascada de pétalos que se desprendieran de las ramas.

Todas la viejas leyendas darienitas muestran el culto reverente que los naturales rendían a la laguna de Matusagaratí. Los indios la creían un lugar misterioso poblado de monstruos de todas las especies. En sus aguas se agitaban las culebras y los lagartos voladores de cuerpo escamoso y afilados dientes. Sus ondas fatídicas convertían en seres horrendos o quitaban la vida al osado que se atreviera a mirarse en ellas. Se decía que un ser maligno destruía las voces de los cazadores que se aventuraban por la floresta inmensa. Sin medios para comunicarse, caminando sin rumbo por la intrincada espesura, se perdían en la jungla inaccesible y sombría, de la cual nadie salía con vida. Todas estas cosas perduraron en la mente de los darienitas y aun de los mismos españoles, quienes convirtieron el Darién en un paraje tenebroso de supersticiones y terrores.

La laguna surgió de la lucha entre Acoré, dios de los indios chocoes que habitan en las tierras regadas por el Zambú y el Tuira, y Nele, el dios de los cunas que viven en las comarcas bañadas por el torrentoso y nunca bien explorado Chucunaque.

Acoré y Nele se disputaban el amor de una bellísima india darienita de nombre Setetule. Cegados por la pasión, luchaban noche y día con odio fiero deseando cada uno exterminar a su rival. Las tribus entre tanto permanecían tranquilas. Nadie osaba tomar partida por alguno de los dioses. Nadie tenía derecho a intervenir en la rivalidad de las divinidades.

Setetule pertenecía a la raza cuna, pero su corazón se inclinaba hacia Acoré el atractivo y arrogante dios de los chocoes. Sin embargo disimulaba su sentir buscando la concordia. Para no desagradar a su dios, ocultaba su amor.

Pero sucedió lo que tenía que suceder, lo que el destino había fijado. Setetule tenía un hermano, el guapo y valiente Matusagaratí (Tierra Feliz). En cierta ocasión lo mandó con una embajada ante Acoré. Cumplida su misión, regresaba Matusagaratí cargado con toda suerte de regalos que le obsequió el dios, así como de presentes valiosísimos que Acorén enviaba a Nele su enemigo. Caminaba el joven muy ufano y satisfecho de sí mismo, bien ajeno a lo que la suerte iba a depararle. Nele, sabedor de la embajada, loco por la cólera y los celos, sin darle tiempo a hablar ni a disculparse, le quitó la vida y se ensañó en su cuerpo. Arrastró luego a su víctima por la tierra humedecida hasta las orillas del Tuira, dios del mal. Con violencia extraordinaria cogió en sus fuertes brazos al caído y lo arrojó furioso en las aguas, con todos los obsequios del rival.

Tuira, espectador del hecho, se asustó. A pesar de su maldad no deseaba esta vez llevar sobre sus hombros la participación en crimen tan abominable. Tenía miedo de Acoré. Recordaba el cruel castigo con que el dios sancionó sus desacatos y maldades.

Para salvar su responsabilidad puesta en duro trance por el impetuoso y vengativo Nele, recogió el cuerpo de Matusagaratí con todos lo regalos y los arrojó lejos de sí. Luego se colocó de centinela junto al muerto para impedir que alguien lo ultrajara.

La sangre del indio que a raudales se escapaba de las heridas que hiciere Nele, formaron la laguna; los regalos, las piedras y los bosques que a sus orillas se extienden. Desde entonces la laguna llevó el nombre del infeliz hermano de la bella Setetule. Y la hermosa, herida en sus más caros sentimientos, siguiendo los mandatos de su alma, buscó y halló consuelo en el pecho fuerte y amoroso de Acoré. El dios y la muchacha se casaron, mas esto enconó aún más la rivalidad entre Nele y la pareja. Este odio se extendió a las tribus de los cunas y chocoes, las cuales aún hoy, a pesar de los siglos transcurridos, continúan siendo irreconciliables enemigas.

La Tulivieja

En los tiempos en que el mundo estaba poblado de espíritus que vivían con las gentes dejándose ver de ellas, uno encarnó en una muchacha hermosísima orgullo de su pueblo.

Amaba la moza a un joven de su mismo lugar, y fruto de estos amores fue un niño a quien su madre ahogó para ocultar su falta.

Dios castigó en el acto ese pecado tan grande, convirtiendo a la madre desnaturalizada en tulivieja, un monstruo horrendo que tiene por cara un colador de cuyos huecos salen pelos cerdosos y larguísimos. En lugar de manos tiene garras, el cuerpo de gato y patas de caballo.

Condenada a buscar a su hijo hasta la consumación de los siglos, recorre sin cansarse jamás las orillas de los ríos, llamando sin cesar a su niño con un grito agudo parecido al de las aves y sin que nadie le conteste jamás.

A veces recobra su primitiva forma. En la noche en que la luna brilla en el centro de los cielos, se baña en los ríos bella como un sol, pero al más ligero ruido conviértese nuevamente en el ser monstruoso que es, para continuar por el mundo su eterna peregrinación.

Señiles

En un caserío perdido en las montañas vivía Miguel, un hombre alto y fuerte como un barrigón, cuya única pasión era la caza. De un corazón tan grande como su cuerpo, había convertido su hogar en un verdadero mercado de carne en donde aliviaban sus necesidades los pobres vecinos de los alrededores.

Miguel jamás iba a la iglesia, excepto el Viernes Santo. En tal festividad, con muestras del más profundo fervor permanecía arrodillado durante los oficios y no salía del templo hasta el otro día, después del canto de Gloria.

Una vez, no obstante, olvidó su devoción y se fue de cacería un Viernes Santo, a pesar de las súplicas y los lloros de todo el pueblo.

Desde entonces más nunca se le vió, aunque a veces se le siente jupiar a los perros y se le han reconocido los pasos. Desde entonces comenzó la expiación de su pecado. Castigado por quebrantar el mandamiento de la Iglesia, que ordena santificar las fiestas, vive en la espesura con el cuerpo adaptado a la vida salvaje; y camina sin descanso hora por hora y día por día por entre las selvas y montañas para purgar su culpa con una nueva obligación: curar sin descanso día y noche a todos los animales que encuentre heridos o estropeados por la mano del hombre; avisar a los animales los buenos bebederos, los pastaderos menos peligrosos, los lugares más cómodos para dormir; y cuidar

todos los Viernes Santos, de reunirlos en un lugar seguro, para ponerles una señal que él solo conoce y que nadie pueda ver. Y así Miguel a quien los cazadores han bautizado con el nombre de Señiles, por ésta su misión, de andar señalando a los animales para impedir que sean atrapados, pasa su vida castigado por blasfemo; condenado a esta vigilancia continua, a esta revisión sin fin, a este trabajo interminable sin remuneración alguna, por los siglos de los siglos.

Setetule

En el Darién misterioso lleno de selvas impenetrables, de ríos torrentosos, de animales feroces y alimañas venenosas, de montañas, praderas y campos de cultivo, y poblado de seres fantásticos que habitan en las inmensas florestas y en las aguas para ayuda y también para perjuicio del hombre, existían en épocas muy viejas dos pueblos indígenas origen de las razas cuna y chocoe, que hoy todavía continúan en la tierra de sus antepasados su lento vivir, poco al compás con el ritmo de la civilización.

Rivales cunas y chocoes, muchas fueron las luchas con que ensangrentaron el suelo darienita en su deseo de exterminarse mutuamente. Los cunas, más fuertes o más astutos que los otros, fueron poco a poco ganando terreno; en su avance desalojaron a los chocoes de sus antiguas tierras, viéndose éstos obligados a buscar lugares más hospitalarios.

En su peregrinación cruzaron bosques, montañas y llanuras, guiados por el dios Rien su protector, hasta que un día se establecieron a orillas del Yape impetuoso que en su larga carrera atraviesa colinas y mesetas dilatadísimas.

Los hombres construyeron los bohíos, limpiaron el terreno y sembraron el grano, ayudados por las mujeres. Así en pocos meses, las riberas desiertas del río vieron surgir un vasto poblado en donde tenían cabida los odios, los deseos, las esperanzas y los anhelos de los humanos.

Allí, en ese lugar escogido por Rien para asiento de su pueblo predilecto, nació una niña lindísima a quienes todos los dioses favorecieron con sus dones. Vino al mundo en una de esas noches de luna, claras y preciosas, frescas y agradables como un amanacer de enero. Al verla tan hermosa, la gente del poblado no se asombró de que la luna brillará más intensamente, ni que los pájaros lanzaran a los cielos arrobadoras melodías. Pusiéronle por nombre Setetule (Senos turgentes), y Rien, el padre y favorecedor de la nación chocoe, concedióle un don jamás poseído por humano: mirar de frente al sol y conseguir de él todo cuanto quisiese.

Los primeros años de Setetule fueron iguales a los de cualquiera niñita india. Correteó de aquí para allá, se metió en el polvo y en el lodo con los demás chicos, recibió de cuando en cuando un par de azotes, e hizo todas las travesuras propias de sus años, no consciente del poder que le había sido otorgado por el padre de la tribu.

Crecía Setetule, y a medida que aumentaba en talla y en edad, su belleza se tornaba más extraordinaria. Su presencia lo alegraba y lo hermoseaba todo; y la naturaleza le rendía también su cálido homenaje por esa hermosura peregrina que cada día era más esplendorosa.

Llegó al fin el momento en que Setetule se supo dueña del preciado don. Pero su almita cándida sólo miró de frente al sol para pedirle por los suyos; y los indios, sencillos y humildes, nunca pidieron a la muchacha poseedora de gracia tan singular, algo que fuera contra el derecho ajeno, ni siquiera en contra de sus seculares enemigos los cunas que les habían robado sus tierras y haberes. Consideraban a Setetule como un tesoro que les había sido dado como recompensa por sus anteriores desgracias, y felices con poseerlo, no deseaban nada más.

Cuando Setetule llegó a la adolescencia, se dio cuenta de cuán grande era su belleza. En las aguas del Yape contempló su imagen y se asombró. Desde ese momento dejó de ser la chi-

quilla ingenua e inocente; la chiquilla despreocupada y juguetona. Había nacido en su corazón la vanidad generadora de todos los males. Desde ese momento, dedicada al culto de sí misma, pasaba día tras día admirando en las aguas su figura. Se hizo sorda a la voz de la piedad, y el bien que antes repartía con manos generosas, dejó de prodigarlo. Nada tenía eco ya en su corazón.

No obstante, su belleza sobrehumana atrajo hacia el poblado gran número de pretendientes que pusieron a sus pies todo cuanto una mujer pudiera ambicionar; pero en ese culto constante de su cuerpo, su corazón quedó completamente consumido por los quemantes rayos del sol que penetraron por sus ojos.

Entre los hombres que codiciaban sus favores, se hallaba en primer término Moli Suri, el mago cuna conocedor de todos los secretos de la tierra. Lleno de pasión había ofrecido a Setetule las plumas del quetzal y la flor del ambasarú; la flor de extraño poder que cambiaba de colores y hacía olvidar a quien la poseyera, todas sus tristezas. Pocos, muy pocos habían podido mirar la extraordinaria flor. Nacida en la cumbre de montañas altísimas rodeadas de precipicios y custodiada por serpientes voladoras, vampiros, dragones y espíritus malignos, era en extremo peligroso intentar su búsqueda. ¡Cuántos y cuántos perecieron en la empresa loca de ver y conseguir aquella flor!

Setetule sabía todo esto. Por un momento vaciló, sobre todo cuanto que su corazón parecía inclinarse hacia el mago cuna. ¡Pero no; haría con éste lo mismo que con todos! Lo mandaría a la muerte como a tantos otros que no pudiendo conseguir su amor se extinguían enloquecidos por la pena.

Lanzando luces por sus ojos negros, y mostrando una sonrisa que llenaba de espanto, miró a Moli Suri. Volvió luego su mirada al sol y formuló su ruego. ¿Pero qué sucedía? Ahora ella, la insensible a los ardientes resplandores, experimentó la impresión de una luz cegadora que hería sus pupilas produciéndole dolor. Moli Suri frente a ella sonreía burlón.

—¿Qué, no te ha oído esta vez el padre sol? —díjole con entonación despreciativa el cuna—. ¿Has perdido acaso tu poder? ¿No sabías que los dioses también me dieron sus favores? Quisiste hundirme en la desesperación lo mismo que a aquellos que te amaron; por eso y por esto recibirías un castigo. Sumida quedarás en un profundo sueño que ha de terminar cuando nuestros dioses lo dispongan.

Así dijo el mago, y extendiendo las manos hacia adelante, hizo con ellas un signo. Al punto Setetule cerró los ojos, y cayó desvanecida. Tomóla en sus brazos Moli Suri y partió con ella. Caminó muchas jornadas y al fin un día llegó a la sierra llamada Talarcuna. Allí depositó a Setetule. Mas apenas el cuerpo de la joven tocó la tierra, quedó convertido en un cerrro de piedra que se irguió entre dos montañas, Setetule. En su seno ocultó Moli Suri preciosos metales que tentaran la codicia de los hombres.

Día tras día, atraídos por el afán de enriquecerse, cientos de aventureros rompen la montaña, sin sospechar que para extraer sus tesoros, rasgan el cuerpo de la bella Setetule, quien en una agonía interminable, siente cómo le arrancan el corazón y le destrozan ese cuerpo por el que tantos hombres fueron condenados a morir.

La mujer encantada

Maneca, la muchacha india que vivía en las proximidades del Tuira, era tan linda, que todos en la tribu la creían hija de un dios.

Maneca se sabía hermosa y se alegraba. Ansiosa de riquezas, comprendía que su belleza podía proporcionárselas. Muchos hombres pretendieron su mano, pero a todos rechazó esperando y soñando con aquel que pudiera darle todo cuanto su ambición soñaba.

Un día llegó al Darién un hombre venido de tierras extrañas. Prendado de Maneca le ofreció sus tesoros inmensos. No sintió la muchacha amor alguno por el hechicero, que tal era el galán, pero aceptó gustosa sus presentes y se casó con él. Satisfecha su ambición, suspiró Maneca por el verdadero amor. Un joven guerrero de la tribu fue el afortunado.

El hechicero conoció de las relaciones adúlteras de su mujer, y ceñudo y fiero la increpó airado.

Maneca leyó su sentencia en los ojos del ofendido marido, pero cosa extraña no tembló. Su amor la hacía fuerte y valerosa ante la muerte.

—No te amo —le dijo con voz entera al mago—. Quise tus riquezas y por ello justo es el castigo. Sé ahora lo que es el amor y prefiero morir antes que seguir unida a ti.

—Maldita —rugió el hechicero—. Pero no vas a morir —añadió—. Te reserva para una pena eterna, mas tu amante perecerá.

Arrastró a Maneca hacia una de las entradas del Tuira, y señalando en derredor le dijo:

—Aquí vivirás para siempre. Muchos hombres pasarán a tu lado y a muchos amarás, pero todos se irán indiferentes a tu hermosura y a tus ruegos. Toma esta totuma y este peine de oro. Con ellos atraerás a los que amas, pero has de sufrir en tu propio corazón el desdén de todos los que ansían antes de que tu cuerpo, el oro que tienes en tus manos.

Así habló el cuna. Y antes de que Maneca pudiera añadir una palabra, desapareció.

Desde ese entonces, los pescadores que suelen pasar en sus pequeñas lanchas por una cierta entrada del Tuira, quedan maravillados ante el singular espectáculo de una bellísima mujer que cubre su desnudez con su negra y larga cabellera. Se baña la joven con una totuma de oro, y peina sus cabellos con una peinilla del mismo metal que centellea con los rayos del sol o de la luna.

Y cuentan los viejos, que en cierta ocasión un joven que de antemano había sido elegido por la hermosa mujer para que rompiera el encanto, miraba y admiraba embelesado las esculturales formas de la moza, cuando fue sorprendido por la voz melodiosa de ella que le decía coqueta:

—Dime joven qué deseas, la totuma, la peinilla o mi persona.

El hombre codicioso contestó sin vacilar.

—Dame la peinilla.

La mujer llena de cólera le tiró con ira la peinilla diciendo:

—¡Anda ingrato!

Al punto el hombre oyó una carcajada burlona, y vió también desaparecer a la linda mujer. Cuando fue a recoger la peinilla sólo encontró un pedazo de carbón.

Así día tras día, año tras año, sigue Maneca apareciéndose a los pescadores, siempre peinándose con el peine de oro y mojando su cuerpo con el agua de la totuma dorada, en espera del

hombre que al brindarle su amor, la libre del encanto que la tiene allí sujeta por los siglos de los siglos.

Vocabulario

Albinos: Indios blancos que se ven entre los cunas de las regiones de San Blas.

Areite: Baile acompañado de música y canto. En los cantos se recordaban las tradiciones de la tribu (época anterior a la conquista).

Balsería: Baile nacional y principal deporte entre los indios guaymíes. Se efectúa el juego entre dos contendores cada uno de los cuales tiene en la mano un palo de balsa para defenderse y atacar.

Barrigón: *(Bombax Barrigón).* Árbol gigantesco de tronco grueso.

Batea: Utensilio casero de madera, hecho a manera de bandeja tosca.

Bohío: Choza indígena hecha de barro y paja.

Cunas: Indios que habitan en la región de San Blas. Los que habitan en las selvas inexploradas odian al blanco y se les llama indios bravos por su crueldad y fiereza.

Corotú: (*Enterlebim Glycocarpum*). Árbol frondoso de la familia de las acacias.

Cutarra: Sandalia de cuero duro, con correas para sujetarla al pie.

Chicha: Bebida alcohólica hecha de maíz.

Chirú: Nombre de un jefe indígena, y de las tierras que posee.

Gallote: Zopilote.

Levada: Tiempo empleado para que bailen al compás de una tonada, todas o la mayoría de las mujeres de la rueda del tamborito.

Nagua: Falda de tela de colores que llega hasta las rodillas o hasta el tobillo.

Nele: Sacerdote, hechicera, mago, depositario de las tradiciones de la tribu entre los indios cunas.

Ocú: Nombre de un jefe indio y de las tierras que poseía.

París: Famoso jefe indio que dio mucho que hacer a los españoles en la época de la conquista.

Panonomé o Penonomé: Nombre de un jefe indio y de las tierras que poseía. Penonomé es hoy la capital de la provincia de Coclé.

Pega-Pega: Cierta clase de abrojo.

Tamborito: Baile nacional de Panamá.

Teba: Nombre que daban los indios guaymíes a sus jefes o señores.

Tequina: Mago, hechicero, depositario de las tradiciones de la tribu entre los indios guaymíes.

Talanquera: Construcción formada por un madero horizontal sostenido por dos postes de madera hincados en tierra.

Totuma: Recipiente que se hace cortando por la mitad el fruto del árbol totumo (*Crescentia Cujete*).

Índice general

IX | **Presentación,** por Julio Arosemena Moreno.

Sergio González Ruiz
VEINTISÉIS LEYENDAS PANAMEÑAS

3 | **La leyenda panameña y Sergio González,** por Agustín del Saz y Sánchez

5 | Prólogo
7 | Las Comadres
17 | El Charcurán
21 | El “entierro” y el ánima
29 | El canto del mochuelo
33 | La niña encantada del Salto del Pilón
39 | La leyenda de Santa Librada
47 | El árbol santo de Río de Jesús
51 | Las piedras grabadas de Montoso
55 | La misa de las ánimas
59 | María chismosa
63 | “Hoy no, mañana sí”
67 | El “Esquipulas” y los “Esquipulitas”
73 | El familiar
75 | El retorno
85 | El loro de Doña Pancha
91 | La Silampa
95 | El aviso
99 | El “barco fantasma”
103 | Leyenda del Zaratí
109 | La Tepesa
113 | Señiles

117 El padre sin cabeza
121 Setetule
123 Los “ojiaos”
129 La pavita de tierra
131 El “zajorí” de La Llana

Luisita Aguilera Patiño
TRADICIONES Y LEYENDAS PANAMEÑAS

137 **Prólogo,** por Rodolfo Oroz

139 La Isla del Encanto
145 Las aventuras del sol
155 El cerro Sapo
159 Los nietos del sol
163 Las tres piedras negras del chorro de La Chorrera
167 El penador
171 El Cristo de Esquipulas de Antón
175 El monstruo del murcielaguero
179 La virgen guerrera o la margarita de los campos
183 El Viejo de Monte
187 El chorro de las mozas
193 La piedra del diablo
201 La piedra del pato
207 La pavita
209 La azucena campestre o siempreviva
215 La Vieja de Monte
219 Tabararé
225 La llama misteriosa del cementerio de Alanje
229 El cerro del diablo
233 Zaratí
241 La leyenda del río Señales
245 La corriente del Tribique
249 El corotú llorón

251 El castigo de Tabira
263 La Tepesa
265 El castellano de la torre
267 La india dormida
275 La sirena del Risacua
277 La leyenda del río Tuira y del lago Pita
279 La laguna encantada
283 La Tulivieja
285 Señiles
287 Setetule
291 La mujer encantada

295 Vocabulario

Biblioteca de la Nacionalidad

TÍTULOS DE ESTA COLECCIÓN

- **Apuntamientos históricos (1801-1840)**, Mariano Arosemena.
  El Estado Federal de Panamá, Justo Arosemena.
- **Ensayos, documentos y discursos**, Eusebio A. Morales.
- **La décima y la copla en Panamá**, Manuel F. Zárate y Dora Pérez de Zárate.
- **El cuento en Panamá:** ***Estudio, selección, bibliografía***, Rodrigo Miró.
  Panamá: ***Cuentos escogidos***, Franz García de Paredes (Compilador).
- **Vida del General Tomás Herrera**, Ricardo J. Alfaro.
- **La vida ejemplar de Justo Arosemena**, José Dolores Moscote y Enrique J. Arce.
- **Los sucesos del 9 de enero de 1964.** ***Antecedentes históricos***, Varios autores.
- **Los Tratados entre Panamá y los Estados Unidos.**
- **Tradiciones y cantares de Panamá:** ***Ensayo folklórico***, Narciso Garay.
  Los instrumentos de la etnomúsica de Panamá, Gonzalo Brenes Candanedo.
- **Naturaleza y forma de lo panameño**, Isaías García.
  Panameñismos, Baltasar Isaza Calderón.
  Cuentos folklóricos de Panamá: ***Recogidos directamente del verbo popular,*** Mario Riera Pinilla.
- **Memorias de las campañas del Istmo 1900**, Belisario Porras.
- **Itinerario.** ***Selección de discursos, ensayos y conferencias***, José Dolores Moscote.
  Historia de la instrucción pública en Panamá, Octavio Méndez Pereira.
- **Raíces de la independencia de Panamá,** Ernesto J. Castillero R.
  Formas ideológicas de la nación panameña, Ricaurte Soler.
  Papel histórico de los grupos humanos de Panamá, Hernán F. Porras.
- **Introducción al Compendio de historia de Panamá,** Carlos Manuel Gasteazoro.
  Compendio de historia de Panamá, Juan B. Sosa y Enrique J. Arce.
- **La ciudad de Panamá**, Ángel Rubio.
- **Obras selectas,** Armando Fortune.

- **Panamá indígena**, Reina Torres de Araúz.

- **Veintiséis leyendas panameñas,** Sergio González Ruiz.
  Tradiciones y leyendas panameñas, Luisita Aguilera P.

- **Itinerario de la poesía en Panamá (Tomos I y II),** Rodrigo Miró.

- **Plenilunio,** Rogelio Sinán.
  Luna verde, Joaquín Beleño C.

- **El desván,** Ramón H. Jurado.
  Sin fecha fija, Isis Tejeira.
  El último juego, Gloria Guardia.

- **La otra frontera,** César A. Candanedo.
  El ahogado, Tristán Solarte.

- **Lucio Dante resucita**, Justo Arroyo.
  Manosanta, Rafael Ruiloba.

- **Loma ardiente y vestida de sol**, Rafael L. Pernett y Morales.
  Estación de navegantes, Dimas Lidio Pitty.

- **Arquitectura panameña: *Descripción e historia***, Samuel A. Gutiérrez.

- **Panamá y los Estados Unidos (1903-1953)**, Ernesto Castillero Pimentel.
- **El Canal de Panamá: *Un estudio en derecho internacional y diplomacia,*** Harmodio Arias M.

- **Tratado fatal! (tres ensayos y una demanda)**, Domingo H. Turner.
  El pensamiento del General Omar Torrijos Herrera.

- **Tamiz de noviembre: *Dos ensayos sobre la nación panameña***, Diógenes de la Rosa.
  La jornada del día 3 de noviembre de 1903 y sus antecedentes, Ismael Ortega B.
  La independencia del Istmo de Panamá: *Sus antecedentes, sus causas y su justificación*, Ramón M. Valdés.

- **El movimiento obrero en Panamá (1880-1914)**, Luis Navas.
  Blásquez de Pedro y los orígenes del sindicalismo panameño, Hernando Franco Muñoz.
  El Canal de Panamá y los trabajadores antillanos. *Panamá 1920: Cronología de una lucha,* Gerardo Maloney.

- **Panamá, sus etnias y el Canal,** Varios autores.
  Las manifestaciones artísticas en Panamá: *Estudio introductorio,* Erik Wolfschoon.

- **El pensamiento de Carlos A. Mendoza.**

- **Relaciones entre Panamá y los Estados Unidos (Historia del Canal Interoceánico desde el siglo XVI hasta 1903)** —Tomo I—, Celestino Andrés Araúz y Patricia Pizzurno.

A los Mártires de enero de 1964,
como testimonio de lealtad a su legado
y de compromiso indoblegable
con el destino soberano de la Patria.